EN EL IMPERIO *de* GENGIS KAN

STANLEY STEWART



En este libro extraordinario, STANLEY STEWART recorre el antiguo Imperio Mongol, desde Estambul hasta el lejano país de las hordas mongolas. El núcleo de esta odisea es un recorrido de más de mil quinientos kilómetros a lomos de caballo, viajando entre nómadas y a través de una tierra sin caminos, gobernada por los vientos y las pautas de las migraciones. En un viaje repleto de personajes peculiares y encuentros inesperados, Stewart cruza el desierto y las montañas de Asia Central, avanza decidido por el Alto Altai y los confines del Gobi, hasta los pastizales de las estepas barridas por el viento y la tierra natal de Gengis Kan. Largo tiempo esperado, este libro lleno de viveza, divertido y subyugante ocupará, sin duda, un lugar destacado entre los clásicos de viajes. Un emocionante relato de aventuras y un retrato evocador de una tierra medieval aislada en medio del mundo moderno.



EN EL IMPERIO DE GENGIS KAN

Stanley Stewart

EN EL IMPERIO DE GENGIS KAN

Un viaje entre los nómadas

ADVENTURE PRESS

NATIONAL GEOGRAPHIC

Publicado por National Geographic e Society

EDICIÓN EN ESPAÑOL
Publicado por RBA Publicaciones, S.A.

Título original: *In The Empire of Genghis Khan: A Journey Amoug Nomads*

Ref.: NGS-70 / ISBN: 84-7871-057-4
Fotocomposició: Victor Igual, S.L.
DEPÓSITO LEGAL: B-34.584-2003
Impreso por Novagràfic
Montcada i Reixac (Barcelona)



A Cinzia, con amore

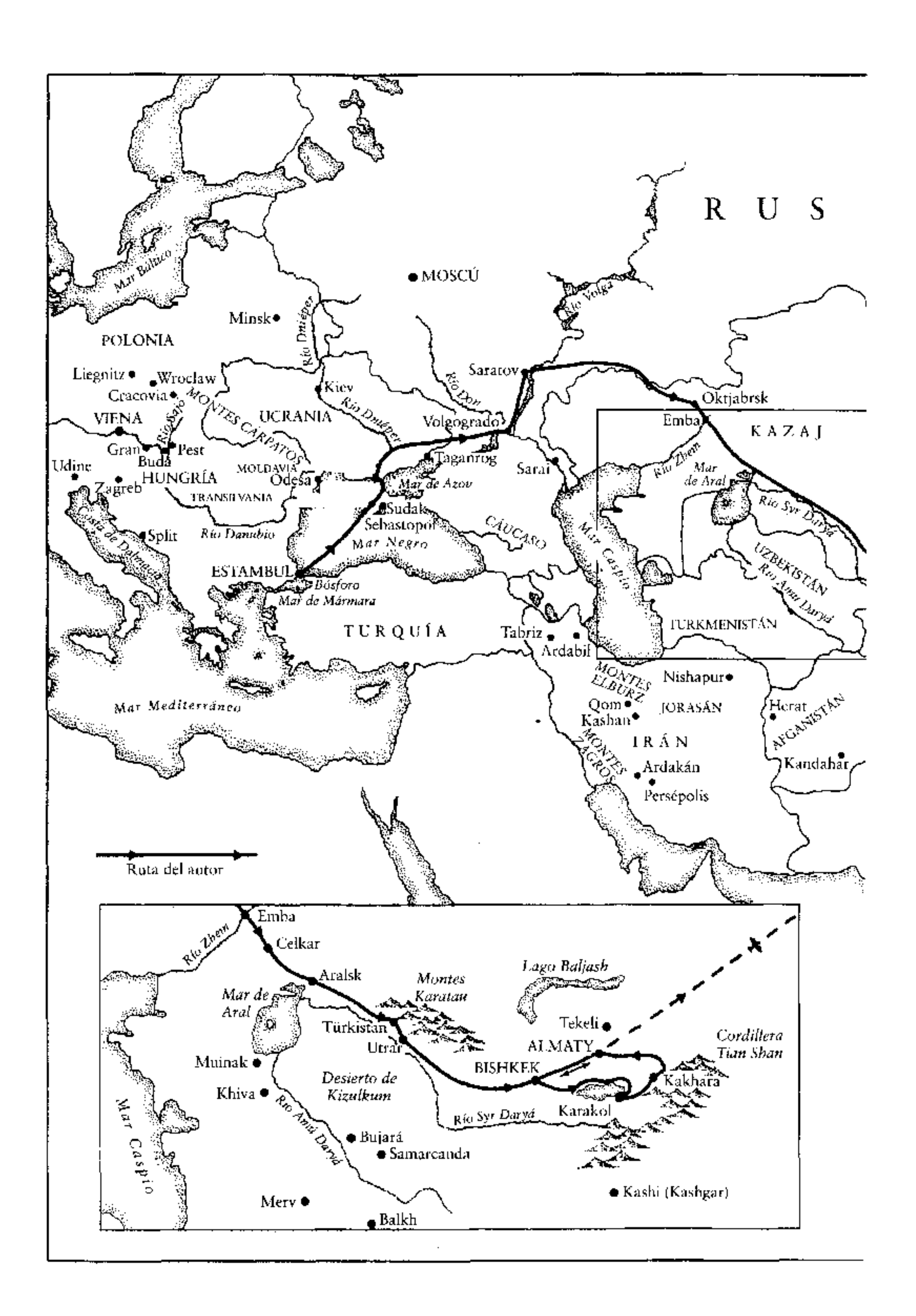
«Allí, en la vasta estepa inundada por la luz del sol, podía ver las negras tiendas de los nómadas como puntos lejanos. Había libertad [...] El tiempo parecía haberse detenido en ese lugar, como si la época de Abraham y sus rebaños no hubiera pasado...»

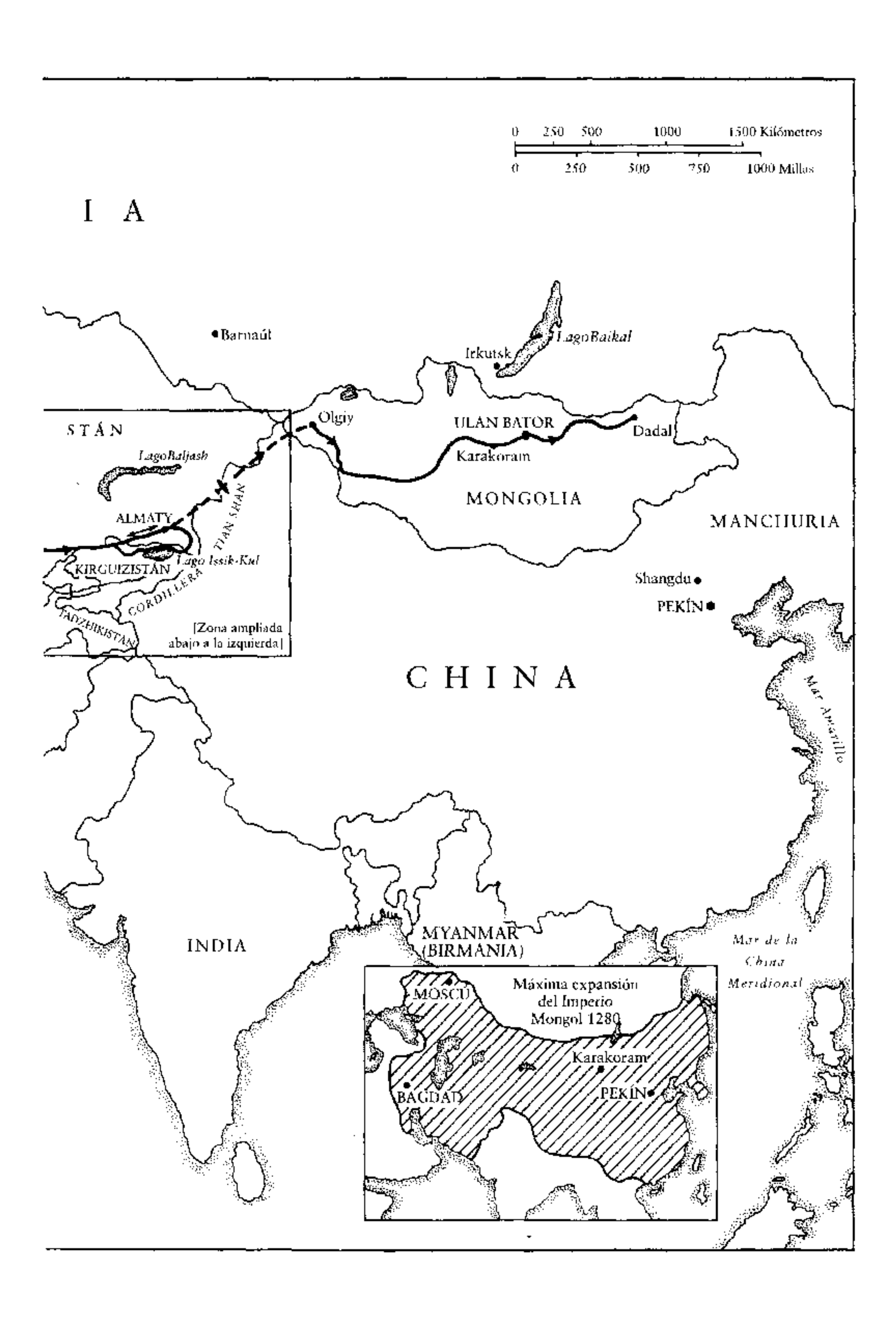
FIÓDOR DOSTOIEVSKI, *Crimen y castigo*

«Es inútil soñar con una tierra virgen lejos de nosotros mismos. Esa tierra no existe. Lo que inspira ese sueño es el lodazal de nuestro cerebro y nuestras entrañas, el vigor primigenio de la naturaleza que hay dentro de nosotros.»

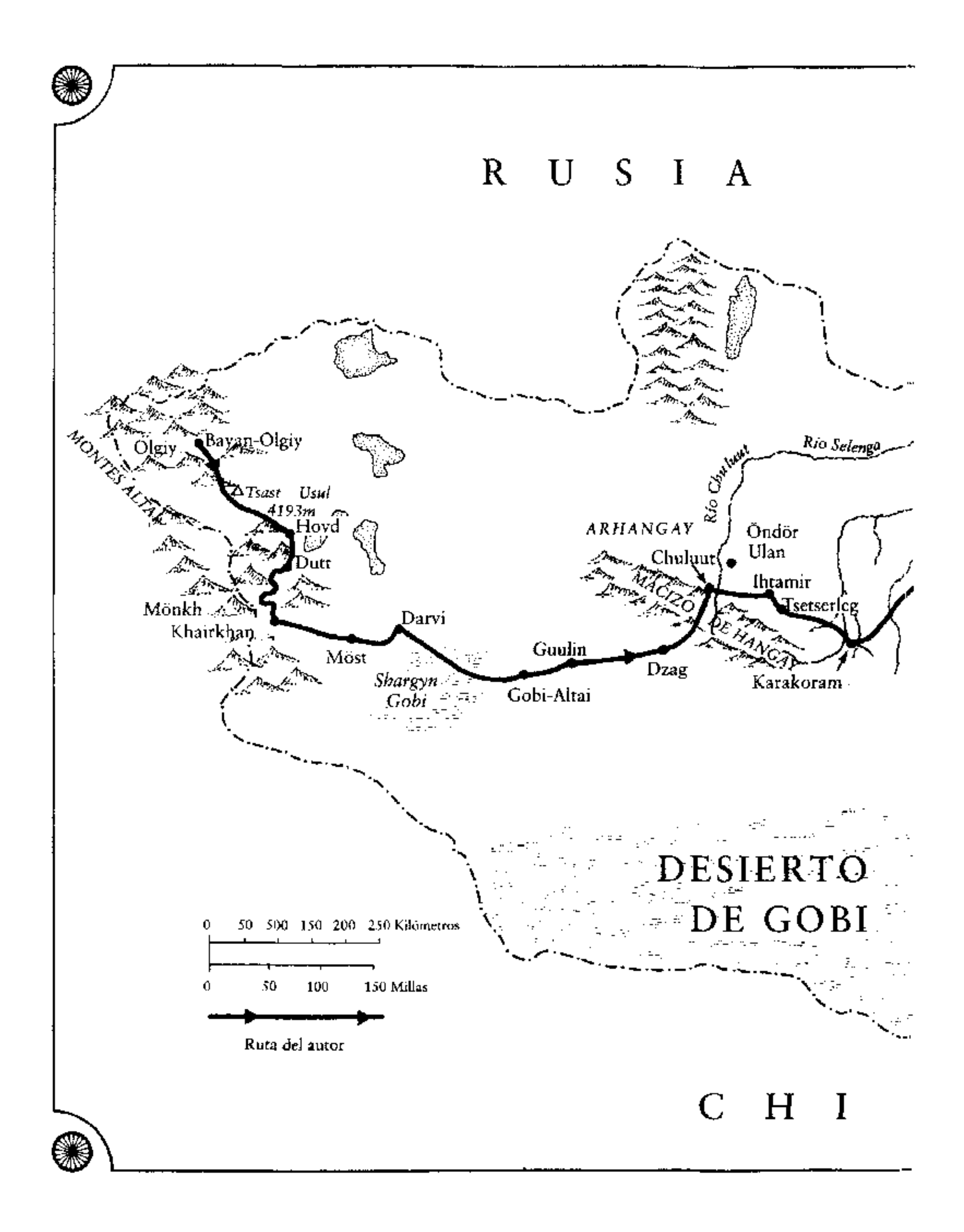
HENRY DAVID THOREAU

ÍNDICE


R U S
MOSCÚ
Mar Báltico
Minsk
Río Dniéper
Río Volga
POLONIA
Liegnitz
Wroclaw
Cracovia
Río Sajó
MONTES CÁRPATOS
UCRANIA
Kiev
Río Dniéper
Río Don
Saratov
Oktjabrsk
VIENA
Gran
Pest
Buda
Volgogrado
Emba
K A Z A J
Udine
Zagreb
HUNGRÍA
MOLDAVIA
Odesa
Taganrog
Mar de Azov
Sarai
Río Zhem
Mar de Aral
TRANSILVANIA
Sudak
Sebastopol
Río Syr Daryá
Costa de Dalmacia
Split
Río Danubio
Mar Negro
CÁUCASO
Mar Caspio
UZBEKISTÁN
Río Amu Daryá
ESTAMBUL
Bósforo
Mar de Mármara
TURQUÍA
Tabriz
Ardabil
TURKMENISTÁN
MONTES ELBURZ
Nishapur
Mar Mediterráneo
Qom
Kashan
JORASÁN
Herat
AFGANISTÁN
IRÁN
MONTES ZAGROS
Ardakán
Persépolis
Kandahar
Ruta del autor
Emba
Celkar
Río Zhem
Aralsk
Montes Karatau
Lago Baljash
Mar de Aral
Türkistan
Tekeli
Utrar
ALMATY
Cordillera Tian Shan
Muinak
BISHKEK
Kakhara
Khiva
Desierto de Kizulkum
Karakol
Río Syr Daryá
Río Amu Daryá
Mar Caspio
Bujará
Samarcanda
Kashi (Kashgar)
Merv
Balkh

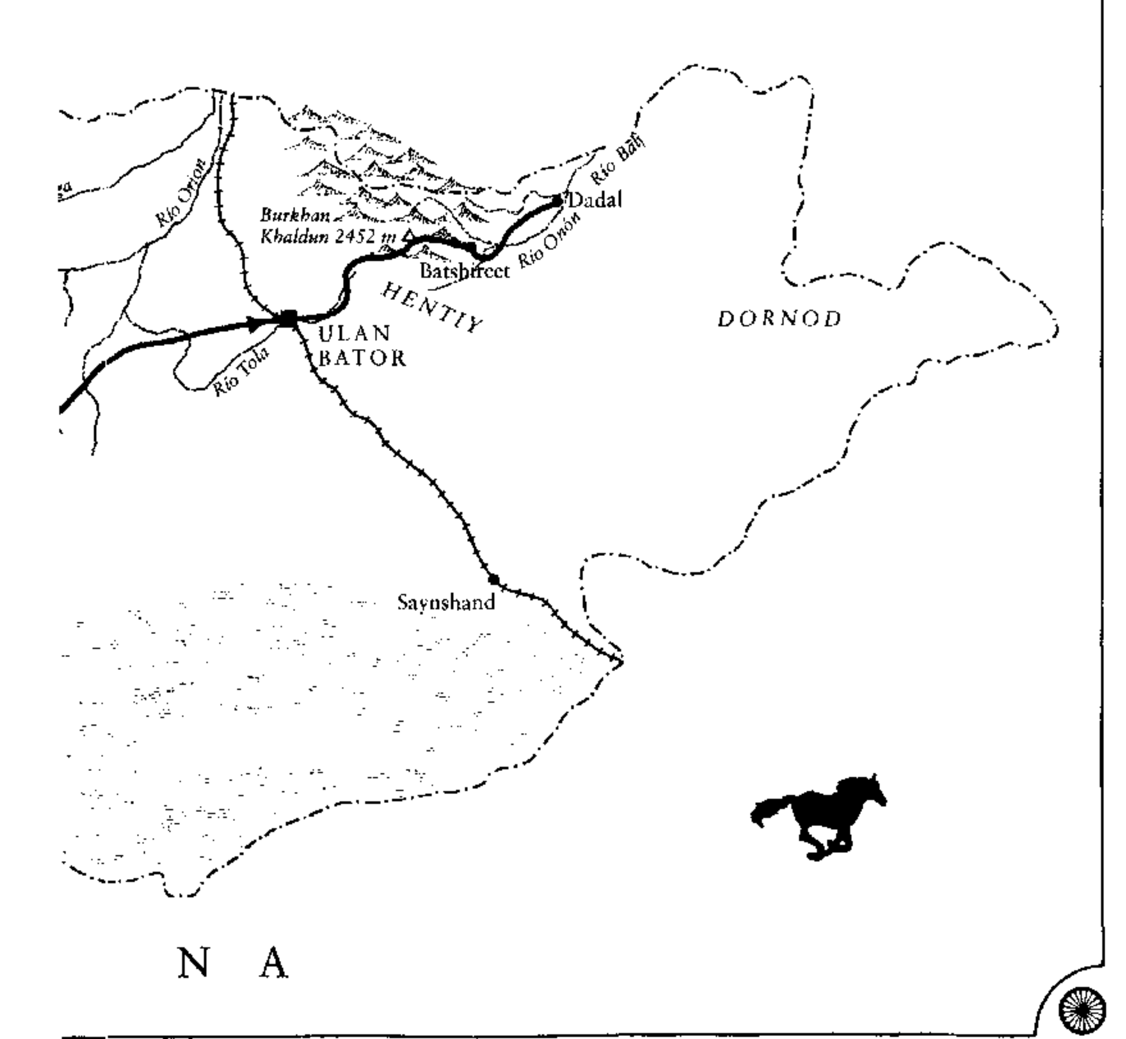


0 250 500 1000 1500 Kilómetros
0 250 500 750 1000 Millas
I A
Barnaúl
Irkutsk
Lago Baikal
STÁN
Olgiy
ULAN BATOR
Dadal
Karakoram
Lago Baljash
MONGOLIA
ALMATY
TIAN SHAN
MANCHURIA
Lago Issik-Kul
KIRGUIZISTÁN
CORDILLERA
Shangdu
PEKÍN
TADZHIKISTÁN
[Zona ampliada abajo a la izquierda]
C H I N A
Mar Amarillo
INDIA
MYANMAR (BIRMANIA)
Mar de la China Meridional
Máxima expansión del Imperio Mongol 1280
MOSCÚ
Karakoram
BAGDAD
PEKÍN



R U S I A
Río Selenga
Río Chuluut
Olgiy
Bayan-Olgiy
MONTES ALTAI
Tsast
Usul
4193m
Hovd
Dutt
Mönkh
Khairkhan
Darvi
Möst
Shargyn
Gobi
Guulin
Gobi-Altai
Dzag
ARHANGAY
Öndör
Ulan
Chuluut
MACIZO
DE HANGAY
Ihtamir
Tsetserleg
Karakoram
DESIERTO
DE GOBI
0 50 100 150 200 250 Kilómetros
0 50 100 150 Millas
Ruta del autor
C H I

MONGOLIA



Rio Onon
Burkhan
Khaldun 2452 m
Dadal
Rio Balj
Rio Onón
Batshireet
HENTIY
ULAN
BATOR
Rio Tola
DORNOD
Saynshand

N A

PRÓLOGO

CUANDO YO ERA PEQUEÑO, mi abuela solía llamarme mongol. Esta palabra evoca en mi recuerdo el olor a hierba y a hojas caídas, y cierta atmósfera a crepúsculo y a caballos.

Mi abuela vivía en la parte alta de una aldea en Irlanda, desde donde se veían los montes Mourne hacia el sur. Al anochecer, en ese largo período de penumbra que mi abuela llamaba «el-día-que-se-acaba», yo jugaba en la calzada elevada que corría paralela a los muros del patio de la iglesia, bajo un dosel de tilos. Eran unas aventuras muy elaboradas y solitarias, en las que aparecían caballos y bandidos. Mi corcel hacía cabriolas por grandes extensiones de hierba recién segada y pilas de hojas otoñales. Saltábamos el muro de un solo brinco.

Al oscurecer, mi abuela me llamaba para que entrara en casa, su voz ondeaba en medio del crepúsculo como si fuera la cuerda de un lazo, y yo me resistía cuanto podía, galopando entre los árboles, envuelto en la cada vez más densa oscuridad, debatiéndome contra los tirones de su voz. Cuando dejaba de llamarme, yo me sentaba en el trono de hojas caídas, mirando hacia el sur, donde los montes Mourne cargaban a hombros el horizonte. Aquellas montañas resultaban hipnóticas y oscuras, la frontera del ancho mundo que era el condado de Down. Mi padre aseguraba que más allá de las montañas estaba el mar.

Cuando el prolongado lazo de la voz de la abuela surgía otra vez, mi caballo se había desvanecido entre las tumbas. Entonces yo regresaba a casa y entraba en el vestíbulo trasero con las rodillas llenas de arañazos y hojas en el cabello. Al agacharse la abuela para sacudirme la ropa y poner en orden mi atuendo, siempre decía lo mismo: «Pareces un mongol —y suspiraba—. Idéntico a un pequeño mongol».

Nunca había oído a nadie hablar de aquellos misteriosos mongoles, y no tenía la más remota idea de quiénes podrían ser. Pero com-

prendía que la palabra era una especie de amonestación, y que a la vez contenía una nota de orgullo. Me gustaba el carácter indómito y ambiguo de aquella palabra, y quería estar a la altura de la idea de temeridad que el término parecía implicar.

Mucho antes de que yo tuviera una idea clara de Mongolia como un lugar real, la palabra pertenecía a esas aventuras intensas que jugaba todas las tardes bajo el lento declinar de un atardecer irlandés, mientras me debatía contra la voz de la abuela llamándome para que entrara en casa.

EN IRÁN, HACE VEINTE AÑOS, vi por vez primera a los nómadas. Yo formaba parte de una expedición que iba en busca de la Vía Regia Persa. A las órdenes de un charlatán encantador, una combinación entre Rommel y W. C. Fields, nuestro reducido e ingenuamente embaucado equipo pasó dieciocho meses en la zona, traqueteando por Anatolia y los montes Zagros con un par de Land Rovers, una tienda de campaña en la que se filtraba el agua y un libro de Herodoto. Fue el mejor de los viajes. Los paisajes eran espléndidos, la gente hospitalaria y nosotros teníamos la coartada de un objetivo histórico.

En la llanura de Marv Dasht, por debajo de las ruinas de Persépolis, las tribus de los qashga'i se dirigían en grupo hacia los pastos de verano, en los valles montañosos de los alrededores de Hanalishah. Bordeando los campos de trigo joven, desfilaba, al igual que una caravana medieval, una sociedad en movimiento, avanzando hacia el norte en busca de pasto nuevo. Las faldas de las mujeres, de varias capas, centelleaban con sus hilos de oro y plata al correr en pos de los corderos que se separaban del rebaño. A lomos de unos caballos delgados y de patas largas, los hombres trotaban arriba y abajo a lo largo del perímetro de la caravana, gritándose unos a otros en un lenguaje que había llegado con ellos desde Asia Central. Los camellos transportaban los palos de las tiendas, alfombras enrolladas y niños de grandes ojos que se bamboleaban a través de velos de polvo. En las afueras de la aldea de Sivand, un anciano, que cavaba hortalizas en un huerto rodeado de muretes, se enderezó para observar el paso de aquella gente y su rostro se ensombreció con una vieja animadversión.

Yo no había visto nunca a aquellas personas encantadoras. No poseían *ni* un palmo cuadrado de tierra, pero cruzaban la provincia de Fars, en dirección a los pasos de montaña, como si fuera su propia hacienda. Al pasar bajo los palacios de piedra de Persépolis, lo hicieron del todo indiferentes a su atractivo.

Varias semanas después nos internamos en las montañas cercanas a Ardakán, donde Alejandro Magno había derrotado a las últimas defensas aqueménidas ante las puertas de Persia, camino del botín de Persépolis. Y en aquellos valles estrechos visitamos a un jefe qashga'i. Estábamos en junio, el mejor de los meses, cuando la hierba es más nutritiva y los rebaños engordan.

«Las tiendas de los nómadas tienen las puertas anchas», nos dijo el jefe en cuanto llegamos, refiriéndose a la hospitalidad de los qashga'i.

Nos sentamos allí dentro, en un trono de espléndidos kilims y almohadones, desde el cual dominábamos la pedregosa ladera por la que el hijo del jefe conducía las cabras hacia la verde franja de un río. Apilados al fondo de la tienda había sacos bordados, arcas y alforjas, el mobiliario habitual de los nómadas. Las hijas del kan abandonaron sus telares en el otro extremo de la tienda para traernos té y pipas de agua.

Hablamos de política y de las presiones que ejercía el Gobierno para que las tribus se hicieran sedentarias.

«Siempre ha sido así —explicó el kan—. La gente de las ciudades, así como la de los campos, se lamentan de que no pueden controlarnos. Creen que somos unos bárbaros.»

Sonrió ante lo irónico de la situación: un anfitrión educado, de modales refinados, un hombre cuya genealogía tribal se remontaba tres siglos atrás. «Quieren que nos establezcamos en un sitio fijo. Que formemos parte de la vida de las ciudades.»

Las paredes de lona se hinchaban con el viento y la tienda crujía como un barco. En los palos del armazón oscilaban las alforjas.

«En el pasado, las tribus fueron muy poderosas en Irán. Pero aquellos días han pasado ya. Ignoro lo que el futuro depara a los nómadas, aunque me temo que estamos asistiendo al final de un estilo de vida —señaló hacia el valle, como si incluso el paisaje estuviera en retroceso—. Durante siglos hemos migrado por estas

montañas. Vinimos a esas ti<ras siguiendo los pasos de Gengis Kan.»

Los qashga'i son lo que queda de los innumerables pueblos nómadas que emigraron de las grandes praderas de Asia Central. Irán era una civilización destinada a extinguirse, y la historia persa tomó forma a partir de estas incursiones de los nómadas. Cuando las dinastías se debilitaron y el arte se hizo decadente, cuando los oficiales se volvieron corruptos y la aristocracia débil y cobarde, comprendieron que los bárbaros no tardarían en llegar, convirtiéndose a la vez en un azote y en una liberación.

Este modelo de indómitos jinetes, que surgían de las estepas para oprimir a sus vecinos cada vez más suburbanos, se repetiría por toda Asia. Y llegaron bajo una increíble variedad de nombres: los cimerios, los sármatas, los tocarios, los xiongnu, conocidos en Europa como los hunos. Rusia no se liberaría del «yugo tártaro» hasta el siglo XVI. En la India, el fundador del gran Imperio Mongol sería un nómada bárbaro procedente de más allá del Oxus. Y en China construyeron la gran muralla con la esperanza vana de impedir el paso a los nómadas.

El punto culminante del poder nómada fueron los mongoles del siglo XIII. En el transcurso de una sola generación, bajo el liderazgo carismático de Gengis Kan, salieron a caballo de las estepas de Asia Central para forjar el imperio terrestre más grande que se haya visto nunca. Desde el mar de China Meridional hasta el Báltico, surgieron de las pesadillas de la población sedentaria para presentarse ante la puerta de su casa. De repente, fue como si los mongoles estuvieran en todas partes a la vez, amenazando con colarse en los bailes de Viena, con secuestrar a las princesas de Persia, con destronar las dinastías de China, con saquear los templos de Birmania, con incendiar Budapest, con invadir Japón por mar. Incluso en la lejana Inglaterra se convirtieron en noticia de primera página. En el siglo XIII, el cronista Matthew Paris hizo sonar la última trompeta: los mongoles se acercaban y el fin estaba próximo. Los feligreses acudían histéricos a sus parroquias para rezar por la liberación.

Las tradiciones populares de los qashga'i insisten en su conexión con los mongoles y con Gengis Kan; mientras, en los rincones más re-

motos del norte de Pakistán, los jefes de aldea insisten en que descienden de Alejandro Magno.

«Los mongoles fueron una raza de héroes —argumentó el kan—, los nómadas que dominaron el mundo, y ¿qué ha sido de ellos? Desaparecieron, como todos los demás.»

«Regresaron a su país, a Mongolia», repliqué.

El jefe de la aldea me miró burlón. Debido al aura legendaria de los mongoles, al kan no se le había ocurrido pensar que eran un pueblo real, con un país de verdad.

«¿Y dónde está Mongolia?», preguntó después de una pausa.

«Al otro lado de China», dije.

«¿Ha estado usted allí?»

«No», contesté.

Con el aire de las primeras horas del atardecer, y desde las laderas situadas enfrente, los silbidos de los pastores que conducían los rebaños hacia las tiendas llegaban como el canto de los pájaros. Las mujeres habían abandonado sus telares y, con un cubo y una piel de cabra, se dirigían a ordeñar el rebaño.

«¿Cómo cree que será Mongolia ahora?», preguntó el kan.

«Siguen siendo nómadas —dije—. No como aquí, donde la mayoría de la gente se ha vuelto sedentaria. Mongolia es una nación de nómadas, la última que queda en toda Asia.»

El jefe de la aldea reflexionó detenidamente sobre lo que acababa de decirle.

«Me gustaría visitar Mongolia —anunció al final—. Ver el pueblo de Gengis Kan. Sus tiendas y sus rebaños, ver cómo viven en la actualidad.» Se sentía atrapado por la idea y por la camaradería de nuestro interés compartido. «Iremos juntos —anunció—. Será bueno para usted..., un hombre sin esposa ni ovejas. Iremos juntos a Mongolia y visitaremos a los hijos de Gengis Kan.»

Confortados por el brillo de esta mítica expedición, compartimos unos platos de estofado de cordero aromatizado con albaricoques, y hablamos de caballos hasta bien entrado el anochecer. Por la mañana, el kan consiguió que alguien nos llevara en coche hasta Shiraz. Tenía que visitar al comisario del distrito por un pleito de la tribu relacionado con los pastos de invierno.

«Así están aquí las cosas ahora —dijo con un suspiro—. Tenemos

que pleitear con un Gobierno de burócratas por lo que es nuestro, por la hierba donde hemos pastoreado nuestros rebaños durante generaciones.»

El viaje a Mongolia ya se le había olvidado.

SIN EMBARGO, A MÍ NO SE ME HABÍA OLVIDADO... Durante veinticinco años había estado alimentando la idea de visitar la antigua Mongolia Exterior. Ansiaba cruzar Asia a todo lo ancho, hasta ese último territorio de los nómadas. Lo veía como un viaje a través de fronteras poco seguras entre el mundo de los sedentarios y el de los pastores, entre los constructores de muros y lo que los chinos llaman «el pueblo móvil», gentes para quienes el asentamiento y las obligaciones de las ciudades suponen una especie de traición. Anhelaba viajar a Mongolia y, una vez allí, cruzar el país montado a caballo, un recorrido de más de mil quinientos kilómetros.

Este medio de transporte constituía el objetivo primordial del viaje. En Mongolia, los niños aprenden a montar a caballo antes que a andar, y el país me ofrecía la rara oportunidad de viajar a caballo sin tener la sensación de que me empeñaba en una excentricidad del todo innecesaria. Se trataba de una cuestión de lealtad, lealtad hacia aquel niño que jugaba despreocupado en medio del anochecer irlandés. Ese era el viaje que él habría elegido.

Animado por unos proyectos tan ambiciosos, casi se me había pasado por alto que sólo una vez en la vida había montado a caballo. Esto fue en Wyoming, donde un ranchero bastante perspicaz me había facilitado un caballo tan dócil que tendía a quedarse dormido a cada paso. Pero había bastado para convencerme de que yo era un consumado jinete. De vez en cuando, amigos bienintencionados mencionaban como al descuido el tema de mi experiencia montando a caballo. Con tacto intentaban hacerme ver la diferencia entre unas vacaciones en un rancho y mil quinientos kilómetros a través de Mongolia, pero no permití que me convencieran.

En los ajetreados días que precedieron a la partida, decidí comprar mi propia silla de montar. Los mongoles montan en sillas de madera y pensé que, con toda probabilidad, esa es una técnica que hay que aprender de pequeño si quieres tener alguna esperanza de sobre-

vivir. Elegí la silla de estilo occidental, con un pomo tranquilizador al que poder sujetarme en caso de que los caballos resultaran retozones... En Herefordshire, acompañado por un excelente proveedor de accesorios ecuestres, pasé una tarde feliz eligiendo mi equipo. Influido por el ambiente equino del lugar, casi perdí la cabeza y me compré un complejo surtido de riendas, un ronzal, una almohaza, una espléndida ganzúa para cascos, un albarda de fieltro, unas alforjas, un par de espuelas, una petaca, unos estribos de cuero, unos zahones y una curiosa herramienta, muy similar a un cuchillo para cortar queso, cuya utilidad nunca llegué a averiguar. Mi placer sólo se vio interrumpido por el escepticismo del joven vendedor, que sin duda tenía que hacer grandes esfuerzos para asimilar el reto que suponía la expedición que yo me proponía realizar debido a la ingenuidad de mis preguntas.

De regreso a Londres me detuve, en la catedral de Hereford, para examinar el Mappa Mundi. Se exhibe en un moderno complejo de salas cuya luz atenuada, tras los deslumbrantes rayos de sol que se filtraban en el claustro, transmitía las difusas incertidumbres del pasado. La fecha de su creación se sitúa hacia finales del siglo XIII, cuando el Imperio Mongol se encontraba en pleno apogeo.

Con el paso de los años, gran parte de la superficie del pigmento original se ha escamado —el verde luminoso de los mares, el azul de los ríos—, y sólo queda la base erosionada por el tiempo, color del cuero viejo. En la religiosa placidez del lugar, parecía un artefacto ritual, un trozo de pellejo antiguo, cubierto de símbolos y oscuros fragmentos de texto, una geografía de conjuros y maravillas.

En la Europa del siglo XIII, el conocimiento geográfico estaba en su nivel más bajo; por tanto, el Mappa Mundi no es tanto un elemento cartográfico como un relato de historias diversas, una especie de compendio de todos los relatos y las maravillas extraídos de la Biblia, de los autores clásicos y de las mitologías medievales, desarrollados a través de todos los continentes. Las alarmantes advertencias de Matthew Paris, redactadas sólo cuarenta años atrás, habían encontrado una resonancia nada fiable allí, en los temores que inspiraba Asia. Mientras Europa figura llena de ciudades tranquilizadoras, representadas por pequeños dibujos a pluma de castillos y campanarios, el resto del mundo está representado como un paisaje poblado de seres fabulosos, como una caja de resonancia de relatos y obsesiones des-

mesuradas, de esperanzas y temores respecto a la oscuridad que imperaba más allá de nuestras fronteras.

En África se ven unicornios y hombres que montan sobre cocodrilos como si éstos fueran caballos. En las estimulantes provincias del Alto Nilo están los blemios, que tenían la cabeza en medio del pecho. Más lejos se hallaban los sátiros, los hermafroditas y los trogloditas, así como una raza espléndida de labio inferior prominente, que podía desplegar como si de una sombrilla se tratara y así protegerse del implacable sol ecuatorial.

Con el este situado en la parte de arriba, según las convenciones de la época, Asia ocupa la mitad superior del mapa. La India está repleta de aves legendarias, como el águila Alerion, y de aligatores que acechan por las riberas del Hydaspes. Los dragones pululan por la isla de Ceilán, mientras los hombres con cabeza de perro patrullan las regiones situadas al este de los Cárpatos.

Mi viaje a Mongolia me aguardaba más allá del extremo oriental del mar Negro, donde el Vellocino de Oro de Jasón se halla tendido como un pellejo secándose al sol. Al norte se encuentra Escitia, la salvaje región interior de los griegos, donde dos tipos de aspecto bastante agresivo se atacan el uno al otro con un cuchillo. Hacia el oeste están los grifos, que forman parte de la tradición nómada de estas regiones; se dice de ellos que utilizaban los cadáveres de los enemigos como arreos para las monturas (podía verse una piel humana colocada encima de un corcel, a modo de silla de montar). Más allá del Oxus se encuentra Samarcanda, una ciudad insólita para estas tierras, cuyo aspecto recuerda un esbozo isabelino para el Globe Theatre. En la orilla más alejada del Yaxartes, antiguo nombre del actual Syr Daryá, están los esedenios, devorando respetuosos a sus padres ya fallecidos, una práctica que creían preferible a dejar que se los comieran los gusanos. En una península roma, rodeada de murallas con torreones, hay un largo y confuso relato en latín macarrónico, que identifica el sitio donde Alejandro Magno encerró a los hijos de Caín: una tribu terrible que resurgirá cuando se acerque la llegada del Anticristo. No lejos de allí, en la isla de Terraconta, está la raza descendiente de Gog y Magog, «una estirpe monstruosa», los enemigos de Dios, los poderes terrestres que, según el Apocalipsis, un día invadirán su reino.

Me puse de puntillas para examinar de cerca mi destino, en los

confines exteriores de Asia. En la esquina superior izquierda del mapa, en la parte más lejana del mundo conocido, donde debería estar Mongolia, entre las fronteras de China y el ignoto océano Exterior, el pergamino se volvía más oscuro y las figuras más borrosas, e incluso había zonas que parecían desaparecer en la penumbra. Justo allí, un dibujo representaba a unos hombres con cascos de caballo: la tierra de los hipopodos.

Desde la antigua Grecia se tenía la presunción de que los hombres sedentarios tenían que enfrentarse a los hombres montados de las estepas, cuyas extraordinarias proezas ecuestres rozaban lo inhumano, hasta el punto de que había en ellos una parte de caballo. Si a quienes pintaron el mapa les había llegado algún rumor de la existencia de los mongoles, quizá fuera el de que se trataba de una raza tan evanescente, indómita y temeraria, que los habían dibujado con la forma de un caballo haciendo cabriolas.

Aquél era mi destino: unas pálidas marcas en el extremo más lejano de Asia, en un atlas creado por la imaginación.

I

NUESTRA SEÑORA DE LOS MONGOLES

DURANTE EL VUELO VESPERTINO A ESTAMBUL, el avión se movió a sacudidas debido a los enfurecidos vientos. Nubes oscuras, procedentes del este, se concentraban en el cielo. Y Asia, inclinada bajo las alas, se me presentó negra y atronadora.

Cuando entré en la ciudad, era ya pasada la medianoche. Estambul estaba desierta. En la oscuridad, me sorprendió la apariencia europea de las empinadas calles diseñadas por el sultán Ahmet: sus casas altas y estrechas, los dinteles en forma de abanico sobre las puertas, los balcones de hierro forjado, las persianas en las ventanas... Crucé los jardines vacíos del Augusteon, el antiguo foro de Augusto, donde los dos grandes rivales de Estambul —la Mezquita Azul, o del sultán Ahmet, y Santa Sofía, los vencedores y los vencidos, se miran frente a frente a través de los parterres de rosas. La Mezquita Azul aparecía llena de gracia y delicadeza, como una bailarina arquitectónica que se alzara de puntillas. Los pájaros giraban en torno a los alminares bajo los elevados focos de luz. Al otro lado de la plaza, Santa Sofía, en el pasado la iglesia más grande del mundo cristiano, se mostraba enfurruñada bajo el abrazo de los plataneros.

Encontré el hotel en el laberinto de calles adoquinadas que bajan hasta las murallas de Bizancio, junto al mar de Mármara. Golpeé con los nudillos en la ventana y desperté al *bekçi* que dormitaba en un banco del vestíbulo. Un tipo alto y de aspecto lúgubre me precedió en silencio por las escaleras, me enseñó la habitación con un movimiento lento y aparatoso del brazo y luego cerró con cuidado la puerta tras salir, como si cerrara la tapa de un precioso cofre.

La primera noche es siempre la más extraña. Me acerqué a la ventana y miré hacia abajo, a las callejuelas turcas. Entre la basura que ha-

bía enfrente, un gato estaba marcando su territorio. Alcé la vista por encima de los tejados y descubrí los barcos que estaban anclados allí donde el mar de Mármara se estrecha, en la boca del Bósforo. Me pregunté si alguno de aquellos barcos sería de bandera rusa. Confiaba en encontrar algún carguero de esta nacionalidad que me llevara en el primer tramo del viaje, a través del mar Negro, hasta la península de Crimea. Pero mi mente todavía permanecía en Londres. Dormí en una cama estrecha y soñé que hacía el equipaje en las familiares habitaciones de mi propia casa. Hubo un momento en que me desperté con la idea repentina de que debía incluir en el equipaje zanahorias para los caballos. Al otro lado de la fantasmagórica ventana, los almuédanos llamaban para la plegaria.

Desayuné en una terraza de la azotea que daba al rojo desteñido de los muros de Santa Sofía. De pronto, Londres había desaparecido de mi pensamiento y el mundo tenía para mí otro foco de atención. En la habitación del hotel desplegué los mapas sobre la cama y telefoneé a las agencias navieras para averiguar los nombres de los barcos que debían zarpar al día siguiente rumbo a Sebastopol.

A PESAR DE QUE ESTAMBUL HA SIDO UNA CIUDAD MUSULMANA durante los últimos cinco siglos, los europeos todavía experimentamos un sentimiento de propiedad respecto al lugar. Durante casi dos mil años ha sido una de las nuestras. Bizancio fue una ciudad griega, y Constantinopla, su sucesora, fue la nueva Roma. En el museo arqueológico, el espléndido sarcófago de Alejandro y una escultura en relieve de Eurípides son las estrellas principales en unas salas repletas de antigüedades clásicas. Es la única ciudad del mundo que se halla a horcajadas entre dos continentes, pero durante mucho tiempo su centro estuvo en Europa. Luego, mientras estábamos ocupados en otros puntos geográficos, la ciudad se escurrió de la órbita europea y se convirtió en Estambul, una ciudad turca que regía un imperio asiático, sede tanto del sultanato otomano como del califato islámico. Para el visitante europeo, la ciudad moderna podría parecerse a un tío incorregible que después de deambular por Arabia regresa al cabo de los años luciendo barba y pantalones de raso, importa la costumbre de fumar en pipa de agua y trae una esposa joven, ataviada con una sábana negra.

En la Antigüedad, la posición de Constantinopla exageraba los temores habituales hacia los nómadas bárbaros. Los rumores de que los jinetes escitas vagaban por las estepas del Don, al otro lado del mar Negro, se hacían eco de las leyendas griegas acerca de los centauros, criaturas mitad hombre y mitad caballo cuyos anhelos indómitos constituían una amenaza para el orden civilizado. Sin embargo, a la ciudad no le preocupaba en exceso la invasión de los nómadas. Cuando los turcos se abatieron sobre Constantinopla, en la primavera de 1453, sus orígenes como pueblo de pastores habían caído casi en el olvido. Hacía varias generaciones que se habían convertido al islamismo, adoptando las costumbres de la corte persa y los hábitos de las ciudades.

A pesar de que los mongoles nunca se apoderaron de Constantinopla, la ciudad contiene un curioso vestigio del Imperio Mongol: una iglesia bizantina del siglo XIII conocida como Mouchliotissa o Nuestra Señora de los Mongoles (la actual Kanli Kilise). Esta iglesia constituye el único vínculo con la capital griega anterior a la conquista turca, puesto que es la única iglesia bizantina que nunca convirtieron en mezquita. Desde Londres había enviado un fax al patriarcado preguntando por la Mouchliotissa, y recibí una amable respuesta del metropolitano de Laodicea, una ciudad del Imperio Bizantino que acabó en ruinas antes incluso de que Colón partiera hacia América. El metropolitano me invitaba a visitarlo cuando llegase a Estambul. Podría concertarme una visita a la iglesia. Su fax concluía con la bendición del patriarca hacia mi viaje, y por un momento disfruté con la idea de partir hacia Mongolia con una bendición eclesiástica más antigua y más importante que la del papa.

El Patriarcado de la Iglesia ortodoxa griega, el Vaticano de la Iglesia de Oriente, permanece en Estambul como si la conquista de los turcos, en 1453, fuera sólo una anomalía temporal, con pocas probabilidades de durar lo suficiente para que valga la pena cambiar de residencia. Aunque los griegos han continuado viviendo y rezando en Estambul durante siglos después de la conquista turca, su número ha menguado estrepitosamente. En el siglo XX, la caída del Imperio Otomano y el surgimiento del nacionalismo turco y del fundamentalismo musulmán fueron testigos de un éxodo espectacular entre los griegos, de manera que, en la actualidad, no llegan a cuatro mil los que per-

manecen en una ciudad con doce millones de habitantes. Sin embargo, el patriarca continúa viviendo en aquella ciudad como si nada hubiese ocurrido. Pese a que preside una comunidad de cristianos ortodoxos de ámbito mundial, en Estambul, donde tiene su sede, su congregación se ha marchitado. Esta anomalía otorga al Patriarcado una curiosa apariencia de ficción, como la del último emperador en la Ciudad Prohibida de Pekín, con una corte gobernando un reino ya extinto.

Y una mañana luminosa, después de llamar a un viejo *hadji** ataviado con un gorro de lana y un chaleco de seda, cogí un taxi fluvial para subir por el Cuerno de Oro. El Patriarcado se encuentra en Fener, antes un distrito griego y ahora un barrio turco degradado, con una personalidad marcadamente fundamentalista. Rodeado por altos muros y custodiado por centinelas, es un lugar sitiado. Los musulmanes fundamentalistas, que tienen un don especial para crear enemigos ficticios, a menudo apuntan hacia el Patriarcado como si los ancianos sacerdotes supusieran una amenaza para la fidelidad religiosa de una nación de sesenta millones de musulmanes. Las pintadas se multiplicaban por sus muros y, el año anterior a mi visita, desde un alminar cercano habían lanzado una bomba al interior del patio. Poco faltó para que mataran al vigilante, un hombre de unos cincuenta años, y destruyeran una biblioteca con más de mil quinientos años de antigüedad.

Salió a recibirme uno de los secretarios, George, que se disculpó porque el metropolitano llegaría con retraso a la cita: a pesar de que su diócesis llevaba un siglo siendo musulmana, por lo visto el metropolitano no paraba ni un momento. Para esperarle, me instalé en el despacho del secretario. George, un hombre alto y corpulento, ataviado con sotana y una barba poblada, como todo el mundo dentro de aquellas antiguas paredes, parecía un venerable dignatario eclesiástico. Me sorprendí cuando me dijo que era un estudiante de último curso de enseñanza secundaria en Minneapolis.

El espectacular declive de la comunidad griega en Estambul hacía difícil para el Patriarcado cubrir las plazas de empleo vacantes, incluso dentro de su propia sede. La llamada del amplio mundo griego atrajo a George, un muchacho de ascendencia griega nacido en Minne-

* Musulmán que ha realizado el viaje de peregrinación a La Meca. *(N. del T.)*

sota, a trabajar en el Patriarcado durante su año de transición entre el instituto y la universidad.

Su aspecto les encantó. Era alto, sus ojos transmitían decisión y su mirada sombría parecía la de un arzobispo. Ellos le dieron las ropas, él se dejó crecer una gran barba —parecía la clase de muchacho que puede hacerlo durante un fin de semana— y de pronto se pareció más a un patriarca que el propio patriarca. George podría haber emergido de un mosaico del siglo XI. Pero, a pesar de su impresionante aire de gravedad religiosa, no dejaba de ser un muchacho de instituto.

Estambul no era el tipo de ciudad ideal para George. Con diplomacia, intentó mostrar entusiasmo por las antigüedades, por el Bósforo, por la comida, pero el horror que como estadounidense sentía por el caos y la decrepitud general de la ciudad era algo difícil de disimular. Sentía añoranza por el Medio Oeste. Le pregunté qué más echaba en falta. Pensativo, mordisqueó el extremo del lápiz. Supuse que optaría por los vínculos familiares, o por su comunidad religiosa.

«Los Cheetos», contestó al cabo de un rato.

«¿Qué?»

«Sí, ya sabe... Esas cosas para picar, con sabor a queso.»

Los Cheetos no eran sólo un indicio. En George coexistían con dificultad dos personas totalmente distintas. Me contó que planeaba ser cura ortodoxo, y luego, casi sin pararse a respirar, me comentó lo difícil que era conocer chicas en Estambul. A los candidatos al sacerdocio ortodoxo que ya estaban casados se les permitía con generosidad conservar a sus esposas, me explicó, pero a los que eran solteros en el instante de hacer los votos se los obligaba a permanecer célibes. En septiembre tenía intención de ingresar en un seminario en Estados Unidos, donde estaría tres años estudiando; aquél no sería el mejor sitio para conocer chicas. George demostraba un interés desesperado por todo lo concerniente al amor. Puede que lo movieran razones eclesiásticas, pero tendía a parecerse a esos ataques hormonales tan comunes en los muchachos de diecinueve años.

Con toda la delicadeza que su carácter patriarcal le permitía, me preguntó cómo pasaba yo el tiempo en Estambul, dirigiendo poco a poco la conversación hacia mis actividades sociales. Me di cuenta de lo que andaba buscando —dónde podía encontrar un buen sitio para ligar en Estambul—, pero su labor clerical, la sotana y el icono que

colgaba encima del escritorio hacían difícil abordar el tema con la suficiente franqueza.

Entonces sonó el teléfono. Era un amigo del instituto en Estados Unidos. En menos de un segundo, el barbudo clérigo pasó a utilizar la jerga habitual de los colegios estadounidenses.

«¡Bobby! ¿Cómo va? —exclamó George—. Mira, tío, necesito salir de aquí. Llevo ya nueve meses, y este sitio me hará perder la chaveta.»

Permaneció escuchando un rato y luego preguntó:

«¿Qué ha sido de aquella tía de Saint Paul? —se produjo una pausa, en la que George se entretuvo mordisqueando las puntas de su barba—. Ya sabes, la del peto atado con cintas por detrás. Debbie. La conocimos en el Dairy Queen».

Hubo una pausa mucho más larga que la anterior. La expresión de George se ensombrecía a medida que escuchaba. Era obvio que en la vida de Debbie, la del Dairy Queen, se habían producido algunos acontecimientos. Al cabo de unos segundos, George se encogió de hombros.

«Ey, ¿quién se preocupa por eso? —protestó—. Hay otras chicas.»

Estuvieron charlando un rato sobre baloncesto y los Bulls de Chicago, y luego George colgó. Daba la impresión de que se hubiera encogido un poco dentro de su hábito.

«Hayal Kahvesi —le dije—. Está tocando a la Istiklal Caddesi, cerca de la plaza Taksim.»

«¿Y eso qué es?»

Los pensamientos de George todavía estaban en el peto de Debbie.

«Un café. Allí puedes tomar una cerveza, escuchar música. Es un buen sitio para conocer gente.»

La idea de George apareciendo con su hábito en medio de la gente mundana que frecuentaba aquel café de moda centelleó por un momento dentro de mi cabeza.

«El atuendo es informal allí», puntualicé.

EL METROPOLITANO DE LAODICEA nunca se presentó a la cita. Telefoneó con el móvil para disculparse porque lo habían retenido, pero

aseguró que lo había dispuesto todo para que el cura de la Mouchliotissa me acompañara a la iglesia. El padre Alexandros apareció al cabo de poco, sin aliento y vestido como un empleado de pompas fúnebres. Era un hombre de unos cuarenta y pico años, apuesto, de abundante cabello negro, largas pestañas y la preceptiva barba. Había sido farmacéutico, pero en cuanto el patriarca empezó a andar escaso de sacerdotes persuadió a Alexandros, un amigo de la familia, para que renunciara a vender aspirinas y a las guardias nocturnas a cambio del incienso y el agua bendita.

Alexandros había vivido en Fener antes de que los griegos abandonaran el distrito y se trasladaran a otros barrios de Estambul más seguros durante los disturbios de 1955 en contra de los griegos. Subimos a través de las angostas calles de su infancia, repletas de casas del siglo XIX, de estilo griego, embutidas en medio de restos antiguos de Constantinopla: viejas murallas de la ciudad, las bóvedas en ruinas de un monasterio, el chamuscado esqueleto del Palacio de los Valacos, los cascotes de una escuela griega... En lo alto de un callejón, tan empinado que se habían visto obligados a poner escaleras, señaló su antigua casa, una mansión de color ocre medio desconchada, dividida en apartamentos y llena de tendederos con la colada. Un enjambre de chiquillos salió por la verja para agarrarnos de la mano y tirar de nosotros a través del jardín en el que Alexandros había jugado de pequeño, ahora repleto de chatarra y charcos de aceite, a fin de que disfrutáramos de la vista del Cuerno de Oro por encima de un muro medio derruido.

«Clemátides —señaló Alexandros—. Solía haber clemátides en este muro.» Metió la mano en un agujero entre los viejos ladrillos. «Escondía canicas aquí dentro», dijo, pero sólo sacó un puñado de polvo.

Nuestra Señora de los Mongoles estaba en la calle que venía a continuación, detrás de unos altos muros de color rojo. El tambor circular de la cúpula se elevaba por encima de un patio soleado y lleno de rosales, donde un viejo conserje barría las hojas. Alexandros abrió las altas puertas que daban al oeste y nos envolvieron los antiguos olores eclesiásticos del incienso, la cera de las velas y el abrillantador de la madera. En el nártex, el cristal protector que enmarcaba el icono de la Virgen estaba cubierto con besos de carmín.

A través de los siglos, la iglesia había perdido algunas de sus de-

pendencias, y lo que quedaba era una confusión bastante atractiva de arcos y bóvedas que se juntaban formando ángulos extraños. En los altos techos, las polvorientas arañas colgaban de largas cadenas como si fueran desechos de una sala de banquetes medieval. En todas las paredes había iconos bizantinos, y en ellos el rostro de los santos y los profetas asomaba a través de la vieja pátina de la pintura. Junto al icono de Santa Bárbara se veía una muleta de metal, abandonada en ofrenda por algún cojo curado milagrosamente. Por todos lados había miniaturas votivas, que colgaban de un hilo frente a los iconos más influyentes, con la esperanza de obtener un milagro similar. Las más populares eran las piernas, así como las orejas y los pies. Pero los devotos no se limitaban a pedir nuevos miembros corporales: los cochecitos de juguete, las maquetas de casas nuevas y los pequeños aviones indicaban plegarias para obtener el éxito material o para realizar unas vacaciones en el extranjero. Un peticionario bastante confiado y desvergonzado había colgado, delante del icono de San Jorge, una foto recortada de alguna revista del corazón, en la que se veía a una chica atractiva en biquini. No supe con certeza si representaba las aspiraciones de un hombre en busca de ayuda para su vida amorosa, o las de una mujer que estuviera haciendo régimen.

La princesa María, hija ilegítima de Miguel VIII *Paleólogo*, un emperador bizantino que tendía a repartir a sus hijas entre los posibles aliados, como si de subsidios se tratara, había fundado la iglesia. Eso sucedía a mediados del siglo XIII, cuando los mongoles ejercían una fuerte presión en la frontera. Como Miguel ya había entregado a una de sus hijas al kan mongol de la Horda de Oro, gobernador de las provincias situadas al norte del mar Negro, a María la prometió, desde su más tierna infancia, a Hulagu, nieto de Gengis Kan y gobernador de otra de las cuatro provincias del Imperio Mongol: el kanato de Persia.

Debido a la edad de María, el noviazgo fue muy largo y, cuando se presentó en Tabriz para la boda, su prometido había fallecido. Sin embargo, Hulagu, en su testamento, había cedido amablemente la novia a su hijo Abaka y, llegado el momento, María contrajo matrimonio con el hombre destinado a ser su hijastro. De esta manera, María se convirtió en reina de los mongoles durante quince años, hasta que en 1281 Abaka murió asesinado por uno de sus hermanos. Después de esquivar con enorme cautela las proposiciones del asesino, que la con-

sideraba una parte de la herencia, María regresó a Constantinopla, donde su padre, al que por entonces se le habían agotado las hijas, no tardó en quererla casar de nuevo con otro kan mongol. Sin embargo, para María un marido era más que suficiente. El idilio mongol la había convencido de los méritos de la castidad, así que se hizo monja y en la década de 1280 fundó —o con mayor probabilidad mandó reconstruir— aquella iglesia.

Un par de siglos después, en la época de la conquista turca, cuando se decía que por toda la ciudad los iconos de la Virgen derramaban lágrimas, las iglesias de Constantinopla se convirtieron en mezquitas. Incluso a Santa Sofía, que durante nueve siglos había sido la basílica más hermosa de la cristiandad, le colocaron unos alminares en torno a la cúpula, como si de unos guardianes se tratara. Nuestra Señora de los Mongoles escaparía de esta conversión indiscriminada. Nadie sabe muy bien por qué motivo, aunque es muy posible que los feligreses argumentaran que una iglesia construida por la esposa de un príncipe mongol, ambas figuras inspiradoras de sus parientes lejanos, los turcos otomanos, bien merecía que la dejaran en paz. Fuera cual fuera el motivo, el firmán —o decreto de Fatih, el conquistador turco— en donde se garantizaba este permiso único para que siguiera siendo una iglesia, todavía cuelga en la parte interna de la puerta occidental. Nuestra Señora de los Mongoles es la única iglesia bizantina de la ciudad que ha seguido siendo católica sin que la importunaran.

Mientras yo curioseaba entre los iconos, el padre Alexandros se afanaba por la iglesia como un concienzudo guardián, enderezando las velas de los candelabros, vaciando los cepillos, sacando el polvo a los anaqueles del iconostasio. Se le veía muy orgulloso de su vieja iglesia y le encantaba que un extranjero se tomara tanto interés por ella. De vez en cuando interrumpía su labor para indicarme algún detalle, ansioso de que no me lo perdiera. En cierto momento me cogió del brazo y me guió hacia un precioso mosaico de la Virgen, perteneciente al siglo XI.

«Theotokos Pammakaristos», dijo y efectuó una inclinación de cabeza, como si nos estuviera presentando.

A pesar de la mugre centenaria de siglos, los ojos de la «Gozosa Madre de Dios» eran charcos de luz. Me enseñó el firmán de Fatih, es-

crito con sinuosos caracteres arábigos. Luego me hizo bajar por un breve tramo de escalera hasta la cripta, donde me salpicó con agua bendita de la pila. En un fresco situado al fondo, la Virgen y el Niño dominaban el recinto como tenues fantasmas. La relación de la iglesia con los mongoles no significaba nada para él. Según la comunidad griega, lo fundamental de la Mouchliotissa era su relación con Bizancio.

La cuidadora de la iglesia, una mujer de raza siria, nos sirvió un té en el patio, y nos sentamos bajo una franja de sol rectangular en un saliente adosado al muro sur. Le pregunté al padre Alexandros por el futuro de la comunidad griega en Estambul.

«No existe futuro alguno —contestó con rotundidad—. Los griegos han vivido aquí durante más de tres mil años, pero yo presenciaré el final de todo esto... La mayoría de mis amistades ha emigrado. Y mis chicos emigrarán también. A Atenas, puede que a América.»

Acariciaba la piedra del saliente mientras hablaba, y la vieja argamasa se desmenuzaba entre sus dedos. «La ciudad es mi hogar, el hogar de mi gente, pero nos ha abandonado. A menos que seas turco, es imposible vivir aquí. La comunidad griega no tiene futuro en Constantinopla.»

CUANDO LA PRIMERA TORMENTA DE LA CONQUISTA MONGOLA pareció amainar, a mediados del siglo XIII, los príncipes de la cristiandad desearon conocer más cuestiones acerca de aquellas apariciones orientales que tan cerca habían estado de arrasar Europa. Así que enviaron una serie de misiones, la mayoría encabezadas por frailes franciscanos, a fin de que informaran sobre los mongoles y su posible conversión al cristianismo. Empezando por el Papa, los gobernantes europeos alimentaron la esperanza, algo pintoresca, de que podrían utilizar a los jinetes mongoles para expulsar de Tierra Santa a los musulmanes.

Dos de estos frailes, Juan del Pian Carpino y Guillermo de Ruysbroeck, escribieron una crónica de sus respectivos viajes. Este último escribiría la más interesante, un relato lleno de observaciones irónicas y pintorescas acerca de aquellos pastores mongoles que de repente se encontraron con que tenían que gobernar gran parte del mundo conocido. La misión de estos frailes precedería en casi veinte años al famoso viaje de Marco Polo, e incluso sir Henry Yule, el gran comentarista inglés de este famoso viajero, se vio obligado a reconocer que fray

Guillermo había escrito «un libro de viajes con pretensiones mucho más elevadas que los capítulos de Marco Polo». Pero fray Guillermo padecería el mismo destino que muchos escritores de valía: un mal editor. Su libro nunca alcanzaría la difusión que obtuvieron los relatos de Marco Polo.

Ahora tendemos a considerar a fray Guillermo como uno de los primeros exploradores, pero, tal como les ocurrió a los mejores, no tenía ni idea de adónde se dirigía, de cómo iba a llegar allí ni de qué haría una vez hubiese llegado. Cuando partió de Estambul, en la primavera de 1253, estaba internándose, como Jasón y los Argonautas, en la negrura de la barbarie. Su viaje lo llevaría desde Estambul, por el sur de Rusia y lo que en la actualidad es el Kazajstán, hasta Karakoram, la lejana capital de Mongolia. Esta era la ruta que yo quería seguir y, a través de los siglos, él sería mi compañero de viaje.

Guillermo de Ruysbroeck había zarpado en una de las naves comerciales que transportaban algodón, seda y especias desde Constantinopla hasta los puertos de la costa norte del mar Negro. En Karaköy, nada más doblar el recodo del Cuerno de Oro, encontré los equivalentes modernos a la nave de fray Guillermo, los cargueros rusos y ucranianos que efectuaban la misma ruta de entonces. La caída del comunismo ha dado nuevos ímpetus al comercio del mar Negro, y Turquía se ha convertido en un puente ideal para la penetración de productos occidentales, desde tomates enlatados hasta whisky Johnnie Walker. Los rusos y los ucranianos, ahora tan libres para viajar como los Levi's y la Coca-Cola, viajan a Estambul para disfrutar de las centelleantes luces y comprar al por mayor. Para sus desplazamientos utilizan los cargueros, el único medio de transporte que les consiente el sobrepeso de equipaje.

Como mis averiguaciones por teléfono habían resultado poco satisfactorias, me acerqué a los muelles para ver si podía agenciarme algún pasaje. En posición de salida encontré un enorme buque de línea llamado *Marco Polo*. De haber tenido Guillermo de Ruysbroeck un editor más agresivo, aquel palacio flotante tal vez habría llevado su nombre. A pesar de lucir el ostentoso nombre de Marco Polo, el barco había degenerado de forma espectacular. Un poco más lejos, unos cuantos buques europeos se recostaban en los muelles como si fueran forzudos estibadores y más allá había un par de barcos turcos, pinta-

dos de un color gris acerado. En el extremo más alejado del muelle di con los cargueros rusos y ucranianos, el equivalente naval a los coches que no superan la ITV —la inspección del Ministerio de Transportes—, y que si se mantenían en pie era gracias a la herrumbre y a una mugrienta capa de grasa.

El último era el *Mijaíl Lomónosov*, un viejo montón de chatarra oxidada que daba la sensación de mantenerse a flote gracias a las cuerdas con las que estaba amarrado. Su aspecto era desastroso: parecía desinflado, como si alguien le hubiera extraído el aire de los neumáticos. Estaba escorado. Combado. Y, a través de algo que recordaba un ojo de buey, de sus poco prometedores camarotes salía una columna de humo negro.

A un hombre, que lucía la chaqueta de la marina mercante y permanecía apoyado en la barandilla de la pasarela superior, le interrogué a gritos. Me contestó que el lunes, dentro de dos días, zarpaban para Sebastopol. Por señas me indicó que subiera a bordo y avancé por la pasarela con pasos cautelosos, no muy convencido de que el barco pudiera soportar mi peso.

El individuo se presentó como Dimitri, el segundo de a bordo. Tenía uno de esos típicos rostros eslavos, estrecho, muy pálido y huesudo, permanentemente contraído en una expresión de ansiedad. Le pregunté por los camarotes y, a través de un tubo que había en el parapeto situado a sus espaldas, llamó a gritos al jefe de acomodación. El oficial me acompañó abajo, me enseñó un camarote lleno de sacos de cebollas, que me prometió retirar de allí, y me sopló cien dólares a cambio de un mugriento recibo escrito en el dorso de un posavasos.

La celeridad y lo informal de aquella transacción me inquietó. De regreso a cubierta, me demoré en la pasarela con el segundo de a bordo, intentando averiguar más cosas acerca de aquel barco en donde había depositado una buena parte del adelanto de mi editor. A pesar de su aspecto serio, el hombre daba la sensación de estar ansioso por conversar, y lo hizo con el inglés entrecortado que suelen utilizar en los barcos.

«¿Le han dado recibo?», preguntó.

Le enseñé el posavasos y él asintió. Era obvio que los posavasos constituían una moneda de curso legal en el *Mijaíl Lomónosov*.

«No debe fiarse de nadie en este barco —añadió y se inclinó hacia

delante para escupir por encima de la barandilla—. Éste será mi último viaje. Ya no lo soporto más. ¿Sabe cuántas veces he hecho esta travesía? ¿Sebastopol, Estambul. Estambul, Sebastopol...?»

Le contesté que no tenía la menor idea.

«Cuatrocientas cuarenta y siete veces. Eso no es vida... Éste va a ser mi último viaje. Cuatrocientas cuarenta y siete veces. Pienso que ya es bastante. Me estoy volviendo loco. Si no me largo de este barco, voy a matar a alguien.»

Sentí algo de alivio al descubrir que había descartado el asesinato como opción primordial para su carrera.

Entonces, en algún lugar del barco, sonó dos veces un timbre y el hombre se volvió dispuesto a marchar.

«Zarpamos a las seis en punto, el lunes por la tarde. Espero que no se retrase.»

AL DÍA SIGUIENTE, DOMINGO, ASISTÍ A LA MISA DE LA MAÑANA en Nuestra Señora de los Mongoles. Pensé que un par de oraciones para el viaje no me haría ningún daño. Cuando llegué, el servicio había empezado ya, pero el padre Alexandros se interrumpió a mitad de un cántico para indicarme que tomara asiento. Al mirar nervioso a mi alrededor, comprendí lo especial de aquel trato: yo era el único feligrés. Una medida de la decadencia de aquella antigua iglesia, en la ciudad donde está la sede del Patriarcado, era que el único devoto que había conseguido convocar en una cálida mañana de un domingo de primavera fuera un solitario presbiteriano irlandés.

En los servicios presbiterianos no hay que hacer gran cosa, aparte de dormitar en el banco mientras un agitado predicador advierte del fuego y el azufre que nos espera en la etapa que sigue a la jubilación. Un par de himnos, el pase del platillo para la entrega de la limosna y vuelta a casa. Para los presbiterianos, hasta la misa común anglicana es una complicada ceremonia que exige cierto grado de inquietante participación: respuestas, plegaria colectiva, por no mencionar el interminable arrodillarse y levantarse en momentos por lo demás impredecibles. De repente, me había convertido en el componente crucial en uno de los rituales más ancestrales que la Iglesia cristiana podía ofrecer y además allí, en el último vestigio que quedaba de Bizancio.

Las únicas personas presentes, aparte de mí, eran el monaguillo con aspecto de Neandertal que no paraba de espiarme a través de una puerta del iconostasio, como si nunca hubiera visto a un feligrés en su vida, y un anciano cantor solista, una figura cadavérica ataviada con una túnica de color negro. Con una guadaña y una sonrisa, el cantor habría parecido tan implacable como la muerte. Estaba de pie en un lateral del atrio, cantando pasajes interminables en griego antiguo y con una hermosa voz. En las pausas, donde era obvio que la congregación tenía que responder, miraba hacia mí por debajo de los párpados entrecerrados. Yo bajaba la vista hacia el suelo o examinaba la bóveda con crítica intensidad. La única palabra que yo entendía era «Amén», y cuando la escuchaba la repetía de corazón, para compensar todo el material importante que pasaba por alto. Además, para demostrar mi participación, hacía tantas señales de la cruz como podía: no es que esto fuera precisamente una costumbre presbiteriana, pero se lo había visto hacer a otros en el cine.

Después, ya en el patio, el de la guadaña se despidió con un asentimiento fúnebre, mientras el padre Alexandros y yo nos demorábamos para tomar un café con Nadia, la cuidadora siria, como si esto fuera ya una costumbre establecida entre nosotros.

No aludí al hecho de que no hubieran asistido feligreses. Aquello era como un miembro lisiado, al que uno ignora por simple educación. Y, con idéntica cortesía, el padre Alexandros tampoco se refirió a mi lamentable actuación en el papel de devoto ortodoxo.

«¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Estambul?», preguntó el religioso.

«Marcho mañana.»

«¿Sale para Londres en avión?»

«No, me dirijo a Mongolia», contesté, como si esto formara parte de un tour regular por la región.

Mientras yo enumeraba las etapas de mi viaje —a través del mar Negro, después por tierra cruzaría la península de Crimea, el sur de Rusia y el Kazajstán—, el padre Alexandros intentaba disimular su sorpresa tras una fachada de cortesía clerical. Cuando hube finalizado, depositó su taza vacía encima de la mesa, entre los dos.

«¿Qué espera encontrar en Mongolia?», preguntó y, a pesar de todos sus esfuerzos, percibí cómo en su voz se filtraba una nota de sarcasmo.

Me extendí acerca de la fascinación de los nómadas, hablando con excesiva rapidez y exagerando mi entusiasmo mientras intentaba convencerle. El padre Alexandros era el vivo ejemplo de un educado ciudadano: griego, de la ciudad cuyos habitantes habían creado la ciudad-estado, un hombre cuyos antepasados tal vez habitaron en aquella misma ciudad, una de las más antiguas e importantes del mundo, antes incluso del nacimiento de Cristo. Tuve la impresión de que se estremecía involuntariamente ante la idea de los nómadas, un pueblo que vivía en tiendas, gente que no construía nada. Enfrentado a su refinamiento civilizado, me esforzaba por convencerme a mí mismo de que los mongoles no eran unos bárbaros que habían dado un giro histórico equivocado al decidir quedarse con las ovejas en vez de unirse a las filas de los sedentarios convencidos, decididos a crear algo que perdurara más allá de su época.

«Yo tengo muy pocas oportunidades de viajar —comentó al final, y alzó la mirada hacia la vieja iglesia—. Tengo que cuidar de la Mouchliotissa. Si no mantengo viva esta iglesia, los turcos nos la arrebatarán. Y cuando la iglesia desaparezca, ya no quedará nada de Constantinopla ni de nosotros.»

Noté la irresistible atracción que la ciudad ejercía sobre él, el lazo de su propia identidad amarrado entre aquellas viejas piedras.

EL DOMINGO DE RAMOS DE 1253, cuando invitaron a Guillermo de Ruysbroeck a que predicara en Santa Sofía, aquella espléndida iglesia ya era muy antigua. Construida por el emperador bizantino Justiniano, entre 530 y 540, pertenece a la tradición arquitectónica de la basílica romana y, por tanto, de forma indirecta, al mundo pagano del templo griego.

El esplendor de Santa Sofía, o Iglesia de la Divina Sabiduría, reside en la transición entre su exterior apegado a la tierra y la etérea ingravidez de su interior. Por fuera, la gran iglesia resulta monumental, aplastada, y su forma original se confunde en gran medida con los contrafuertes y los alminares que se le añadieron después de la conquista turca, momento en que empezó a funcionar como mezquita. Pero por dentro emprende el vuelo. Es la transfiguración hecha arquitectura. Cualquiera puede pasar la mano por los sólidos muros exte-

riores, con casi un milenio y medio de antigüedad, mancharse y dejar que se desmenucen entre sus dedos, pero la magia etérea de la nave resulta menos tangible. Allí el aire tiene el color del oro y del polvo, como si fuera una exhalación de los viejos mosaicos y del mármol rojizo. Columnas de luz y motas de polvo caen desde las altas ventanas sobre la amplia superficie del suelo. Los muros, las columnas y las bóvedas lejanas parecen haberse construido ingrávidos; la gran cúpula, según escribió Procopio catorce siglos antes, parece suspendida desde el cielo mediante una cadena de oro. Robert Byron, al comparar la vieja basílica con San Pedro de Roma, escribió que Santa Sofía es una iglesia para Dios, mientras San Pedro es sólo «un salón para sus representantes».

Resulta un sitio amedrentador para iniciar un viaje a las estepas de los nómadas. Me pasé horas en Santa Sofía, vagando por las galerías superiores, debajo de las bóvedas en forma de concha, contemplando el inmenso tambor de la nave. Llegué a verla como si fuera mi mundo y me demoré allí en una especie de despedida. Mientras la oblicua luz de la tarde se deslizaba por las galerías, en medio de las sombras alargadas, yo percibía afuera el ruido cada vez más intenso de la ciudad a medida que sus habitantes iniciaban el viaje de regreso a sus casas. Envuelto en el abrazo dorado de Santa Sofía, de pronto vi el viaje a Mongolia como podría haberlo visto un bizantino: un viaje al interior del vacío, a una pavorosa vacuidad. Y entonces entendí las ambiciones y la riqueza de las ciudades. El deseo de esculpir las aspiraciones del corazón humano en una forma permanente era algo primordial en mi mundo. En Santa Sofía, este impulso había producido una trascendencia sublime.

Ese mismo día de principios del mes de junio, en el otro extremo de Asia, los mongoles estarían empacando sus cosas para trasladarse a los pastos de verano. No dejarían señal alguna de su paso, excepto la sombra de sus huellas en la hierba primaveral, allí donde habían alzado sus tiendas.

2

EL VIAJE DE PARTIDA

EN LOS MUELLES, MIS COMPAÑEROS DE VIAJE, una cola de figuras robustas bajo unas bolsas amorfas, ascendían por la pasarela del *Mijaíl Lomónosov* como si fueran refugiados en un noticiario cinematográfico.

Abajo, en el camarote, habían retirado las cebollas residentes, pero persistía un leve olor a acidez y un lecho de escamas rojizas. El jefe de acomodación apareció con mi compañero de camarote: un muchacho de Sebastopol, de unos quince años de edad, llamado Kolya. Había estado visitando a su madre, que trabajaba en Estambul. Era un muchacho delgado, de carácter rebelde y modales nerviosos, cuyas piernas larguiruchas se movían a sacudidas y chasqueaban con la impaciencia de los adolescentes.

Kolya y yo charlábamos utilizando una pintoresca amalgama de inglés, turco y ruso, animada por varios libritos de frases y un vocabulario de gestos y mimo. Esto posibilitaba una conversación sorprendentemente lúcida. Al principio intenté ceñirme a temas más o menos juveniles —su edad, la escuela, su madre, el hockey sobre hielo...—, pero no tardó en rechazar estas preguntas insulsas. Estaba ansioso por conocer el límite de edad legal para fumar y beber en Inglaterra, qué clase de armas llevaba la policía de Londres y si la reina aún era partidaria de las decapitaciones. Su Estambul había sido algo distinto del mío. Él no había oído hablar de Santa Sofía, pero sabía dónde conseguir relojes Rolex de imitación y podía citar sus precios en tres monedas diferentes. Como todos los demás en el barco, era un pequeño comerciante que llevaba a casa mercancía para vender en Sebastopol. Me enseñó sus artículos: camisetas, navajas automáticas, revistas pornográficas...

Se sentaba en el borde de la litera y daba golpecitos con las piernas, siguiendo un ritmo nervioso, al tiempo que soplaba anillos de humo hacia el ojo de buey. Kolya tenía prisa por crecer, por encontrar el carril rápido hacia el mundo adulto de la divisa fuerte, el comercio ilegal y las mujeres. Yo era mucho más de lo que podía haber esperado como compañero de camarote: un representante del fascinante y decadente Occidente, esa tierra feliz de estrellas del rap y Playstations. Con la esperanza de fortalecer nuestra relación, buscó la manera de hacerse útil para mí. Yo era un extranjero que viajaba solo en un barco lleno de ucranianos y rusos, y empezó por asignarse el papel de mi protector.

Su madre se presentó en la puerta del camarote para decirle adiós: una Venus ucraniana rubia y alta, envuelta en un abrigo con cuello de pieles, que hacía una fortuna como bailarina exótica en un club nocturno de Estambul. En el estrecho pasillo, Kolya mostró momentáneamente un semblante lloroso —un muchacho como los demás, despidiéndose de su madre—, pero, en cuanto ella se hubo marchado, se desprendió con rapidez de aquella inoportuna vulnerabilidad y empezó a contar el fajo de dólares que la mujer le había metido en el bolsillo. Después salió disparado por la puerta, como si tuviera que coger otro barco. Un cuarto de hora más tarde ya estaba de regreso, trayendo consigo una bolsa comercial de las tiendas libres de impuestos que había en los muelles. De su interior sacó un estuche de plástico duro. Lo abrió y me enseñó una pistola automática.

«Cien dólares», dijo, disponiéndose a abrir el precinto de la caja de municiones.

«¿Para qué la quieres?», pregunté y me agaché cuando él hizo girar el arma por todo el camarote.

«Protección», contestó el muchacho y sus ojos centellearon.

También se había comprado una pistolera de axila y me pidió que lo ayudara a abrocharla en torno a sus delgados hombros. Luego deslizó el arma dentro de la funda de cuero y se puso la chaqueta para ocultarla. Sonriente, el chico se quedó de pie ante mí, armado y peligroso, listo para el viaje de regreso a casa.

ZARPAMOS A LAS NUEVE. Abajo, en el camarote, sentí cómo una serie de estremecimientos sacudía todo el barco y, al salir a cubierta, descubrí que nos apartábamos del amarradero. Serpenteando por la entrada del Cuerno de Oro, una hilera de coches cruzaba el puente de Gálata, giramos Bósforo arriba para alejarnos de la ciudad vieja. El perfil urbano más espléndido del mundo, aquella silueta exquisita de cúpulas y alminares, se ensombrecía bajo un cielo amarillo como un limón. Santa Sofía, con sus redondeados hombros emergiendo de las copas de los árboles que adornaban el parque de Gülhane, tenía el color de una concha marina, una delicada gama de rosas y grises. Mecidos por la estela de las corrientes, los transbordadores salían de los embarcaderos de Eminönü con destino a Üsküdar, donde las luces se encendían a lo largo de la costa asiática. Me abrí paso entre cables y cajas de embalaje apiladas en la parte delantera de cubierta para situarme en la proa del barco mientras se deslizaba rumbo al norte, a través del corazón de la ciudad.

A nuestra izquierda surgió la austera fachada del palacio Dolmabahçe, que en el siglo XIX había reemplazado al de Topkapi. La sobria fachada esconde un interior dominado por el mal gusto, una mezcla de mobiliario operístico demasiado espantoso para entrar en detalles. Fue aquí donde, en los primeros años del siglo XX, los últimos sultanes contemplaron cómo su debilitado imperio se deslizaba hacia un ignominioso final. Gran parte del palacio estaba dedicado al harén, cuyos moradores parecían ir en aumento a medida que el número de provincias imperiales iba menguando. Lo más probable es que el sexo constituyera una especie de consuelo para la impotencia política.

El Bósforo constituye una pesadilla para cualquier piloto. En el serpenteante estrecho, las embarcaciones viran arriba y abajo entre ambos continentes, obligadas a esquivar las fuertes corrientes marinas, así como a las demás embarcaciones. Pasamos tan cerca de la mezquita de Ortaköy, en la vertiente europea, que a través de sus enrejadas ventanas logré atisbar una sincronizada hilera de traseros vueltos hacia arriba, en actitud de oración. Ochocientos metros más adelante, en las elegantes estancias de las restauradas mansiones otomanas de la orilla asiática, pude ver lo que estaban transmitiendo por televisión. Allí los accidentes no son algo insólito, y la gente cuenta anécdotas divertidas sobre los que viven en las mansiones a orillas del mar, como, por ejemplo, que alguna noche se han despertado envuel-

tos por la niebla y se han encontrado con un carguero ruso aparcado en la sala de estar. Desde finales de los años setenta se han contabilizado no menos de doce *yalis*, o mansiones otomanas, embestidas por embarcaciones al mando de las cuales iba un ruso medio borracho.

Estaba soplando un viento primaveral, el *kozbayuran firtinasi*, o viento que abrasa los nogales, y que baja por el Bósforo desde las colinas de Anatolia. En el lado asiático pasamos ante las agujas gemelas de la escuela de equitación otomana, donde a los cadetes se les enseña algo de la pericia equina que sus antepasados trajeron de Asia Central. Más allá distinguí el perfil desigual del Rumeli Hisari, cuyos muros almenados subían por las colinas del lado europeo. Abajo, en las laderas, está el cementerio más antiguo de Estambul. Tanto en este cementerio como en el del barrio de Eyüp, existe una maravillosa literatura, irónica y festiva, sobre los muertos. Durante el desayuno había estado leyendo algunas traducciones de esa literatura y descubrí que eran una excelente lección de cómo decir adiós.

«Compadezcámonos del buen Ismail Efendi —rezaba un epitafio—, cuya muerte ha causado gran tristeza entre sus amigos. Habiendo contraído la enfermedad del amor a los setenta años, se desbocó y partió al galope hacia el paraíso.»

En otra lápida, un relieve mostraba tres árboles: un almendro, un ciprés y un melocotonero: «He plantado estos tres árboles para que la gente conozca mi destino. Amé a una doncella de ojos almendrados, alta como un ciprés, y me despido de este mundo sin saborear sus melocotones...». Sabido es que los melocotones son para los turcos una metáfora de los pechos de la mujer. Al pasar por delante, el cementerio dejó ver sólo una mancha de oscuridad.

Al cabo de poco tiempo, la ciudad se quedó a popa. En ambas orillas, las hileras de luces se alejaban, y tanto Europa como Asia se separaban a medida que el estrecho se ensanchaba. Permanecí en la proa del barco hasta que pasamos frente al Rumeli Feneri y al Abadolu Feneri, los dos faros —situados uno en cada continente— que flanqueaban la entrada septentrional del Bósforo y parpadeaban siguiendo ritmos distintos.

En la Antigüedad, el mar Negro era una frontera acuática. Y cuando los griegos jónicos se aventuraron a cruzar aquella extensión azotada por los vientos, en busca de pescado o de trigo, se encontraron

con que en las costas más alejadas vivía un pueblo que muy bien podría haber surgido de la propia mitología griega. Los escitas eran un conjunto heterogéneo de tribus nómadas que sentían pasión por el oro y los caballos. Sin embargo, para los griegos eran unos bárbaros, receptáculo de sus ansiedades y prejuicios.

Herodoto nos ha dejado un relato subyugante de ese pueblo. Sus descripciones tienen notables similitudes con la crónica que fray Guillermo haría de los mongoles dos mil años después, un recordatorio, si es que hacía falta, de la naturaleza estacionaria de las sociedades nómadas y los temores a la invasión que éstas despertaron en las poblaciones sedentarias. Los escitas eran un pueblo sin ciudades ni cultivos, relata Herodoto, claramente desconcertado. Vivían de lo que producían sus rebaños de reses, ovejas y caballos, y según las estaciones emigraban en busca de nuevos pastos. Mataban a sus ovejas sin derramar sangre, bebían leche de yegua fermentada y fumaban marihuana, lo que los hacía aullar de placer. Eran unos chamanes que rezaban a los elementos y a las tumbas de sus antepasados. En las batallas formaban batallones de arqueros montados a caballo. Su pericia ecuestre no tenía rival y buscaban el trofeo del cráneo de sus enemigos a fin de utilizarlo como copa para beber.

El buque se alzaba por encima del oleaje marino, levantando la proa hacia el oscuro vacío que aguardaba frente a él. Se había levantado un viento nuevo, el *meltemi*, que soplaba del nordeste, procedente de las estepas del Ponto, después de recorrer quinientas millas por encima del agua. En Estambul aseguraban que el *meltemi* es un viento purificador, que despeja los aires fétidos y las malas sensaciones.

A lo largo de la historia, la gente de las ciudades ha experimentado una reacción ambivalente respecto a los paisajes deshabitados de la estepa, que parecen albergar en sí tanto la idea de la Arcadia como la del caos. Los pueblos sedentarios siempre se han debatido entre la noción de que los nómadas eran unos monstruos bárbaros, que suponían una amenaza para el orden civilizado, y la de que eran unos inocentes intuitivos que conservaban una virtud elemental ya perdida para ellos. «Los nómadas están más cerca del mundo creado por Dios —escribió en el siglo XIV el historiador y filósofo árabe Ibn Jaldun—, y se apartan de las costumbres censurables que han contaminado el corazón de los sedentarios.» Estaba convencido de que sólo los nómadas podían esca-

par de los ciclos de decadencia que contaminan a todas las civilizaciones. Únicamente las ráfagas de estos vientos purificadores, que llegaban con regularidad, permitirían que la civilización mantuviera sus propias virtudes.

KOLYA VINO A BUSCARME A MI ATALAYA DE LA PROA DEL BARCO y por señas me indicó que lo siguiera, como si tuviera algo urgente que enseñarme. Abajo, en nuestro camarote, sacó una botella de champán y cuatro vasos de plástico; luego salió y, al cabo de un momento, regresó con dos mujeres.

Anna y Olga ocupaban el camarote contiguo al nuestro. Ambas eran un ejemplo espectacular de cómo las mujeres eslavas parecen incapaces de hallar un término medio entre una fina elegancia y una corpulenta vulgaridad. Anna lucía una sorprendente figura, que resaltaba con unos vaqueros ajustados y un *top* sin mangas. Olga, con su chaqueta de punto y sus gruesos zapatos, no habría destacado siquiera en medio de un grupo de estibadores. Kolya, esclavo ya de la belleza femenina, la había invitado por cuestiones de equilibrio numérico.

El muchacho era un anfitrión cargado de energía, un chico de quince años que jugaba a organizar una fiesta. Sirvió el champán, sacó unos paquetes de cigarrillos estadounidenses y una bolsita de pistachos, y se puso a charlar con todo el mundo; era el alma de la fiesta. Yo me sentía como una debutante a la que presentaran a la alta sociedad del barco y, cuando las mujeres preguntaron acerca de mí, Kolya les explicó que me proponía visitar a los tártaros y que era muy amigo de un monje llamado Guillermo, quien los había visitado con anterioridad.

Olga permanecía callada y adusta, mientras Anna llevaba todo el peso de la conversación. Había permanecido tres semanas en Estambul y ahora viajaba de regreso a casa, en Sebastopol. El propósito de su viaje no estaba nada claro. Pretendía dar a entender que había ido allí de vacaciones, pero su camarote, como todos los del barco, estaba tan abarrotado de sacos de lona y cajas de cartón atadas con cordeles que apenas se podía abrir la puerta. El hundimiento del comunismo los había convertido a todos en viajantes de comercio. Pero yo sospechaba que Anna comerciaba con algo más, aparte de con latas de sardinas. Las

rutas del mar Negro soportaban un denso tráfico de chicas jóvenes destinadas a los barrios de vida nocturna en Estambul. Muchas lo hacían como un trabajo temporal, y efectuaban tres o cuatro viajes al año para incrementar los ingresos familiares.

Nos bebimos el champán y, cuando lo terminamos, Kolya sacó otra botella, que intenté pagarle, aunque sin éxito. El muchacho era nuestro anfitrión, generoso y animado. Proponía brindis, contaba chistes verdes que hacían reír a las chicas y mantenía abotonada la chaqueta para ocultar la pistola. Olga no tardó en marcharse, para cambiar de sitio algunas de sus cajas, y entonces Anna se convirtió en el centro de nuestra atención. Había puesto en marcha su coquetería. Con el muchacho exhibía una familiaridad de tipo maternal, en la que alternaba los abrazos con fingidos cachetes de censura, y no tardó en hacer extensivas estas atenciones hacia mi persona, pellizcándome en el hombro o dándome palmadas en las rodillas.

Kolya nos enseñó su colección de camisetas adornadas con eslóganes estadounidenses. «California es un estado mental», ponía en una. «Antes muerto que en Filadelfia», anunciaba otra. Cuando le regaló una a Anna, ella se levantó de inmediato para probársela. De pie en el reducido camarote, y de espaldas a nosotros, se quitó el *top*. El muchacho fijó la mirada en su espalda desnuda. Entonces, al agacharse Anna para recoger la camiseta, sus pechos colgaron ante nuestros ojos, y Kolya me lanzó una turbia mirada inquisitiva. Cuando ella se volvió para enseñarnos el regalo, hubiese jurado que le iba algo pequeña. Los pezones presionaban contra la delgada tela, justo por debajo de una frase que decía: «Flying Fuck: the Mile High Club».*

Cuando hubimos finalizado la segunda botella, Kolya nos llevó al club nocturno. En ningún momento se me había ocurrido pensar que el *Lomónosov* albergara un club nocturno en sus entrañas, pero era indudable que Kolya se había convertido en un veterano cliente del club en sus travesías por el mar Negro. A través de una angosta escalerilla bajamos a una mazmorra sin ventanas, situada en las entrañas

* Juego de palabras intraducible. *Flying Fuck* significa «Me importa un rábano», pero también «Polvo rápido» o «Polvo volador». En cuanto a *The Mile High Club*, hace referencia a una hipotética asociación de personas que han practicado el acto sexual en el aire, por encima de los 1.500 metros de altitud, es decir, en un avión en pleno vuelo. *(N. del T.)*

del barco. Luces de colores, descompuestas en todas las gradaciones de rosa y azul, otorgaban una textura vidriada a los gastados sofás de terciopelo y a las mesas de plástico distribuidas en torno a una pequeña pista de baile. La sala olía a cerveza rancia y a agua de sentina. Por unos altavoces diminutos brotaba la música característica del hilo musical. Kolya encargó y pagó una ronda de bebidas adornadas con una sombrillita. Yo había renunciado a reprimirle.

A medida que consumía sus cócteles, Anna entraba en plena euforia festiva. Un ruso barbudo y alto, que se anunciaba como Rasputín, había subido al diminuto escenario con un sintetizador que reproducía todos los instrumentos conocidos por los habituales de los salones de baile. Anna insistió en que bailara con ella y me arrastró tironeando del brazo hasta la desierta pista de baile. Conocía dos pasos básicos, ninguno relacionado con la música. El primero era licencioso: apoyaba provocadora sus caderas contra mi cuerpo, insinuando una de sus piernas entre las mías. El otro paso era una mezcla de los movimientos de las coristas del Moulin Rouge y la práctica del kung-fu, acompañados por una serie de patadas al aire y giros espectaculares. Era algo que te destrozaba los nervios. La transición del acto sexual simulado al de las artes marciales era tan embriagadoramente abrupta, que corría el auténtico peligro de recibir una patada en la cabeza mientras me debatía en forcejeos de tipo romántico.

TODO EL DÍA SIGUIENTE, QUE PASAMOS EN EL MAR, Kolya no dejó de seguirme por el barco igual que un guardaespaldas bajito, con el bulto debajo de la chaqueta. En el camarote se pasaba la mayor parte del tiempo cargando y descargando la pistola, y yo procuraba mantenerme fuera de la línea de tiro.

En el comedor, Kolya, Anna y yo comíamos juntos en una mesa situada en un rincón. Las comidas eran momentos de austeridad en el *Mijaíl Lomónosov*. El desayuno consistía en una salchicha pasada y un bollo dulce. El almuerzo y la cena no se diferenciaban entre sí: sopa de remolacha, carne grisácea, patatas y huevos duros... Los pasajeros comían en silencio, grandes y pálidas figuras que engullían los alimentos en una sala donde el único ruido era el embarazoso rumor de fondo que hacían los cubiertos.

Durante el desayuno permanecíamos sentados igual que una familia desestructurada, mientras conversábamos frente a una taza de té. Íbamos derivando hacia una relación peculiar, en la que a mí se me había adjudicado el papel del *pater* distraído y gruñón. Mi fracaso al no responder a las insinuaciones de Anna les había desconcertado a ambos. Ella se comportaba como si yo fuera un marido inútil que la hubiese humillado y, debido a su malhumor, cortaba de plano todos los intentos del muchacho para hacer de mediador, regañándolo por su falta de modales en la mesa, por decir palabrotas, por llevar la camisa fuera de los pantalones o por su falta de consideración hacia ella. Luego me regañaba a mí por no ejercer un control mayor sobre él. Mediante monosílabos, yo me refugiaba detrás del periódico. Resultaba casi increíble que nos conociéramos desde hacía tan pocas horas. Bromeábamos confinados en nuestros papeles respectivos, como si lleváramos toda una vida representándolos.

A pesar de que Kolya había expresado cierta lealtad hacia mí, en calidad de compañero de camarote y extranjero, yo intuía que le estaba decepcionando. No sabía nada respecto a las estrellas del rap, carecía de los ostentosos accesorios que él asociaba con Occidente y había adoptado una actitud firme y decididamente negativa en cuanto a su placer prioritario en aquellos momentos: la pistola. Con Anna mantenía una relación ambivalente y tempestuosa, que alternaba debatiéndose contra la correa maternal de la que ella tironeaba y acogiendo sus estallidos de afectuosidad. Las discusiones parecían fortalecer algún tipo de vínculo perverso entre los dos. Cuando hacían las paces, Kolya le traía botellas de champán georgiano y Rolex falsos; luego se acurrucaba en su regazo, en medio de las sacas de mercancía, perdido en una especie de limbo inquietante, situado entre el arrumaco infantil y el abrazo de un amante.

Kolya se tomó como un desaire personal el hecho de que yo no me acostara con Anna. Cuando estábamos solos, intentaba convencerme de que debía mantener relaciones sexuales con ella, y sus ruegos eran la combinación de una especie de inocencia ofendida y unos sórdidos conocimientos que no correspondían a la verdadera edad del muchacho. En un momento podía semejar el gimoteante hijo de unos padres divorciados, y al siguiente un proxeneta menor de edad que intentara cerrar un negocio.

KOLYA DESAPROBABA que yo confraternizase con la tripulación, pero igualmente acepté la invitación de Dimitri, el segundo de a bordo. Éste ocupaba un camarote pequeño, situado a babor, donde había preparado un té de media tarde: lonchas de carne gelatinosa, arenques salados, huevos duros, pan integral y unas copas de vodka. A pesar de los muchos años que llevaba Dimitri ejerciendo su cargo en el *Lomónosov*, su camarote era del todo impersonal. Encima de la cama había una maleta, dos camisas de nailon en los colgadores y una chaqueta de oficial colgada detrás de la puerta. Podría haber sido un pasajero que, insólitamente, viajara con poco equipaje. Su estado de ánimo no había mejorado desde la primera vez que lo vi, cuando el barco se hallaba amarrado en el puerto de Estambul.

«En Ucrania, en Rusia, la navegación no tiene futuro —me dijo, haciendo oscilar la cabeza—. No hay oportunidades. La primera vez que salí al mar, la Unión Soviética era una gran potencia naval. Es increíble lo que nos ha pasado. Ya lo verá en Sebastopol. La gran flota del mar Negro... Ahora los muelles navales recuerdan un almacén de chatarra.»

Sirvió el vodka y luego dio un bocado a un huevo duro.

«¿Sabe qué era este barco?», preguntó.

Negué con un movimiento de cabeza. Los huevos, que parecían de goma, dificultaban la pronunciación de cualquier palabra.

«Un barco dedicado a la investigación —exclamó con énfasis, como si fuera a contradecirle—. Llevo diecisiete años en este barco. Antes de 1990 solíamos viajar por todo el mundo, el océano Índico, Sudamérica, África... Transportábamos científicos, gente inteligente, gente interesante, dedicados a la investigación. Profesores de Leningrado, de Moscú, de Kiev. No se imagina las conversaciones que se oían en el comedor. Filosofía. Genética. Hidrografía. Meteorología. No podías cruzar el portal sin aprender algo nuevo. Una gente muy agradable —su tono se hizo más suave ante el recuerdo de aquellos amables profesores—. Gente estupenda. Educados. Gente con buenos modales...»

Se metió un arenque salado entre las pequeñas hileras de dientes. Su semblante indicaba cierta acusación de culpabilidad, como si yo ocupara el espacio destinado a un personaje sabio y docto con una conversación interesante y buenos modales.

«Mire en lo que nos hemos convertido. Transportamos verduras,

o cualquier otra cosa arriba y abajo del mar Negro, lo mismo que un carguero del servicio irregular. Cuesta creerlo.»

No le pregunté cómo había sucedido esto. De todos modos, sabía que me lo iba a decir.

«El dinero —estalló—. El país está en quiebra. ¡Oh, sí, todos queríamos la libertad! Todos queríamos el fin del comunismo. Pero nadie mencionó que esto significaría la ruina del país. Ya no hay dinero para la investigación. No hay dinero para nada. De modo que aquí estamos.»

Su rabia se calmó el tiempo necesario para que volviera a llenar las copas.

«Llevo cinco meses sin cobrar», prosiguió en voz baja.

Le pregunté cómo se las arreglaba.

«Yo tengo un quiosco en Sebastopol —había bajado la voz, y lo dijo murmurando, como si se avergonzara de haber descendido al ámbito del comercio, como si éste no fuera digno de él, un oficial de la marina mercante—. Vendemos whisky, vodka, dulces, tabaco... Lo traigo de Turquía. De no ser por eso, nos moriríamos de hambre.»

En Ucrania, como en el resto de las regiones constituyentes de la Unión Soviética, la búsqueda de un medio para ganarse el sustento se había convertido en lo único. Desde la docencia hasta la industria de la defensa nuclear, todas las grandes instituciones públicas se veían obligadas a buscar algo que vender, como unos jubilados liquidando lo que quedaba en el desván en las esquinas de las calles de Moscú. Para Dimitri, cualquier esperanza de prosperar se había hundido con la flota. Durante los últimos doce años, de los diecisiete que llevaba de servicio, había sido el segundo de a bordo del *Lomónosov*, y el primer oficial todavía no daba señales de que fuera a retirarse, o a morir.

Las cargas económicas y el tedio de las travesías interminables habían convertido al *Mijaíl Lomónosov* en un barco lleno de descontentos, divididos por celos e intrigas. Los oficiales se odiaban entre sí. Dimitri odiaba al sobrecargo, el cual odiaba al jefe de máquinas, el cual odiaba al primer oficial, quien a su vez lo odiaba a él. Y todos juntos odiaban al capitán, cuya posición le permitía acceder al lucrativo mundo de la corrupción.

Dimitri apiló más salchichas en mi plato. El ataque de ira ya ha-

bía pasado, y dio la sensación de que me pidiera disculpas por haberme involucrado en sus problemas, como si se tratara de un asunto de familia y fuera indecoroso exteriorizarlos ante un extraño.

«¿Sabe usted quién era Mijaíl Lomónosov?», preguntó.

Confesé que lo ignoraba. Había visto su retrato colgado en el comedor, un personaje del siglo XVIII, con una peluca empolvada y una camisa cubierta de encajes.

«¿Cómo iba a saberlo? Usted no es ruso. Pero los pasajeros de este barco sí lo son. Ninguno sabe quién fue Lomónosov —empezaba a ponerse nervioso otra vez, incluso contra su propia voluntad, y con la mano cortaba el aire—. Fue un gran ruso, un científico, un escritor. Fundó la Universidad de Moscú. Montó el primer laboratorio en Rusia... Y también era poeta, un gran poeta. Escribió sobre filología, ciencia e historia. Los científicos que viajaban en este barco conocían su obra, hablaban de él. Pero esta gente, estos pasajeros de ahora, son unos ignorantes. No conocen su propia historia. Podrán informarle del precio de cada grado de alcohol que hay en el vodka, pero no saben nada de *Mijaíl Lomónosov*. A nadie le importan ya estas cosas, la ciencia, la poesía... Sólo el dinero y los precios en Estambul.»

Por la noche fui a visitarlo en el puente, durante la guardia. Estaba solo. La silenciosa soledad del lugar, así como los instrumentos de su profesión —cartas, pantallas de radar, brújulas...—, lo habían animado un poco. En la mesa de las cartas náuticas, el mar Negro aparecía pulcramente dividido por líneas que marcaban la longitud y la latitud. En la parte inferior, Estambul estaba a horcajadas encima del Bósforo. En la superior, Sebastopol se resguardaba tras un recodo de la costa occidental de Crimea. Una gruesa marca de lápiz, medio borrosa, unía ambas ciudades. Trazada innumerables veces, marcaba la única línea invariable a la que se había reducido su existencia: 43° NE.

ABAJO, EN EL CLUB NOCTURNO, Rasputín cantaba la versión rusa de *My Way* [A mi manera]. Sin esperanzas en cuanto a mí, Anna, de manera bastante teatral, había trasladado sus atenciones al cantante y efectuaba sugerentes giros frente al pequeño escenario. La iluminación púrpura no favorecía a Rasputín: sus ojos y mejillas eran unos maléficos focos de oscuridad.

Encontré a Kolya solo, en una mesa del rincón, meciendo un brandy doble.

«Diría que Anna está disfrutando sola», comenté mientras tomaba asiento.

Kolya me miró sin decir nada, luego enfocó de nuevo los ojos hacia la pista de baile y a Rasputín, que se hallaba rodeado por un halo de color púrpura.

«No es precisamente Frank Sinatra», murmuré.

«Es un mierda», sentenció.

El muchacho daba la sensación de haber empequeñecido encima del taburete, como si se encogiera cada vez más dentro de sí. Hervía de resentimiento. Consideraba que Rasputín lo había desplazado en el afecto de Anna y que las arbitrarias mareas del mundo de los adultos habían cambiado sin contar con él. Desde su mesa en el rincón, miraba furioso al cantante, igual que un gángster adolescente.

Me retiré al camarote y, más tarde, cuando Kolya llegó, su ánimo era hosco, poco comunicativo. Jugamos a cartas en medio de un silencio difícil. Media hora después, Anna se presentó con Rasputín, arrastrando consigo la forzada alegría de la sala de fiestas, como si necesitara mostrarnos a Kolya y a mí su nueva adquisición, en una especie de mezquina venganza.

Los dos se sentaron juntos, en la litera de enfrente. Anna le acariciaba el muslo y ambos charlaban en ucraniano. El muchacho los observaba con frialdad. Mediante un intercambio de bromas, Rasputín intentó hacerle hablar. El club nocturno había cerrado y la pareja trataba de presionar a Kolya para que diera muestras de su habitual hospitalidad. Anna hurgó en una de las bolsas del muchacho, sacó una botella de vodka y propuso que se la bebieran. Rasputín sostuvo en alto la botella e hizo el gesto de descorcharla, mientras miraba divertido a la espera de la reacción de Kolya. Reía con la boca abierta de par en par, un ladrido ridículo que surgía a través de hileras de dientes largos y amarillentos. Luego cerró la boca con brusquedad y su expresión cambió. De repente, Anna y Rasputín se pusieron rígidos.

Me volví hacia Kolya: el muchacho apuntaba al cantante con la pistola, y le soltó un juramento en voz baja, como si hablara para sí.

«Suelta el arma, Kolya», le dije.

No me contestó. Por un instante, que me pareció un siglo, nadie se movió. Todos estábamos paralizados por el arma.

«Déjala, Kolya.» Tuve que hacer un gran esfuerzo para ponerme en pie. La mirada de Kolya centelleó un segundo hacia mí, luego regresó a Rasputín. Tenía el rostro encendido. Sentí que el corazón me palpitaba con fuerza y que las piernas me flaqueaban. Di un paso y me interpuse entre los dos.

«Váyase», le dije a Rasputín.

El cantante hizo un amago de protesta, pero Anna le indicó que callara. La mujer se levantó y le tiró del brazo. Los acompañé hasta la puerta y luego la cerré.

Kolya había bajado el arma y con expresión ausente, algo infantil, se entretenía rascando el cañón con el dedo medio. Tenía fruncidos los labios, fingiendo una expresión desenfadada, como si el terror repentino que aún flotaba en el aire de la estancia no tuviera nada que ver con él.

«Eres un idiota», le dije.

Me hubiese gustado gritarle. Necesitaba dar salida a mi propia tensión. El chico se mordisqueó el labio, la mirada fija en el suelo, y luego lanzó la pistola encima de la litera.

«Tienes que deshacerte de ella —le aconsejé, pero él no dijo nada—. Ese cantante informará del arma a los aduaneros ucranianos y te registrarán. Es posible que en estos momentos se lo esté contado al capitán. Tienes que librarte de ella. Ahora mismo.»

El muchacho permaneció sentado mirando al suelo. Luego, con la gracia hosca de un niño al que le han ordenado que limpie su habitación, cogió el arma, abrió el ojo de buey y la tiró al mar. Después se tumbó sobre su litera y sollozó sobre la almohada.

SOBRE LA COSTA MERIDIONAL DE LA ANTIGUA UNIÓN SOVIÉTICA, Sebastopol era una ventana a un mundo más tolerante. Hay un ambiente mediterráneo en esta ciudad, un fuerte olor a sur, cierta promesa de evasión, una levedad traída por la brisa marina, que se refleja en el tono rosado de las fachadas de piedra. Construida por los comerciantes del mar Negro que habían visto Nápoles, posee algunos toques de grandeza arquitectónica y cierto gusto meridional por el color. Sus

callejuelas están repletas de jardineras con flores y de gatos altaneros. Tramos de escaleras de piedra conectan avenidas pobladas de plátanos y tranvías, y las parras crecen entre las moreras en los jardines rodeados de muros. Bajo el sol del mediodía, los cafés extienden sus dominios hasta la calzada y la gente se vuelve más animada y gregaria.

Resulta fácil comprender por qué Crimea era la envidia del resto de la Unión Soviética. La austera gente de Moscú acudía a Sebastopol o a Odessa sólo para echar una ojeada a su verdor. En aquellos días, el Politburó solía acudir de vacaciones al mar Negro. En el clima suave del sur era más sencillo creer que las cosas iban bien. Año tras año, las principales familias del este dejaban los abrigos y las preocupaciones en casa y se juntaban en un centro veraniego cerca de Yalta, a lo largo de la costa —los Brézhnev, los Honecker, los Zhivkov, los Ceausescu y los Tsedenbal—, para comparar sus niveles de prosperidad y sus nietos.

Aunque era prácticamente desconocido fuera de su país, la supervivencia de Tsedenbal los eclipsó a todos. Durante cuarenta y cuatro años, primero como secretario general y luego como presidente, este personaje estuvo al frente de la República Popular de Mongolia, el segundo estado comunista del mundo y el más antiguo de los aliados de Rusia. Para mantenerlo vigilado de cerca, el KGB logró casarlo con una de sus agentes, la vulgar Filatova, una rusa del Asia Central soviética. Crimea era una de las pasiones de esa mujer, y los Tsedenbal acudían al mar Negro al menos dos veces al año. Si en el subconsciente de los habitantes de Crimea perduran algunos recuerdos legendarios de las Hordas de los mongoles, sin duda Tsedenbal los dejaría algo confusos: el heredero de Gengis Kan era un hombre tímido y de escasa altura, el vivo retrato del burócrata anónimo, servil con su dominante esposa y sus amos en el Kremlin.

Aquella tarde deambulé por el parque en donde, entre macizos de flores, se exhiben los monumentos a la Guerra de Crimea. El general Totleben, que organizó la defensa de Sebastopol en 1855, permanece lleno de serenidad por encima de los cadetes navales que pasean por allí con su ridículo tocado, unos gorritos que podrían servir para disfrazarse en una fiesta infantil. Al otro lado del parque, un hombre gordo que se entretenía leyendo un periódico me vendió un ticket para subir a la noria desierta.

Diez años atrás, Sebastopol era el puerto más vedado de las vedadas ciudades de la Unión Soviética, y los espías de cualquier nación occidental habrían considerado que viajar en aquella noria era el pináculo de su carrera profesional. Ahora la presencia de un antiguo enemigo apenas inquietaba lo suficiente al maquinista para obligarlo a abandonar las páginas de deportes del periódico. En medio de una serie de chasquidos y sacudidas, me elevé por encima de la ciudad. A mis pies, en el puerto largamente protegido, estaba la gran Flota del mar Negro. Me recordó un vasto depósito de chatarra naval, repleto de cascos de barco herrumbrosos y abandonados. Se diría que el hundimiento económico del país había conseguido en la flota lo que las estrategias navales de la OTAN no habían podido lograr: mantener la mayor parte de sus buques anclados en el puerto.

Cuando Ucrania obtuvo la independencia, se vio obligada a discutir con Rusia acerca del reparto de la flota; sin embargo, ninguna de las dos naciones podía permitirse el lujo de mantener su parte del botín naval.

A mi vuelta al hotel, el vestíbulo estaba presidido por un centelleante letrero que decía «El Dorado», bajo el cual había un grupo de jóvenes empresarios capitalistas que portaban gorra de béisbol y jugaban en las máquinas tragaperras. En mi habitación, la televisión ofrecía dos canales rusos. En el primero sobrevivía la antigua Rusia: varios hombres de constitución rectangular y vestidos de gris hacían discursos interminables. En el otro canal, la nueva Rusia estaba gritando a pleno pulmón: animadas por un presentador de concursos algo perturbado, diversas amas de casa realizaban un *striptease*. La cantidad de aplausos del público determinaría cuál iba a ganar una lavadora automática muy similar a la que recuerdo que mi madre tiró allá por los años sesenta. No era difícil adivinar qué canal ganaría la batalla de la audiencia.

La parte más elegante de Sebastopol es la explanada que se extiende junto al mar, testigo de lentos paseos vespertinos. Una serie de edificios neoclásicos —academias navales, centros de aduanas, oficinas municipales— se alinea a lo largo del paseo, por el que los habitantes de la ciudad circulan cogidos del brazo mientras respiran el aire marino y las golondrinas se lanzan en picado entre los tejados. Al igual que los paseantes, la mayoría de los edificios parece haber perdido la se-

guridad de los empleos estatales y lucha por sobrevivir de sus propios ingresos. Las antiguas academias han alquilado los chaflanes para que instalen un bar o un restaurante y, mientras cae la suave noche meridional, las ruidosas discotecas se multiplican entre las columnas corintias que, en el pasado, los líderes visitantes, entre ellos los Tsedenbal de Mongolia, utilizaban para pasar revista a la flota naval que era el orgullo de la Unión Soviética.

EN ESA ÉPOCA DEL AÑO, CRIMEA ESTABA CUBIERTA DE AMAPOLAS. Allí, en el serpenteante desfiladero que ascendía hacia el interior del país —esa engañosa geografía que solía traicionar a la Brigada Ligera—, las amapolas tapaban los afloramientos de roca rojiza. Arriba, en la meseta, murallas de amapolas sitiaban los campos en los que un ejército de robustas mujeres segaba el heno a golpes de guadaña. Luego, el autocar descendió por una zona de huertos donde las amapolas se deslizaban entre los árboles para reunirse en tupidas manchas a la sombra de los manzanos.

Sentí un gran alivio al estar de nuevo en movimiento, consumiendo paisajes. El barco y sus complejas relaciones habían engendrado en mí una sensación de confinamiento, una empalagosa e inapropiada sensación de responsabilidad. Ahora ponía en práctica el truco del viajero, el truco de la partida, el acto de la desaparición que marca las etapas del viaje. Para el viajero, cada encuentro está condicionado por la partida, por el horario inminente de los trenes, por los billetes ya doblados en el bolsillo, por la promesa de nuevos pastos. La partida supone a la vez la obligación y la liberación de cualquier viaje.

En aquella mañana luminosa, nuevos paisajes se abrían ante mí. Asomado a la ventanilla del autocar, me deleitaba en la breve aparición de los campos y las casas, en la imagen borrosa de las amapolas. Observaba cómo una ciudad pasaba veloz, se alejaba entre los campos de trigo y desaparecía rápidamente detrás del autocar. En Simferopol iba a coger el tren y a la noche del día siguiente estaría en el Volga, a un millar de kilómetros al este. Experimentaba la euforia del movimiento. En aquel autobús sentí que estaba poniendo en escena mi propia desaparición, que me desvanecía en Asia, dejando sólo una nota manuscrita en la ventanilla de mi existencia an-

terior: «Me marcho a Mongolia. Por favor, cancelen todos mis documentos».

Desde la época de los escitas, los pastos del interior de Crimea han atraído a la península sucesivas oleadas de nómadas asiáticos procedentes de las estepas de Rusia. Cuando los mongoles llegaron allí, en el siglo XIII, Crimea se convirtió en un componente muy importante de la provincia oriental del Imperio Mongol perteneciente a la Horda de Oro, cuya capital sería Sarai, a orillas del Volga. A esos invasores orientales, los rusos los llamaron erróneamente tátaros —una de las muchas tribus que Gengis Kan había sometido durante los primeros años de conquista—, y el nombre les quedó para siempre. En Occidente se les adjudicó el nombre de tártaros cuando Luis IX de Francia, el benefactor de Guillermo de Ruysbroeck, lo transformó, por un juego de palabras basado en el latín, en *ex tartarus*, que significa «procedente de las regiones del infierno», según consta en las leyendas clásicas.

Fray Guillermo desembarcó en Sudak, en la costa meridional de Crimea, el 21 de mayo de 1253. Su plan consistía en visitar a Sartaq, el príncipe mongol, que según rumores era cristiano y tenía el campamento a tres días a caballo, al otro lado del río Don. Siguiendo el consejo de los mercaderes griegos de Sudak, optó por viajar en carro. Lo llenó de «fruta, vino moscatel y galletas» como regalo para los oficiales mongoles que pudiera encontrar en el camino. Partió junto con cuatro compañeros: su colega fray Bartolomé, un hombre cuya edad y constitución lo hacían menos adecuado para este épico viaje que al propio Guillermo; Gosset, un porteador; Homo Dei, un intérprete sirio cuyos conocimientos acerca de cualquier idioma útil eran bastante precarios; y Nicolás, un muchacho esclavo a quien fray Guillermo había rescatado en Constantinopla.

Sin embargo, aquel viaje llevaría a Guillermo mucho más lejos de lo que había planeado. Se estaba embarcando en una odisea que lo acabaría conduciendo hasta Karakoram, la lejana capital de los mongoles, situada en el otro extremo de Asia, a más de seis mil kilómetros de distancia. Si confiaba en estar de regreso con sus compañeros para celebrar la Navidad, se quedaría muy decepcionado.

EN SIMFEROPOL ENCONTRÉ EL TREN con destino a Volgogrado* custodiado por un ejército de formidables revisoras, mujeres de grandes pechos que se situaban junto a las puertas como gorilas de discoteca. Peinaban un moño crepado, tenían un cuello robusto y un tipo de hombros consecuencia de una profesión que consiste en bregar con equipajes y con las pesadas ventanas de los trenes rusos. Incluso su maquillaje resultaba intimidatorio: labios escarlata, párpados azules, mejillas color fresa y unos malévolos toques de rímel en el rabillo del ojo. Sin embargo, una vez que el tren se puso en marcha, experimentaron una transformación, pasando de guardias de seguridad a respetables matronas. Cambiaron sus botas de caña alta por las zapatillas y empezaron a arreglar las cortinas. Compadecida del desventurado extranjero, la revisora del vagón me trajo una taza de té de su samovar y yo saqué la merienda, consistente en plátanos, queso ahumado, un salchichón y pastas ucranianas.

El otro pasajero del compartimento era un ruso fornido, con manos de mecánico y un corte de pelo simiesco, que le nacía casi en mitad de la frente. Se había tumbado en la litera de enfrente y ya dormía antes de que hubiésemos dejado atrás los barrios industriales de las afueras de Simferopol. Dormía con un ojo entreabierto y me seguía con la vista por todo el compartimento. Apenas entró en un sueño más profundo, empezó a retorcer las piernas, igual que un perro que soñara con cazar conejos.

Salimos de la península de Crimea por la costa del mar de Azov, siguiendo un litoral de pequeñas islas. Durante cierto tiempo, el mundo estuvo suspendido de manera inquietante entre la tierra, el agua y el aire. Las vías elevadas unían estrechas lenguas de marjales, en donde algunas casas solitarias se perfilaban contra horizontes poco definidos. Un pescador pasó con su barca, no mayor que una bañera, la cabeza inclinada sobre las redes, como un hombre que estuviera rezando. Los hidroaviones hicieron piruetas bajo un paisaje de nubes hasta que el mar y el cielo empezaron a fundirse, ambos con el mismo gris apacible, en el mismo horizonte sin límites.

* Ciudad erigida por los rusos sobre la fortaleza de Caricy que en 1925 recibió el nombre de Stalingrado, después de que Stalin la liberara de los contrarrevolucionarios de Denikin. Tras la muerte de Stalin, le pusieron el nombre de Volgogrado (1961). No obstante, en 1993 se lo cambiaron por el de Tsaritsin. *(N. del T.)*

Más allá de Melitopol, navegamos por encima de praderas que se inclinaban bajo los cielos dominantes. La estepa del Don era una región de nómadas, atravesada por vientos que soplaban desde el corazón de Asia, y los primeros viajeros griegos que se aventuraron a cruzar el mar Negro se alarmaron al encontrarse con aquello, las orillas de otro mar que avanzaba hacia el noreste sobre olas de hierba. Aquellas praderas, las zonas de pastos meridionales que se extienden interminables desde Hungría hasta Manchuria, se habían prestado durante milenios a la cultura del movimiento.

Las metáforas marinas se adhieren a estos paisajes con la tenacidad de los percebes. Chéjov había nacido al este de donde estábamos en aquellos momentos —en Taganrog, a orillas del mar de Azov— y recordaba que, de niño, viajaba tumbado entre sacos de trigo en una carreta que surcaba lentamente el gran océano de la estepa. Fray Guillermo también había escrito algo por el estilo: «Cuando por fin encontramos a otras personas, nos alegramos como unos marineros que llegan a puerto después de un naufragio». El pastoreo había logrado sobrevivir en aquellas praderas hasta comienzos del siglo XX, cuando la combinación fatal de la era moderna y el comunismo puso fin al mundo de los escitas. Las tiendas y los caballos retrocedieron poco a poco, a medida que los pesados tractores araban los prados para sembrar trigo y la pradera era colonizada por las aldeas y los granjeros.

La tarde fue abundante en estaciones rurales y almiares. Las campesinas se alineaban en los andenes con cubos de metal llenos de orondas cerezas rojas, que vendían en cuencos a los pasajeros a través de las ventanillas del tren. Cuando partíamos, colgaban los cubos del manillar de la bicicleta y se desvanecían por los caminos polvorientos, entre campos llanos sembrados de coles y bancales de flores color crema. La pradera, tendida como una sábana colgada de los postes de la línea de telégrafos, se alejaba ondulante hacia lejanías insondables.

A primera hora del anochecer estaba yo de pie en el pasillo, ante una ventanilla abierta, respirando el aire campestre mientras pasábamos por invisibles compartimentos de olor: a heno cortado, a fresas, a cunetas estancadas, a tierra recién removida, a humo de leña... Junto con la azulada penumbra llegamos al estuario del Dniéper, tan oscuro como el acero y tan ancho como un lago. Restos de niebla se desenmarañaban a través de su lustrosa superficie y unas mortecinas lu-

ces amarillas marcaban otro horizonte. Era imposible discernir si procedían de casas o de barcos.

Todo cuanto queda de las grandes culturas nómadas que en el pasado vagaron por estas regiones son las tumbas de sus antepasados. Fray Guillermo escribía que el paisaje estaba compuesto por tres elementos: cielo, tierra y tumbas. Las tumbas escitas, conocidas como kurgán, cubren las estepas como si fueran jorobas de ballenas que surcaban mares de trigo. Y debajo de estos grandes túmulos de piedra y tierra se hallan enterrados sus jefes, junto con sus caballos, su oro, sus sirvientes y sus esposas. Estas tumbas serían la única morada permanente que construirían en toda su vida. Y, sin embargo, los ladrones de tumbas las han saqueado durante siglos para apoderarse del asombroso botín de los escitas: adornos, joyas, armas, arreos, siempre objetos zoomorfos, con diseños de íbices, ciervos, águilas, leones y serpientes. Pero serían los caballos, y no el oro, el rasgo más subyugante de estas sepulturas.

En las culturas nómadas, los caballos alcanzan una categoría mítica; siempre han sido cruciales para sus entierros y su idea de la inmortalidad. Sacrificados durante los ritos funerarios, los enterraban junto a sus amos a fin de que los condujeran al otro mundo. En un famoso fragmento de sus escritos, Herodoto describía a los guardianes montados a caballo y distribuidos por las cámaras que rodeaban las tumbas escitas. En aquel caso, todo un ejército de caballos y jinetes fue estrangulado, luego le sacaron las entrañas, lo llenaron de paja y lo empalaron formando un círculo cerrado, dispuesto a acompañar al difunto rey en su última cabalgata. Durante siglos, esto se consideró una leyenda más de las que había escrito Herodoto, hasta que, en el siglo XIX, el arqueólogo ruso N. I. Veselovsky abrió el túmulo Ulskii y descubrió los restos de trescientos sesenta caballos sujetos a estacas formando un círculo en torno al montículo, con los cascos pateando al aire, como si estuvieran volando.

La asociación que los nómadas hacían entre los caballos y la inmortalidad había llegado incluso a China, más allá de las costas orientales de aquel mar de hierba, ya en el siglo II a. C. En la mente del emperador chino Wu-ti, las humillaciones recibidas a manos de los xiongnu —los hunos de las crónicas de Occidente— y los temores en cuanto a su inmortalidad, se entrelazaban de forma extraña, así que

pareció abrazar las convicciones de los nómadas que amenazaban sus fronteras. Tras los claustrofóbicos muros de la China imperial, Wu-ti envidiaba tanto sus llegadas repentinas como sus partidas apresuradas, y creía que los caballos de aquella gente serían su salvación. Por tanto, puso toda su ilusión en adquirir los fabulosos corceles de la lejana Fergana, en Asia Central. Conocidos en China como los Caballos Celestiales, se decía que sudaban sangre y que eran capaces de llevar a sus jinetes hasta los divinos brazos de sus antepasados.

Durante su reinado, Wu-ti dedicó enormes cantidades de dinero e innumerables vidas a las expediciones a fin de que le llevaran a China treinta parejas de estos corceles, para dedicarlas a la reproducción, y no se quedó tranquilo hasta que por fin llegaron. Como si de un galán enamorado se tratara, desde las ventanas de palacio contemplaba aquellos caballos esbeltos y hermosos que pacían por los campos de alfalfa, brillantes los flancos, levantando al unísono sus elegantes cabezas para olisquear el aire.

«Ellos me guiarán hasta lo alto —escribió Wu-ti en un poema— y me conducirán hasta la Montaña Sagrada. (Y sobre su lomo) alcanzaré la Terraza de Jade.»

3

EL EXPRESO DE KAZAJSTÁN

EN VOLGOGRADO, EL VESTÍBULO DEL HOTEL estaba sumido en la penumbra y un reloj dejaba oír su tictac. Cuchillas de luz azulada, procedentes de las farolas de la calle, cortaban las alfombras caucasianas y rebotaban contra la bruñida superficie de las columnas de mármol. Una gran escalinata conducía hacia las bóvedas dominadas por la oscuridad. En la plaza pasó un automóvil y el barrido de los faros iluminó las estatuas de figuras desnudas, como si fueran huéspedes sorprendidos entre los viejos sofás y las palmeras de las macetas. Sólo eran las diez de la noche, pero había tanta quietud en el hotel que parecía abandonado.

Cuando pulsé el timbre que había encima del mostrador de recepción, una mujer a la que yo no había visto levantó la cabeza. Estaba echando un sueñecito, y en la mejilla, que debía de tener apoyada en un saliente, se le había quedado una marca. Me miró en silencio durante un rato, mientras se desembarazaba de sus sueños.

«Pasaporte», murmuró con voz ronca, como si esto pudiera darle una pista útil sobre dónde se encontraba.

Mi habitación estaba en la planta quinta. Forcejeaba con las puertas de un ascensor, cuando por una salida lateral apareció silencioso un viejo ascensorista. Calzaba un par de zapatillas enormes y se ataba los pantalones con un pañuelo de seda, a modo de cinturón. De un llavero inmenso sacó una llave para abrir el ascensor, y juntos nos elevamos a través del desierto hotel, siguiendo el lento tintineo de ruedas y poleas. Tras una serie de violentas sacudidas, nos detuvimos por fin en el quinto piso y, nada más salir al oscuro pasillo, las puertas del ascensor se cerraron a mis espaldas con un sonido metálico, mientras el macabro ascensorista flotaba lenta-

mente hacia abajo otra vez. Rodeado por un tenue halo de luz, pasó junto a mis pies y luego desapareció de mi vista. Me quedé un momento escuchando los suspiros, los chirridos y las misteriosas exhalaciones del hotel, al tiempo que me preguntaba si yo sería el único huésped que tenían.

Mi habitación había sido espléndida en el pasado. Cualquiera habría podido pasar por la puerta montado a caballo y las molduras del techo, situadas a unos seis metros por encima de mi cabeza, se adornaban con barrocas guirnaldas de frutas. Por lo que respecta a las instalaciones sanitarias, eran regias. En cambio, los muebles parecían proceder de una subasta callejera en Minsk. Había una mesita de formica con una pata rota y una cómoda pintada con el color caqui del camuflaje. La cama era un mamotreto mezcla de conglomerado y tela de *chintz* y, en cuanto me senté con cautela en el borde, osciló de forma alarmante. Una nevera inmensa, situada entre dos ventanas, vibraba como un avión en el momento de despegar.

Estaba cansado y me apetecía tomar un baño. No vi ningún tapón, pero, conducido por el instinto, descubrí que el peso metálico unido a la llave hacía las veces de tapón para la bañera. En el momento de abrir el grifo, oí que alguien llamaba con insistencia a la puerta.

Afuera, en el pasillo, había una mujer con un vestido escotado, un par de medias de malla y un moño alto e inestable. Sin embargo, por su constitución podría haber sido una de aquellas rusas que en los años sesenta veías al volante de un tractor, una heroína de las granjas colectivas, musculosa, de mandíbula cuadrada, dispuesta a dar su vida por una buena cosecha. En la mano, donde podía haber esperado encontrar una llave inglesa, llevaba un delicado bolso de encaje.

Me sonrió. Tenía los dientes manchados de carmín.

«¿Quiere un masaje? —me preguntó en inglés—. ¿Sexo? Muy bueno.»

La prostitución es el único servicio de habitaciones que la mayoría de los hoteles rusos proporcionan y, la velocidad con que llega ante tu puerta, sin haberlo solicitado, sorprende en un país donde los servicios más esenciales exigen hacer cola. Sin duda, en esto había una lección acerca de la importancia que tiene el mercado.

La mujer sonrió y asintió. Le devolví la sonrisa y negué con un movimiento de cabeza.

«No, muchas gracias», dije.

Pero Olga no ocupaba esa posición por aceptar un no por respuesta.

«El masaje es muy bueno. Vuelvo después. Traeré otras chicas —sacó un teléfono móvil del bolso—. ¿Qué quiere? ¿Rubias? Tengo bonitas rubias. ¿Cuántas quiere?»

Había empezado a marcar un número y supuse que era el de la Línea Caliente de las Rubias. De pronto tuve la visión de unas emperifolladas conductoras de tractor dirigiéndose al hotel desde los cuatro puntos cardinales de Volgogrado.

«No, no —protesté—. No, muchas gracias. Yo no quiero masaje. No sexo. No rubias.»

Me disponía a cerrar la puerta cuando vi que la brillante disposición comercial de la mujer se había arrugado como una peluca barata. En la penumbra del pasillo, de repente me pareció vieja y derrotada. Sentí pena por ella, y también por Rusia, limitada a vender rubias a extranjeros con suficiente dinero en efectivo.

«Buena suerte —le deseé—. Espero que encuentre a alguien para el masaje...»

«Soldados viejos —replicó con un encogimiento de hombros—. Por aquí sólo vienen veteranos de guerra. No es bueno para el negocio. Demasiado viejos para rubias. Y siempre vienen con sus esposas.»

Me compadecí de ella ante aquella inapropiada fidelidad conyugal.

«¿De dónde es usted?», preguntó.

Los ojos se le iluminaron cuando le dije que era de Londres.

«¡Charles Dickens! —exclamó y en la fracción de un segundo varios años se desvanecieron de su rostro: Dickens, con sus retratos del Londres miserable, había formado parte de la educación de todos los niños de Rusia bajo el antiguo régimen—. David Copperfield. Oliver Twiski, Nikolai Nickelovitch. Estoy enamorada de Charles Dickens. Ya sabe, la Pequeña Nell... ¡Oh, qué triste!»

De repente oí el ruido del agua en la bañera. Corrí hacia el cuarto de baño y cerré los grifos justo cuando el agua estaba a punto de desbordarse.

«¿Cómo se llama usted?»

Olga estaba ya en el pequeño recibidor. Diría que la decepcionó lo poco dickensiano de mi Stanley.

«Debería llamarse David. David Copperfield. En Rusia hicieron una película sobre David Copperfield. Se parecía a usted. Alto, un poco hambriento, el mismo problema con el cabello.»

«¿Qué hay de malo en mi cabello?», inquirí.

«No. Tiene un bonito cabello. Pero debería peinárselo... —por encima de mi hombro observaba la habitación—. Le han dado un cuarto sin balcón. Al lado, por el mismo precio, hay una habitación mejor y con balcón. Son unos vagos. El hotel está vacío. ¿Qué más les daba?»

Cuando me volví para observar también la habitación, la mujer pasó por mi lado, contoneándose sobre sus altos tacones, y se sentó en el único sillón. Pareció aliviada de liberar a sus pies del peso de su cuerpo.

Yo me quedé un momento en el umbral y luego decidí que no tenía valor para echarla de allí. Dickens nos había convertido en camaradas.

«Tomemos un vasito de vodka», dije.

Saqué la comida del tren y de inmediato ella se hizo cargo de la situación, desestimando mi cuchillo del ejército suizo para sacar del bolso una navaja automática. Se quitó de un puntapié los zapatos, cortó a rebanadas el salchichón, el pan integral y el queso, peló las naranjas y los huevos duros y sirvió dos vasitos de vodka.

Hablamos de Dickens y de Rusia. Durante setenta años, los rusos habían leído a Dickens como un retrato de los males del capitalismo occidental. Ahora que ellos ya tenían el capitalismo, el tipo de capitalismo descarnado del siglo XIX que la revolución había interrumpido, a Rusia llegaba por fin el verdadero Dickens. El país estaba repleto de golfillos, impostores, charlatanes embaucadores, criminales de cara cortada, abogados codiciosos, jueces sordos, funcionarios intimidatorios, prostitutas viejas, nobles bondadosos y arruinados, gente sin pasado y gente con demasiado pasado.

«Rusia es un país en bancarrota», dijo Olga, con un suspiro, sin apreciar en su entorno los ingredientes dickensianos de una extendida ansia por el dinero típica de la era victoriana.

Entonces sonó su móvil. Gruñó un par de veces al aparato y, a continuación, lo depositó otra vez dentro del bolso.

«Negocios», explicó.

Embutió los pies dentro de los zapatos con tacón de aguja y luego empezó a recoger los vestigios de nuestra comida improvisada.

«No se deje el queso fuera —aconsejó, y dejó escapar un profundo suspiro mientras se ponía en pie—. Estoy cansada —añadió, arreglándose el vestido—. Adiós, señor Stanley. Si hay algo que pueda necesitar, cuente conmigo, ¿vale? Pregunte en recepción. Allí me conocen.»

Dicho esto, se alejó contoneándose por el pasillo, hacia los oscuros recovecos del hotel.

LAS TRAGEDIAS DE RUSIA tienen una magnitud distinta si se comparan con las de las demás naciones, es como si las desgracias hubieran encontrado espacio en sus vastas extensiones. Durante la Segunda Guerra Mundial, del total de bajas —unos cincuenta millones de personas—, más de la mitad fueron rusos. Y se dice que una sexta parte de la población pereció en lo que los rusos llaman la Gran Guerra Patriótica. Volgogrado, con su antiguo nombre de Stalingrado, fue el escenario de la más terrorífica de las batallas. En 1942, el VI Ejército alemán mantuvo sitiada la ciudad durante cuatro meses, bombardeándola sin cesar hasta reducirla a escombros y empujar a sus habitantes al canibalismo. En una campaña que destaca más por la pura determinación que por el refinamiento militar, los rusos rechazaron el ataque de los alemanes y los expulsaron más allá del Don. Sin embargo, el precio que se vieron obligados a pagar fue ingente. En la defensa de Stalingrado murieron un millón de soldados rusos, más del doble de la población de la ciudad y más que todas las bajas estadounidenses en la Segunda Guerra Mundial. El monumento conmemorativo que se les dedicó es casi tan colosal como su tragedia.

Cogí el tranvía hasta la Madre Rusia, la estatua que se eleva por encima del Volga en las afueras del extremo norte de la ciudad. Mucho antes de llegar allí, ya pude ver su espada alzándose por encima de un bloque de viviendas, pero luego desapareció durante un rato hasta que la enorme cabeza surgió otra vez, flotando tras las chimeneas de una fábrica abandonada. La enormidad de su tamaño confundió mi sentido de la distancia y la perspectiva, de modo que bajé del tranvía tres paradas antes de lo que debía.

Varios tramos de escalera, de peldaños largos y fatigosos, ascienden a través de una sucesión de terrazas enmarcadas por los pétreos relieves de unos ciudadanos afligidos. En el último tramo, donde un

soldado de granito empuña una metralleta para simbolizar la defensa de la ciudad, los ruidos de la batalla todavía se filtran entre los árboles y los restos de las paredes en ruinas de la ciudad. A un lado está la rotonda, donde 7.200 nombres, elegidos al azar en la lista de bajas, aparecen grabados en oro sobre las curvas paredes de mármol rojo. Una cinta sin fin deja escuchar el *Traümerei* de Schumann: esta elección pretende indicar que los rusos no guardan rencor a los alemanes corrientes.

En lo alto de la colina, la Madre Rusia avanza hacia el cielo. Tan alta como la Columna de Nelson en Londres, y con un peso de 8.000 toneladas, la estatua representa a una joven mujer, una versión rusa de *La libertad guiando al pueblo*, de Delacroix, que avanza a grandes zancadas hacia un mundo nuevo, demasiado apresurada para percatarse de que aún lleva puesto el camisón. Sus pies tienen el tamaño de un autobús, y su zancada se dirige hacia el este, al otro lado del Volga, mientras mira por encima del hombro para comprobar si Rusia la sigue.

Me recliné sobre su pie izquierdo, caldeado por el sol de la tarde, y observé al otro lado del Volga la desierta pradera leonada, bajo un cielo insondable. La ciudad se extiende unos sesenta kilómetros a lo largo de la orilla occidental, sin atreverse a cruzar el río, como si reconociera que la lejana orilla situada enfrente forma parte de otro país. No hay puentes. Si en la Antigüedad el mar Negro supuso para los griegos la frontera con los nómadas, para los rusos de la era moderna el centro de esta inquietante frontera ha sido el Volga y, dentro de su amplio abrazo, está la Madre Rusia. Más allá se encuentra el Salvaje Este, la indómita tierra de los tártaros. De hecho, Volgogrado se fundó en el siglo XVI como una fortaleza, levantada para proteger a los rusos contra las incursiones de los nómadas. Si el Volga es el río ruso por antonomasia, se debe en parte a su carácter de frontera, suspendido entre las contradicciones nacionales de Oriente y Occidente, de lo eslavo y lo tártaro.

Si rascas a un ruso, debajo encontrarás a un tártaro, dice un viejo proverbio. Con el paso de los siglos, la Horda de Oro, que dominó a los príncipes rusos desde sus capitales hechas de tiendas junto al Volga, se vería absorbida por la complejidad étnica de Rusia. De hecho, la Región Autónoma de los Tártaros del Volga se extiende hacia el

norte del río, en torno a Kazán, su capital. Y los calmucos, un pueblo mongol, tienen su propia región hacia el sur. Los cosacos, otra etnia tártara, forman parte del folclore ruso. Y por esas zonas, cada ciudad rusa tiene su barrio tártaro, donde las callejuelas se hacen más angostas, la gente es más ruidosa y la vida menos ordenada... Bajo los pies de la Madre Rusia, que apunta su espada hacia las estepas orientales, hay una tumba tártara, el kurgán Mamaev, varios siglos más vieja que la propia ciudad.

Junto a la enorme punta del pie de la Madre Rusia, uno se ve obligado a pensar en el contexto político de la relación ambivalente entre rusos y tártaros... La estatua, con su zancada hacia el Volga, simboliza todo lo contrario a una marcha histórica. En el siglo XVIII, el péndulo del poder se había alejado de manera irrevocable de los pueblos venidos de Asia Central que durante siglos habían agotado al país con sus exigencias de tributos. En la época de Pedro I el Grande, Rusia conseguiría dominar las hordas nómadas de las estepas y se embarcaría en una gran expansión hacia el este, que al final llegaría hasta la lejana Mongolia. Construyeron ciudades, carreteras, escuelas y fábricas, y su meta consistía en llevar la civilización sedentaria a las regiones situadas al otro lado del Volga, pero sólo controlando estas turbulentas regiones podrían sentirse seguros. Con su zancada hacia horizontes orientales, la colosal estatua pretende enmascarar la magnitud de estas preocupaciones de los rusos. Sus ambiciones imperiales eran una defensa del orden, de la previsible vida sedentaria.

GUILLERMO DE RUYSBROECK LLEGÓ AL VOLGA a mediados de agosto y las dificultades de su misión consistieron en que nadie sabía qué hacer con él. Los príncipes mongoles a quienes se presentó optaron, sin excepción, por enviarlo al superior más inmediato. En la península de Crimea, el gobernador mongol Scacatai le concedió una audiencia en su campamento. Al preguntarle qué mensaje llevaba para los mongoles, fray Guillermo se limitó a responder: «La palabra de la fe cristiana». El gobernador «guardó silencio, pero hizo oscilar la cabeza», luego dijo que sería mejor que hablara con Sartaq, un jefe de mayor rango, acampado al otro lado del río Don.

Mientras Fray Guillermo efectuaba los preparativos para ese via-

je a tierras más lejanas, obtuvo un pequeño adelanto de lo que podría ser la batalla en el frente evangélico, al persuadir a un residente musulmán para que se convirtiera al cristianismo. Al parecer, aquel individuo estaba muy interesado en la idea del perdón de los pecados y las promesas de fray Guillermo sobre la resurrección de los muertos. Sin embargo, en el último momento, ese enfoque terminó en fracaso cuando el hombre insistió en consultar primero a su esposa, quien le informó que a los cristianos no se les permitía beber *koumis,* la leche de yegua fermentada que constituye la bebida alcohólica de mayor consumo en la tienda de los nómadas. A pesar de las promesas del fraile respecto a que ése no era el caso, el hombre decidió que no quería arriesgarse.

Por desgracia, la creencia de que Sartaq era cristiano —entonces muy divulgada por Occidente— resultó ser un rumor infundado. Se mostró encantado con los regalos de los enviados cristianos, informaría fray Guillermo al regresar a su campamento, pero cuando los musulmanes se presentaron con unos regalos superiores a los suyos, de inmediato se vieron desplazados en el afecto de Sartaq. «De hecho —reconocería fray Guillermo—, mi impresión es que se burla de los cristianos.» Indeciso respecto a cómo tratar a sus visitantes, Sartaq mandó a los frailes a su padre, Batu Kan, que estaba acampado junto al Volga.

Cuando los frailes llegaron por fin ante su presencia, Batu iniciaba ya la migración a los pastos de invierno, en las estepas situadas al este del Volga. «Me quedé sobrecogido —escribió Guillermo al ver el campamento: un inmenso mar de tiendas que tenía—, el aspecto de una gran ciudad [...] con sus habitantes desperdigados en todas las direcciones, a una distancia de tres o cuatro leguas.» En el centro estaba el enorme pabellón de Batu, con las cortinas de su tienda abiertas al soleado y propicio sur.

La primera audiencia de Guillermo con Batu significó un momento de gran importancia para las relaciones entre Oriente y Occidente. Cuando la escolta los condujo al interior de la tienda, se encontraron con el nieto de Gengis Kan sentado en un amplio diván con incrustaciones de oro, en medio de un amplio grupo de sirvientes y esposas. Por un instante, nadie dijo nada. Los frailes se quedaron allí de pie, algo intimidados por la magnificencia del pa-

bellón, mientras los mongoles los observaban. Allí estaban los enviados del rey de los francos: dos monjes obesos y descalzos, con la cabeza descubierta y vestidos con túnicas polvorientas. Un vendedor ambulante habría tenido una apariencia más respetable.

Fray Guillermo no estaba de muy buen humor. Aquélla era la tercera audiencia mongola en menos de tres meses y cada una había resultado tan poco fructífera como la anterior. Molesto además por verse obligado a arrodillarse ante Batu, empezó directamente con el infierno y la condena eterna. Comentó el fraile que rezaría por su anfitrión, pero la verdad era que poco podría hacer por él. Los mongoles eran paganos, no bautizados por la Iglesia cristiana, y Dios los condenaría a todos al fuego eterno.

Cuando el fraile concluyó su presentación, lo más seguro era que se hubiese podido escuchar el sonido de una aguja al chocar contra el suelo. Al llegar a este punto, el fraile retomó con extremo cuidado su relato y no mencionó la respuesta de Batu. Pero la réplica del rey bárbaro, precursor del caos y el oscurantismo, ha pasado a la leyenda. La encontramos en las crónicas de Giacomo d'Iseo, otro franciscano, que relata el encuentro tal como lo describiera el rey de Armenia. El civilizado discurso de Batu Kan supondría una verdadera lección para Occidente.

Sorprendido ante la actitud agresiva de Guillermo de Ruysbroeck, Batu le contestó con una parábola:

«La nodriza deja caer primero unas gotas de leche en la boca de la criatura para que el dulce sabor la anime a succionar, después le ofrece el pezón. Por consiguiente, vos deberíais primero persuadirnos de manera sencilla y razonable, dado que vuestras enseñanzas nos resultan del todo extrañas. En cambio, nada más entrar, nos habéis amenazado con vuestro castigo eterno».

Los mongoles allí reunidos celebraron sus palabras con suaves aplausos.

A pesar de su reconvención, Batu invitó a Guillermo a sentarse con él y ordenó que le sirvieran un tazón de leche de yegua. Dio la bienvenida a los frailes y declaró que le gustaría que se quedaran en tierras mongolas, pero que, por desgracia, no podía concederles los permisos necesarios. Para obtenerlos tendrían que viajar a la corte de Mongu Kan, Gran Kan de los mongoles, que residía en la ciudad de Karakoram, en la propia Mongolia, casi a cinco mil kilómetros de allí

en dirección este. El viaje de Guillermo de Ruysbroeck acababa de empezar.

Un mes después llegó un escolta para acompañarlos y se mostró algo decepcionado al ver que le habían asignado a dos extranjeros obesos, sin duda preocupado por la posibilidad de que no pudieran marchar a su mismo paso.

«Son cuatro meses de viaje —les advirtió el guía—. Allí el frío es tan intenso que las rocas y los árboles se resquebrajan con el hielo [...] Si no sois capaces de seguir, os abandonaré por el camino.»

AL LLEGAR EL DÍA, LA VIDA REGRESÓ AL VESTÍBULO DEL HOTEL Volgogrado. La recepcionista estaba despierta y el viejo ascensorista merodeaba junto a la puerta. Lo que faltaban eran huéspedes.

La oficina de Intourist, situada en un lateral del vestíbulo, rezumaba la sólida respetabilidad y la sensatez femeninas de un Instituto de la Mujer fundado en torno a 1957. La dirigía un colectivo de encantadoras matronas de mediana edad, ataviadas todas con un conjunto de dos piezas y collares de perlas. Pasé por allí a la hora del té.

En el pasado, los turistas que llegaban a la ciudad procedían de los antiguos países comunistas de la Europa del Este y también de Alemania Occidental, donde, por curioso que parezca, a los antiguos oficiales de la división acorazada les gustaba revisitar el escenario de una de sus derrotas más espectaculares. Son pocos los que pueden permitirse el viaje en la actualidad y los que quedan se están muriendo. Ante la ausencia de otro tipo de turismo, la información al viajero se ha estancado. El planetario, los viajes en barca por el Volga, los visados kazakos, todo era un misterio para las mujeres de Intourist. Pregunté por los billetes del tren, pues había pasado gran parte de la mañana en la estación de ferrocarriles tratando de comprar un billete a Kazajstán. Svetlana, la mujer que hablaba inglés, me ofreció un trozo de bizcocho al tiempo que reconocía que los viajes en tren estaban fuera de sus posibilidades. En la apacible atmósfera de la oficina de turismo, debajo de unos pósteres de las fábricas de Volgogrado, mis preguntas empezaron a sonar poco corteses y la conversación se desvió hacia una serie de conciertos de obras de Chaikovski, que promocionaba la propia oficina.

Dentro de este círculo civilizado, Olga cayó como una horda bárbara formada por una única mujer. Al oír mi nombre —un chillido procedente del vestíbulo que me obligó a volver la cabeza—, vi que empujaba las puertas de cristal de la oficina de turismo y se acercaba cojeando a mi lado, todavía con los altos tacones y el vestido de buscona de la noche anterior.

«Señor Stanley», llamó, agitando la mano y sonriendo con la excitación de un encuentro afectuoso.

Las mujeres de Intourist levantaron sus miradas del té y contemplaron horrorizadas la aparición que se acercaba. Luego, todas a la vez, volvieron hacia mí su expresión escandalizada. Se produjo un instante de espantoso silencio cuando la imparable Olga se detuvo ante nosotros.

«Hola», dije con voz apenas audible.

«Señor Stanley, lo he buscado por todas partes —exclamó Olga—. No estaba en su habitación.»

Los ojos de las mujeres de Intourist, abiertos como platos, se contrajeron cuando pasaron de mi ruborizado rostro a un examen detenido de Olga, de los pies a la cabeza: las rotas medias de malla, la fornida figura con su vestido barato y ajustado, la oronda hendidura entre sus pechos, el exagerado maquillaje... A continuación giraron la cabeza para mirarse unas a otras, un círculo de relamida desaprobación enmarcada por unas cejas levantadas y unos labios fruncidos.

En medio de aquella censura condescendiente, al final asomó en mí cierto instinto civilizado y me levanté para cederle a Olga mi asiento. No lo aceptó. Un cambio en la postura de sus hombros indicó que había advertido el desdén de aquellas mujeres.

En el vestíbulo, Olga me preguntó:

«¿Quiere usted billetes para el tren?».

Por lo visto, la rumorología del hotel la había informado ya de mi visita a la estación de ferrocarril.

«Intento conseguir un billete para el Expreso de Kazajstán», le expliqué!

«Yo puedo conseguirlo —anunció—. No hay problema. No pierda el tiempo con esas de Intourist.» Hizo una mueca hacia las puertas de cristal: no parecía gustarle la compañía que yo frecuentaba.

VOLGOGRADO ERA EL INSÓLITO ESCENARIO de un festival de danza contemporánea que coincidía con mi visita y por la noche asistí a una representación del Be Van Vark Kollektivtanz de Berlín. Su pieza principal, *Orgon II + III*, estaba basada en la obra de Wilhelm Reich, el psicoanalista austríaco cuyo principio rector era que la salud mental dependía de la frecuencia de las relaciones sexuales, llegando incluso a recomendar la abolición de la familia nuclear, a la que identificaba como una fuerza disuasoria para tener orgasmos con regularidad.

La vanguardia de Berlín ya no podía sorprenderme desde la noche en que llevé a mi madre a la representación de una ópera de Händel en el Riverside Studios de Londres. A mi madre le gustaba mucho Händel y yo había reservado unas butacas en primera fila, lo cual en el Riverside significa que más o menos vas a formar parte de la acción. Debo admitir que no me había fijado en que la compañía visitante procedía de la tendencia más incisiva del arte interpretativo alemán. Se trataba de una obra de Händel, de eso no cabía duda, pero no tal como nosotros la conocíamos. Cuando los intérpretes salieron al escenario, después de una melodiosa obertura, me quedé boquiabierto al ver que no llevaban más atuendo que un par de hojas de parra colocadas de forma estratégica. El montaje era al estilo de Reich y, durante las dos horas y cuarenta y cinco minutos que siguieron, sin el alivio de algo tan pasado de moda como un entreacto, los intérpretes retozaron carnal y orgásmicamente en nuestro regazo. Recuerdo aquella velada como una de las peores de mi vida y me maldije por haberme resistido a los precios del Covent Garden. A mi madre, en cambio, el montaje le encantó y nunca se cansaba de hablarle a la gente de aquella representación. «Fue una interpretación tan vigorosa...», solía decir.

Por lo que pude intuir, la banda sonora de *Orgon II + III* eran unas ranas en pleno cortejo. La danza en sí era una especie de frenesí, con algunas interpretaciones brillantes y muy corporales. Los bailarines no se desnudaban, pero los orgasmos, si es que había alguno, resultaban difíciles de distinguir de una triple pirueta. Sin embargo, el público parecía bastante anonadado. Lo más probable es que *Orgon II + III* fuera excesivo para unas gentes que salían de setenta años de realismo social, en donde la cultura estaba pensada para los felices campesinos que se dirigían hacia un dorado futuro de justicia social, paz internacional y espléndidas cosechas.

Regresé andando al hotel, a través de un parque donde las familias orgásmicamente disfuncionales compartían sus helados. Los jóvenes deambulaban entre los omnipresentes quioscos que vendían cerveza y cosas para picar, y donde una multitud de borrachos flotaba entre los bancos del parque. Después de la guerra, alguien había sugerido dejar las ruinas de Stalingrado como un monumento a la derrota del fascismo. Sin embargo, a Stalin, y de forma bastante comprensible, no le gustó la idea de que su nombre estuviera asociado a un montón de escombros, así que se destinaron grandes sumas de dinero para la reconstrucción de la ciudad. Los resultados son placenteros, por no decir algo aburridos. La ciudad está llena de amplias avenidas interrumpidas por pequeños parques y monumentos conmemorativos de la guerra. Hay casas de pisos, construidas con piedra arenisca y balaustradas en los balcones, edificadas en los años cincuenta como recuerdo de otros tiempos, que dan la sensación de que van a durar por los siglos de los siglos, y bloques de viviendas de hormigón amarillo con manchas de humedad, edificados en los años sesenta mirando al futuro, que dan la sensación de que no van a resistir el fin de semana.

Para cenar fui al pretencioso restaurante del hotel. En la época de Stalin, lo más probable era que hubiese albergado los sustanciosos almuerzos de los jerarcas del partido; pero ahora resultaba tan espectacular y tan vacío como un mausoleo. Me senté junto a un alto ventanal que daba a la plaza. El servicio me dejó mucho tiempo para admirar las columnas de mármol, las doradas arañas, los espejos de marco recargado y las mesas preparadas con manteles de hilo y la cubertería. Sin duda, el camarero debía de ser el hermano mayor del ascensorista. Necesitó cinco minutos para cruzar el amplio suelo de madera con un vaso de agua color óxido encima de una bandeja de plata. Era sordo y tuve que escribirle el encargo con letras grandes en una servilleta. Las examinó durante un rato y luego, sin decir una palabra, dio media vuelta y se embarcó en un largo viaje hacia la cocina.

Saboreaba el placer de cenar a solas, cuando Olga surgió de detrás de una gruesa columna y se dejó caer en la silla frente a mí.

«Ya tengo el billete —dijo y sacó el precioso artículo del bolso—. Por la mañana debe tomar el tren a Saratov y luego cambiar por el que se dirige a Almaty.»

Le di efusivamente las gracias, pero ella le quitó importancia con un gesto de la mano.

«Me encantaría ir con usted», comentó, apoyando los codos sobre la mesa; luego cogió un palillo y rebuscó entre las muelas algún resto de su cena.

«¿A Kazajstán?», inquirí, pues no era un destino muy apreciado por los rusos.

«A Saratov. Mi aldea está allí. Al otro lado del río.»

No se me había ocurrido pensar que ella pudiera proceder de otro sitio, y menos de una aldea. Parecía en extremo arraigada a aquella ciudad, con sus oportunidades para las componendas y el anonimato.

«¿Cómo es su aldea?», pregunté.

«*Krasivoje* —dijo—. Hermosa... En esta época, los manzanos están en flor. Y luego está el Volga. Es como...» Se esforzaba en encontrar la palabra adecuada, señalando hacia el techo.

«¿Una araña?», le sugerí.

Olga negó, sacudiendo la cabeza con impaciencia.

«¿Una mancha color tabaco en el techo?»

Ella frunció las cejas.

«¡No, no!», hizo aletear la mano para indicar una distancia mayor.

«¿El cielo? ¡Ah, ya! El paraíso.»

«Es el paraíso —dijo mientras la expresión de su rostro se suavizaba—. Mi hijo vive allí, con su *babushka*.»

Se quedó mirándome y comprendí que había sido ascendido: el reconocimiento de que tenía un hijo no era algo destinado a los potenciales clientes.

«¿Qué edad tiene?», pregunté.

«Ocho años... Le envío dinero, pero nunca lo traeré a Volgogrado. No lo traeré nunca a esta ciudad.» Sacudió enérgica la cabeza, como si fuera la ciudad, y no el corazón humano, la responsable de su caída.

LAS NOTICIAS QUE ME HABÍAN LLEGADO por adelantado del Expreso de Kazajstán no eran muy alentadoras. Todo cuanto había oído o leído acerca de aquel tren lo describía como una pesadilla. Las mujeres

de Intourist, en el hotel de Volgogrado, cambiaron cortésmente de tema cuando se lo mencioné. La guía de los ferrocarriles de Rusia encarecía a sus lectores que lo evitaran por completo. Y hasta Olga se mostró inquieta por lo que pudiera pasarme.

Se rumoreaba que prostitutas, rufianes, camellos y ladrones conseguían los mejores asientos. Aquellos que no tenían conexiones con el hampa sólo podían acceder a una plaza sin asiento para el viaje de sesenta horas hasta Almaty. También se calificaba a los pasajeros de borrachos y pendencieros, hasta el punto de que los revisores se encerraban en el vagón del jefe del tren para soslayar las peleas a navajazos. Por lo visto, los robos solían ser más habituales que la revisión de los billetes. Afirmaban que a menudo a los pasajeros los narcotizaban con gas mientras dormían y les arrebataban sus pertenencias. Los relatos sobre las hordas mongolas en la Europa del siglo XIII apenas podían rivalizar con la fama del Expreso de Kazajstán.

Procedente de Moscú, el Expreso entró en la estación de Saratov con dos horas de retraso, un tren de aspecto destartalado y rendido, con las ventanillas demasiado mugrientas para permitir cualquier visión del interior. Las tranquilizadoras azafatas de los trenes rusos ficharon el fin de su turno y fueron sustituidas por revisores kazakos, hombres bajitos y rechonchos, cubiertos de tatuajes y con un bigotito fino.

Las primeras impresiones fueron alentadoras: subí al tren y recorrí el pasillo sin tener que enfrentarme a ningún matón que empuñara una navaja. Como era de prever, mi litera estaba ocupada ya por alguien que había sobornado al revisor, pero después de una breve negociación logré asegurarme una plaza en el compartimento situado al final del vagón. Su aspecto recordaba un burdel. Encima de las ventanas habían colgado unos pañuelos de gasa que esparcían por el recinto una tenue luz rojiza. Como si formaran parte de la decoración, había prendas de ropa interior femenina diseminadas por la estancia. Se percibía un fuerte olor a perfume barato y la mesa estaba llena de horquillas, peines, artículos de maquillaje, cigarrillos y dos botellas vacías de vino de Georgia. En medio de todo aquel desorden, cual odaliscas durmientes, tres mujeres permanecían tumbadas en sus literas, roncando con suavidad en la yacente postura del sueño.

Subí a la litera superior y me dispuse a ocultar en mi persona los

objetos de valor. Los escasos establecimientos bancarios que podía encontrar en el trayecto que me aguardaba implicaban que debía llevar encima grandes sumas de dinero en efectivo. Me até una gruesa provisión de rublos en torno al diafragma y llené los calzoncillos con dólares americanos. La fama del tren y el ambiente del compartimento me recordaron una historia que había oído contar hacía poco acerca del Expreso Transiberiano. Un amigo se había visto obligado a compartir el habitáculo con una mujer de aspecto recatado, resultó ser bibliotecaria de día y prostituta de noche, y desde Moscú hasta Vladivostok hubo de satisfacer a una sucesión de clientes en la litera de arriba. Asomé la cabeza por el borde de la litera para echar un vistazo a mis compañeras de viaje. Con los labios pintados color escarlata y las pestañas postizas, era indudable que habían prescindido del disfraz de bibliotecaria. Por un instante me pregunté si Rusia me estaría convirtiendo en un obseso del puritanismo, que veía la depravación tras cada esquina.

Cruzamos el Volga y nos dirigimos hacia el atardecer a través de una interminable llanura cubierta de flores silvestres. Los postes de las líneas de telégrafos se reducían a menudencias donde los caminos de tierra se hundían en el extremo de los llanos horizontes. En todo aquel espacio, las aldeas eran entidades confusas y desorganizadas. Todo semejaba de fabricación casera. Las casas estaban construidas con tablas recuperadas de la basura, mientras los tractores parecían hechos con carretillas y viejas máquinas de coser. Una ciudad surgió ante nuestros ojos, anunciada por furgones cerrados y altos silos de cereales. Había coches antiguos traqueteando por las calles, levantando densas nubes de polvo entre bloques de viviendas y solares vacíos. Hileras de farolas rotas exhibían sus entrañas de cable sueltos. En aquellas zonas, los bienes públicos tenían una existencia breve. Los borrachos utilizaban aquellas farolas como diana para practicar la puntería, y los jóvenes comerciantes robaban los vidrios y las bombillas para venderlos en el mercado negro. Casi de inmediato volvimos a salir al campo, serpenteando en medio de húmedos prados en los que vacas marrones y blancas levantaban melancólicamente la cabeza a medida que el tren pasaba.

Las mujeres se despertaron todas a las seis, como si hubiera sonado un despertador. Me saludaron con una inclinación de cabeza, encendieron cigarrillos y se pusieron a limarse las uñas. La preponde-

rancia entre ellas se notaba por la cantidad de dientes de oro que lucían. Me intrigó la posibilidad de que fuera la fama del tren lo que las había decidido a depositar sus ahorros en la consulta del dentista. La mayor, una especie de marimacho rubia, tenía la boca llena de oro, mientras que la más joven, una mujer bonita que vestía pantalones de raso y llevaba gafas de sol, dependía de un único incisivo de oro para asegurar su futuro financiero. Se instalaron en las literas de abajo para leer la prensa sensacionalista rusa. Las sangrientas portadas, dedicadas a las historias cotidianas de corrupción, sexo y violencia, mostraban montajes de cadáveres, dólares americanos, armas llameantes y un hombre tatuado golpeando a una mujer medio desnuda. Por encima del hombro de una de las mujeres atisbé una página interior dominada por la fotografía del trasero desnudo de un hombre, con una lanza clavada en la nalga derecha. Por fortuna, la foto era borrosa y en blanco y negro.

Con la llegada de la tarde, el Expreso de Kazajstán se instaló en una controlada domesticidad, la antítesis de la sombría delincuencia que los rumores le atribuían. En nuestro vagón, arriba y abajo, los pasajeros habían colonizado los compartimentos. Las maletas estaban abiertas, las mantas desenrolladas, los zapatos guardados bajo los asientos y la comida, los periódicos y el desorden en general desparramados por encima de las mesitas y los asientos. El pasamanos del pasillo había sido requisado para utilizarlo como tendedero comunitario destinado a toallas y toallitas. Los viajeros se habían puesto zapatillas y jerséis viejos, algunos habían encendido la pipa y abierto botellines marrones de cerveza. Recostados en la litera de abajo, despreocupados y con la ropa desabrochada, era como si se hubiesen instalado en el cómodo sofá de sus casas. Una sociabilidad algo pasada de moda se había apoderado del vagón, la gente entraba y salía de los compartimentos de los demás para intercambiar historias y salchichas o se quedaban de pie en el pasillo, como aldeanos en la puerta de casa, chismorreando, admirando la vista o compartiendo tazas de té que llenaban en el samovar.

Los informes acerca de la barbarie del tren tendían invariablemente a la exageración. La mala fama del Expreso de Kazajstán databa de los sombríos años de 1992 y 1993, cuando la delincuencia se extendió por la Unión Soviética —que tocaba su fin— aprovechando

el vacío creado por el hundimiento de la autoridad gubernamental. Pero la policía ferroviaria, y la terca resistencia de los pasajeros corrientes, que se enfrentaron a los ladrones como una turba decidida al linchamiento, habían puesto fin a aquel período sin ley. Sin embargo, a pesar de que todavía hay algunos problemas, puedo asegurar que el Expreso de Kazajstán es un tren aceptable para gente decente. Las tres mujeres de mi compartimento no eran prostitutas, sino comerciantes que transportaban vestidos a Almaty. A última hora de la tarde organizaron un pequeño desfile de modas para los pasajeros más próximos, que con ingenuo entusiasmo aplaudieron las últimas tendencias de la moda de Moscú.

Se hizo de noche y encendieron las luces en los compartimentos. Durante la última hora, en algún momento habíamos cruzado la frontera de Kazajstán sin ser molestados por la inspección fronteriza. Yo estaba de pie junto a una ventana, observando cómo la luna asomaba y desaparecía de la vista a medida que el tren se curvaba hacia uno u otro lado. La estela de humo procedente de la locomotora se perdía a lo lejos, por encima de un enorme vacío plateado.

La calle de pueblo en que se había convertido el pasillo del vagón estaba casi desierta ahora. A dos ventanas de la mía, un venerable anciano, ataviado con un grueso pijama de algodón y zapatillas, estaba leyendo un libro junto a una de las lámparas del vagón. Su figura era alta y desgarbada, y tenía el rostro enjuto y una indómita mata de pelo. Semejaba un aldeano excéntrico. Bajo aquella luz amortiguada, acercaba de tal modo el rostro a la página, que se podría haber dicho que estaba olisqueando la tinta de la impresión. Entonces levantó la vista y descubrió que lo estaba observando.

«*Pushkin*», murmuró.

Su nariz era como el pico de un ave y el cabello que le caía sobre la frente otorgaba a su rostro apariencia de temor.

«¿Conoce usted *Eugene Onegin?*», me preguntó en francés.

Le contesté que sí, y acto seguido añadí que a mi gato le había puesto el nombre de *Pushkin*. El rostro del anciano se ensombreció ante semejante frivolidad y sus largas manos rodearon el libro en actitud protectora.

«Es el Shakespeare de Rusia —exclamó con voz contenida, como si me reprendiera por lo de mi gato—, Onegin era un viajero.»

En su voz había una leve nota reprobatoria. Me miraba como si yo fuera una especie de grabado borroso que tratara de descifrar. Había algo extraño en sus ojos. Era como si miraran individualmente: primero uno y luego el otro.

«Nunca estaba satisfecho —prosiguió el hombre—. Siempre necesitaba nuevos horizontes.»

El traqueteo de los rieles fue en aumento al pasar por un tramo de vías en mal estado. El tren dio una fuerte sacudida y ambos nos vimos impulsados al unísono contra nuestra ventanilla. Por encima del ruido, sus palabras flotaban como restos de un naufragio:

«Un romántico... Incapaz de crear cualquier vínculo... Un nómada... Un diletante emocional... Sólo amaba lo que había perdido...».

Y así prosiguió, hasta que el estruendo de las ruedas nos superó de tal modo que el hombre se marchó murmurando todavía su lamento por el Onegin herido de amor.

Yo me retiré a mi litera. Las mujeres estaban ya dormidas. Durante toda la noche, el prolongado silbido del tren resonó en mis sueños: una nota solitaria y lastimera, la queja de un viajero que arrastrara consigo turbadoras nociones de movimiento y desplazamiento.

LA MAÑANA TRAJO CONSIGO MÁS ESPACIOS VACÍOS. El paisaje se había reducido a una cruel simplicidad: un cielo blanco y una mísera llanura plana, por encima de la cual nubes y sombras navegaban sin descanso. En algunos puntos, el duro pellejo del desierto se veía suavizado por un glaseado matiz de verde primaveral, un breve intermedio entre las extremidades gemelas del invierno y el verano. Los únicos edificios que de vez en cuando asomaban por el horizonte parecían proyectos gubernamentales, un puñado de graneros de cemento con techo de hojalata, un conjunto de silos, depósitos de tractores anticuados, un campo sembrado, tan grande como el condado de Wiltshire, y luego de nuevo la nada. Cuánto debían de haber amado los mongoles aquellas regiones. En su cabalgata hacia Europa, podían haber recorrido más de mil kilómetros sin cruzar ni una sola cuneta ni tener que bregar con el impedimento de las poblaciones. A fray Guillermo, aquello no le había hecho tan feliz. Le llevó casi siete semanas cruzar los desiertos de Kazajstán.

«Fue la prueba más dura —escribiría—. Innumerables fueron las veces que padecimos hambre y sed, que nos helamos y nos quedamos extenuados.» Cada pequeño núcleo habitado que encontraban pertenecía a los mongoles recién llegados a aquella tierra salvaje recién conquistada. Y todos querían saber cuántas ovejas, cabezas de ganado y caballos había en Francia, y si el Papa era realmente un viejo con quinientos años de edad.

En el compartimento de al lado había una familia rusa formada por tres torpes figuras osunas: Papá Oso, Mamá Osa y Osita, una niña de ocho años. Papá Oso era coronel de la armada. Demostró un gran interés por mi persona y, cada vez que me veía en el pasillo, salía para contarme cosas en un inglés bastante aceptable. Me habló de los mecanismos de los equipos de perforación en los lejanos pozos petrolíferos, de la cría del camello, de los sistemas de navegación en las naves espaciales, de los horarios de los trenes que circulaban por nuestra vía... En cualquier tema que saliera a relucir, Papá Oso era un experto. A través de la puerta abierta del compartimento le oía hablar de forma interminable y monótona a su esposa. El matrimonio con Papá Oso había convertido a la sufrida Mamá Osa en una oyente profesional. Durante horas escuchaba los discursos ininterrumpidos de su marido mientras nos deslizábamos a través de aquella llanura vacía, incluso uno de hora y media sobre los sistemas utilizados para achicar el agua.

Aquella familia me invitó a almorzar. El plato principal consistió en un pescado seco, de un metro de largo, que guardaban debajo de los asientos. Papá Oso me contó cosas de los automóviles rusos, respecto a los cuales tenía una opinión inconmensurable. Pasamos ante una fábrica enorme, otro de los proyectos gubernamentales abandonados en aquel espacio desolado. Los edificios vacíos exhibían ventanas abiertas al cielo.

«Mire eso —dijo Papá Oso—. La Perestroika. La reestructuración de Gorbachov.» Y se lanzó a una morosa diatriba sobre el último gobernante comunista. El odio inmenso que hay en Rusia contra Gorbachov constituye un verdadero enigma para los occidentales, sobre todo a la luz de la desorientación de los gobiernos que lo han seguido. Abandonada la dictadura, es como si los rusos se lanzaran de cabeza hacia las parcelas más negativas de la democracia. El atractivo de Yeltsin se basaba en la imagen de hombre de la calle que éste transmitía. Era

un reflejo del carácter ruso, con todas sus virtudes y sus defectos: tenaz, romántico, falso, alcoholizado... Era un *prostonarodny*, término ruso difícil de traducir que significa entre desinhibido y campechano. Gorbachov, en cambio, era un pedagogo, nunca tan satisfecho como cuando sermoneaba a la nación acerca de sus defectos. Pero lo más curioso era la aversión generalizada respecto a Raisa, la esposa de Gorbachov. Papá Oso creía que había que culparla a ella por la decadencia del país. Decía que era Raisa quien había desmantelado el comunismo para poder adquirir sus sombreros en París.

Seguimos charlando mientras cruzábamos la estepa inexorablemente llana. La hierba escaseaba, exponiendo fragmentos de tierra como si fuera una piel pálida y desprotegida. Después de Celkar, la arena empezó a adueñarse del paisaje y la hierba se vio reducida a mechones aislados que sobresalían entre las dunas. Los camellos de Bactriana se alejaban apáticos a media distancia, la joroba todavía hundida después del largo invierno. Secos remolinos de sal serpenteaban en medio de la arena requemada y el aire parecía haber adquirido un sabor ácido y amargo.

«Sal del mar de Aral —anunció Papá Oso después de lamerse los labios—. Se está muriendo.»

A mediodía pasamos por Aralsk, en el pasado un importante puerto pesquero del mar de Aral, y nos asomamos a una ciudad marchita. Muchos de sus ruinosos edificios estaban sellados con tablas de madera y había barrios enteros de aspecto abandonado. Entre los remolinos de arena, más allá de las calles desiertas, divisamos los cascos oxidados de los barcos de pesca, volcados de lado bajo las siluetas esqueléticas de las grúas, donde antiguamente habían estado los muelles.

Monumento a la locura de la planificación centralizada, la muerte del mar de Aral es uno de los grandes desastres ecológicos de nuestra era. Como tantas otras tragedias soviéticas, empezó cuando Stalin decretó, durante la década de 1920, que la Unión Soviética debía ser autosuficiente en materia de algodón. Los vastos espacios de Asia Central iban a ser el escenario para este gran proyecto, sobre todo las cuencas de los dos grandes ríos que alimentaban el mar interior de Aral: el Amú Daryá y el Syr Daryá, los antiguos Oxus y Yaxartes. La enorme red de canales de riesgo, construidos para alimentar al Rey

Algodón, vació los ríos en el desierto del entorno y el nivel del mar de Aral, el cuarto lago mayor del mundo, empezó a bajar. El problema se agravó a medida que iba en aumento la población de Asia Central y sus exigencias de agua se incrementaban con las comodidades de la vida moderna. Luego construyeron el canal Karakum y drenaron casi la quinta parte de las aguas del Amú Daryá para incorporar a la zona algodonera el sur de Turkmenistán.

En los años ochenta, la afluencia de agua al mar de Aral era sólo una décima parte de la que desembocaba allí en los años cincuenta. En 1993, el mar se había visto reducido a una tercera parte de su tamaño original. El puerto más grande, Muinak, en Uzbekistán, se encuentra ahora a casi un centenar de kilómetros de la costa y las dunas de los alrededores de la ciudad, como las de Aralsk, están cubiertas de los cascos sin vida de los antiguos barcos. Es posible que en el año 2020 un mar del tamaño de Irlanda se haya extinguido por completo.

El estado moribundo de ese mar ha arruinado toda la región. La reserva de peces ha desaparecido y una industria que antaño dio empleo a sesenta mil personas ahora está muerta. El clima de la zona ha cambiado de forma espectacular, hasta el punto de que los días sin lluvia se han multiplicado por cuatro. Los vientos han ido desperdigando las gruesas capas de sal que se forman sobre el lecho seco del lago en un entorno de cientos de kilómetros, devastando la agricultura y provocando una serie interminable de problemas de salud a personas y animales, desde dificultades respiratorias hasta cáncer de garganta. Los sistemas de regadío empleados en los campos de algodón, con sus elevados índices de evaporación, han conducido a una mayor salinización del suelo, a la vez que los abonos químicos se han filtrado en esos dos ríos, la fuente principal de agua potable para la región.

Durante milenios, los kazakos habían sido un pueblo nómada que migraba, junto con sus rebaños, según la abundancia o escasez de los pastos de su tierra inmensa, llevando un tipo de vida perfectamente adecuado a la vegetación insuficiente y a la aridez del clima. La llegada de los rusos supuso el fin del pastoreo. El ferrocarril trajo consigo multitud de colonos, se construyeron ciudades y las granjas desestabilizaron las tierras destinadas a pastos y las delicadas pautas de la migración. Poco a poco, los kazakos abandonaron la vida nómada, atraí-

dos por el señuelo del dinero y una vivienda permanente. Los nietos de los pastores se convirtieron en peones de las granjas estatales y el orgulloso mundo de las hordas de los kazakos desapareció en aras de una excentricidad innecesaria. El desastre ecológico del mar de Aral ha sido la venganza de la naturaleza contra un sistema de agricultura sedentaria que ha menospreciado las realidades geográficas.

Pero Papá Oso no lo veía de esta manera. Según él, la muerte del mar de Aral era simplemente un fallo de los comunistas. Cuando le mencioné la tradición nómada de estas regiones frunció el ceño y, erróneamente, entendió mi comentario como un ejemplo más de las dificultades que Kazajstán ha tenido que soportar.

«Los nómadas —murmuró, con un encogimiento de hombros—... Gente sin preparación. No saben planificar para el futuro.»

«Puede que estén satisfechos con el presente», insinué.

«¿Y dónde están ahora?», preguntó, mirando hacia la desierta pradera, como si la ausencia de jinetes y ovejas al otro lado de la ventanilla del tren fuera una prueba en sí misma.

Le hablé de Mongolia y del hecho de que allí gran parte de la población todavía practicaba el estilo de vida nómada.

«¡Mongolia! —resopló—. ¿Para qué hablar de los bárbaros?»

4

EL ABOMINABLE PAÍS DE SATÁN

EN 1238, EL MERCADO DE LOS ARENQUES tocó fondo en Yarmouth. Los barcos procedentes de los puertos del Báltico, que normalmente calaban en el puerto para comprar pescado, dejaron de llegar y el inesperado exceso de existencias hizo que los precios cayeran en picado. Pescadores y comerciantes se arruinaron, hasta el punto de que incluso en el interior de Inglaterra se podían comprar cincuenta arenques en salmuera por sólo un chelín.

Ese mismo año, una extraña misión se presentó en la corte de Luis IX de Francia, y después se trasladó a Londres, donde les dio audiencia Enrique III. Aquellos hombres declararon que los enviaba un misterioso potentado de Oriente, conocido por los cruzados como el Viejo de la Montaña. Desde su fortaleza, situada en los montes Elburz, en el norte de Persia, aquel personaje enclaustrado enviaba a sus discípulos, unos jóvenes fanáticos, para que mataran a sus enemigos políticos. A tales discípulos se los conocía por el nombre de *hashashin*, o consumidores de hachís, término del que luego derivaría la palabra «asesino». Durante la Edad Media, con el método de la capa y la daga, la secta ismailí de los Asesinos ejerció un considerable poder político por espacio de dos siglos. Sin embargo, de repente había surgido otra amenaza: la de un pueblo cuyos líderes se hallaban demasiado lejos y eran demasiado impredecibles para que aquellos asesinos pudieran neutralizarlos. Por eso los ismailíes acudían a Europa en busca de alianzas contra la amenaza imparable de los mongoles.

Una prueba de la estrechez de miras que Europa tenía en las primeras décadas del siglo XIII se observa en el hecho de que permaneciera en una ignorancia casi absoluta acerca de los catastróficos acontecimientos que se producían en Asia. Bajo el liderazgo carismático de

Gengis Kan, los mongoles se habían lanzado a una serie de conquistas que los llevarían a dominar todo el continente. Las antiguas dinastías habían caído, los imperios se desmoronaban, las grandes ciudades eran arrasadas y sus habitantes masacrados mientras Europa seguía adormecida, sin saber que los jinetes mongoles avanzaban hacia Occidente.

A diferencia de lo que suele ocurrir con la historia, las crónicas de las campañas de los mongoles no fueron escritas por los vencedores, sino por los vencidos. El lenguaje apocalíptico que ha llegado hasta nosotros refleja el terror y los prejuicios de los derrotados. De forma invariable, los mongoles eran las fuerzas del mal, hordas de bárbaros, el azote de Dios, una pestilencia que pretendía destruir la civilización. Y es en esta tradición, la de la historia narrada por sus enemigos, donde Gengis Kan se vería retratado como uno de los grandes villanos de todos los tiempos.

Para los mongoles, Gengis Kan fue un líder espléndido y refinado, disciplinado, incorruptible y políticamente muy astuto. Un legislador intuitivo y de sabiduría considerable, un administrador eficiente y un maestro de la estrategia militar, que logró la unidad de las tribus mongolas por vez primera en muchas generaciones. Y fue esa rara unidad lo que les permitió volver los ojos hacia las ciudades ricas, pero decadentes, que había al otro lado de sus tierras de pastizales. Las primeras conquistas se obtuvieron con sorprendente facilidad y, de la terrible inercia que esto desencadenó, nacería el Imperio Mongol.

Era absurdo esperar que Gengis Kan respetara las ciudades y a sus habitantes. Él era un hombre de las estepas, un nómada que veía a la sociedad sedentaria desde un punto de vista de superioridad cultural y moral, primero con horror, y por último con desprecio. Para los nómadas, los hombres y las mujeres que vivían en las ciudades sufrían una especie de degradación y los granjeros que se pasaban la vida inclinados arando el suelo apenas les merecían la misma estima que un rebaño de ovejas. De modo que la destrucción de esta sociedad importaba tan poco a los mongoles como la matanza de los incas importaría a los conquistadores o el destino de los africanos importaría a los primeros traficantes de esclavos. Además, según las pautas de la guerra medieval en Asia, los métodos utilizados por Gengis Kan no fueron especialmente brutales. Su terrible fama no es más que una medida de su

éxito y del monopolio que las ciudades vencidas ejercieron sobre las fuentes históricas.

El estilo se inauguraría con el asedio y la destrucción de Bujará. «Llegaron, expulsaron a la gente, incendiaron, mataron, saquearon y se marcharon», escribió un historiador de la época. Yakut, el famoso geógrafo árabe que huyó de la ciudad de Merv ante el avance de los mongoles, informó que aquellos nobles edificios «fueron eliminados de la faz de la tierra como las líneas escritas se borran del papel». Los mongoles hacían una pausa para que sus caballos pastaran y bebieran, pero luego seguían avanzando, saqueando una tras otra las grandes ciudades de la Transcaspiana y la Transoxiana, de Afganistán y el norte de Persia: Samarcanda, Khiva, Balkh, Merv, Herat, Kandahar, Ardabil, Qazvin, Tabriz, Qom... Ejemplo del destino que corrieron estas ciudades fue Nishapur, en la provincia persa de Jorasán, patria del poeta Omar Jayyam. No se salvó ni un perro ni un gato. Los únicos monumentos que permanecieron en pie en aquella ciudad fueron las pirámides de cráneos humanos.

En su empuje hacia el oeste, los mongoles se extendieron con celeridad por el Cáucaso y entraron en Ucrania y la península de Crimea. Pasaron el invierno a orillas del mar Negro, entre los taludes funerarios de sus antecesores nómadas, los escitas, antes de dirigirse hacia el norte, a principios de 1223, para derrotar a tres ejércitos rusos. Después regresaron a casa, cruzando toda Asia como un vulgar trabajador que, al concluir la jornada, regresa a casa en el tren de cercanías para asistir al *quriltai*, la gran reunión de todos los jefes mongoles. El mundo había saboreado por vez primera una campaña militar que, debido a su celeridad y a su movilidad, no tendría parangón hasta la mecanizada era moderna. La idea de que los mongoles eran unos jinetes que arrasaban países enteros por la simple fuerza de su mayoría, se ha visto desmentida con toda justicia. Constituían un ejército disciplinado y muy organizado que, por lo general, excedía en el doble el número de sus enemigos y cuyo éxito estribaba tanto en su extraordinaria movilidad como en unas refinadas estrategias militares, hasta el punto de que Patton, al igual que Rommel, estudió las tácticas del general mongol Subedei. Los mongoles nacían encima de una silla de montar y sus conquistas representan las campañas de caballería más importantes de la historia. Una y otra vez, las columnas de los jinetes mongoles surgían como si salieran

de la nada, después de haber cruzado enormes distancias y barreras naturales infranqueables, y con una celeridad que superaba la inteligencia de sus enemigos. Lo suyo era el ataque relámpago, el *blitzkrieg* siete siglos antes de que se inventaran los tanques o los aviones.

En el verano de 1227, en medio de la conquista de China, Gengis Kan fallecería a consecuencia de unas fiebres muy graves. Se especula que tendría unos setenta años de edad y cuentan que, en su lecho de muerte, convocó a sus hijos, les entregó un puñado de flechas y les indicó que lo rompieran. Al ver que no eran capaces de lograrlo, les entregó una flecha a cada uno. La lección consistía en que debían permanecer siempre unidos. Por separado, tal como había ocurrido con las flechas, serían mucho más débiles.

Legó su imperio a Ogoday, el tercero de sus hijos, que gobernaría como Gran Kan. Por debajo de él estaría Yagatay, su segundo hijo, que gobernaría Asia Central. Batu Kan, su nieto, a quien fray Guillermo conocería a orillas del Volga, gobernaría sobre las estepas rusas, lo que más adelante se conocería como la Horda de Oro. A Tuli, su hijo más joven, le entregó el país de los mongoles. De esta manera, toda Asia quedaría parcelada en una serie de tierras destinadas a pastos, según los tradicionales derechos de pastoreo mongoles. El nieto (hijo del primogénito de Gengis Kan, que había muerto) recibió los pastos situados más lejos, mientras al más joven le fueron entregados los del interior del país.

El cadáver de Gengis Kan fue trasladado a Mongolia y enterrado en los montes Hentiy, cerca de su lugar de nacimiento, en un sitio que él mismo había elegido. Todos los porteadores del cortejo fúnebre, así como aquellos que encontraron en el camino, fueron asesinados para que el lugar del entierro quedara en secreto. Hasta el día de hoy, nadie ha averiguado dónde se encuentra su tumba.

En la época del fallecimiento de Gengis Kan, su imperio era cuatro veces mayor que el de Alejandro Magno, y dos veces el del Imperio Romano. No obstante, los mongoles aún se hallaban lejos de alcanzar su apogeo y durante el mandato de Ogoday, el nuevo Gran Kan, las campañas de conquista prosiguieron a gran velocidad. En 1234, todo el norte de China estaba sometido a su poder. Aunque sea muy dudosa su certeza, se dice que Ogoday consideró la posibilidad de masacrar a toda la población china, unos cuarenta y cinco millones de personas. «No nos son de

ninguna utilidad —cuenta un historiador chino que dijo Ogoday—. Sería preferible exterminarlos por completo y dejar que la hierba crezca para que pasten nuestros caballos.» Prevaleció un consejo más sabio cuando se le recordó los impuestos que podía obtener de una gente tan trabajadora como los chinos.

Después de haberse enfrentado a su tradicional enemigo, los mongoles volvieron una vez más la vista hacia Occidente, hacia nuevos horizontes, en un intento por llevar las fronteras de su imperio hacia el interior de Europa. En el invierno de 1237-1238 cruzaron el congelado Volga e impulsaron lo que demostraría ser la única invasión invernal que ha tenido éxito en Rusia, una campaña que alarmó de tal modo a los pueblos bálticos que cancelaron su viaje anual a Yarmouth, con graves consecuencias para el mercado del arenque en Inglaterra.

La llegada del verano atrapó a los ejércitos mongoles descansando en las estepas del Don. Desde Mongolia, a más de cinco mil kilómetros de allí, tenían que enviarles nuevos refuerzos y pertrechos para los caballos. Mientras tanto, al otro lado de Europa, los enviados de los Asesinos se disponían a cruzar un alborotado canal de la Mancha para advertir al rey inglés de la amenaza que se acercaba. Describieron a aquellos invasores como «una raza monstruosa e inhumana» que había irrumpido de las montañas del norte para devastar las tierras del este. «Nos han llegado unas cartas amenazadoras con unos emisarios temibles —advertían los enviados de Oriente Medio—. Así que ni ellos mismos habían sido capaces de evitar el ataque de semejante enemigo, nada podrá impedirles que devasten las tierras de Occidente.»

Pero sus ruegos cayeron en oídos sordos. El obispo de Winchester, que asistió a la recepción inglesa, consideró absurda la idea de ayudar a los infieles. Los cruzados habían estado en guerra con los musulmanes de Oriente Medio durante siglos y no veía motivo alguno para ayudarlos ahora en sus dificultades. «Dejemos que estos perros se devoren unos a otros —aconsejó—. Que se consuman y perezcan. Luego nosotros atacaremos a los enemigos de Cristo que queden con vida, a fin de eliminarlos y purificar la tierra...» Para gran parte de Europa, los mongoles todavía eran un simple rumor. Los acontecimientos de los dos años que siguieron los convertirían en una realidad inexorable.

En la primavera de 1240, las fuerzas mongolas estaban preparadas

para el gran asalto a Europa. Primero descendieron hasta Kíev, en aquel entonces el centro religioso y político de Rusia. Diversos residentes en esa ciudad informaron que el estruendo de los cascos de los caballos, así como los gritos de guerra de los mongoles que se acercaban, eran tan fuertes, que dentro de los muros de la ciudad había que hablar a gritos para poderse entender. Los invasores del este arrasaron la ciudad, dejando sólo en pie Santa Sofía. Después de dividir el ejército en destacamentos separados, uno penetró en Hungría a través de los desfiladeros de los Cárpatos, mientras el otro cruzaba al galope las llanuras de Polonia. Antes de finales de marzo, el primer destacamento había arrasado Cracovia y Wroclaw (antigua Breslaw). En Liegnitz derrotaron a un ejército formado por caballeros polacos y teutones, llenando nueve sacos con las orejas de los enemigos muertos. Mientras tanto, en Hungría, el segundo destacamento se extendía por Moldavia, Valaquia y Transilvania, devastando todo cuanto encontraba a su paso. A orillas del río Sajó derrotaron a un ejército de cien mil jinetes, prendieron fuego a Pest y se hicieron con el control de las vastas llanuras húngaras. Tanto los hijos como los nietos de Gengis Kan estuvieron a la altura del poder que se les había conferido. Desde las fronteras de Polonia hasta el mar Amarillo, «ni un perro podía ladrar sin permiso de los mongoles». Ninguna fuerza parecía capaz de impedirles llegar al océano Atlántico.

Al principio, los europeos pretendieron identificar aquellos extraños personajes que pululaban por el este con los ejércitos de Preste Juan, el legendario rey cristiano descendiente de uno de los Reyes Magos, que gobernaba sobre los tierras de Oriente, y cuya llegada esperaban anhelantes para que los ayudara a dividir a los musulmanes en Tierra Santa. Por eso los primeros informes confusos sobre Gengis Kan se interpretaron como una profecía de salvación, en vez de como una advertencia del desastre que se avecinaba. La idea de Preste Juan había arraigado de tal modo que, incluso después de que los ejércitos mongoles arrasaran Georgia y Rusia en 1223 y llegaran noticias de que habían masacrado a más de doscientas mil personas, los europeos seguían convencidos, basándose en que los muertos no eran católicos sino cristianos ortodoxos, de que podía tratarse de un benévolo rey cristiano que acudía en su ayuda para expulsar a los infieles.

Las devastadoras campañas en Polonia y Hungría sirvieron al menos para despertar en el resto de Europa la idea de que los mongoles

no eran amigos, sino enemigos. Anclados todavía en las leyendas medievales, especularon entonces acerca de si los mongoles podían ser Gog y Magog, los dos monstruos repugnantes que, según el Apocalipsis, Satán liberaría de su encarcelamiento en Oriente para anunciar el fin del mundo. Los príncipes europeos no paraban de suplicarse unos a otros que dejaran a un lado sus rencillas y se unieran en defensa de la cristiandad. El conde Enrique de Lorena le escribiría a su suegro:

> Por culpa de nuestros pecados, los peligros pronosticados hace tiempo en la Biblia brotan ahora y estallan. Una tribu cruel que nos supera en número, formada por hombres salvajes y carentes de ley, nos invade y ocupa nuestras fronteras [...] después de arrasar muchas otras tierras y exterminar a sus gentes.

EL LANDGRAVE DE TURINGIA intentó convencer al duque de Bolonia para que se alzara en armas. «El Día del Advenimiento del Señor ya ha llegado [...] [Los tártaros] de incontrolable maldad [...] han destrozado toda la tierra, desde Oriente hasta nuestros dominios.» En Francia, el rey Luis dio muestras de su talante filosófico. «Nos disponemos del consuelo divino —le escribió a su madre—. De modo que, si llegan esos tártaros, tendremos que ser capaces de mandarlos al infierno, que es de donde proceden, o de lo contrario tendremos que entrar en el cielo para disfrutar del gozo que aguarda a los elegidos.»

Hasta en Inglaterra había sonado la alarma y el obispo de Winchester tuvo que tragarse sus declaraciones anteriores. Matthew Paris escribiría en sus crónicas:

> Una abominable raza de Satán, es decir, los innumerables ejércitos de los tártaros [...] surgieron como demonios del Tártaro [...] Cual enjambres de langostas cubrieron la faz de la tierra y trajeron una terrible devastación a los países del este, dejándolos yermos a causa del fuego y las matanzas. Porque son bestiales e inhumanos, más semejantes a monstruos que a hombres, sedientos de sangre, arrancan y devoran la carne tanto de los perros como de los humanos. Son bajitos, corpulentos, robustos, invencibles, infatigables [...] Beben con deleite la sangre de sus rebaños [...] Carecen de leyes humanas, desconocen las comodidades y son más feroces que los leones y los osos [...] Son unos arqueros fantásticos [...] No conocen otra lengua que la suya, lengua que na-

> die conoce, y por tanto es imposible acceder a ellos [...] Vagan junto con sus rebaños y sus esposas [...] por eso pueden trasladarse con la celeridad del rayo hasta los confines de la cristiandad, asolando y asesinando, dominando a todo el mundo con el terror y un horror que no tiene comparación.

DOMINADO POR LA PRESA DEL HORROR MONGOL, Matthew Paris pronosticó convencido que el fin del mundo llegaría en 1250. Por todo el norte de Europa, los flagelantes recorrían los pueblos anunciando la gran batalla final de Harmagedón. En Alemania encarcelaron a los sospechosos habituales y mataron a un gran número de judíos bajo la ridícula sospecha de que estaban acumulando armas para los mongoles.

Con la llegada del invierno de 1241-1242, los mongoles estaban preparando la etapa siguiente de la invasión de Europa. El día de Navidad, Batu Kan condujo a sus hombres a través del congelado Danubio y saqueó Buda y el centro religioso de Gran. A continuación envió una avanzadilla de diez mil hombres a Austria, que asolaron los campos hasta Wiener Neustadt. Otro cuerpo del ejército, después de saquear Zagreb, bajó por la costa de Dalmacia hasta Split persiguiendo ferozmente al rey de Hungría. En primavera llegaron a descubrirse patrullas de reconocimiento en Udine, a sólo cien kilómetros de Venecia, mientras por el norte se vieron exploradores mongoles en las cercanías de Viena. Harmagedón estaba a punto de estallar. Toda Europa contuvo la respiración, a la espera de oír la Última Trompeta.

Y entonces sucedió un hecho fuera de lo normal: los mongoles se marcharon a su país. Habían llegado noticias de la muerte de Ogoday, Gran Kan, que había pasado sus últimos años en tierras de Mongolia, sumergido en una especie de nebulosa alcohólica. Una mañana de mayo, los mongoles recogieron sus tiendas, orientaron sus caballos hacia el este y partieron de regreso a casa, un viaje de más de siete mil kilómetros a través de Asia. Se iba a celebrar un gran *quriltai* para elegir a otro gran kan y nadie podía perderse las maniobras políticas de la sucesión. Cuando el polvo se hubo asentado sobre la política mongola, el foco del imperio se dirigió una vez más hacia Asia y Europa no volvió a verse amenazada por los mongoles. Había escapado por los pelos.

EN EL EXPRESO DE KAZAJSTÁN, la noticia de mi expedición se había extendido por todo el tren como un rumor en una aldea, de modo que la gente, incluso varios vagones más allá, estaba enterada del viaje a Mongolia del extravagante extranjero. Pero cuando bajé en Türkistan, la noticia se había filtrado misteriosamente del tren a la ciudad, de modo que, al llegar al hotel, el recepcionista ya me estaba esperando. En el restaurante, el director me preguntó si creía que fray Guillermo, mi santón francés, habría engendrado algún hijo mientras estaba en Mongolia. Por lo visto, en Almaty había conocido a una mujer mongola que sólo sabía hablar el francés de los diplomáticos. Me alegré al comprobar que fray Guillermo había recobrado cierta notoriedad en los pueblos por donde había pasado siete siglos atrás.

Türkistan es una ciudad kazaka situada en los límites septentrionales del desierto de Kizilkum, demasiado remota y desolada para atraer a los colonos rusos. El polvo del desierto envuelve las hojas de los árboles que dan sombra a lo largo de la avenida principal y el bazar no es más que un humilde conjunto de chozas con techo de hojalata. En un extremo, los carniceros destripaban los cadáveres de las ovejas en medio de enjambres de moscas; en el otro, una hilera de adivinos permanecían sentados en cuclillas junto a montoncitos de proféticas judías y barajas de cartas con las esquinas dobladas, que conservaban en estado latente los secretos del destino de los posibles clientes. Fuera, en la avenida, un grupo de charlatanes atraía a una multitud con la promesa de chistes y acrobacias.

Por inverosímil que parezca, Türkistan alberga el más sagrado de los santuarios kazakos: el mausoleo del primer santo turco musulmán de gran importancia, el jeque Ahmed Yasavi, fundador en el siglo XII de una orden sufí. En el borde del desierto, tras varias casas de barro destartaladas, se alza la cúpula azul, único superviviente del rutilante pasado de la ciudad. El santuario fue construido por mandato de Tamerlán, el despiadado conquistador del siglo XIV, que rastreó su estirpe hasta Gengis Kan y diseñó su imperio basándose en las glorias perdidas de la época mongola. Rodeado por un enorme recinto de muros almenados, convertidos con el paso de los años en ruinas desdentadas, el edificio se alza como un espléndido desafío a la tradición nómada de aquellas regiones.

Cerrado durante los años de Jruschov, el santuario se halla ahora

en proceso de restauración, financiada por los omnipresentes turcos, satisfechos de poder desempeñar el papel paternal que Rusia dejó vacante y como un medio para restablecer los vínculos con sus hermanos perdidos hace mucho en Asia Central. Los kazakos, que en la era postsoviética luchan por recuperar su identidad nacional, reclaman este santuario como un magnífico ejemplo de arquitectura kazaka. Es indudable que lo sería si tal arquitectura existiera. Pero su construcción es persa, parte de la tradición timurí que encuentra su máxima expresión en Samarcanda.

Me acerqué al edifico a través de unos dos mil metros cuadrados sembrados de rosas, cuyos pétalos alfombraban los polvorientos caminos. La cúpula acanalada del santuario se apoyaba sobre muros forrados de azulejos turquesas y azules. A la muerte de Tamerlán, el trabajo de alicatado aún no había concluido y a los obreros les faltó la voluntad, o los salarios, para continuarlo. Los tocones de madera del andamiaje todavía colgaban de las torres donde, hacía seis siglos, se interrumpieron los trabajos. En el refrescante interior, encalados *iwanes* se alzaban, a través de delicadas tracerías de arabescos, hasta una cúpula sin adornos. Los abovedados corredores conducían de las cámaras centrales a un laberinto de altas estancias blancas, cuyas ventanas enrejadas filtraban el mundo exterior mediante una pálida estela de luz y una filigrana de sonidos apagados. Incluso allí, en las fronteras más remotas del mundo musulmán, el islam convertía en mágica su arquitectura. Ninguna otra religión ha captado de tal modo ese anhelo de una tranquilidad espiritual en brazos de la piedra y la mampostería.

Para los peregrinos kazakos que acuden en tropel al santuario, el interés principal radica en una enorme copa de bronce que pesa dos toneladas y está situada justo debajo de la cúpula. Hacen cola para besar el borde y dejar caer unas monedas en sus sonoras profundidades. Construida por artesanos persas, fue un regalo del propio Tamerlán y, cuando en 1935 los rusos se la llevaron al Hermitage, surgieron sombríos rumores, semejantes a los asociados a la tumba de Tutankamón, respecto a la muerte prematura de todos los involucrados en el expolio. En 1989, los rusos la devolvieron a su lugar de origen. Es muy probable que para entonces ya tuvieran bastantes problemas sin necesidad de bregar con la maldición de Tamerlán.

En el promontorio que se alza por encima del santuario se encuentra un espléndido *hamman*,* donde hay unos bancos de mármol que se apoyan contra las alcobas situadas debajo de una bóveda achatada. Si el santuario es un templo para el espíritu, el *hamman* lo es para el cuerpo, destinado al placer sensual. El lenguaje arquitectónico común, formado por arcos, bóvedas y cúpulas, parece establecer allí cierta relación reparadora entre lo sagrado y lo profano.

Fuera, en un puesto de venta callejero, me detuve a examinar un par de fustas con el mango tallado. El vendedor se acercó furtivamente y se colocó a mi lado.

«Unos látigos muy bonitos —dijo—. Se los doy a buen precio.»

«No tengo caballo», contesté, encogiendo los hombros.

El vendedor me miró con asombro.

«No son para su caballo —replicó, quitándome las fustas—. Son para su esposa.»

POR LA MAÑANA LLEGÓ UN CHÓFER Y, CON SU VIEJO LADA, partimos hacia el este siguiendo una carretera de color azulado. El desconchado asfalto brillaba con luz trémula a causa del calor. A lo lejos, a nuestra izquierda, las montañas que se combaban ante nuestros ojos, formando depresiones sombreadas entre las vertientes, constituían el macizo de Karatau. Desde sus cumbres, los riachuelos bajaban atravesando campos sembrados y desembocaban en el drenado Yaxartes, que cruzaba serpenteante el sur de Uzbekistán, para comprobar cómo una miríada de canales de irrigación lo dejaba sin agua. Tupidos mantos de hierba se extendían entre los campos quebradizos, mientras los álamos se posicionaban a lo largo de los cauces. A lo lejos, a nuestra derecha, los campos oscilaban hacia la plateada neblina del desierto de Kizilkum.

Mi intención era visitar las ruinas de la gran ciudad de Utrar, que se hallaba al borde del desierto, entre Türkistan y Chimkent. En la aldea de Saul'der, un polvoriento enclave sin sombras situado a pocos kilómetros de la carretera principal, llamamos a un bajá de aspecto severo para que nos orientara. Necesitó la mitad de la calle principal

* En los países árabes, baños abiertos al público. *(N. del T.)*

para que su mula se detuviera. Dos mujeres, que trotaban detrás de él con sudorosa obsequiosidad, parecieron agradecer aquel respiro. Mediante señas, el anciano nos envió a un pequeño museo en las afueras del pueblo.

La arena se había filtrado a través de las puertas y se acumulaba en las esquinas del vestíbulo. El encargado de las entradas se asustó de tal modo al verme, que huyó: se incorporó de un salto y, sin decir palabra, desapareció por un tramo de escaleras. Minutos después regresó acompañado de un hombrecillo que estuvo bombeándome el brazo en señal de bienvenida. Se trataba del director del museo y arqueólogo local, aunque por su chaqueta harapienta y los zapatos rotos cualquiera lo habría confundido con el encargado de la limpieza. Asintió emocionado cuando el chófer anunció que yo me dirigía a Mongolia.

«Sí, sí —dijo sin soltarme la mano y mirándome con fijeza—. Sí, claro, Mongolia.»

Tuve la espeluznante sensación de que había estado esperándome... tal vez desde hacía años.

Durante los primeros años de Gengis Kan, nada en él hacía presagiar que sería el fundador de un imperio. En 1211, cuando cruzó el desierto de Gobi para lanzar sus primeros ataques contra China, éstos eran sólo incursiones, las habituales escaramuzas de saqueo y retirada, una expedición destinada al pillaje, no a la conquista. Serían sus enfrentamientos con el Imperio Turco de Jwarizm, el principal vecino occidental, lo que incitaría sus aspiraciones imperiales.

En 1218, cuando Gengis Kan envió a un nutrido grupo de mercaderes al imperio de Jwarizm para comerciar, las relaciones entre ambos eran tensas. En la ciudad fronteriza de Utrar, sin duda con algo de razón, detuvieron a los mercaderes por espías y los condenaron a muerte. Al principio, Gengis Kan se mostró conciliador. Envió tres mensajeros a Samarcanda para que exigieran disculpas al sha Jwarizm. Sin embargo, allí les aguardaban más insultos a los mongoles. A uno de los mensajeros lo mataron, y a los otros dos les afeitaron la barba. Para los mongoles, maniáticos de la etiqueta diplomática, esto equivalía a una declaración de guerra. Las interpretaciones de la respuesta mongola son muy variadas. Es posible que el trato dispensado a los Tres de Samarcanda cambiara el rumbo de la historia. Pero pue-

de también que aquello fuera sólo la excusa que Gengis Kan estaba esperando.

En el otoño de 1219, dispuestos a vengar tal provocación, cincuenta mil jinetes mongoles se congregaron ante las murallas de la ciudad de Utrar, bajo el mando de los hijos de Gengis Kan. Los mongoles tenían unas tácticas militares muy poco adecuadas para sitiar una ciudad, pero eran un pueblo ingenioso y habían desarrollado algunos trucos bélicos aprendidos en China, como, por ejemplo, las catapultas que lanzaban najta y brea ardiendo al otro lado de las murallas, así como la balista, una potente ballesta de largo alcance. El sitio duró cinco meses: una eternidad según la concepción del tiempo que tenían los mongoles. Cuando por fin cedieron las murallas, toda la guarnición, unos ochenta mil hombres, junto con sus habitantes, fueron pasados por las armas. Gengis Kan había exigido que apresaran vivos tanto al gobernador como a su esposa y, al esconderse éstos en la azotea del arsenal, los mongoles tuvieron que desmantelar el edificio ladrillo a ladrillo. Luego trasladaron al gobernador a Samarcanda, por entonces ya en poder de los mongoles, y le llenaron los oídos y las cuencas de los ojos con plata fundida. Utrar fue pasto de las llamas y el imperio de Jwarizm —un inmenso territorio que incluía Asia Central, el norte de Irán, Afganistán y parte de Pakistán— cayó en poder de los mongoles. Esta repentina adquisición de las ricas ciudades asiáticas abriría una nueva perspectiva a Gengis Kan: la de conquistar y gobernar. Por tanto, sería allí, en Utrar, donde nacería el Imperio Mongol.

Las ruinas de la antigua ciudad se encuentran a varios kilómetros de Saul'der, en medio de los campos abrasados. El museo creado por el arqueólogo era un monumento a la ciudad y al instante crucial en que los nómadas la arrasaron. Allí los visitantes eran muy escasos y el arqueólogo me cogió de la mano como si no tuviera intención de dejarme marchar. Detrás de la gruesa pecera de las gafas, sus ojos flotaban en una acuosa miopía. Se había cortado al afeitarse y un resto de sangre seca se había coagulado a lo largo de la fofa piel de su cuello. De pronto, como por arte de magia, una intérprete, una muchacha de la aldea, se materializó ante nosotros.

Le pregunté al arqueólogo cuánto tiempo llevaba trabajando allí. Treinta y cinco años, me indicó, al tiempo que me enseñaba una colección de dedos mugrientos. Había llegado recién graduado de Sa-

ratov. Al preguntarle si tenía esposa o familia, se encogió de hombros y contestó que había dedicado su vida a Utrar. Llevaba encima las marcas de la soledad: desaliño en sus ropas, la ansiosa inquietud en sus modales... La joven traductora se apartaba nerviosa de él, como si su fama de excéntrico la incomodara.

Había estado excavando durante quince años, me explicó, trabajando por etapas de tres meses cada otoño, hasta que las subvenciones del Estado dejaron de llegar. Lo compadecí por la interrupción de su trabajo, pero con un gesto impaciente de la mano le quitó importancia a mi preocupación. El verdadero trabajo consistía en interpretar, no en excavar.

«Hay tantas cosas por catalogar, por examinar...»

Pertenecía a esa escuela de arqueólogos que prefieren el limpio mundo de los museos y la labor de catalogación al sucio trabajo de excavar y a los hallazgos. En su voz había una leve nota de exasperación:

«Aquí no hay manera de encontrar buenos trabajadores. Con unos labriegos no se puede excavar una gran ciudad...».

Como un fiscal meticuloso, me llevó por las salas de la exposición, desgranando poco a poco su argumentación, atento a que no me perdiera nada. Había muchas más cosas sobre la historia de Utrar que sobre el asedio de los mongoles, pero el arqueólogo y su museo se habían centrado sólo en ese terrible episodio, como si contuviera en sí una resonancia tan abrumadora que hubiera acallado los siglos precedentes. En aquellas salas, los mongoles estaban en el banquillo de los acusados. Cada una de las vitrinas que documentaban el pasado de la gran Utrar era una acusación de culpabilidad. Todo el edificio era un Museo del Holocausto y el arqueólogo, uno de esos hombres que se sienten empujados a remover entre los confusos detritos para establecer la antigua culpabilidad.

Un enorme mural —pintado según sus propios bocetos— mostraba la ciudad en vísperas del asedio mongol, la visión de una vida urbana, pacífica y próspera, ocupada en los asuntos característicos de las ciudades. Las cúpulas azules se alzaban por encima de las murallas almenadas, una garantía de su refinamiento arquitectónico y religioso. En él, todas las especializaciones de la vida sedentaria estaban reflejadas como un argumento cuidadosamente estructurado —artesanía y comercio, agricultura y educación—, con su mudo reproche a la barbarie de los mongoles: las ca-

ravanas de los mercaderes llegando a las puertas de la ciudad, el dueño de un puesto callejero vendiendo rollos de tela, un peón fabricando ladrillos, mientras un campesino atendía una noria que derramaba la vida líquida de la ciudad hacia los surcos de los sembrados. El arqueólogo me señalaba otros personajes y me los presentaba como si los conociera en persona: un historiador, un astrónomo, un vendedor de libros que acarreaba un fardo con nuevos ejemplares, el filósofo del siglo XIII Abu Nazir Muhammad, barbudo y ataviado con su túnica junto a las puertas de la ciudad.

Y llegamos frente a un mapa. Utrar estaba en el centro, con todas las grandes rutas comerciales que la vinculaban a un mundo mucho más amplio, un abanico que se extendía por toda Asia: a Kashi; a Samarcanda; a Tabriz a Sudak, en el mar Negro, donde fray Guillermo había desembarcado; y a Constantinopla. En el lado derecho del mapa, Mongolia era un espacio vacío, sin caminos ni ciudades. Debajo del mapa había unas vitrinas con los hallazgos que confirmaban este próspero comercio a lo largo de las ramificaciones de la Ruta de la Seda, con fragmentos de cerámica persa en un extremo y de cerámica china en el otro. El arqueólogo buscó unas llaves en los bolsillos, abrió una de las vitrinas y me tendió una pieza iraní. De Kashan, informó. Estaba cubierta de arabescos azules. Luego puso en mi mano un trozo de cerámica china, la decoración más atrevida, más madura, menos dependiente del virtuosismo.

«El desarrollo —musitó—. El desarrollo, el intercambio, el progreso... —fijó sus ojos en mí—. Aquí no hay nada de Mongolia. Los nómadas no han aportado nada a la cultura de esta zona. Sólo su destrucción.»

A través de sus gafas, sus ojos se veían distorsionados, hinchados, casi inflamados. Era un hombre obsesionado. El enjuiciamiento de los mongoles se había convertido en la cruzada de su vida.

Había unos estantes con artículos de lujo, etiquetados como si se tratara de una exposición de órganos forenses: copas de vino, cuchillos con adornos, espejos opacos, tarros para cosméticos, azulejos y jarros para el baño, que todavía transmitían cierta sensación de acuosa frialdad. Otro expositor contenía herramientas agrícolas. Solitario, en una vitrina situada en un rincón, había un ladrillo vidriado, el componente elemental de las ciudades, apoyado sobre una tela de tercio-

pelo, como si fuera un objeto religioso. Nos quedamos ante él, sumergidos en un absurdo silencio.

«Todo esto —dijo, abriendo los brazos como si se hubiese graduado en el histrionismo del resumen—. Todo destruido... De la noche a la mañana... Por un pueblo con una visión muy estrecha de la actividad de los humanos.»

Me esforcé por pensar en alguna circunstancia atenuante. Frente a tales pruebas condenatorias, sentí que debía defender un poco a los nómadas. Sin embargo, ¿qué podía decir? ¿Que odiaban las ciudades? Al final no dije nada y, con un silencio cómplice, me limité a seguir al arqueólogo. En un esquema más amplio de las cosas, su cólera resultaba ridícula. Para Utrar, así como para todas las ciudades del mundo, ha habido victoria y saqueo. El gran conflicto histórico entre sociedad sedentaria y pastoreo, entre ciudad y estepa, se ha resuelto ya. Las víctimas de la historia no son los habitantes de Utrar, sino los nómadas: el mundo moderno ha hecho que su estilo de vida resulte, en el mejor de los casos, anacrónico y, en el peor, fatal. Se han convertido en algo irrelevante, en una curiosidad. En Mongolia, los nómadas todavía se sienten orgullosos de emigrar con sus rebaños, sus tiendas y sus caballos, pero para el resto del mundo poseen el atractivo arcaico de las tribus amazónicas con sus cerbatanas o de los lapones a la caza del reno. El hecho de que en el pasado fueran poderosos sólo incrementa su melancólico encanto.

Me sorprendí cuando el arqueólogo se negó a venir con nosotros a las ruinas de Utrar. Parecía tan entregado a mi visita, que dudé que quisiera perderse el momento culminante. Sin embargo, en el vestíbulo del museo se quedó un momento dubitativo y al final me estrechó la mano. Su Utrar estaba dentro de aquellas salas en penumbra, en la meticulosa interpretación sobre la cual había basado su vida; no allí fuera, bajo el polvo y el calor, entre los campos indómitos.

«Cuídese», dijo y se despidió agitando la mano desde el interior de la entrada de su museo.

El camino que conducía a Utrar estaba desierto, con la excepción de alguna que otra vaca que dormitaba en medio del polvo blanquecino. La antigua ciudad flotaba en medio de los campos, un montículo largo y anodino que se elevaba por encima de las ondulaciones del maíz. Diversos senderos ascendían por las empinadas laderas, esca-

lando repechos que antes habían sido murallas, hasta la discontinua meseta que cubría la ciudad enterrada. El suelo estaba lleno de arbustos secos, restos de cerámica y huesos blanqueados. Las lagartijas saltaban entre las piedras. El sol del mediodía caía sin piedad y avancé en medio del sofocante calor hasta el lugar de una de las excavaciones. En cuanto me acerqué al borde del hoyo, una bandada de golondrinas que había colonizado las horadadas paredes se alzó formando una nube aleteante, tan sobrecogedora como un ejército de fantasmas.

Bajé al fondo del hoyo, antiguamente el suelo de la mezquita principal de Utrar. Lo único que quedaba eran las bases desmenuzadas de las columnas de ladrillos. En las capas de sedimentos que se veían por las paredes había una clara franja de ceniza oscura: pertenecía a la era mongola, al incendio de la ciudad. El tiempo había reducido el conflicto a aquel estrato delgado, de apenas un palmo de ancho. Rasqué por encima con los dedos y la vieja ceniza, las antiguas rencillas, se desintegraron sobre mis botas.

Más tarde, ya en el coche, me miré las manos: las yemas de mis dedos estaban ennegrecidas con la marca imborrable de la conquista de los mongoles.

5

LA FIESTA DE CUMPLEAÑOS

MARAT TENÍA ROSTRO DE QUERUBÍN y una barba rala y pálida, como una especie de aureola que se le hubiera venido abajo. A mí me recordaba al osito Winnie the Pooh, recorriendo el mundo con aires de inocencia, un osito de peluche en el extranjero.

Marat vivía en una casa a medio construir, en las afueras de Almaty. Hacía dos años que habían excavado su calle para instalar unas tuberías de agua que nunca habían llegado. Dejamos su coche a aproximadamente ochocientos metros de la casa y caminamos a través de yermas trincheras embarradas y montículos de tierra. En la antigua Unión Soviética, todo parecía estar en proceso de construcción o de abandono. Las aceras, los caminos, las casas, la política gubernamental, la vida de la gente...; todo estaba a medio hacer o se caía a pedazos.

Entre las sorpresas de Marat, la más sorprendente era que tenía una bella esposa. Llegamos a la hora del almuerzo: huevos en salmuera, arenques salados y carne de caballo. Valentina flotaba por la cocina como una bailarina, vivaz y subyugante. Tenía una boca grande y sensual, ojos negros y un entusiasmo brusco y temerario que hacía que su marido semejara más serio y aburrido. Marat me dijo que ella era medio gitana. A mí me lo pareció del todo.

El propio mestizaje de Marat —su madre era rusa y su padre kazako— lo convertía en un claro reflejo de los cambios demográficos en Kazajstán, donde el asentamiento ruso durante el siglo pasado implicaba que actualmente sólo la mitad de la población fueran kazakos. Para Marat, el colapso de la Unión Soviética había sido tan traumático como el divorcio de sus padres, y la declaración de independencia de las repúblicas de Asia Central suponía un absoluto desastre. Sus simpatías estaban con la Madre Rusia. Se veía a sí mismo como ruso, y, al

igual que muchos otros rusos —había casi seis millones en Kazajstán—, pensaba de pronto que su patria era un país extraño, que se sustentaba en las aspiraciones nacionalistas de otros.

De pequeño, en contra de los deseos de su madre, lo habían enviado a una escuela kazaka. Era muy rubio y tenía apariencia de ruso, y cuando a la escuela llegaba algún dignatario de visita se apresuraban a sacarlo para que hiciera el número estrella, el muchachito ruso que hablaba kazako, un fino ejemplo de la camaradería étnica propia de la URSS. En cuanto los dignatarios se habían ido, los niños kazakos se apresuraban a darle una paliza. Marat tenía un punto de vista muy tradicional, el que yacía detrás de los tópicos fraternales del Partido: que la cultura y la industria rusas habían rescatado de su atraso a los pueblos de Asia Central.

Trabajaba como guía porque hablaba inglés e iba a acompañarme en una corta excursión que yo había planeado por Kirguizistán. Llegué el día de su cumpleaños y esa noche los invitados, todos rusos, se reunieron en torno a la mesa de la cocina, repleta de platos llenos de comida que se superponían unos encima de otros. Me dispuse a pasar una velada gobernada por el alcohol y las conversaciones sobre la libertad. A Julia, la hermana pequeña de Valentina, la sentaron a mi lado para que, a pesar de su turbación, practicara el inglés.

«Ella es pianista —explicó Marat—. Háblale de Chopin.»

La muchacha, tímida y etérea, daba la impresión de que quisiera fundirse en la nada.

En el otro extremo de la mesa, el vecino de Marat estaba explicando chistes verdes. Parecía recién salido de una típica serie televisiva estadounidense: un tipo corpulento, con camisa de cuadros, el típico vecino siempre dispuesto a prestar una taladradora y a contar un chiste sobre suegras. Estaba sentado en medio de dos mujeres de escote generoso, dientes en mal estado y el carmín corrido, que lanzaban la cabeza hacia atrás y ladraban ante cada una de sus gracias.

Un hombre, a quien Marat presentó como «El Converso», se inclinó por encima de la mesa para preguntarme si yo era católico. Se trataba de un tipo de aspecto solemne y mesiánico, lucía una barba oscura y sus ojos parecían habitar distintas personalidades: el derecho era estrecho, penetrante, un ojo perceptivo; el izquierdo era abierto y

centelleante, un ojo para los dogmas y las visiones apocalípticas. Había abandonado la religión ortodoxa rusa para convertirse al catolicismo, un signo de modernidad radical en aquel lugar.

El Converso se sentía fascinado por fray Guillermo e interpretaba mi viaje como un peregrinaje religioso hecho en su honor. Mientras tomábamos la sopa de remolacha inició una complicada discusión acerca de la liturgia católica. Le maravillaba el milagro de la transustanciación, reveló, y su ojo izquierdo resplandeció. Luego enfocó el ojo derecho e inquirió si podía permitirse la indelicadeza de conocer mi postura respecto a la encíclica papal veintitrés. Marat vino a rescatarme con la política, un tema más asequible para los que están dispuestos a echarse un farol. Estaba exponiendo su teoría sobre las locuras del nacionalismo kazako.

«Es un paso atrás, al siglo XIX, al estado-nación. Creíamos haber superado ya toda esa estrechez nacionalista, y ahora, de repente, esas nuevas naciones que nacen por todos lados como hierbajos. Además, ¿qué son los kazakos? Nunca han sido una nación. Eran nómadas hasta que vinieron los rusos. Mirad al presidente... Yo hablo el kazako mucho mejor que él. Estudió como cualquier kazako que quería una educación de calidad, es decir, en una escuela rusa.»

«Pero ellos no querían la independencia —intervino el hombre sentado a la izquierda de Marat—. Los rusos estaban hartos y no podían seguir alimentándolos. Moscú les dio la independencia en bandeja de plata y a ellos no les quedó más remedio que aceptarla.»

Era un individuo amable, cuyo atractivo rostro se dulcificaba con la mediana edad. Marat me lo había presentado como «nuestro Casanova» y me había llevado aparte para susurrarme un relato acerca de sus conquistas.

«Estos movimientos independentistas —exclamó Marat, retomando el tema— son ridículos. Mirad Argelia. Se dieron cuenta del error cuando era demasiado tarde. Treinta años antes, Argelia era un *département* de Francia. ¿Qué más podían querer? Ahora poseen la independencia y todos los argelinos quieren emigrar a Francia.»

Me tendió un plato de habichuelas. «En Kazajstán, todo lo hicieron los rusos: carreteras, escuelas, hospitales, fábricas... Ahora los rusos se han marchado y el país está en la ruina.»

«Nosotros somos el poso que ellos dejaron», dijo Casanova, en-

candilándonos con su sonrisa al tiempo que utilizaba un tono filosófico, sin el rencor de Marat.

«¿Se da cuenta? —preguntó éste, dirigiéndose a mí—. Todo le va bien. No me extraña que las mujeres lo quieran. Es un pretexto para no tomar decisiones.»

Al otro lado de la mesa, el vecino se levantó para hacer un brindis, que Marat me fue traduciendo.

«Un buen vecino es un hombre que no ve nada y lo comprende todo —hizo una pausa teatral—. Por Marat, el peor de los vecinos.»

Las dos mujeres soltaron su ladrido y todos vaciamos nuestros vasos, como un equipo de perforadores.

Entre los rusos, beber por libre se considera antisocial. Tomar alcohol se supone que debe ser una actividad colectiva: bebes cuando los demás beben y éstos lo hacen sólo como respuesta a una serie de brindis que empiezan a un ritmo decepcionantemente lento.

Valentina traía cada vez más platos de comida del aparador. Estaba exultante, coqueta y provocativa. Cruzó los largos brazos alrededor del cuello de su marido y le besó en la calva.

«Las mujeres se muestran más afectuosas cuando contemplan la posibilidad de la traición», advirtió el vecino.

Marat la atrajo sobre su regazo y le susurró algo al oído. Ella se rió, arqueando el cuello y echando la cabeza hacia atrás. Marat levantó su vaso.

«Por mi mujer, a la que hoy quiero más todavía que hace diez años.»

Todos bebimos. Ruborizada, Valentina se dirigió al aparador en busca de otra botella.

A petición de los invitados, Marat sacó su guitarra.

«Esta mañana ha muerto Bulat Okudzhava —dijo, sacudiendo la cabeza—. Justo el día de mi cumpleaños.»

Okudzhava era poeta y cantante, la voz de la generación rusa de los sesenta, la de Marat. Formaba parte de una intelectualidad que se había mantenido al margen de la política, mientras intentaba excavar espacios individuales en la espantosa vida comunal de Rusia. Sus modestas canciones, ajenas al estilo declamatorio de la época, eran la voz de la gente corriente empeñada en que lo privado no fuera meramente político. Las canciones pertenecían a la mesa de las cocinas.

Marat cantó una de sus primeras composiciones, una canción que hablaba de amor y de pérdida. Y luego, sin hacer ninguna pausa, cantó otra sobre la partida. Una dulce melancolía descendió sobre los comensales.

«Después del hundimiento de la Unión Soviética, Okudzhava dejó de escribir», explicó alguien.

«Las cosas iban mejor, por eso dejó de escribir —exclamó Valentina, en tono enérgico: una rebelde en aquel cómodo consenso de desesperación eslava—. Okudzhava pertenecía a otra época y su melancolía está fuera de lugar ahora. Esto es un mundo nuevo. Queremos vivir el presente. Somos libres.»

Marat rasgueó unos suaves acordes en la guitarra. Por un momento, nadie dijo nada. La melancolía es natural en los rusos y, con la excepción de Valentina, nadie dio la sensación de que quisiera abandonarla de forma tan precipitada. Les era familiar. La esperanza constituía un riesgo que era preferible dejar para las generaciones más jóvenes. A los que todavía se recuperaban del hundimiento del último «nuevo mundo», la idea de empezar otro los dejaba agotados.

«La libertad es tan relativa —sugirió El Converso, cuyo ojo derecho parecía ir en aumento—. Mirad a mi amigo Sergei. Era médico. Se preparó durante seis años. Antes de la caída del comunismo ganaba cien rublos al mes. No era gran cosa, pero lo suficiente para vivir. Luego vino el fin del régimen comunista y el comienzo de la libertad. En un par de años, mi amigo se quedó en la miseria. Cien rublos no servían para nada en la nueva Rusia, aparte de que el salario le llegaba invariablemente con varios meses de retraso. Así que con lo que su padre había ahorrado a lo largo de su vida se compró un coche y se hizo taxista. Ahora ha vuelto donde estaba antes, y es capaz de ofrecer a su esposa y a sus hijos un medio de vida sin demasiadas pretensiones. Su existencia está llena de nuevas libertades. Tiene la libertad de poseer su propio taxi y de hacer su propio negocio. Tiene la libertad de votar en las elecciones y de quejarse de los políticos a sus pasajeros, sin temor a que sean confidentes o miembros del KGB. Sin embargo, ha perdido una libertad muy importante. Ya no tiene libertad para ser médico.»

«¡Por el fin del comunismo! —exclamó el vecino, desde el otro extremo de la mesa, levantando su vaso—. ¡Y por el comienzo de la de-

mocracia! Dentro de otros setenta años tal vez volvamos a estar donde empezamos... hace setenta años. ¡Por el progreso!»

Las dos mujeres ladraron y escupieron saliva como si hubiera soltado otro de sus chistes verdes.

«En Rusia todo necesita su tiempo —me dijo Marat—. Nosotros tenemos un proverbio que dice: "Los primeros quinientos años son siempre los peores".»

Dicho esto, empezó una canción de taberna rusa, y el estado de ánimo pasó inmediatamente de la reflexión a la jarana. Todos batieron palmas y cantaron. El vecino tiró de una de las mujeres para que se levantara y bailara: una pareja corpulenta y pesada que llenaba la mitad de la cocina. Valentina levantó los brazos por encima de la cabeza, como una bailarina de flamenco, y meneó seductora las caderas, mientras Casanova daba vueltas en torno a ella.

En este momento se cortó el suministro eléctrico y las luces se apagaron. Esto era algo habitual en Almaty; la electricidad constituía la vacilante savia de la ciudad. En medio de la oscuridad se escuchó un coro de exclamaciones. Alguien tropezó con una silla. La mujer que bailaba soltó un chillido. Al parecer, el vecino había aprovechado la ocasión para darle un pellizco en el trasero.

«Un momento —dijo Marat—. Voy en busca de unas velas.»

Oímos el ruido que hacía mientras buscaba a tientas tras la puerta del garaje. Desde donde yo estaba podía ver a Valentina recortada contra el cuadrado gris de la ventana de la cocina. Había vuelto la cabeza, arqueando el cuello. Y entonces Casanova se inclinó hacia ella, y las oscuras sombras de sus cabezas se juntaron para besarse. Sentí que mi pulso se aceleraba por el momento que ellos robaban, aprovechándose de la repentina oscuridad, y deseé que se separaran antes de que volviera la luz.

Un instante después, Marat regresó del garaje, encendieron varias cerillas y la mesa, junto con las caras que había alrededor, resurgió en el titubeante resplandor de las velas. Valentina y Casanova habían vuelto ya a sus asientos. No se miraban. Los demás reanudaron sus animadas conversaciones. Miré de reojo a Julia, sentada a mi lado. La muchacha mantenía los ojos bajos, sin ver el plato a medio consumir. Tenía la expresión alterada. Debía de haber visto las siluetas recortadas contra la ventana.

Desde el otro lado de la mesa, Marat la señaló:

«*Nostalgie* —me dijo en francés, como si esta reflexión precisara de un idioma distinto—. Me recuerda a mi esposa cuando nos conocimos.»

Sin pronunciar palabra, Julia apartó la silla con brusquedad y huyó escaleras arriba.

Marat se volvió a mirarla, desconcertado.

«El mismo temperamento —suspiró—. Como si pretendiera contener un arroyo entre sus manos.»

Con el tenue abrazo de la luz de las velas, el estado de ánimo se había hecho más intenso. El constante murmullo salpicado de ruso subía y bajaba en torno a la mesa; ahora nadie intentaba hablar en inglés, ni traducir para mí lo que decían, y me sentí feliz de poderme retirar en mi muda observación. Valentina y Casanova también se habían excluido de las conversaciones para sumergirse en la turbación privada de la pasión y la culpa. Experimenté el peso del conocimiento y deseé no haber descubierto aquello. Me había intrigado la relación de Marat y Valentina, y ahora, de repente, mi curiosidad se había estancado. Ya sabía demasiado. En la habitación de arriba, Julia estaba tocando el piano. Las pasiones reprimidas de una sonata de Chopin rodaron escaleras abajo.

Me retiré antes de los interminables brindis y subí hacia la música. Arriba, las ventanas estaban abiertas y un soplo del aire fresco de la noche penetró en la oscura habitación, sobre los rayos de la luna. Julia estaba sentada al piano, su estrecha espalda ligeramente curvada como respuesta a una escala de notas ascendentes. Me quedé escuchando en el umbral, mientras las tumultuosas emociones de la sonata llenaban la habitación. La muchacha se volcaba en la música, ahuyentando la melancólica turbación de la cena, su descubrimiento de la traición. Me sentí abrumado y, de repente, se me humedecieron los ojos. No era por la triste figura de Marat, ignorante todavía de su propia desolación, sino por la muchacha que, en brazos de la música, no era consciente aún de la suya.

DURANTE TODA LA SEMANA, como una promesa de escapada inminente, los Montes Celestes se habían alzado por encima de Almaty. La

ciudad estaba repleta de las mezquinas complicaciones de las ciudades: colas, autobuses atestados, tiroteos de las mafias, bancos que cerraban de la noche a la mañana. Bajo el calor del mediodía, la gente parecía moverse a cámara lenta en los grandes bulevares, como si caminara sobre melaza. Al levantar los ojos al cielo, veía las blancas laderas de la cadena de los Tian Shan brillando entre las nubes. La visión hacía que me sintiera mareado por la impaciencia.

Pero Marat no se mostraba tan entusiasta.

«Necesito alejarme de aquí —reconoció mientras llenaba el jeep con tarros de miel—. Respirar aire fresco y todo eso. Pero las personas —sacudió la cabeza—... Son unas bárbaras.»

Tomamos la carretera hacia Bishkek a través de las aterciopeladas estribaciones de la cordillera. En los campos había grupos de gente segando heno con horcas y guadañas. De una lejana vertiente de rocas rosadas poblada de álamos surgían, entre nubes de polvo, oleadas de ovejas custodiadas por jinetes armados de largos látigos restallantes.

Marat los miró intranquilo. Veía nuestra expedición como un pozo oscuro, que nos alejaba de las influencias civilizadoras de Rusia para ir a lugares vertiginosos, en donde la casa era una tienda de fieltro y el almuerzo un plato de criadillas de cordero.

«Cada verano pasaba tres meses con la familia de mi padre cerca de Tekeli. Hasta que cumplí los nueve años —Marat se estremeció—. A partir de entonces, me negué a ir. Mi padre me dio una paliza, pero no me importó. Así que mi madre dejó que me quedara en Almaty. También a ella le apetecía quedarse en la ciudad.»

«¿Qué era lo que no le gustaba del campo?», pregunté.

«Todo —contestó Marat—. La yurta. La comida. Los insectos. Mis primos...»

«¿Sus primos?», inquirí extrañado.

«Yo era un muchacho de ciudad y los caballos me daban miedo —la sombra de algún trauma infantil cruzó por su rostro—. Mis primos me atormentaban.»

Entonces cambió de tema, retomando la grave situación de Kirguizistán desde su independencia y los problemas que habían tenido que afrontar para convencer a la población rusa, de perfil altamente profesional y técnico, para que se quedara. En algún momento de su monólogo, cruzamos la frontera sin señalizar y penetramos en el nuevo

estado. La independencia era una idea romántica. A nadie parecían importarle demasiado los temas más pragmáticos del nacionalismo, como, por ejemplo, las formalidades de una frontera.

Bishkek, la capital de Kirguizistán, era una apacible población provinciana, con calles flanqueadas de árboles. La avenida principal se llamaba calle de la Ruta de la Seda. Había allí una bodega de champán cuya fachada, como cabía esperar, era majestuosa y una recargada catedral rusa que semejaba una importación de Disneylandia. En el palacio presidencial, un par de muchachos trepaba los altos muros para robar albaricoques.

La carretera que conduce al Issik-Kul, el gran lago que yace en brazos de los Montes Celestes, avanzaba entre prados alpinos cubiertos de flores silvestres. Pasamos ante la Torre Burana, del siglo XI, un faro en la Ruta de la Seda, aislada ahora en medio de laderas cubiertas de *edelweiss*. En el desfiladero Boum, por encima de un río color uva, un muchacho kirguiz, montado a pelo sobre una yegua de color castaño, vigilaba nuestro paso desde las alturas. Atravesamos una carretera que, a través del paso Torugart, cruzaba las montañas y llegaba hasta Kashi, a sólo quinientos kilómetros de allí. Resultaba extraño pensar que, si quisiera, a la hora de cenar podría estar en uno de mis hoteles favoritos en China: el Hotel Semen.

Llegamos al lago a media tarde, una superficie cristalina que superaba en dos la de Kent, en donde se reflejaban los picos nevados y las nubes desgarradas por el viento. La Ruta de la Seda había serpenteado por el borde septentrional del lago, los ejércitos mongoles habían invernado alguna vez en sus costas y Tamerlán exiliaba allí a sus prisioneros. Los chinos siempre habían codiciado aquel lago, pero nunca habían logrado abrir un boquete en las murallas de los Tian Shan, que custodiaban el acceso por el este.

A medio camino por la orilla norte pasamos junto a CholponAta, el balneario de moda durante la era comunista. Brézhnev acudía allí cada primavera para dar a su pálida corpulencia una limpieza primaveral, interna y externa, en un sanatorio construido con la forma del crucero *Aurora*, cuyos cañonazos dieron comienzo a la Revolución de Octubre. Desde el hundimiento del comunismo, el negocio se había reducido bastante. Los nuevos emperadores de Rusia, los millonarios del mercado libre, preferían Florida.

Avanzamos dando tumbos entre vistosos pueblecitos, donde las casitas rusas, de bonitas persianas azules, asomaban por encima de vallas con estacas puntiagudas. Nos cruzamos con una familia que viajaba dentro de una carreta, el patriarca con su alto sombrero de fieltro, reclinado en el cabezal de heno recién cortado, entre una tribu de hijas. Trébol rojo, genciana amarilla y nomeolvides azul cubrían los prados con gruesos mantos de color. Al llegar al final del lago, a través de huertos sembrados de manzanos, iniciamos el descenso hacia Karakol.

La ciudad de Karakol era la última frontera para los colonos rusos, el punto más alejado de su penetración en Asia Central: China se encontraba a menos de ciento cincuenta kilómetros. Las calles, rectas y arboladas, tenían un aire extrañamente cosmopolita. Los rubios colegiales rusos se demoraban de regreso a sus hogares frente a las viejas casas de madera. Y, en la plaza mayor, los uigures de Xinjiang, con sus preciosas gorras bordadas, habían desplegado sobre precarios tenderetes las baratijas importadas de China. En el mercado, los carniceros uzbekos descuartizaban las reses con hachas enormes. Los kazakos paseaban montados encima de altos caballos. Y, en las esquinas en sombra, los ancianos caballeros kirguiz se mesaban la luenga barba y charlaban sentados en los bancos, mientras sus encantadoras nietas paseaban luciendo gafas de sol y minifalda, buscando la aprobación de achulados jovencitos ataviados con gorras de visera y pantalones holgados.

En la época de la Unión Soviética, la ciudad se llamaba Przevalsk, por el gran explorador ruso del siglo XIX, cuyos épicos viajes a través de Asia Central provocaron tanta alarma en las administraciones británicas de la India, temerosas de las intenciones rusas en las tierras del norte. Carismático, arrogante, puritano y equipado con sorprendentes reservas de resistencia física, desde 1870 hasta 1890, realizó una serie de expediciones por Xinjiang, el Tíbet, China y Mongolia. Fue el primer europeo que escribió un relato erudito sobre Lhasa, en dos ocasiones cruzó el desierto de Gobi y «descubrió» el caballo salvaje que ahora lleva su nombre y que actualmente sobrevive sólo en cautividad. Fue condecorado por la Sociedad Geográfica de Rusia, así como por la Royal Geographical Society que, a pesar de las inquietudes del Gobierno británico respecto a sus motivaciones políticas, la premió con el galardón más importante: la medalla de oro.

Przevalski murió en 1888 en esta ciudad, a los cuarenta y cinco años, como consecuencia del tifus. Lo enterraron en un sitio desde donde se domina el lago, vestido con su traje de explorador. A petición suya, la inscripción que aparece en su tumba omite cualquier mención a sus múltiples honores militares, académicos o científicos, y sólo hay en ella una palabra: viajero.

Una anciana kirguiz, arropada con una chaqueta de punto roja, nos guió por el museo y por el monumento conmemorativo que indica el lugar. En un mapa estaban marcados los viajes de los tres grandes antecesores de Przevalski: Juan del Pian Carpino, Marco Polo y nuestro fray Guillermo. Las vitrinas eran un *collage* impresionista de un viaje realizado por Mongolia y las regiones más remotas de Asia Central en el siglo XIX: dibujos de yaks, un visado chino, un telegrama de San Petersburgo, la maqueta de una yurta, un lince boreal disecado, fotografías de un soberano local con aspecto siniestro y envuelto en pieles... Había una fotografía color sepia de Urga, la precursora de Ulan Bator y único asentamiento permanente en Mongolia. En ella se veía un monasterio budista, bastante vistoso, en medio de un mar de tiendas destartaladas. Otra fotografía, manchada por el paso del tiempo, mostraba a una mujer de la nobleza mongola, sentada en un sillón de respaldo alto. Por debajo de las faldas de su indumentaria cubierta de brocados sobresalían las puntas curvadas de unos zapatos diminutos. Lucía anillos en cada uno de los diez dedos, dos lunares pintados en las mejillas y exhibía una expresión irascible. Al lado de esta foto había otras de paisajes de Mongolia, que examiné a través del cristal de las vitrinas. En aquel borroso blanco y negro era imposible diferenciar entre la inmensidad del cielo y la de la estepa.

«Nunca se casó —dijo la anciana, inclinándose sobre mi hombro—. No tuvo descendencia. Murió aquí solo —en aquellas culturas no podía haber tragedia mayor que la carencia de hijos para que honraran su memoria. Abrió los brazos de par en par—. Nosotros somos su familia.»

A la salida del museo estampé mi firma en el libro de visitas. La anterior era de hacía casi dos meses y pertenecía a un visitante japonés, aunque había escrito la nota en inglés: «Después de cuarenta años de respeto, finalmente me inclino ante esta vitrina para honrar al gran Przevalski».

A LA MAÑANA SIGUIENTE SEGUIMOS LAS HUELLAS DE TAMERLÁN y nos dirigimos al este a través de las montañas. Para Marat, esta gran figura de la historia de Asia Central no era más que otro jefe nómada, sin los beneficios de una educación rusa. Como la mayoría de los protagonistas ambiciosos de esas regiones, Tamerlán afirmaba descender de Gengis Kan y gran parte de su carrera fue una dura batalla para estar a la altura de su notable antepasado. Su imperio del siglo XIV nunca igualaría al de su predecesor mongol, pero, por lo que respecta a las matanzas en el campo de batalla, Tamerlán tuvo muy pocos rivales. En Samarcanda, su capital, dejó uno de los conjuntos de edificios islámicos más bellos del mundo, un modelo de refinamiento y delicadeza arquitectónicos; pero, a los demás sitios, desde Bagdad hasta Delhi, legó grandes pilas de cráneos humanos.

A lo largo del día, el mundo de la agricultura fue quedando atrás: los campos de heno, las carretas, las viejas cosechadoras que semejaban insectos gigantescos de color amarillo, las bonitas casas rusas... Ascendíamos a los altos valles de la hierba y los nómadas. Hacia la derecha, a lo lejos, las nubes de plata se separaron para dejar al descubierto un cúmulo de cumbres blancas con aspecto de caer rodando hacia nosotros. Por las ventanillas abiertas podíamos olerlas: el tenue olor a nieve, a pino y a aire de la montaña.

A través de un estrecho paso descendimos al valle de Kakhara. A la luz del atardecer se veía desierto, primitivo, invadido por el canto de los pájaros. Los arroyos de montaña centelleaban entre la hierba, alta como un caballo. El valle ascendía majestuoso hacia un horizonte lejano, que muy bien podría marcar el fin del mundo. Como preludio de Mongolia, pocos sitios habrían resultado tan prometedores.

Al cabo de un rato, por el fondo del valle dimos con el kurgán de Santash, una enorme pila de cantos rodados. Las piedras marcaban la sepultura de un jefe nómada turco desconocido y cerca de allí estaba la tumba saqueada, rodeada aún por las banderolas votivas de la gente de la región, para quienes el sitio sigue siendo sagrado. No obstante, la leyenda ha asignado al kurgán otra historia. Se cuenta que Tamerlán, en una campaña por el este, ordenó a todos sus soldados que depositaran una piedra en el lugar cuando cruzaran el valle en dirección a China. Al regresar de la guerra, cada soldado debía quitar una piedra: de esta manera Tamerlán podría calcular sus bajas. El elevado

montículo de piedras restantes, que sin duda supera las diez mil, es un cenotafio erigido por los caídos en su propia memoria.

Subí a lo alto del túmulo y las piedras resbalaron y retumbaron bajo mis pies, como si fueran huesos antiguos. El tiempo contribuye a atenuar la guerra, poco a poco traslada el énfasis del horror al melodrama, pero allí, en Santash, las abrumadoras cifras de las víctimas que cubren los anales de la historia en Asia Central se reafirmaban como hombres individuales. Bajo mis pies, cada piedra era un muerto. Y en la menguante penumbra, en «el-día-que-se-acaba» de aquel valle remoto, la terrible tragedia de las pérdidas colosales, de los jóvenes muertos, del dolor de sus familias, de la amarga pena, me aplastó con todo su peso.

Marat guardaba silencio y se mostraba intranquilo. Estaba ansioso por encontrar un sitio donde pasar la noche. Con las últimas luces seguimos por una pista llena de baches que ascendía por el valle y, mientras subíamos, vimos cómo por todas partes emergían picos nevados, que se alzaban sobre los repechos de las laderas cubiertas de hierba. A lo lejos, a nuestra izquierda, una manada de caballos sin vigilante trotaba en medio de la azulada penumbra.

En aquel lugar desolado, sobre un acantilado junto a un oscuro río, encontramos un grupo de yurtas. En el anochecer, los rebaños de ovejas regresaban a sus rediles al ritmo de los gritos y los silbidos de unos pastores todavía niños. Se nos acercó un anciano, que iba montado en un caballo blanco. Llevaba botas altas de cuero y un sombrero similar a los de los guardas forestales que en 1937 vigilaban los parques de Australia. En lo alto de su silla, resultaba tan arrogante como Tamerlán y, con un gesto brusco de la cabeza, nos invitó a cenar.

Su yurta, una abovedada tienda de fieltro gris, era tan acogedora como el vientre materno. Ocupamos un sitio junto al anfitrión, tumbados sobre alfombras encima de una tarima. Nos sirvieron sendos tazones de un té lechoso, mezclado con mantequilla, y ante nosotros colocaron un gran plato de queso petrificado.

El achatado rostro de kazako del anciano tenía el color del cuero y la barba blanca le amarilleaba en las puntas. Nos observó sin decir nada, como si evaluara nuestro destino, y después empezó a comer. Sus modales en la mesa habrían resultado un poco toscos incluso en una orgía medieval. Engullía el pan y el queso con una serie de ruidos

profundos y guturales, como un elefante macho en época de celo. Al terminar se recostó sobre los almohadones, soltó un gran eructo y comenzó a hurgarse los dientes con la punta del cuchillo. Marat, que mordisqueaba el queso petrificado, formulaba preguntas corteses sobre sus rebaños. Pero el anciano no miraba a Marat. Me miraba a mí. Sentí como si fuera a encogerme bajo aquella terrible mirada.

«¡Inglés!», exclamó de pronto.

Yo no soy inglés, pero no me pareció el momento idóneo para ponerme a discutir los detalles.

«¡Inglés! ¿Dónde está su esposa?»

Por un instante pensé que sabía algo sobre mi esposa que yo ignoraba. Luego recordé que no tenía esposa.

«No tengo esposa», balbuceé con cierto alivio.

El anciano hizo la pantomima de una expresión sorprendida. Sus ojos, del mismo color que el té, se abrieron como platos.

«¡No tiene esposa! —aulló, pero de inmediato su voz bajó de intensidad—. Inglés, ¿está circuncidado?»

Para traducir la pregunta, Marat titubeó un instante.

«Circuncidado —murmuró—. Ya sabe —hizo un gesto vago de cortar.»

Los kazakos, al igual que los musulmanes, estaban todos circuncidados y les horrorizaba el hecho de que los rusos no lo estuvieran. Contesté que lo estaba y el rostro del anciano se iluminó.

«¡Circuncidado!», le gritó a su esposa, una mujer silenciosa que se cubría la cabeza con un pañuelo. Ella sonrió y asintió hacia mí, intentando darme ánimos. «No se preocupe, inglés, ya encontrará esposa.» Y después de sacarse con su navaja de treinta centímetros unos restos de queso rebelde que se le habían quedado entre las muelas, me explicó cómo conseguir una esposa al estilo kazako.

Los kazakos tienden a elegir el atajo de la caza al entablar relaciones. Un hombre soltero poseedor de numerosas ovejas y en busca de esposa se limita a secuestrar a la mujer de sus sueños; luego, a través de intermediarios, por lo general su propio padre, hace una oferta a la familia de la mujer, que no pueden rechazar. Después de llegar a un acuerdo sobre el rescate —por lo general, un determinado número de ovejas tiene que cambiar de dueño—, estipulan la fecha y el joven y su novia salen del escondite para recibir la bendición de ambas familias.

El anciano se recostó y abrió ambas manos ante sí.

«Es la única manera correcta de conseguir una esposa decente», dijo y su esposa, otrora rehén, sonrió con aprobación.

Más tarde, fuera de la yurta, Marat se encogió de hombros.

«Ya ha visto cómo es esta gente. No tienen remedio.» Dicho esto, se alejó hacia el jeep, donde había decidido dormir.

Su paso era algo renqueante, los brazos rígidos a ambos lados. Bajo la luz de la luna vi que se preparaba un banquete de medianoche: pan y miel.

DE REGRESO A ALMATY HICIMOS UNA PARADA para visitar un monasterio en el Alatau de Zailiv, unos montes situados al sur de la ciudad. Una carretera de tierra roja subía hasta el desfiladero de Aksay, el lugar favorito de las familias de la ciudad para organizar meriendas al aire libre, aprovechando las tardes soleadas para tumbarse sobre unas mantas, en medio de bandejas repletas de ensalada de patatas, rebanadas de pan negro y botellas de vodka. Un grupo de muchachos se bañaba en el río color crema del fondo. Y arriba, en las empinadas laderas, asomaban entre los pinos unas dachas de factura improvisada.

Abandonamos el coche y subimos a pie entre olorosos pinos, pasamos junto a matorrales de arándanos y empinados prados llenos de altas flores amarillas. Y cuando los pinares se hicieron más tupidos, y el camino más fangoso, las raíces que se trenzaban en el sendero nos sirvieron como escaleras. Por encima de nuestras cabezas se podía oír la llamada de los cucos.

Al cabo de un par de horas salimos a la luz del sol, en medio de un prado alpino. Las cumbres de las verdeantes montañas se alejaban hacia el sur. Dos mujeres, que recogían flores para honrar a unos monjes asesinados por los bolcheviques setenta años atrás, nos guiaron a través de los árboles hasta el monasterio, un pequeño conjunto de cabañas protegidas por la sombra de los pinos, sobre una alfombra de agujas secas. Sentados ante una mesa larga, bajo el dosel del techo de paja del refectorio al aire libre, había dos jóvenes monjes, que se levantaron para saludarnos al tiempo que las mujeres se adelantaban para besarles la mano.

Aquellos monjes tenían el aspecto de peregrinos medievales: cabello enmarañado, hábitos polvorientos y sandalias de cuero gastadas. Sus nombres resultaron tan mitológicos como el entorno. Serafín, el abad, podía haber sido el hermano pequeño de Jesús. Era alto y delgado, ojos azules y barba rala. Artemis era el fray Tuck* de aquellos bosques: bajito y gordo, ojos verdes de grandes pestañas y negra barba. Eran los únicos monjes de aquel bucólico monasterio. La diminuta comunidad se completaba con un par de novicios adolescentes y un desgarbado cocinero que removía una olla enorme colocada sobre un fuego al aire libre.

Nos sentamos a la mesa y Artemis nos sirvió una infusión hecha con frutas del bosque. Les pregunté por sus ritos y me explicaron que hacían tres votos: obediencia, abstinencia y celibato. La soledad no les preocupaba, aseguraron. Pareció como si se enorgullecieran del hecho de ser sólo dos, como si esto constituyera una prueba de su devoción.

«Tenemos muchas visitas», se limitó a decir Serafín y señaló hacia las mujeres, que barrían el suelo de tierra delante de una de las cabañas. Eran mujeres sencillas, ataviadas con gruesas faldas y un pañuelo en la cabeza, sin duda enamoradas de los dos jóvenes monjes, tan alejados de los cuidados maternales.

En el remoto refugio de la cumbre, era como si aquellos monjes se hubieran zambullido en pleno siglo XII. Habitaban en un mundo medieval, obsesionado todavía con los pequeños rituales de la Iglesia primitiva: la herejía de Arrio en el siglo IV y los cismas del concilio de Calcedonia** en el 451. Mencioné una visita que yo había hecho a los monasterios coptos de Egipto y entre ambos se produjo un cruce de miradas.

«Ah, sí, los monofisitas», dijo Artemis, con un ligero tono de desaprobación, refiriéndose a las discusiones teológicas que habían dividido la Iglesia quince siglos atrás. Cuando mencioné a Boris Yeltsin, ambos me miraron con total indiferencia. Sin embargo, al comentar que

* El fraile barrigudo, campechano y belicoso que, según cuentan, figuraba entre los miembros de la banda de Robin Hood y que aparece en *Ivanhoe*, de sir Walter Scott. *(N. del T.)*

** Actualmente, la ciudad turca de Kadikoy. *(N. del T.)*

en Estambul había visitado Santa Sofía, separada de aquellos pinares por todo un mundo, hablaron de los emperadores Constantino y Juliano con tal viveza y conocimiento de causa que pareció como si hablaran de personajes contemporáneos. Pensé que quizá estuvieran interesados por fray Guillermo, que había pasado a sólo un día de viaje a caballo del monasterio cuando se dirigía a Mongolia. Pero, si los monofisitas eran unos herejes, los católicos eran sólo practicantes de un culto engañoso. Para aquellos monjes, el papa era un vergonzoso renegado, con la autoridad y dignidad de un charlatán de feria.

Artemis mencionó que había estado en Jerusalén y me lo imaginé al estilo de Guillermo de Ruysbroeck: un peregrino de pies doloridos cruzando el Cáucaso, donde se habría visto obligado a rechazar la hospitalidad de los armenios basándose en la visión herética de los iconos que aquéllos tenían. Pero me confesó que había encontrado un pasaje de ida y vuelta muy barato, en el vuelo de una compañía aérea de viajes chárter con base en Almaty. Después de ese breve aterrizaje en el siglo XX, efectuó un rápido viraje para regresar de inmediato a la Edad Media. En Jerusalén, me informó, el patriarca ortodoxo había logrado generar un fuego milagroso en el altar de la iglesia del Santo Sepulcro. El infierno se helaría antes de que el papa fuera capaz de semejantes prodigios.

Artemis hablaba utilizando parábolas, no las parábolas concretas y claras de los Evangelios, sino un conjunto de historias fabulosas, repletas de milagros extravagantes, hacia los cuales sentía una fascinación infantil. El suyo era un Dios primitivo, cuya persuasión se basaba en la habilidad para trascender las realidades mundanas. Con un tono lento y mesurado, Artemis contaba historias acerca del emperador Juliano y los demonios voladores, de las murallas de fuego divino que protegieron a los bizantinos de los persas, de los iconos que derramaban lágrimas verdaderas y de los fragmentos de la Cruz que aparecían milagrosamente en el equipaje de los peregrinos, permitiéndoles pasar por el valle de la muerte sin ser molestados.

La luz del sol menguaba. Un aire frío se deslizó entre los árboles y nos levantamos para marchar.

«Nuestra bendición para el viaje —dijo Serafín—. ¿Adónde se dirigen?»

«A Mongolia —contesté—. La tierra de los hombres con patas de caballo.»

Los monjes asintieron con expresión solemne.

Empezamos a bajar a través de sesgados rayos de luz y de sombras, y los dos monjes se quedaron observándonos durante un rato. Su silueta, perfilada por los hábitos, era cada vez más oscura allá en lo alto, entre los pinos.

Cuando volví a mirar, se habían desvanecido.

6

OTRO MUNDO

DESDE EL AIRE, MONGOLIA ASEMEJABA UN BOCETO PRELIMINAR que Dios hubiera hecho de la Tierra; más que un territorio, son los ingredientes que conforman un territorio: hierba, rocas, agua y viento. Colinas onduladas, lisas como el fieltro, daban lugar a inmensidades cubiertas de hierba. Un río vertía su encaje plateado por las suaves pendientes. El vacío resultaba sobrecogedor. Mongolia hacía que el cielo, con las formas barrocas de sus nubes, pareciera recargado y atestado de gente. De repente surgieron unos cuantos árboles. Como si hubieran nacido en un paisaje inadecuado, se veían obligados a juntarse al abrigo de una colina para protegerse del viento. Durante muchísimos kilómetros no vimos campos sembrados, ni carreteras, ni ciudades, ni edificios. Los únicos indicios de zonas habitadas eran los campamentos ocasionales de tiendas redondas y blancas que surgían de manera repentina y misteriosa sobre la hierba, igual que champiñones.

Mi vecina en el avión, una anciana que lucía un abollado sombrero flexible, se estiró por encima de mi regazo para echar una ojeada a su país. Olía a mantequilla y a humo de estiércol. Agarrada a mis rodillas, a fin de mantener el equilibrio, estiró el cuello para contemplar los campamentos de abajo. Al descubrirlos, dejó escapar un sonido como de succión: una nota aprobatoria o una aguda inspiración de aire.

Mientras repartían el servicio de a bordo —dos caramelos y un vaso de pegajosa limonada—, me preguntó acerca del objeto de mi visita. Le dije que tenía intención de viajar a caballo y que esperaba recorrer así más de mil ochocientos kilómetros de oeste a este, desde Bayan-Olgiy hasta Dadal.

La mujer emitió otro sonido de succión, que interpreté como una señal de ánimo.

«Los caballos mongoles son muy resistentes —me aseguró—. Podrán llevarlo.»

El avión había sido una concesión. Mi primera intención consistía en viajar por tierra desde Almaty, dando un rodeo hacia el norte a través de Kazajstán, penetrar en los montes Altai y una esquina de Rusia, para desde allí entrar en Mongolia. Pero mis informadores me advirtieron que Mongolia mantenía cerradas las fronteras por tierra en aquellas regiones occidentales, y que lo consideraban un viaje demasiado largo —más de 1.300 kilómetros— para entablar una discusión inútil con un oficial de fronteras.

Así que había averiguado la existencia de aquel vuelo, un servicio poco conocido entre Almaty y Bayan-Olgiy, en la zona occidental de Mongolia. Lo llevaba a cabo una de las múltiples compañías privadas que habían surgido en la Unión Soviética después de que la liberalización y la privatización rompieran el monopolio de Aeroflot. Mi compañía aérea, cuya flota no iría más allá de un solo avión, carecía hasta tal punto de reglamentaciones que rozaba la ilegalidad; aparentemente, operaba sin autorización de las autoridades aéreas, a las que sobornaba para que hiciesen la vista gorda. Le compré el billete a un hombre llamado Boris, que regentaba lo que se suponía era un negocio de lavado en seco, en un cobertizo de chapa metálica detrás del Museo de Cultura Kazaka. A la mañana siguiente, utilizando la oscuridad como tapadera, subí a un antiguo *Antonov* soviético junto con una apiñada multitud de mongoles que regresaban a su país cargados con artículos de consumo. Los mejores asientos estaban ocupados por cajas en cuyo interior había minicadenas de música.

Más allá del lago Baljash, centelleando en las desérticas inmensidades, aparecieron los montes Altai, en el mismo centro de Asia, donde se juntan las fronteras de China, Kazajstán, Rusia y Mongolia. Las cumbres parecían viejas y arrugadas, y la espina dorsal de la sierra sobresalía de sus flancos desolados. Cuando el avión se ladeó hacia el este, Mongolia se desplegó ante mis ojos como un terreno vacío en donde las hierbas silvestres crecían hasta alcanzar los confines de la Tierra. Del tamaño de Europa Occidental, su población sobrepasa apenas los dos millones y medio de habitantes, una cuarta parte de los cuales vive en la lejana capital, Ulan Bator. Mientras el avión descendía, observé cómo el imperio de la hierba derivaba hacia horizontes

vacíos. Atrapada en la sombra diminuta de nuestro avión, una manada de caballos cambió de rumbo chapoteando sobre prados inundados. Luego surgió una ciudad, una mancha de edificios mugrientos en medio de una llanura con el color del polvo.

Aterrizamos dando saltos en una pista de tierra roja y nos detuvimos en el último dominio de los nómadas en Asia. La anciana me enseñó su desdentada sonrisa.

«Estamos en casa», musitó.

LOS MONGOLES NO SON MUY BUENOS AL HACER CIUDADES y Olgiy no era una excepción. Capital de un *aimag*, una provincia del tamaño de los Países Bajos, tenía el aspecto de un fuerte abandonado en los confines del mundo. Su aspecto era apocalíptico, como si sólo una catástrofe reciente pudiera explicar tanta desolación.

Las escasas ciudades de Mongolia son gestos de la administración, proyectos estatales realizados durante los últimos cincuenta años para proporcionar las instalaciones y los servicios de la vida moderna —enseñanza, sanidad y estadios de lucha libre— a unos pastores escépticos. Todas contaban con los mismos ingredientes, como si unos funcionarios poco familiarizados con las ciudades hubieran trabajado siguiendo una lista de verificación: una plaza de aspecto árido, un ayuntamiento, un teatro, un museo, un hospital, un estadio... Con su monotonía de cemento, los edificios apenas se distinguían unos de otros. Y si a eso le mezclábamos unos cuantos baches, añadíamos bastante terreno sin construir y un puñado de edificios de pisos estilo ruso en avanzado estado de ruina, la desolación era completa.

El ansia de la élite urbana por poseer un piso en aquellos edificios se debía a sus instalaciones futuristas —como los enchufes para la electricidad y los depósitos de agua en los retretes—, aunque la irregularidad en el suministro de energía y de agua corriente hacía que fueran en gran medida innecesarias. Sin embargo, la mayoría de la población se mantenía reacia a los edificios y vivía en los extensos suburbios de tiendas, las redondas yurtas de fieltro de Asia Central, que en Mongolia se conocen como *gers*. En aquella época del año, la desolación de Olgiy era todavía más pronunciada por el hecho de que gran parte de la población había recogido sus *gers* y se había marcha-

do hacia los pastos de verano. Los edificios municipales estaban cerrados, con las persianas bajadas, y un surtido de objetos inertes poblaba la ciudad: chasis de jeeps, cascos de caballos muertos y huesos de ovejas descuartizadas. Un viento enconado soplaba sin cesar entre los edificios, cerrando con estrépito las puertas, arrojando por el aire trozos de papel y obligando a los peatones despistados a inclinarse hacia delante, como si fueran árboles recién plantados.

El hotel ofrecía muy pocas comodidades. Un hosco vigilante vivía en una pequeña salita junto al vestíbulo, con su termo y su catre, como si fuera un *okupa*. En la escalera, murales de paisajes mongoles se descascarillaban sobre la alfombra color vino. Y habían abierto tantas veces a empujones la puerta de mi habitación, que ya no cerraba; aunque la causa no eran repetidos intentos de robo, sino sencillamente que la gente no estaba habituada a las llaves ni a las cerraduras. El viento silbaba incesante a través del cristal roto de una ventana y, al ponerse el sol, un frío invernal se abatió sobre la ciudad. Estábamos a finales de junio, pero yo tenía la sensación de que era noviembre. Después de haber visto los nobles prados desde el avión, Olgiy constituía una amarga llegada, una ciudad construida por gente que aborrecía las ciudades.

BOLD LLEGÓ AL DÍA SIGUIENTE, en la cabina de carga de un avión comercial procedente de Ulan Bator. Bold era el intérprete que unos amigos mongoles habían contratado para mí y que durante cinco semanas me acompañaría a través de las tierras remotas, hasta la región más occidental de Mongolia. Llegó con las dos cajas que yo había enviado desde Londres y que contenían todos los cachivaches destinados a la expedición, incluida mi espléndida silla de montar. Me alegré al verlas, selladas todavía con las ansiosas capas de cinta de embalar con que las había asegurado en casa, al otro lado del planeta.

Bold fue de inmediato una preocupación para mí. En mi opinión, su físico no era el de un jinete. La primera impresión que me dio fue de fragilidad. Tenía cuarenta años, pero aparentaba diez más. Su rostro era achatado, melancólico y algo femenino, con la boca torcida hacia abajo y un peinado desgreñado, al estilo de los que se llevaban en 1960. Todo en él era delgado: los hombros, las muñecas y los estre-

chos tobillos, que asomaban por debajo de unos pantalones demasiado cortos. Había hablado con él una sola vez, por teléfono. A través de una mala conexión percibí su alarma al informarle respecto a mis intenciones de hacer el viaje a caballo. Bold era profesor en Ulan Bator, «un hombre de ciudad», según sus propias palabras. Los caballos, la estepa abierta y dormir bajo las estrellas no eran precisamente lo que más lo atraía.

Bold traía consigo el nombre de un criador de caballos, pariente de un conocido suyo en Ulan Bator, que podría hacernos de guía durante la primera parte del viaje. Las indicaciones para encontrarlo tenían la virtud de la simplicidad: había que conducir hasta el valle de Namarjin, una zona de pastos de verano de unos 1.600 km^2, y preguntar por Batur.

Salimos de la ciudad en un jeep que estaba dando los últimos coletazos. El chófer era un tipo extremadamente taciturno, que se tocaba con un sombrero de ala ancha adornado con una cinta en la que se anunciaba el Mundial de 1974. En una tierra donde se contempla el motor de combustión interna como algo todavía por llegar, a los conductores de un jeep se los consideraba personas de prestigio, incluso heroicas. El logro de un permiso de conducir era un acontecimiento digno de celebración, semejante a la graduación en la universidad, y las madres se enorgullecían de poder presentar a «mi hijo, el chófer». La tradición dictaba que a los jeeps mongoles, como ocurría con los caballos, sólo se podía subir por un lado, en este caso por la derecha, y para recordárselo a quienes no lo sabían se habían quitado escrupulosamente las manecillas de las puertas de la izquierda.

Para salir de la ciudad seguimos el curso del río Hovd a lo largo de pistas cubiertas de hierba, protegidas por la sombra de unas bajas colinas rocosas jaspeadas en tonos rosa y púrpura. Al cabo de una hora, más o menos, llegamos a una llanura con el suelo de gravilla, en la que no había nadie: eran los pastos de invierno de las familias que ahora estaban en las montañas. A estas alturas de la temporada, los únicos vestigios de su paso eran los mechones de lana de las ovejas enredados en los arbustos espinosos. Desde una cresta no muy alta bajamos hasta el río Khatu, que burbujeaba por encima de las rocas sumergidas, y a continuación ascendimos por un desfiladero hasta Khos Tereg (Dos Árboles), donde un par de álamos solitarios se alzaban en

medio de los amplios pastos de verano. Allí nos encontramos con los primeros humanos desde que, dos horas antes, habíamos salido de Olgiy. Acababan de llegar y todavía estaban desempacando. Nos saludaron con una oscilación de la mano, en medio de un revoltijo de camellos arrodillados, utensilios de cocina y *gers* a medio montar.

Doblamos en dirección sureste y avanzamos por la suave hierba a lo largo de un valle ascendente. Al cabo de otra hora llegamos a un río sin nombre, de aguas rápidas y grises, donde un jinete que pasaba por allí nos indicó que más abajo había un vado por donde cruzar. En la otra orilla subimos hacia un paso azotado por el viento y, a última hora de la tarde, llegamos al alto valle de Namarjin, bajo las blancas laderas del Tsast Uul. Esparcidos por la hierba primaveral había montones de *gers* que, con los últimos rayos de sol arrastrándose por el valle, me recordaron un cuadro de las praderas estadounidenses antes de la llegada de los europeos: tiendas blancas, caballos atados a estacas, columnas de humo de los fuegos de acampada...

«Cuando me los encontré —escribió fray Guillermo—, sentí como si entrara en otro mundo.»

Con la excepción de nuestro jeep, Gengis Kan no habría encontrado nada fuera de lugar en aquel valle. «Éste es el secreto de Asia —pensé—. Un vasto mundo medieval de gentes nómadas, dormitando en el corazón de un continente atravesado por vientos y nubes y caravanas de camellos, aparentemente inalterado desde 1200.» Resultaba irresistible y extrañamente familiar.

Nos detuvimos en algunas de aquellas *gers* para preguntar por Batur. Los mongoles sólo tienen un nombre, el nombre de pila, así que era lo mismo que preguntar por Paddy en la calle O'Connell de Dublín. Y cada pregunta comportaba una respuesta distinta: se hallaba en las colinas bajas situadas hacia el este, o estaba al otro lado del río, o había regresado a Bayan-Olgiy, o había abandonado a su esposa y se había largado a Rusia, o hacía veinte años que había fallecido. Al final sería el Batur que andábamos buscando quien nos encontraría a nosotros: montado sobre un caballo blanco, un anciano patriarca de cráneo castaño recién rasurado y un mechón de barba debajo del labio inferior salió a nuestro encuentro. Las noticias vuelan de forma misteriosa por los grandes espacios de Mongolia y por lo visto nos estaba esperando. Nos llevó hasta su *ger*, instalada

en un pequeño promontorio, a un kilómetro de donde nos había encontrado. Los caballos estaban atados fuera y un rebaño de ovejas, de proporciones bíblicas, se había concentrado ante la puerta de la tienda.

Allí dentro hicimos las presentaciones de rigor. Los mongoles tenían ciertas dificultades con mi nombre —el «st» era problemático y el «ley» era impronunciable—, pero al final les salía una especie de «Stalin» que parecía complacer a todos, excepto a mí. La esposa de Batur nos sirvió sendos tazones de humeante té con leche, que sorbimos ruidosamente. Todos llevaban botas de montar y un *del*, la tradicional casaca acolchada de los mongoles, abrochada a un lado y atada en la cintura mediante una faja de brillantes colores.

Batur y yo intercambiamos frascos de rapé. Mongolia es el último refugio para los consumidores de este producto, e intercambiar un frasco con un nuevo conocido, probar la mezcla de cada uno, es parte esencial de la cortesía en sociedad, como lo es el clásico apretón de manos. Yo había llegado a Mongolia con una provisión de George IV Blend que compraba en una antigua tienda de tabacos de Charing Cross Road. Batur se quedó muy impresionado.

El suelo de la *ger* estaba cubierto de mugrientas alfombras de fieltro y, a nuestras espaldas, siguiendo la curva de las paredes de la tienda, había un surtido de catres de metal, pilas de edredones y baúles. Detrás de Batur, encima de una cómoda pintada con el color tradicional —naranja chillón—, se exhibían las fotos de la familia: instantáneas en blanco y negro de sus antepasados, ninguno de los cuales sonreía. Del techo colgaban varios quesos redondos y, justo detrás de la puerta, bajo un odre rezumante que pendía de la pared, en el cual se guardaban las provisiones de *koumiss* (la leche de yegua fermentada que en Mongolia se conoce como *airag*) para toda la familia, había un par de sillas de montar y unas bridas.

Fresca en verano y caliente en invierno, aparte de que se la puede desmantelar y cargar a lomos de un solo camello en una hora, la tienda de los mongoles es un triunfo de la tecnología nómada, adaptada a la perfección para una vida móvil y un clima difícil. Además, es el símbolo definitivo del conservadurismo innato de la sociedad nómada. Esta tienda no ha variado desde hace mil años, si no más. Salvo la innovación de una puerta de madera, la descripción que Guillermo de

Ruysbroeck hizo de su distribución, en torno a 1250, podría servir para cualquier *ger* de la Mongolia actual. Incluso la situación de la entrada viene dictada por la tradición: siempre tiene que estar de cara al favorable sur.

En el interior, todo tiene designado su sitio. Batur se sentaba en el centro de la pared del fondo, frente a la puerta, el tradicional asiento de honor para el hombre de la *ger*. Mientras, sus invitados se sentaban en el suelo a su derecha, en orden de prioridad según la edad o la posición social. Durante los tres meses que se avecinaban, en innumerables *gers* de un extremo al otro de Mongolia, yo me sentaría siempre en el mismo sitio. Esto producía el extraño efecto de lograr que la casa de un extraño te resultara familiar. La estufa, alimentada por bolas de excremento animal, se hallaba en el centro y la chimenea salía al exterior a través de un agujero en el techo. En el lado de las mujeres estaban las ollas para guisar y los catres de los niños. En el de los hombres, el *airag*, las sillas de montar y los invitados.

Batur era como un viejo león instalado en su madriguera. Dio un sonoro sorbo de té y se pasó la enorme zarpa por la gran cabeza rasurada. Tres nietos suyos salieron contorsionándose de debajo del catre situado en el otro lado y escalaron por sus piernas como si fueran cachorros. Uno desapareció dentro de los pliegues de su *del* y sólo reapareció para examinarme por debajo de la barbilla del anciano, los ojos abiertos como platos ante un huésped tan extravagante.

Pronto se sirvió la cena. Acababan de sacrificar un cabrito y ante nosotros, como agasajo especial, colocaron un barreño de plástico rebosante con las diversas partes del cordero. Distribuyeron unos cuchillos y nos invitaron a introducirlos en el barreño para que nos sirviéramos algunas de aquellas exquisiteces. Prueba de que los mongoles no están dispuestos a desperdiciar nada de sus queridas ovejas era que todo estaba allí dentro, flotando en una especie de magma original: pulmones, estómago, vejiga, sesos, intestinos, globos oculares, dientes, genitales... Era un guiso de oveja azaroso, nunca estabas seguro de lo que ibas a pescar. Tanteé con cautela, nada dispuesto a encontrarme con los testículos. En el primer intento saqué un objeto extraño, semejante a un viejo bolso extraído de una cuneta de aguas estancadas. Probé aquel trozo de caucho hervido y pensé que podía tratarse de una oreja. Tuve mejor suerte con los intestinos, que resultaron sorpren-

dentemente buenos y, una vez conseguí sacarlos a flote, duraron un buen rato.

Saciados con las tripas de cordero, nos sumergimos en una charla de sobremesa. Bold explicó que yo pretendía cruzar Mongolia a caballo hasta Karakoram, la antigua capital, y de allí a Dadal, lugar de nacimiento de Gengis Kan. Batur se me quedó mirando largo rato sin decir nada. Era obvio que el plan le resultaba demasiado estrafalario para que mereciera algún comentario por su parte. Me sentí como ese niño de ocho años que anuncia que va a ser presidente. Batur no vio razones para intentar disuadirme. Los acontecimientos pronto se encargarían de eso.

Sin hacer caso de su elocuente silencio, proseguí con la exposición de mis preparativos. Había decidido efectuar el viaje por etapas de cuatro a cinco días cada una, contratando en cada sitio nuevos caballos y un experto que nos hiciera de guía. Esto al menos mereció la aprobación de Batur. Tenía tres meses de viaje por delante y eso era demasiado para un solo caballo. Por otra parte, el agotamiento no sería el único problema. Los caballos mongoles, que pasan gran parte del año vagando en libertad por las colinas, son territoriales. Cuanto más se alejan de su entorno, más nerviosos se vuelven. Batur me contó la historia de un grupo de caballos mongoles a los que años atrás habían trasladado a Vietnam. Éstos huyeron de inmediato de su nuevo amo para regresar a sus pastos de Mongolia.

«Puede usted viajar tal como hacían los mensajeros de Gengis Kan —dijo Batur, al tiempo que obligaba a bajar de su hombro a una de las criaturas—. Utilizando el sistema *orto.*»

En el momento de mayor esplendor del imperio, las comunicaciones por las enormes distancias de Asia dependían de los relevos de caballos estacionados a lo largo de las rutas principales.

«Cuando Gran Kan precisaba noticias urgentes de algún lugar [...] —escribió Marco Polo— los mensajeros cabalgaban más de trescientos kilómetros al día, a veces hasta cuatrocientos [...] Se apretaban la faja, se vendaban la cabeza y partían a toda marcha hasta llegar al puesto siguiente, a unos cuarenta kilómetros. A medida que se acercaban hacían sonar un cuerno [...] para que al llegar les tuvieran los caballos de repuesto a punto.» Aunque confiaba en adoptar un ritmo más pausado que el de los mensajeros de Gengis Kan, el principio sería el mismo.

Mientras tomábamos sucesivos tazones de té, Batur accedió a proporcionarnos caballos para la primera etapa, cinco días hasta Hovd. Como disfrutaba del lujo de tener un surtido inagotable de hijos, hizo venir a uno para informarle que nos haría de guía. Ariunbat, un muchacho malhumorado que se cubría la cabeza con una gorra de béisbol, recibió con hosco silencio la noticia de su asignación. Acordamos un precio y el trato se selló con unos vasos de vodka casero, aunque de potencia industrial.

A continuación salimos de la tienda. Había oscurecido y las constelaciones, formando ángulos que no me eran familiares, se habían elevado por encima de los picos fantasmagóricos del Tsast Uul. Otro de los hijos del anciano estaba ensillando su caballo. Viajaría toda la noche para ir en busca de la manada de caballos de la familia, que se creía estaría a unos treinta kilómetros de allí, en los valles más altos, y los traería por la mañana.

Monté mi tienda en la ladera, por encima de las *gers*. Ahora estaba consumando el viaje que durante tantos años había soñado en vano. Bajo el oscuro cielo mongol, un jinete se internaba al galope en las colinas para ir en busca de los caballos.

POR LA MAÑANA, LOS CABALLOS LLEGARON COMO UN EJÉRCITO invasor. Cargaron desde las colinas, ondeando sus largas colas y sus crines sin recortar. La relación de los caballos mongoles con los przevalskis salvajes de aquellas regiones aún no ha sido establecida de manera concluyente, pero no sería de extrañar que compartieran el mismo oficial de libertad vigilada. Parecían los proscritos del mundo equino. Criaturas bajitas y robustas que no superaban el metro cuarenta y cinco y que pasaban gran parte de su vida útil en rebaños semisalvajes, aunque de vez en cuando se los cogía para que prestaran servicios como caballo de monta y luego se los volvía a soltar en las colinas, con los demás. Lo que les faltaba en estatura lo compensaban en carácter. Eran duros, tercos, carentes de sentimentalismo. Habían transportado las hordas de Gengis Kan hasta las puertas de Viena y, gracias a su velocidad y a su notable resistencia, habían otorgado ventaja a los mongoles sobre sus enemigos. En aquellos momentos se arremolinaban en la pendiente, por debajo de la *ger*, resoplando y es-

carbando el suelo, una especie de chusma ansiosa de excitación y de rehenes.

Hizo falta un rodeo para derribarlos sobre sus patas traseras. Los hombres del campamento acorralaron a los caballos enarbolando *urgas* (largos palos con un lazo en un extremo) tratando de atrapar a tres ejemplares. Como es natural, los caballos tenían otras intenciones. Habían corrido en libertad durante casi dieciocho meses y estaban preparados para presentar una batalla infernal a fin de evitar tener que ir hasta Hovd con un extranjero de apariencia enclenque. Resoplando por la nariz y echando chispas por los ojos, el rebaño cargaba hacia delante y hacia atrás por la llanura, levantando densas nubes de polvo. Durante un rato pareció que la ventaja estaba de parte de los caballos, ya que esquivaban los lazos una y otra vez, pero al final los atraparon. Una vez sujetos, los apartaron de la manada con aire resignado, como presos sacados al patio a tomar el sol.

Con gran decepción por mi parte, la partida se hizo de forma muy precipitada. Aquél era un momento histórico, y pienso que a mi vertiente más ceremoniosa le hubiese gustado que se hicieran discursos, que sonara una charanga y se sacaran fotografías en grupo. Maldije a los caballos. Ahora que estaban ensillados, se mostraban tan impacientes por partir que lo hubieran hecho sin nosotros. En ese revoltijo de caballos y mongoles dispusimos de un último minuto para ajustar las cinchas y los bultos del equipaje; luego Batur me puso las riendas en la mano y, sin apenas darme cuenta, me encontré encima de la silla de montar. Se produjo un momento de tensión cuando mi caballo, asustado por un perro, se encabritó y estuvo a punto de tirarme de espaldas ante una concentración de mongoles dispuestos a divertirse. Pero logré conservar mi asiento y mi dignidad. El anciano nos deseó buen viaje. Su esposa salió presurosa de la *ger* para salpicar con un poco de leche las crines de los caballos, una bendición tradicional entre los mongoles. Los perros ladraron, los niños nos dijeron adiós con la mano, las ovejas se dispersaron y los caballos del campamento que no vendrían con nosotros tironearon de las trabas y relincharon lastimeros mientras nos alejamos valle abajo, un trío de jinetes y un único caballo de carga rumbo a la enorme vastedad del paisaje. Nos aguardaban más de mil ochocientos kilómetros de Mongolia.

Esa primera mañana olía a tomillo silvestre. En las laderas de las

colinas, los rebaños de ovejas se arremolinaban en los promontorios pedregosos y se concentraban en las hondonadas donde crecía la hierba. Cruzamos entre salpicaduras los prados inundados, donde la nieve fundida se había desperdigado por los pastizales. Pasamos ante *gers* levantadas entre pirámides de estiércol seco destinado a combustible y sacos de lana procedente de la esquilada de primavera. A lo lejos, otros jinetes se recortaban sobre lejanos horizontes de hierba y por encima de nosotros los halcones sobrevolaban el cielo azul. El sol había eliminado el frío de los pastos y los pájaros cantaban en medio de la hierba cubierta de rocío. Cruzamos por un arroyo tan reciente que apenas había formado orillas. En una mañana así, y en un lugar como aquél, el mundo parecía acabado de crear.

Mi caballo, un castrado alto, de color castaño, se mostraba bastante servicial después de haberlo separado de la influencia de sus compañeros salvajes. Mi silla era una joya, enorme y cómoda. También Bold iba mejorando: era indudable que su instinto mongol había sobrevivido a la vida de ciudad. Todo iba de maravilla en nuestro mundo de viajeros.

Al llegar al extremo del valle cruzamos un río cuyas aguas nos llegaban hasta los estribos, y luego ascendimos a un paso de poca altura entre colinas que dio acceso a una serie de valles desolados, cuyas rocas estaban cubiertas por una pátina de líquenes rojos y verdes. Hacia el mediodía habíamos alcanzado una meseta donde nos cruzamos con cuatro jinetes, una chica con dos primos más jóvenes y su tío, que venían de Hovd para visitar a la abuela de la chica en el valle de Namarjin. La muchacha era de esas alegres y francas. Se sorprendió y alegró al encontrarse con su primer extranjero en aquel lugar salvaje. Dijo que estudiaba historia en la escuela de Hovd y quiso saber qué pensaba yo de la Revolución rusa. Con la caída del comunismo en Mongolia, este era sin duda un tema que los profesores se esforzaban en reinterpretar, así que tomé prestado un comentario de Zhou Enlai sobre la Revolución francesa y contesté que era demasiado pronto para saberlo. Es lógico que esta respuesta la decepcionara y la muchacha se alejó hacia el norte, llevándose una pobre impresión de los extranjeros.

A media tarde nos paramos a descansar en una hondonada cubierta de hierba y nos tendimos de espaldas al resguardo del viento, con el sombrero sobre los ojos, mientras los caballos mordisqueaban

satisfechos a nuestro alrededor y el guía escalaba una escarpada ladera en busca de cebolletas silvestres. Bold había sentido el cuerpo algo rígido al desmontar, pero estaba de buen humor. Era un compañero bonachón y, si bien un largo viaje a caballo no coincidía con la idea que tenía de pasar un mes agradable en el campo, empezaba a animarse.

En cambio Ariunbat, el guía, no resultaba tan agradable. Hombre bajito y demasiado pendiente de sí mismo, era muy aficionado a quejarse. Los cuatro días de viaje hasta Hovd, como guía de un extranjero, habían despertado en él expectativas de beneficios incalculables y tal vez una pronta jubilación. Las negociaciones bastante razonables de su padre, que había estipulado un precio justo por los caballos y los servicios del hijo, lo habían dejado lleno de resentimiento. De modo que pasaba gran parte del día quejándose a Bold de la distancia que había hasta Hovd, de las largas horas montado a caballo, de la paga que lo dejaría igual de pobre y de los peligros con que nos enfrentábamos viajando por regiones desconocidas, lejos de la seguridad de su territorio. La vida de acampada no lo hacía feliz.

Seguimos otras cuatro horas a través de una zona desértica. Aquellas regiones eran áridas y necesitábamos acampar donde pudiéramos encontrar agua y pasto para los caballos. Después de la meseta divisamos un valle prometedor, con un gran promontorio rocoso en su centro, como si fuera una especie de fortaleza en ruinas. Sin embargo, al llegar allí, descubrimos que la hierba era rala y pobre, y tampoco había agua. Seguimos avanzando y cruzamos dos collados antes de dar con una fuente al final de una larga pendiente que bajaba desde las colinas hasta la llanura de Hovd. Instalamos el campamento en una diminuta concentración de arbustos espinosos y espigadas hierbas.

El guía trabó los caballos mientras Bold y yo montábamos las tiendas y preparábamos la cena: estofado de cordero y cebollas silvestres. A pesar de constituir la comida habitual de los mongoles, el guía comió con desconfianza y comprendí que nunca había comido nada que no hubiera cocinado su mamá. Para animarlo, le conté una anécdota de algo que me pasó en Birmania, cuando me vi obligado a comer rata asada. Esto sólo contribuyó a confirmar la opinión que los mongoles tienen acerca de los extraños hábitos dietéticos de los extranjeros, aunque comer rata no fuera ni la mitad de raro que comer ensa-

lada. Nada horroriza tanto a los mongoles como el reconocimiento por parte de los extranjeros de que, al igual que los animales, comen hojas crudas con cierta regularidad.

Después de cenar me recliné en la silla de montar y contemplé cómo las sombras de las colinas se alargaban sobre la pedregosa llanura: el paisaje que nos esperaba al día siguiente, tentadoramente vacío. Las ansiosas dudas sobre el viaje, sobre la recepción que obtendríamos de los pastores, sobre los caballos, sobre Bold, sobre la viabilidad de las distancias y el aislamiento, todas quedaron desterradas ante el reconfortante fulgor del primer día de viaje. El mundo se presentó de pronto como un conjunto de prioridades muy sencillas: un buen campamento, agua, pasto para los caballos, la promesa de un tiempo despejado... Todo lo demás se desvaneció en la insignificancia.

ME DESPERTARON LOS PÁJAROS. Sus sombras, alargadas por el primer sol de la mañana, recorrían el palo central del techo de mi tienda como rarezas prehistóricas. Desayunamos cecina de cordero y pan, luego levantamos el campamento, ensillamos los caballos y partimos.

La jornada tuvo la monotonía de un crucero por mar. Descendimos desde las colinas hasta la reseca y deshabitada llanura. Las moscas eran incordiantes y los caballos, demasiado preocupados por ellas, estaban irritables. El viento se había calmado y el sol comenzó a castigar el llano. En aquellas extensiones anodinas, mis ojos se fueron acostumbrando a los detalles, a los diminutos cambios en la flora y la fauna que parecía dividir la llanura en regiones distintas. Empezamos con la de las flores silvestres junto a la base de las colinas, donde el amarillo y el púrpura de las correhuelas y los guisantes crecían entre el gris de la pizarra, antes de pasar a la región de los camellos, donde manadas de la raza bactriana, figuras descalzas y aristocráticas, mordisqueaban en la nada. Después de la región de los camellos pasamos por la de las codornices, luego por la de las avefrías y, al final, por la de los saltamontes, que zumbaban bajo los cascos de los caballos como si fueran juguetes mecánicos.

Separado de la manada, mi caballo pronto abandonó su disfraz de caballo salvaje de las montañas. La primera mañana llegué a creer que era un caballo al que le iba la marcha, pero no duró demasiado. La ver-

dad es que *Hocico marrón* era un holgazán y un inveterado hueleculos. En ningún momento era tan feliz como cuando insertaba la nariz entre las nalgas de otro caballo. Cualquier desvío que implicara privarlo de oler traseros lo impelía a quejarse y lo ponía nervioso. Y si lo obligaba a separarse del grupo, aunque sólo fuera un momento, gemía lastimero hacia la llanura y ladeaba las orejas aguardando la respuesta de otro caballo con un culo decente. Sus atenciones se centraban en la montura del guía, la única yegua del grupo y quince años más joven que él; sin embargo, por desgracia, *Hocico marrón* estaba castrado, así que oler traseros era todo cuanto podía permitirse en el tema romántico.

Inmerso mi caballo en aquel letárgico estado de ánimo, las últimas horas del día se hicieron monótonas y pesadas. Al atardecer llegamos a una línea de colinas desoladas que marcaban a lo lejos los límites de la llanura y pasamos por un barranco muy estrecho, de esos que en las películas del Oeste siempre anuncian que algo malo va a suceder. Al final del paso nos esperaba emboscado un hermoso río de aguas cristalinas: el Shuragiyn. Después de la reseca planicie, aquello semejaba un paraíso: irreal, fuente de dicha sensual y totalmente inesperado. Con una zancada pasamos del suelo pedregoso al mullido colchón de la hierba. El aire se llenó con el ruido y los olores del agua, y entre aquellas paredes de roca lisa montamos nuestras tiendas.

CUANDO BOLD TENÍA OCHO AÑOS, su padre marchó hacia Rusia con el Expreso Transiberiano. Era un luminoso día de octubre, uno de esos días rutilantes, tan habituales en el otoño mongol. Durante la noche había nevado y recordaba que, al mirar hacia abajo desde la ventana de su piso en Ulan Bator, había visto una leve capa de nieve a lo largo del bordillo de las aceras.

Sus padres estaban discutiendo en la cocina, al tiempo que los familiares llegaban. Luego se dirigieron a la estación del ferrocarril en un coche muy grande, de color negro, en el que las ventanillas bajaban y subían al girar una manivela. Suponía que aquélla debió de ser la primera vez que viajaba en automóvil y recordaba el trayecto como una aventura deliciosa.

Sin embargo, una vez en la estación, los ánimos se ensombrecie-

ron. En el andén, su madre, su abuela y sus tías estallaron en lágrimas, mientras su padre sostenía con fuerza la maleta subido al estribo del vagón. Bold se quedó de pie junto a uno de sus tíos, un ejemplo de dominio varonil en medio del lloriqueante dolor de las mujeres, que subía y bajaba de tono con oleadas impredecibles. Lo asustaban aquellos estallidos de llanto. Era como si ocurriera algún desastre y no lograra captar muy bien de qué se trataba.

Se acordaba con mayor claridad del tren que de su padre. Las ruedas eran tan altas como él y, por encima de su cabeza, la gente se asomaba a las ventanillas en medio de una cortina de vapor, extrañas caras de aspecto ruso, con la nariz grande y los ojos redondos. Creía haber advertido cierta sensación de alegría en aquellos rostros, una especie de compañerismo entre la gente que se apiñaba en los vagones. Había dos mundos allí, extrañamente relacionados, y observó cómo su padre pasaba de uno al otro: del dolor y las lágrimas que imperaban en el andén a la alegría del tren, con sus interiores acogedores, llenos de promesas; de la sedentaria reclusión en la casa a la liberación de los viajes... Un hombre de uniforme oscuro recorrió el andén haciendo sonar un silbato. Entonces el tren dio una sacudida y los dos mundos empezaron a separarse.

Esto ocurría en 1964. Nunca más volvió a ver a su padre. Su partida, la escena en el andén de la estación ferroviaria, constituye uno de los primeros recuerdos de Bold.

«Se fue a Irkutsk —me contó mientras permanecíamos tumbados a orillas del río, bajo los últimos rayos de sol—. Para realizar la carrera de ingeniería en la escuela técnica de allí. De vez en cuando llegaba alguna carta. Y es muy probable que le enviara dinero a mi madre. Pero nunca supimos gran cosa de su vida en la ciudad. Cuando concluyó los estudios, se quedó en Irkutsk. Creo que tenía intención de regresar a Mongolia, pero nunca volvió. Quizá conociera a otra mujer y empezara allí una nueva vida. No lo sé... Murió en 1974. De cáncer, por lo visto. Imagino que tendría unos cuarenta y cinco años.»

El alivio del campamento junto al río le había hecho más comunicativo. Montadas ya las tiendas y concluida la cena, estábamos disfrutando de una suave velada. Las rocas de pizarra gris formaban un muro bajo en torno al campamento y eso nos proporcionaba la ilusión de un entorno doméstico, de un espacio privado en aquella estepa sin lí-

mites. Los círculos espectrales de las *gers* que invernaban allí estaban grabados en los pedregosos márgenes que se elevaban por encima de nosotros. Hicimos una hoguera con la leña que habían dejado los antiguos moradores, y el río fue nuestro jardín delantero. Con la espalda apoyada en las rocas, estuvimos hablando mientras los caballos pacían río abajo, con las patas ocultas hasta la rodilla entre la hierba.

Al igual que su padre, Bold marchó a Rusia para realizar sus estudios. Mongolia se había convertido en el segundo país comunista del mundo cuando en 1924 declaró su independencia. Durante más de sesenta y cinco años de régimen comunista, el país había sido un satélite de la Unión Soviética, que recibía importantes subvenciones y oleadas de asesores técnicos de Moscú mientras desempeñaba el papel de anfitrión para un montón de tropas rusas, sobre todo durante los períodos de tensión chino-soviética. Uno de los beneficios extra de esta influencia dominante de los soviéticos consistió en que a los niños mongoles se les permitía aprender ruso en la escuela y tener acceso a las oportunidades que se presentaban en las ciudades rusas, muy superiores a las de la propia Mongolia.

Bold había ido a Minsk a estudiar filosofía e historia. Pasó casi cinco años en Rusia, visitó Alemania del Este, Polonia y hasta realizó una visita breve a Alemania Occidental. Su odisea juvenil por Europa lo llevó a hacer dos descubrimientos bastante incompatibles: el amor y la razón.

Mongolia era adicta a la fe. Bold la describía como un país medieval, una tierra en donde era más importante creer que indagar, donde apenas se cuestionaba la sabiduría recibida. Durante siglos, los nómadas habían vivido bajo el hechizo de la superstición y los presagios, del chamanismo y el budismo tibetano. Por tanto, cuando llegó el marxismo, lo hizo en un entorno convenientemente crédulo, ya que el Partido exigía el tipo de fe ciega a la que los mongoles estaban acostumbrados. Según el propio Bold, lo que lo había liberado de la restrictiva necesidad de la fe era su estancia en el extranjero. Había llegado a Rusia como un marxista y regresó a casa como un pensador libre. En Minsk se había convertido en un hombre moderno, dijo. Utilizaba el término en su sentido volteriano, escéptico, indagador, iconoclasta. Para Bold, la Ilustración había sido una revelación personal determinante.

El tema del amor estaba menos claro. En Minsk se había enamo-

rado de una mujer de Alemania del Este. Después de un lapso de veinte años, la voz todavía se le quebraba al hablar de ella. Juntos leían a Goethe, daban largos paseos por los bosques de abetos en torno a Zhdanovichi e incluso hablaron de matrimonio. Pero al final decidió dejarla y regresar a casa. «Soy un mongol», se limitó a decir a modo de explicación, como si éstos fueran una raza aparte, incapaces de vivir entre extraños. Esta noción volvería a repetirse a lo largo de nuestro viaje. Bold, que había rechazado tantas cosas de su propia tradición, aún era prisionero de la idea de que sólo los mongoles podían entender a los demás mongoles, de que entre ellos existía algún vínculo de sangre que no podían revelar a los demás.

Pero la decisión de dejar Alemania del Este había proyectado una sombra en su vida. Todavía pensaba en aquella joven y se preguntaba qué habría podido ser su vida si hubiese elegido quedarse a su lado. Cuando regresó a su país, se casó con una mujer de su propia raza, pero el matrimonio no funcionó y se separaron. El amor le era esquivo.

Había oscurecido y, a nuestras espaldas, la luna se elevaba por encima de las montañas, inundando el río con su plateada luz.

«Tal vez debiera haberme quedado en Rusia, como mi padre —comentó—. Es posible que él encontrara la libertad en Irkutsk.»

«Lo creo poco probable en un sitio así», comenté.

«Se sorprendería usted —contestó—. Yo la encontré en Minsk...»

Encendió un cigarrillo e irguió la cabeza.

«De niño, a medida que crecía, siempre pensaba en él como una pérdida... Lo imaginaba sin casa, emigrando de un sitio a otro. Supongo que mi madre y mis tías me hablaron de él en estos términos.»

A la luz de la luna, sus ojos flotaban sobre la superficie de su rostro como si fueran dos rombos de líquido oscuro.

«Tuve miedo del tipo de expatriación que ellas me enseñaron a pensar que mi padre había padecido. Temí que, lejos de Mongolia, al final me convirtiera en un don nadie —la expresión de sus ojos cambió—. Sin embargo, cuando pienso en su marcha, en aquel día en la estación de ferrocarriles, tengo la sensación de que él estaba escapando... La única tristeza estaba en el andén, en los que se quedaban allí.»

POR LA MAÑANA ME QUITÉ TODA LA ROPA Y ME BAÑÉ EN EL RÍO. El guía no se habría sorprendido tanto si yo hubiese matado uno de sus caballos y lo hubiese asado sobre las brasas para desayunar. Después ensillamos las monturas y partimos por la planchada llanura rumbo al sureste, hacia los valles de los kazakos que cazaban con águilas.

El *aimag* (o provincia) occidental de Bayan-Olgiy cuenta con la única minoría de Mongolia: los kazakos musulmanes. A los revisionistas de la historia de Mongolia les gusta creer que todos ellos llegaron de China a finales de la década de los cincuenta y comienzos de los sesenta del siglo pasado, cuando Pekín parecía empeñada en instalar a los nómadas kazakos y a los kirguiz en la provincia noroccidental de Xinjiang, que hace frontera con Mongolia. En la época en que las relaciones chino-soviéticas se fueron a pique por el tema de la dominación comunista del mundo, Moscú instó a Tsedenbal, presidente de Mongolia, a que abriera sus puertas a los kazakos de China, como desaire a Pekín.

La verdad referente a los kazakos —que en Mongolia ascienden a unos ciento treinta mil— es bastante más compleja. En efecto, muchos emigraron de China en calidad de refugiados, de igual modo que, una generación anterior, huyeron del Kazajstán soviético para escapar de la autoritaria política igualitaria que Moscú dictaba respecto al asentamiento. No obstante, muchos llevaban siglos en aquella región, efectuando migraciones a través de los montes Altai y sin hacer caso de las fronteras nacionales.

Los mongoles desconfiaban de ellos. Bold los veía como forasteros reunidos en clanes, desertores en potencia, cuya verdadera fidelidad estaba con sus hermanos del otro lado de la frontera, en Kazajstán. Esta percepción se vio fortalecida en 1990, después de la caída del comunismo, cuando varios líderes kazakos intentaron fomentar la autonomía. Al ver que esta idea no prosperaba, muchos kazakos se unieron al éxodo hacia la nueva república de Kazajstán, atravesando la frontera con sus rebaños. Sin embargo, al encontrarse allí con un mundo más moderno, contrario al nomadismo tradicional, la mayoría regresó sin llamar demasiado la atención.

Los kazakos mongoles han mantenido cierta tradición en el ámbito de la cetrería, tan antigua como la historia de su país. Se cuenta que el padre de Gengis Kan era muy aficionado a la caza con rapaces y que,

durante la primera entrevista de fray Guillermo con Mongu, el kan mongol, en Karakoram, éste había estado inspeccionando varios halcones que le traían sus sirvientes. Kublay Kan, el nieto de Gengis Kan, también era aficionado a la cetrería (y Marco Polo asegura que mantenía cinco mil rapaces). Sin embargo, entre los mongoles modernos, esta tradición casi se ha extinguido. Sólo sobrevive entre los kazakos de Bayan-Olgiy, que cazan con las aves más grandes utilizadas por los cetreros: la gran águila dorada de los montes Altai. Estas aves son tan corpulentas que los kazakos se veían obligados a utilizar una percha de madera para apoyar en ella el brazo cuando las llevaban a caballo.

Durante todo el día seguimos a través de paisajes deshabitados y, a última hora de la tarde, llegamos a un estrecho valle lateral, en donde, a orillas de un río serpenteante, había un campamento de *gers*. Era el primer sitio habitado que veíamos desde que, dos días antes, salimos del valle de Namarjin. Por el pronunciado perfil de las tiendas reconocimos que pertenecían a un grupo de kazakos.

Una mujer salió de una de aquellas tiendas para indicarnos el camino que debíamos seguir por el valle.

«Orolobai posee un águila —dijo—. No pueden confundirse. Su *ger* es la que tiene la antena de televisión.»

Una de las características más atrayentes del campo mongol era que podías viajar mil kilómetros sin encontrarte con un televisor. Ahora, en busca de cetreros, nos internamos en el valle para encontrarnos con lo que supuse debía de ser el único teleadicto en la región occidental de Mongolia.

Orolobai era un hombre fornido, de mandíbula cuadrada, que lucía un casquete color rosa. Encantado con la perspectiva de tener visita, nos invitó a tomar el té. Las *gers* de los kazakos suelen ser más grandes que las de los mongoles y mucho más decorativas. Sin embargo, incluso para los patrones kazakos, la de Orolobai era impresionante: una mansión en el mundo nómada. Dentro había espacio suficiente para que un yak pudiera dar vueltas. Y la ausencia de estufa, colocada en una tienda contigua, que hacía las veces de cocina, incluso la hacía parecer más espaciosa. En el lugar que correspondía a la estufa —es decir, en el centro de la *ger*— había una innovación destacable: una mesa con sus sillas.

Tomamos asiento con extrema cautela, como unos campesinos en

la salita de un terrateniente, y haciendo ingentes esfuerzos para no quedarnos boquiabiertos ante el costoso mobiliario que había por todo el perímetro de la tienda: los catres de metal envueltos en cortinas de nailon ribeteadas con volantes, como si fueran camas con doseles de cuatro pilares; los grandes tapices que colgaban de las paredes, con sus brillantes dibujos geométricos; el póster sobre laminado, con la foto de dos gatitos asomándose por encima de un muro de piedra; la pila de maletas de cartón color púrpura... En un lateral, situado en un lugar prominente, estaba el objeto del chismorreo local: un viejo televisor de fabricación rusa.

Orolobai se movía a nuestro alrededor con la exuberante hospitalidad característica de las culturas islámicas. Nos sirvieron el té con tazas y platitos, una ostentación inaudita. Bold y el guía, acostumbrados a unos modales más austeros, adoptaron una expresión de ligero aturdimiento. Orolobai no habría resultado más extravagante de haberse presentado luciendo una falda hecha con hierbajos y una guirnalda de flores.

El kazako demostró ser un anfitrión ameno, que se volvió mucho más simpático a medida que bebíamos *airag*, la leche de yegua fermentada. Después de consumir varios tazones, Orolobai nos invitó a salir para que admiráramos el águila. Pero primero tenía que cambiarse. En el manejo del águila hay mucho de tradición, nos explicó, y tenía que vestirse para la ocasión. Yo no creía demasiado en sus palabras. Él era un hombre presumido y pensé que sabía que le tomaríamos alguna fotografía.

De pronto, Orolobai adoptó el aire aturdido del hombre que se prepara para una cena de gala. Uno de los problemas de la vida nómada estriba en la dificultad de seguirles el rastro a las cosas cuando te cambias de casa cada tres meses y, en cuanto Orolobai empezó a gritar, su esposa y sus hijas iniciaron una búsqueda frenética dentro de las maletas y los arcones, mientras él aguardaba de pie en medio de la tienda, con el cinturón desabrochado, agitando los brazos inútilmente.

«¡Tenían que estar con las mantas del segundo camello!», se quejó.

A medida que surgían las prendas, de una en una, las mujeres lo vestían. Junto con el formal *del*, se puso un par de mallas que sobresalían por encima de las botas altas, así como el típico gorro de pieles con orejeras, que se vio por última vez cuando Charles Lindbergh cru-

zó el Atlántico. Por fin localizaron el guante de cetrería y una protección para el brazo y, después de remover dentro de una voluminosa maleta con cajones, apareció la capucha para el águila. Aliviadas, las mujeres acompañaron a Orolobai hasta la puerta.

El águila estaba encaramada encima de una roca, a poca distancia de la tienda, con unas ligaduras de apariencia endeble alrededor de las dos patas. El animal habría logrado que un *dobermann* pareciera pequeño: debía de medir casi un metro de altura y su pico curvado era del tamaño de un cuchillo de trinchar. Pero el rasgo más sorprendente eran sus ojos: fríos, negros y penetrantes. Eran unos ojos hechos para una mirada malévola y en aquel instante me miraban malévolamente. Dudo que el animal hubiera visto nunca a un extranjero.

Mientras Orolobai levantaba el águila con suavidad y la colocaba sobre su brazo, el ave no apartaba sus ojos de mí. Intenté aparentar indiferencia. Desvié la vista, ya que tal vez no le gustara que alguien le retara con la mirada. La fijé en las lejanas colinas. Examiné mis botas. Y en ese instante descubrí sobresaltado que llevaba un chaquetón de piel de borrego. Alcé los ojos. El águila seguía mirándome, la cabeza algo ladeada, y se me ocurrió que quizá me hubiese confundido con una oveja extraviada.

Entonces desplegó las alas —su envergadura debía de alcanzar los dos metros— e incluso Orolobai se acobardó. Con movimientos muy lentos me despojé del chaquetón y lo dejé caer a un lado, a la distancia del brazo. Casi de inmediato, el águila se lanzó sobre la prenda y por poco no derriba a Orolobai, que tambaleó mientras el animal hacía presa del chaquetón, clavando los espolones en la lana al tiempo que lo embestía con su horrible pico.

«Parece que le gusta su chaqueta», comentó Orolobai jadeando, mientras luchaba para apartar el águila.

Sin embargo, yo ya me hallaba a medio camino de la *ger*, andando con pasos acelerados.

Durante la velada, después de cenar, nos invitaron a ver televisión. Vecinos y familiares se reunieron en la *ger*, sentados en semicírculo y con actitud expectante delante del televisor. Orolobai poseía su propio generador, que puso en marcha en la parte de atrás de la tienda, y la pantalla azulada parpadeó al encenderse. Por lo que pude ver, se trataba de un espectáculo de variedades que emitían desde Ulan Bator,

pero la recepción era tan pobre que podría haberse tratado de un baile de carnaval celebrado en el lado oscuro de la luna. En medio de lo que semejaba una cegadora tormenta de nieve, tres personas, o quizá fueran seis, cantaban canciones tradicionales de Mongolia. Orolobai estaba emocionado con la recepción de aquellas imágenes; las mejores en varias semanas, según reconoció.

Por fortuna, aquello no iba a durar demasiado. Pocos minutos después, las figuras espectrales desaparecieron entre la ventisca y la pantalla se quedó a oscuras. En el exterior de la tienda pudimos oír cómo el generador emitía ruidos de asfixia: resultaba obvio que a alguien se le había olvidado llenar el depósito de gasoil. Intenté aparentar decepción.

Más tarde, Bold y yo nos tumbamos a orillas del río para contemplar las constelaciones que derivaban hacia el oeste. Las estrellas parecían tan cercanas que teníamos la sensación de que podíamos tocarlas con la mano. No existe ningún lugar en el mundo donde su recepción sea tan perfecta como en Mongolia.

7

LOS LUCHADORES DEL NAADAM

EN AUSENCIA DE OTROS CANDIDATOS, la ciudad de Hovd estaba obligada a ser el sustitutivo de la civilización, o al menos ese dichoso rincón en donde hay agua caliente, cerveza fría y una cama tibia. Después de cuatro días a caballo, la ciudad prometida surgió ante nosotros en lo alto de una loma, brillando con luz trémula al otro lado de la llanura. El reflejo de la luz del sol rielaba en las lejanas ventanas. Jerusalén no podría haber surgido con unos tonos tan dorados.

Ansiaba despertar a *Hocico marrón* de su letargo y galopar hacia aquella visión, pero los caballos estaban agotados; el mío demasiado agotado incluso para oler traseros. La pesada marcha a través de la calurosa llanura se había hecho interminable. El único rasgo distintivo era una base del ejército abandonada, donde habían excavado unos cortos tramos de trinchera que recordaban la Línea Maginot para preparar para la guerra moderna a los descendientes de Gengis Kan.

Desde el primer momento en que concebí la idea de cruzar Mongolia a caballo, mi fantasía había sido entrar en las remotas ciudades mongolas imitando en cierto modo aquellas escenas de innumerables películas del Oeste: un trío de polvorientos forasteros que avanzaban al trote por la calle principal y ataban sus monturas en la barra frente a la taberna, mientras los habitantes de la localidad los miraban con desconfianza. En la jerarquía de las grandes entradas, sentía que nada podía igualar lo que yo había imaginado como mi Momento Gary Cooper.

Nuestra llegada fue simplemente la primera de las decepciones que nos deparaba Hovd. Justo antes del puente que cruza el río para entrar en la ciudad, en los prados donde habían instalado los campamentos de *gers*, el guía protagonizó un motín. Molesto porque no quisiera pagarle una semana extra por las molestias del viaje, quiso

vengarse anunciando que no permitiría que sus caballos entraran en la ciudad. Malhumorado y con el semblante ceñudo, tomó el dinero acordado, descargó nuestras sillas de montar y el equipaje, y se marchó con los caballos por la orilla del río, hacia las *gers* de unos parientes, y nos dejó a la espera de que algún jeep de paso accediera a llevarnos. El vehículo nos dejó de manera ignominiosa frente al único hotel de Hovd. No fue precisamente un Momento Gary Cooper.

EN EL YERMO DE LOSAS CUBIERTAS DE HIERBAJOS que pasaba por ser la plaza de la ciudad, la estatua de un héroe solitario montado a caballo, Aldanjavyn Ayush, un guerrillero de comienzos del siglo XX, levantaba su arma contra la China opresora. Por desgracia, el gesto no llegaba más allá del codo. El resto del brazo ya no estaba, víctima del abandono que había contaminado todos los edificios de Hovd. Las ventanas rotas del ayuntamiento estaban adornadas con ropa tendida, el banco había abandonado las finanzas por los curtidos y el hotel ya no tenía agua caliente ni cerveza fría. La civilización había resultado una desilusión.

En las aceras de Hovd, la clase media se distinguía por sus gafas de sol y sus sombrillas. Por lo que respecta a las calles, el tráfico era escaso: unos cuantos jinetes y algún que otro jeep. En la primera tarde que pasamos en la ciudad, un carro tirado por un burro estuvo horas dando vueltas por las calles, con dos hombres tumbados en la parte trasera, supuestamente borrachos, o tal vez muertos. Un puñado de comercios diminutos, que ocupaban la habitación delantera de unos edificios rusos en estado de ruina, carecían de cualquier letrero externo que indicara su existencia. Al empujar las pesadas puertas podías encontrarte con un mostrador improvisado, un triste dependiente calzado con botas de goma y un conjunto ecléctico de artículos: velas, paquetes de té, pastillas de jabón, dulces de Letonia, botas de Rusia, sostenes de China... O también podías equivocarte de puerta y encontrarte con una familia comiendo su sopa.

Sin embargo, después de Bayan-Olgiy, Hovd resultaba una ciudad llena de acontecimientos. Me sumergí en una ronda de actividades culturales. La primera mañana fui a visitar el museo, una vieja dacha rusa en una calle lateral. En el vestíbulo encontré al vendedor de las entradas

dormitando junto a una ventana. Cuando lo hube despertado, se limitó a encogerse de hombros y a negar con un movimiento de cabeza; luego me cogió de la mano para enseñarme el problema. Se había ido la luz, algo que ocurría con bastante frecuencia. Cogidos de la mano, atisbábamos el interior de las oscuras salas sin ventana donde se exponía el pasado, y llegamos a la conclusión de que era inútil intentarlo.

Sin desanimarme, me dirigí al teatro, cuya fachada neoclásica de color rosa era la única pincelada de esplendor en Hovd. Con una entrada majestuosa, flanqueada por columnas de estilo corintio, el edificio no correspondía demasiado con la tradición teatral de Hovd, dado que el arte escénico no solía formar parte de la vida de los nómadas. No obstante, las facilidades para el arte y la cultura, al igual que para la asistencia sanitaria y la enseñanza universal, formaban parte del proyecto socialista para un esforzado mundo nuevo que, ochenta años atrás, llegó de Rusia con la gravedad de los jóvenes bolcheviques, y cada capital de *aimag* se vio equipada con un teatro donde albergar las giras anuales de la compañía nacional.

Al mirar a través de las sucias ventanas vi que el mantenimiento se había deteriorado después de que las subvenciones de Rusia se agotaran a finales de los ochenta. El edificio parecía abandonado. Los geranios de las macetas que adornaban el alféizar de las ventanas habían crecido en estado silvestre. El abovedado vestíbulo se había dejado en manos del polvo. A la gran escalinata que conducía hacia una penumbra más intensa la habían despojado de su alfombra. En el guardarropa, los ganchos destinados a colgar los sombreros de pieles y las fustas de los ganaderos estaban cubiertos de telarañas.

Di la vuelta por la parte trasera del teatro y me encontré con que la puerta del escenario estaba abierta. Dentro había un vestíbulo dominado por un gran espejo de marco dorado, en el que los actores de épocas pasadas podían contemplar su entrada en el mundo real. En algún lugar estaba sonando un piano, pero de pronto se interrumpió. Oí pasos y, al cabo de un segundo, apareció un anciano fantasma, arrastrando consigo una fregona. Se detuvo con brusquedad al encontrarse con un extranjero en el vestíbulo.

El conserje podría haber sido el hermano bohemio de Albert Einstein. Era un viejo de cabello enmarañado, cejas pobladas, ataviado con una chaqueta de punto y gafas con montura metálica. En su ros-

tro había una expresión sorprendida, pero inteligente. Recuperado de la sorpresa inicial, alzó complacido ambas manos.

«Venga —se apresuró a decir—. Deje que se lo enseñe.»

Einstein resultó ser el solista del teatro. Mediante una serie de interpretaciones vivaces y entusiásticas, representó todos los papeles del establecimiento. En los camerinos hizo la pantomima del actor maquillándose frente al espejo cuarteado y se puso una bata de terciopelo apolillado, supuestamente olvidada por alguna compañía itinerante que representaba a Chéjov. En la penumbra que imperaba entre bastidores, en medio de unos decorados destartalados, me enseñó cómo manejar las cuerdas de las bambalinas, mimando con gran éxito dos papeles: el del operario encargado de bajar los telones y el del decorado bajando del cielo cual bailarina que flotara para posarse en el suelo.

Después de dar un rodeo hasta el vestíbulo principal, me vendió una falsa entrada y, en vez de programa, me llevó a ver las fotografías en blanco y negro, pertenecientes a antiguos espectáculos, que colgaban enmarcadas en las paredes. Aunque los actores eran mongoles, las obras parecían rusas, una sucesión de escenas de saloncito. Einstein se mostró encantado cuando sugerí que una pertenecía a una escena de *Las tres hermanas*.

«*Tim, tim* —asintió excitado—. *Tri sestrí. Tri sestrí.*»

Era una de las escenas en que Andréi se queja desesperado de la vida en el campo, rodeado de campesinos incultos y analfabetos. En el corazón de Mongolia, a mil kilómetros de cualquier núcleo que semejara una ciudad, esta queja de un hombre que vivía a un par de horas en tren de Moscú debía de resultarles algo melodramática. Einstein me dio un ligero codazo en las costillas y levantó las cejas con picardía. Entonces miré de nuevo la foto de Andréi. Era el conserje, cuarenta años atrás.

A continuación me llevó a la platea. Olía a polvo y a terciopelo viejo. Mientras el anciano me cogía de la mano y me conducía pasillo abajo, observé las antiguas arañas y los radiadores enormes adosados a las paredes. Al llegar a la primera fila me acomodó en un asiento, después subió renqueante la escalerita que conducía al escenario y procedió a recitar el monólogo de Andréi en el acto cuarto. Yo conocía muy bien esta escena, ya que había hecho de Andréi en un montaje de fin de curso. Era un papel maravilloso para un muchacho de dieciséis

años: irritado, quejica, frustrado por las injusticias del mundo, lamentándose de que nadie lo comprendía.

Me uní a él en el escenario e interpretamos una versión bilingüe, actuando espléndidamente para las butacas vacías. Luego los dos nos echamos a reír y nos estrechamos la mano. Rusia nos había unido.

EN LAS AFUERAS DE LA CIUDAD, donde la única calle asfaltada empezaba a fundirse con la estepa invasora, me encontré con un fantasma todavía más viejo: el perímetro amurallado de una población manchú, uno de los puestos avanzados que la China colonial había construido durante los dos siglos de dominación sobre Mongolia.

China y Mongolia nunca se habían llevado bien.

«Aborrecemos China —solía repetir Bold cuando surgía el tema de esta antigua antipatía—. Lo llevamos en la sangre. Y a su vez los chinos nos odian a nosotros.»

El símbolo que resume estas relaciones es la Gran Muralla, el espectacular y desafortunado intento de los chinos de mantener a raya a los pendencieros mongoles. Para los chinos, éstos son los vecinos del diablo: bárbaros, ruidosos, caóticos y propensos a los estallidos irracionales. Para los mongoles, los chinos son cínicos, falsos y horrorosamente numerosos. El desprecio que sienten unos por otros refleja las diferencias de temperamento entre pueblos nómadas y pueblos sedentarios. Incluso en la actualidad, en el homogéneo engrudo de la era moderna, el vuelo de noventa minutos entre Ulan Bator y Pekín supone uno de los mayores impactos culturales para el viajero actual. Nunca hubo dos ciudades, dos países o dos culturas tan dispares como esos dos vecinos a quienes, para su desdicha, la geografía mantiene unidos.

Acosados desde los primeros tiempos que registra la historia por las incursiones procedentes de Asia Central, los chinos tendían a ver a los mongoles como un desastre natural, como una inundación o una época de hambre, como un enfado de los dioses que debían limitarse a soportar. Al final, regresaban siempre a su país, con las alforjas llenas de arroz y porcelana. Pero la culminación de estas invasiones nómadas —la conquista de China en el siglo XII por Gengis Kan— reveló un nuevo espanto: la idea del imperio había penetrado en la conciencia de los mongoles; los bárbaros habían decidido que

querían quedarse y gobernar la civilización más antigua y refinada del mundo.

Yelu Chucai, el consejero khitan que recordó a los mongoles que los muertos no pagan impuestos, también logró convencerlos de la verdad del antiguo dicho chino: que podrían conquistar un imperio a lomos de un caballo, pero no podrían gobernarlo desde la silla de montar. Kublay Kan, el nieto de Gengis Kan, gobernó China reconvirtiéndose en emperador chino. Cuando fray Guillermo llegó a Karakoram, Mongu Kan, el hermano de Kublay, lo recibió en una tienda fastuosa. Y veinte años después, cuando Marco Polo llegó a China, se encontró con Kublay Kan instalado en un palacio de Pekín, el precursor de la Ciudad Prohibida. Los mongoles tradicionalistas nunca se lo perdonaron, por supuesto, pero la dinastía que Kublay Kan fundó, los Yuan, gobernó China durante casi un siglo.

Cuando Kublay aceptó el mundo chino de las ciudades y la agricultura, estaba marcando el inicio del final de la cultura nómada. Durante los siglos siguientes, el equilibrio del poder se inclinaría a favor de las sociedades sedentarias que, estimuladas por los progresos tecnológicos de Europa, ya no serían presa de los nómadas, a pesar de las antiguas ventajas de éstos en resistencia y dominio de la equitación. Por algún tiempo, las incursiones de los nómadas siguieron provocando problemas en las fronteras chinas, pero ya eran una potencia en decadencia. Y un síntoma de su desconcierto es que en el siglo XV, cuando los mongoles oirats capturaron al emperador Ming de turno, prefirieron cobrar el rescate en efectivo, en vez de exigir las riendas del poder. A China le había llegado la hora de dominar Mongolia.

Los chinos entraron por vez primera en Mongolia en el siglo XVII, al principio como respuesta a la solicitud de ayuda por parte de los mongoles kalka, que luchaban para resistir los avances de los oirats. Los mosquetes y los cañones, que los chinos habían adquirido recientemente de los comerciantes europeos, resultaron decisivos. No es de extrañar que los mongoles se encontraran con que el precio que los nuevos socios exigían a cambio de su ayuda fuera el vasallaje. Mongolia se convirtió en un país tributario de la China manchú antes de pasar a formar parte, de manera gradual, del Imperio Chino. Y no sería hasta 1911, cuando las presiones republicanas empezaron a surgir en el seno de China, que los mongoles obtendrían la independencia.

De Sangiin Herem, el antiguo asentamiento chino en las afueras de Hovd, sólo quedan las ruinosas murallas de la población, la misma estructura cuadrangular con que los chinos encerraban sus ciudades desde Manchuria hasta Cantón. Los edificios han desaparecido y los habitantes de Hovd utilizan como huertos el fértil suelo de los chinos derrotados. Es muy posible que esas parcelas sean el único eco de la presencia china en la zona. Sin embargo, por mucho que los gobiernos mongoles intenten animar a la población para que siembre y consuma vegetales, es una batalla perdida. Por eso me pregunté si los hortelanos de Hovd, inclinados sobre sus coles, no tendrían algo de sangre china.

Las ruinas eran un lugar tranquilo, ideal para la meditación, y las tardes que tenía libres solía gravitar sobre ellas. Desde las antiguas murallas miraba hacia abajo, a los fantasmas de las calles, alineadas siguiendo los puntos cardinales. Imaginaba sus pagodas con la entrada color bermellón, los aleros de los templos vueltos hacia arriba, las casas con patios, las ventanas enrejadas y los jardines pedregosos: un vallado de orden chino plantado en medio de una tierra salvaje. Me imaginaba a los chinos allí, apegados a sus ritos familiares, como los ingleses de las colonias, exageradas sus costumbres por una tierra extraña. Los veía con sus interminables juegos de mesa, como el *mah-jong*, inclinados sobre sus cuencos llenos de fideos y col china, llenando los rincones libres de sus jardines con azaleas, marchando en tropel a visitar las tumbas de los antepasados con sus varitas de incienso, y la merienda al aire libre con las empanadillas de carne al vapor, mientras fuera de la ciudad aguardaban los espacios desiertos de Mongolia, sin vallar, sin cultivar, sin cuidar, sin colonizar. Es posible que los chinos enterraran sus inquietudes bajo la meditación filosófica, contemplando las polaridades de la vida, el yin y el yang, mientras se asomaban por encima de las murallas para echar un vistazo a los jinetes que galopaban a través de los agrestes paisajes.

Tal vez el motivo de que encontrara tan subyugantes las ruinas abandonadas de Sangiin Herem se debiera a que allí reconocí mi propia ambivalencia. Por mucho que justificara mi rebelde deseo de movimiento, comprendía el anhelo de permanencia en un mundo tan poco permanente que aquellas ruinosas murallas parecían expresar. También yo anhelaba encerrar aquello que amaba.

HOVD FUE TESTIGO DEL INICIO Y FINAL DE MI CARRERA como dentista. Entre mis pertenencias había un equipo para emergencias dentales y, en un acto de estúpida generosidad, me ofrecí a examinar los dientes a una de las encargadas del hotel, que padecía un terrible dolor de muelas. La señora Tsolom llegó temprano a su cita y me encontró todavía en ropa interior. Los mongoles nunca llaman a las puertas —se considera una falta de educación llamar a la puerta de una *ger*—, pero su fe en mis habilidades profesionales no se vio por suerte atenuada al verme en calzoncillos fumando un cigarro.

Hice sentar a la paciente en una silla, al lado de la ventana, y Bold actuó de enfermero, enfocando la linterna al interior de la oscura cueva que era la boca de la señora Tsolom. Empecé mi trabajo con el pequeño espejo dental, inspeccionando los dientes uno por uno en busca de indicios de alguna caries. No tenía ni idea de cómo iba a identificar una caries, ni de qué haría si la encontraba; sin embargo, hice todo lo posible para mantener cierto aire de seguridad, como un profesional. Afortunadamente, el problema de la señora Tsolom fue fácil de identificar. Se le había saltado un empaste.

«¿Hace mucho que padece este dolor, señora Tsolom?», pregunté con mi mejor acento de dentista.

«*Bummfgskooorfg*», contestó.

«¿Qué ha dicho, Bold?»

«No sé —dijo éste—. Pero creo que sería aconsejable que antes sacara la mano de su boca.»

«Oh, sí, por supuesto.»

Como si lo hubiera previsto de antemano, un empaste era el único problema dental que yo era capaz de arreglar. Mediante el pequeño folleto que venía con el equipo, apoyado en el alféizar de la ventana fuera del campo visual de la señora Tsolom, limpié y enjuagué la cavidad de acuerdo con las instrucciones. En las desprovistas tiendas de Hovd, el único desinfectante que pude hallar eran las botellas de vodka, pero esto no pareció importarle a la mujer.

«¿Quiere escupir el enjuague, señora Tsolom?», pregunté.

La señora Tsolom me miró con expresión de asombro y, acto seguido, se tragó lo que tenía en la boca.

A continuación le coloqué un empaste provisional, consistente en una misteriosa pasta rosa que yo apretaba dentro del hueco formando

capas, con un excelente utensilio para empastes muy similar a una azada de jardín en miniatura. Cuando hube finalizado la operación, froté toda la zona con gel de clavo.

«Si quiere, puede enjuagarse la boca, señora Tsolom», dije mientras me volvía para comprobar las instrucciones.

Bold le pasó la botella de vodka.

«Muy bien, pues... —proseguí con el tono serio de un médico—. No debe comer nada duro en veinticuatro horas. No coma nada en absoluto al menos en cinco horas y, luego, sólo alimentos blandos por el otro lado de la boca. Y recuerde: el empaste es sólo provisional. Tiene que ir a un dentista oficial tan pronto como pueda para que le ponga un empaste definitivo. ¿Lo ha entendido?»

La señora Tsolom tomó otro trago de vodka y asintió.

«Creo que por ahora ya ha hecho suficientes enjuagues, señora Tsolom —le dije, recuperando la botella de su férrea presa—. No deje de avisarme si se le presentan más problemas.»

Después de que se hubo marchado, Bold me recordó que no había dentistas en Hovd. Era poco probable que pudiera conseguir tratamiento, a menos que se trasladara a Ulan Bator. En el campo, las intervenciones dentales solían consistir en arrancar la muela problemática con unos alicates. El vodka hacía las veces de desinfectante y única anestesia.

Como alternativa a semejante barbarie, mi habilidad pronto fue de dominio público, en especial cuando se extendió la noticia de que los pacientes no debían olvidar enjuagarse la boca con vodka. A la mañana siguiente, al bajar al vestíbulo del hotel, me encontré con cinco pacientes esperando, absortos en la lectura de revistas mongolas. El exceso de trabajo aceleró el adelanto de mi jubilación. Decidí que quizá fuera preferible que los ciudadanos de Hovd se arrancaran las muelas cuando la caries estaba en sus primeras etapas, en vez de retrasar lo inevitable mediante empastes provisionales. Consideré una buena idea cerrar el consultorio antes de que la señora Tsolom regresara para que le matase el nervio de la muela. Además, me preocupaba el monto de la cuenta del vodka.

MONGOLIA SÓLO SIMULA QUE ES UN PAÍS ENORME. Hay días en que tienes la impresión de que es una pequeña aldea rural, en donde sus ha-

bitantes comparten los chismorreos, los familiares y las dolencias de los pies y la boca a través de vastísimas distancias. Incluso en el más remoto de los *aimag*, las posibilidades de encontrarte con algún conocido son altamente probables. En las calles de Hovd, Bold se encontró de improviso con Ganbold. Veinte años atrás, ambos habían coincidido en la escuela de magisterio en Ulan Bator.

Ganbold era profesor de historia en el instituto de Hovd, una institución docente cuya área de captación de alumnos podía compararse en tamaño con Escocia. Tenía el rostro achatado y la sonrisa estreñida, incluyendo los dientes apretados y los ojos saltones. Era un individuo bien dispuesto, dúctil y ansioso por agradar, rasgos perfectamente adecuados a las arenas cambiantes del currículum histórico de Mongolia. Veinte años enseñando las glorias de la revolución comunista a muchachos de catorce años habían reducido su conversación a complicadas trivialidades. Ganbold era un experto en lo obvio, nunca se le veía tan feliz como cuando explicaba algo que el otro ya sabía.

También era un hombre de grandes entusiasmos y adoptó la causa de nuestro viaje con una celeridad y una entrega que resultaban sorprendentes en aquella letárgica ciudad. Había empezado las vacaciones de verano y tenía intención de irse al campo para visitar a su madre. Dijo que podría conseguirnos unos caballos y que nos haría de guía por el sureste, a través de los montes Altai. Desplegamos varios mapas por el suelo de nuestra habitación en el hotel y discutimos rutas y distancias. Conocía a todo el mundo en aquella dirección, aseguró. Podría acompañarnos hasta la *ger* de uno de sus alumnos, cuya familia estaba acampada cerca de Mönh Hayrhan. Luego ese alumno podría acompañarnos en la siguiente etapa del viaje, hasta Möst.

Yo estaba ansioso por partir. Para mí, el sibarítico esplendor de Hovd se había apagado.

«Después del Naadam —anunció Ganbold—. La vida empieza de nuevo después del Naadam.»

LOS ORÍGENES DE LA FIESTA ANUAL DEL NAADAM se remontan a los *quriltai*, las grandes reuniones de los clanes que constituían el acontecimiento social del verano mongol durante la Edad Media. En la época de Gengis Kan, las tribus de los rincones más alejados del país se

reunían para arreglar asuntos de liderazgo y de pastos, de guerra y de paz, así como el más contencioso de los temas: quién poseía los caballos más veloces... En 1242, cuando los mongoles desaparecieron repentinamente de los alrededores de Viena, Europa se salvó gracias a uno de los mayores *quriltai* de la época. Después del fallecimiento de Ogoday, mientras galopaban por las vastas extensiones de Asia, los jefes de los clanes estaban ansiosos por regresar a casa y ver si podían respaldar a un posible ganador en la carrera sucesoria. En cambio, a los hombres corrientes de los clanes sin duda les excitaría la perspectiva de las carreras de caballos. A nadie le interesaba perder el tiempo saqueando las ciudades de la cristiandad, cuando les aguardaban las carreras.

En la era moderna, la política ha desaparecido en gran parte de los Naadam, lo cual permite a los mongoles concentrarse en temas tan importantes como el deporte o alternar. El gran Naadam de Ulan Bator es una mezcla de Wimbledon, de final de Copa, una feria ambulante y Newcastle el sábado por la noche. Pero se celebran Naadam provinciales por todo el país, en los pequeños estadios que se alzan al borde de cada capital de *aimag*. En ellos pueden verse manifestaciones de la cultura mongola, que se expresan a través de los cuatro deportes nacionales: carreras de caballos, lucha libre, tiro al arco y resistencia a la bebida. Hay un proverbio chino que dice: «Cuando los mongoles están de fiesta, el resto de Asia cierra sus puertas».

El estadio de Hovd podría haber sido la sede de un club de fútbol de tercera regional, cuyo campo de juego hubiera pasado a mejor vida años atrás. Entre la tribuna sin techumbre y dos pequeños vestuarios, el césped había crecido a su antojo y estaba cubierto de flores silvestres. En el centro, donde antes solía ondear la bandera roja, había un grupo de nueve palos rematados con una cola de yak: el estandarte de Gengis Kan. Las colas eran blancas, lo cual era un buen augurio, porque las negras significaban guerra.

La gente daba vueltas por allí, luciendo sus mejores *dels* de seda o de terciopelo. Todo el mundo estaba de buen humor y llevaba sombrero. Tanto los hombres como las mujeres eran aficionados a lucir los elegantes sombreros de ala ancha o los altos sombreros de fieltro. Pero algunos personajes más regios llevaban bombín. El Naadam era una gran ocasión para obtener medallas. A fin de mantener tranquilos a los

sufridos ganaderos, el antiguo gobierno comunista distribuía condecoraciones a granel. El resultado había sido una inflación de medallas. Las que antes significaban grandes honores pronto perdían su valor y continuamente tenían que acuñar otras nuevas. Había la Orden de la Bandera Roja, la Medalla de la Orden de Sulke Bator, la de Héroe Nacional del Partido Revolucionario del Pueblo Mongol, la Medalla de la Orden de la Estrella Polar y la del Mejor Trabajador en el Quinto Plan Quinquenal. Los hombres obtenían medallas por actos de valor y devoción patriótica como miembros del Partido y grandes productores de ganado. Las mujeres las recibían por tener hijos. Una anciana me mostró orgullosa la Orden de la Gloriosa Maternidad en Primer Grado, una especie de Cruz Victoria a la maternidad. Prendida sobre su formidable pecho, celebraba la proeza de haber criado a más de diez hijos.

A través de los altavoces, zumbaban los discursos de los dignatarios locales. Pero nadie parecía hacerles caso, ni siquiera la banda de música, que tocaba una canción pegadiza en medio de la perorata del gobernador sobre los deberes cívicos. Cuando a la banda se unió una cantante con una voz que habría sido la envidia de Jessye Norman, el gobernador se retiró a la tribuna para pasar revista. Los políticos mongoles —sobre todo ex comunistas que habían tenido que fraguar una nueva carrera como demócratas, a veces de forma vacilante— se esforzaban por acostumbrarse al ingrediente fundamental de la democracia: el derecho a no hacer caso de los políticos. Permanecían sentados con actitud sombría, en fila debajo de sus bombines, murmurando acerca de los buenos días de antaño.

Un estremecimiento se apoderó de la multitud cuando presentaron a los luchadores según su posición: Halcón, Elefante, León y Gigante, el vencedor del año anterior. La mayoría de los participantes teníań cierta semejanza con los luchadores de sumo: individuos enormes que daban la sensación de engullir medio yak para desayunar. En medio de aquellos grandes estómagos había varios tipos enjutos, en actitud comprensiblemente nerviosa. Parecía como si hubieran diseñado el atuendo de los luchadores para una compañía de danza: botas con puntera de duendecillo, sombreros en pico y chaquetillas centelleantes con la parte delantera en forma de «y» adornada con preciosos bordados. Uno tras otro, aquellos hombres fornidos salieron trotando hasta el centro del campo, donde interpretaron la danza del águila,

aleteando los brazos a cámara lenta y haciendo reverencias frente al estandarte de Gengis Kan. Cada uno iba acompañado de su ayudante, por lo general un tipo de mayor edad, cuyo trabajo principal consistía en sostener el sombrero del luchador mientras se desarrollaba la lucha. En Mongolia, el sombrero es depositario de la dignidad de un hombre; mientras los luchadores se debatían para derribarse mediante pisotones, a ninguno le hubiese gustado que le pisaran el sombrero.

A un anciano que tenía a mi lado le pregunté la razón del curioso diseño de las chaquetillas: las mangas largas y en cambio abierta por delante, de modo que dejaba el pecho al descubierto.

«Es para mantener a raya a las mujeres», murmuró.

En Mongolia, las mujeres luchadoras eran muy temidas. Todos aquellos que hayan tenido tratos con las azafatas de Air Mongol entenderán por qué. Los anales de la lucha mongola están llenos de historias acerca de malévolas arpías disfrazadas de hombre que se habían infiltrado en las competiciones y destrozado a los mejores pesos pesados. Marco Polo explicó un cuento mongol acerca de una princesa que tomó la decisión de que sólo podría casarse con un hombre capaz de derribarla. A pesar de que se presentaron toda una serie de musculosos pretendientes, ella siguió soltera. La intencionalidad de la pechera abierta de la chaquetilla era que permitía a los jueces descubrir a una mujer de inmediato y expulsarla de la competición antes de que provocara cualquier estropicio.

A medida que avanzaba la competición, pronto se hizo evidente que los tipos enclenques servían de material de precalentamiento para los tipos de vientre enorme. Los primeros asaltos comportaron mucha acción, ya que los grandullones derribaban a los más pequeños mediante satisfactorios empellones. Sin embargo, al quedar eliminados los más flojos, en un torneo donde todos los participantes se enfrentaban unos con otros, la lucha entre iguales se hizo más forcejeante y la competición más aburrida. Trabados los luchadores como si fueran *bulldozers* con el motor calado, aquellas moles podían resistir quince asaltos sin moverse ni un milímetro. La única acción se producía entre un asalto y el siguiente, cuando los ayudantes arreglaban la chaquetilla a los luchadores y les daban palmaditas en el trasero. El final llegaba invariablemente con un gemido: una breve oleada de empujones y

tirones, y uno de aquellos gigantes se desmoronaba de forma inexplicable y caía al suelo.

Las carreras de caballos eran más apreciadas y a la mañana siguiente salimos en un jeep de alquiler, dando tumbos por la estepa desierta, hacia donde se había concentrado una gran multitud, justo en la línea de meta, en medio de la nada. Las carreras del Naadam se realizan campo a través, sobre distancias maratonianas. En el caso de Hovd, sobre un recorrido de treinta kilómetros. La gente circulaba arriba y abajo luciendo sus sombreros, saludándose unos a otros con elaboradas demostraciones. Muchos de los hombres llevaban el mismo tipo de sombrero de ala ancha, con una cinta en la que podía leerse el mismo conjuro: «La Fuerza Por La Leche».

La aproximación de los caballos de tres años que participaban en la carrera se anunció con una nube de polvo a lo lejos. El gentío se empujaba para ocupar un lugar en la meta, donde tres policías, en bastante mal estado por culpa de la bebida, les lanzaban piedras para mantenerlos a una distancia segura. Después de esquivar un par de pedradas, conseguí situarme entre los ayudantes de la organización, un distinguido tribunal de ancianos que, acuclillados en línea, observaban a través de sus prismáticos. Cuando los caballos empezaron a salir de la nube de polvo, el ayudante principal se adelantó e hizo ondear una enorme bandera roja para guiar a los jinetes hacia la línea de meta. Un crescendo de gritos y silbidos surgió de entre la multitud. Los jóvenes gritaban, las mujeres chillaban, los ancianos pateaban el suelo y los bebés, haciendo ondear sus gruesos bracitos, rompieron a llorar.

Los jinetes eran unas criaturas. Ni los chicos ni las chicas solían superar los ocho años, pero habían completado la carrera montando a pelo y descalzos. Con sus gorros de jockey, hechos de papel, daban la impresión de venir de una bulliciosa fiesta infantil, ahítos de tanto bizcocho. Cuando los primeros cruzaron la meta, la gente rompió filas, arrasando a los policías embriagados, y se concentró en torno a los caballos cubiertos de espuma. Los padres sujetaban las riendas, las hermanas secaban frenéticamente el sudor de los flancos de los caballos con unas paletas especiales y las madres recibían a sus hijos jinetes con leche de yegua.

Un caballo se desplomó a pocos metros de la línea de meta. Su jinete, una chica de unos siete años, se incorporó y empezó a dar pata-

das al animal en el pecho, al parecer el equivalente mongol a la respiración boca a boca equina, destinada a reanimar al pobre animal. Pero el propietario tenía un remedio más tradicional. Salió corriendo de entre la multitud, sacó una botella de vodka de los pliegues de su *del* y vació el contenido en la garganta del caballo. El efecto fue instantáneo. El bruto se levantó de un salto y echó a correr en dirección a Hovd, sin jinete y sin preocuparse de cruzar la meta. Una breve investigación de uno de los organizadores descalificó al animal: «Expulsado. Borracho».

Por la tarde, de nuevo en el estadio, mientras se celebraba la final de lucha libre, irrumpió un grupo de jinetes. Eran los ganadores del Naadam, sus propietarios, sus entrenadores y sus compañeros. Animados por el griterío de la gente, recorrieron a medio galope la pista frente a las gradas y dieron dos vueltas de honor, enterrando a los luchadores bajo una nube de polvo.

Para la presentación, los caballistas se juntaron debajo de lo que equivaldría al palco real, donde se hallaban los políticos. Varios cantantes profesionales entonaron las alabanzas a los caballos, las carreras y los jinetes con emocionantes arias en tono nasal. El gobernador, satisfecho por fin de constituir el centro de la atención, entregó los galardones —alfombras chinas y paquetes de té— como si los hubiera tenido que pagar de su propio bolsillo. El gran premio consistía en una moto rusa. En realidad era un vale para una motocicleta. A pesar de que hacía meses que la habían encargado, la moto aún no había llegado. El adiestrador del caballo que había ganado examinó el vale con la mirada escéptica de alguien familiarizado con las promesas de los políticos.

Luego, en medio del griterío, los jinetes salieron del estadio al galope y pudimos ver de nuevo la final del campeonato de lucha. Nada había pasado en el intervalo. Los dos colosos seguían tal como los habíamos dejado, igual que dos perros enganchados durante el apareamiento. Podrían haber estado posando para una estatua.

Acudió a rescatarnos una tormenta espectacular. De las montañas bajaron los truenos, un rayo estalló en el oscuro cielo, la lluvia se precipitó sobre las tribunas y la multitud salió en estampida. En pocos minutos, el estadio se quedó vacío, con la excepción de los dos luchadores, los ayudantes que sostenían impávidos sus sombreros bajo el

aguacero y el grupo de jueces bajo una marquesina llena de goteras. Encorvados contra la lluvia, los mongoles corrieron hacia sus caballos, que mantenían atados en largas hileras en el aparcadero para caballos. Mientras se alejaban al trote, medio erguidos sobre sus sillas, soltaban risotadas y se gritaban unos a otros. Mucho después de que sus voces y el sonido de los cascos de sus monturas se hubiesen apagado, aún podíamos verlos, envueltos en humo por la reluciente estepa, alejándose hacia sus lejanas *gers*.

EN HOVD, LA CULTURA NUNCA HABÍA ABANDONADO del todo el teatro. Ahora que las compañías estatales de la era comunista estaban en bancarrota y ya no hacían giras por provincias, a las capitales como Hovd llegaban pequeñas compañías privadas que alquilaban los teatros con la esperanza de sacar algún beneficio con sus espectáculos. Bold y yo conocimos a uno de estos grupos itinerantes, una desdichada compañía de alcohólicos que se recuperaban de la resaca en la *ger* del conserje. Habían alquilado el teatro por tres noches durante el Naadam y nos invitaron al estreno.

Einstein había conectado el generador, que guardaba en un cobertizo del patio trasero, junto a su *ger*, y cuando llegamos encontramos la platea pobremente iluminada por las antiguas arañas que colgaban del techo abovedado. Ocupamos nuestros asientos en la primera fila. Detrás de nosotros, cinco muchachos se entretenían lanzando cosas a sus amigos y pegando goma de mascar en las butacas vacías.

Después de una larga espera, el telón se alzó con cierta dificultad para descubrir a dos músicos, uno que tocaba el bajo y otro un teclado sintetizador, y que en todo caso parecían estar haciendo una prueba para una parodia de los años setenta. Los dos iban vestidos con camisas blancas con volantes, pantalones blancos acampanados, botas blancas, chaquetas largas de lamé dorado y peinados al estilo Rod Stewart.

Iban a acompañar a una serie de cantantes. El primero fue un hombre bajito, de voz ampulosa y traje más ampuloso aún, que se debatía valeroso con la prenda, puesto que tropezaba con el dobladillo de los pantalones y luchaba por sacar las manos de las mangas de la chaqueta, mientras en el techo las arañas tintineaban con sus notas cada

vez más agudas. Le siguió un hombre que hacía imitaciones. Como la mayoría de los mongoles no tiene televisor, no había figuras de fama nacional a las que imitar, así que el artista se concentró en imitar personajes que resultaran familiares a todos los mongoles, es decir, los animales. Imitó a un yak que había quedado aislado del rebaño, a una vaca varada en el río, a cuatro perros con personalidades distintas, a un cabrito recién nacido, a una cabra de dos años, a una ya vieja y a otra muriéndose. Remató su actuación imitando a un camello que no quería ponerse en pie y a tres ovejas intentando cruzar un arroyo sin mojarse las patas. Los mongoles se partían de risa. Como bis interpretó a una yegua en celo.

El siguiente en actuar fue un bailarín de ballet entrados en años. Era una figura de piernas algo arqueadas y pelo engominado, que se peinaba hacia atrás. Había estudiado danza en Irkutsk, me susurró Bold, y supuse que esto equivalía a una alabanza. Interpretó una serie de números conmovedores, en los que aplicaba su preparación clásica a temas clásicos del folclore mongol, cuyo resultado era un híbrido inverosímil.

Dos mujeres cantantes significaron la salvación de la velada. La mayor cantó una serie de bellísimas canciones folclóricas de Mongolia. En voz baja, Bold me traducía algunas de las letras. Las canciones folclóricas de Mongolia sólo tenían cuatro temas, me explicó Bold: el paisaje, los caballos, el amor y la madre. La cantante mayor se concentró en el paisaje y en la madre. La más joven, una mujer de aspecto cohibido, voz maravillosa y encantadora sonrisa, se encargó de las canciones sobre el amor y los caballos.

Más tarde, siguiendo un impulso repentino, crucé la puerta de artistas y la invité a cenar.

HOVD NO ES EL SITIO MÁS FÁCIL DEL MUNDO PARA SALIR A CENAR. El restaurante que había en la planta baja del hotel estaba cerrado. Debido al Naadam, me dijeron, aunque por el aspecto abandonado del local podía tratarse del Naadam de 1957. Sin embargo, como a la señora Tsolom no se le había caído el empaste todavía, pude convencerla para que abriese el local y nos permitiera utilizar sus instalaciones con el fin de organizar una velada. En las tiendas, entre cajas de bate-

rías, sillas de montar y ropa interior femenina, conseguí encontrar una selección de ingredientes exóticos: patatas, cebollas y unas barritas de chocolate de Letonia marca Spunk. Nuestros invitados llegaron a las ocho, la joven cantante iba escoltada por su padre, el bailarín de ballet. Ganbold se unió a la fiesta con un amigo, un luchador enorme que debía de pesar más de ciento cincuenta kilos. Al igual que muchos mongoles, que tienen cuarteados los labios por la sequedad del clima, llevaba carmín. En su caso tenía el mismo tono rosado que el que llevaba la joven cantante, que estaba hermosísima con una blusa sin mangas. Yo había preparado un menú completo —sopa de cebolla, patatas salteadas y cordero a la parrilla, que me había proporcionado mi amigo el conserje—, así como unos cócteles bastante pasables teniendo en cuenta que los ingredientes eran tan poco prometedores como el zumo de limón, unos refrescos de cola ya caducados y un vodka mongol llamado Gengis Kan.

Batbold, el bailarín, resultó ser astrólogo. Alto y enjuto, semejaba el águila kazaka con su tupé de los años cincuenta. El efecto de austeridad que le daban sus penetrantes ojos se veía suavizado por una sonrisa maravillosa y una alegre camisa hawaiana que llevaba debajo de un traje de fibra sintética formado por tres piezas. Se había presentado con un misterioso maletín de color negro.

Resultó que Batbold había vivido en Hovd cuando era joven, y que a mitad de los años sesenta él y Ganbold habían sido camaradas en la sección local de las Juventudes Comunistas, asociación muy parecida a la de los Jóvenes Conservadores de Gran Bretaña: un club social con tradición de extremismo político y exceso de alcohol. Los jóvenes se limitaban a asentir cuando se tomaban resoluciones como el encarcelamiento de los monjes budistas para luego poder ir al baile y conocer chicas después de la asamblea. En los años sesenta, ser miembro de las Juventudes, al igual que del propio Partido, era la única forma de prosperar en Mongolia. Bold se había visto obligado a afiliarse para poder proseguir sus estudios.

Los tres recordaron la juventud malgastada criticándose unos a otros sus tendencias burguesas, o bien imprimiendo panfletos gubernamentales instando a los ganaderos a que aumentaran su producción. Ninguno de los tres confesaría haber creído nada de la retórica que se les había encargado promulgar. Era sólo la ortodoxia predomi-

nante de la época. No más inusual, por lo visto, que la pasión por los pantalones acampanados o las camisas de cuello ala de avión. Intenté no olvidar que aquellos vinculados a ideas no tan relacionadas con la moda, como, por ejemplo, el pensamiento independentista, habían terminado en los campos de trabajo. Entre las víctimas de lo políticamente correcto estaba el padre de Batbold, que también era astrólogo.

Para el Partido, la astrología, el chamanismo y el budismo formaban parte de las creencias retrógradas que dificultaban el progreso de Mongolia. Así que se tomaron diversas medidas en su contra. A los lamas los enviaron a trabajar en el campo, mientras a los astrólogos los obligaron a trabajar bajo tierra. Pero la fe en las cartas astrales, en los mensajes del mundo de los espíritus y en las proféticas hendiduras del hueso de la espaldilla de una oveja sacrificada seguía muy enraizada en Mongolia. Y entre aquellos que de forma sigilosa buscaban el consejo de los chamanes y de los astrólogos, o incluso de los lamas durante los peores años de la represión, se encontraban primeras figuras del Gobierno y oficiales del Partido. Uno de éstos era el alcalde comunista de Ulan Bator, que tenía problemas con su salud y con sus amantes, de modo que consultaba con regularidad al padre de Batbold, después de que la familia de éste se trasladara a vivir a la capital. Cuando el alcalde encontró otro astrólogo cuyas predicciones le satisfacían más, prescindió de los servicios del padre de Batbold y ordenó su arresto. A Batbold, que se había afiliado a las Juventudes Comunistas a instancias de su padre para prosperar, no le quedó más remedio que apoyar la denuncia del alcalde.

Ahora que en Mongolia habían recuperado la libertad de culto, Batbold había desenterrado las cartas astrales y el material escondido por su padre y se dedicaba a su antigua profesión. Después de cenar abrió el negro maletín y sacó unos antiguos manuscritos tibetanos envueltos en tela, unas cartas astrales descoloridas que desenrolló como si fueran viejos mapas, una brújula *feng shui*, unos tacos de madera tallada con los números simbólicos del budismo tibetano y una caja llena de cosas, entre las cuales había monedas tibetanas y un pequeño silbato de plata. Batbold lo colocó todo con extremo cuidado y en un orden muy preciso encima de la mesa, frente a él, como si cada cosa tuviera un lugar específico entre nosotros. Era indudable que aquel material le fascinaba y por un momento adquirió la apariencia de uno

de esos personajes obsesivos, más interesados en el equipo que en lo que se puede lograr con él.

Mediante un palito humedecido, que había introducido en la ceniza, escribió mis datos de nacimiento en un cuadrado de papel de arroz. Luego se sumergió en sus textos para descubrir mi destino y su rostro adquirió una expresión sombría. Yo tenía buenas conjunciones como escritor, me dijo, pero financieramente me iría mejor si me inclinaba hacia los negocios —relacionados con la edición o la impresión—, consejo para el cual no hacía falta ningún místico. Tendría una larga vida y muchas aventuras amorosas. Me predijo seis esposas. Señaló que yo era dragón y me previno contra las mujeres del signo perro. En cuanto a la salud, tendría problemas con el corazón, los riñones, el estómago y los pulmones, lo cual no dejaba muchas posibilidades por lo que a órganos vitales se refiere. Concluyó anunciando que aquél era un mal año para viajar.

Durante los postres —unas barras de chocolate Spunk ya caducadas—, Bold y yo estuvimos charlando con la joven cantante. Las circunstancias de la cena —la luz de las velas, las reflexiones de su padre sobre el pasado, los extraños manuscritos y las cartas astrales, y quizá incluso mis cócteles— habían liberado cierto bloqueo sentimental. Toda ella estaba dominada por cierta nostalgia chejoviana. Deseaba fervientemente regresar a su casa en Ulan Bator, con su madre y sus amistades. Anhelaba escribir poesía. Anhelaba encontrar su propio lugar. Bold había vacilado al traducir y ella había vacilado al formular la frase. Se refería a su lugar en el mundo, explicó; encontrar su propia voz, cierto entendimiento de sí misma que se le hacía escurridizo.

Su confesión nos sumergió en el silencio. Parecía convencida de que todo esto era posible.

8

EL VIAJE DEL CHAMÁN

LA TIENDA DEL CHAMÁN ESTABA EN EL ALTO ALTAI, en las fronteras de otro mundo. Estuvimos toda la mañana viajando por valles estrechos, cada uno más alto y más desolado que el anterior. Las rocas sobresalían entre la hierba, barnizadas con líquenes del color de la sangre seca. Pasamos junto a un yak muerto. La hierba brotaba entre los huecos de los ojos y el pellejo reseco, que se despegaba de los huesos blanqueados como si fuera pergamino. En una solitaria pendiente de la divisoria de aguas, sometida al viento del norte que descendía soplando desde cumbres lejanas, encontramos una solitaria *ger* que se recortaba sobre el horizonte y resplandecía con el mismo color de la piedra. El nombre de aquel lugar, me informó Ganbold, era Balkhuun. Una concentración de ruidosos cuervos volaba en círculos sobre el abismo que había más allá de la *ger*. Me asomé por el borde. Envuelta en nubes, la tierra se hundía en una profundidad insondable.

Dejamos atados los caballos y, al entrar en la tienda, nos encontramos con la esposa del chamán. Tenía una cara tosca, achatada, varonil, con el color amarillo del ámbar. De las barras del techo colgaban tiras de piel de marta cibelina y de carne de cordero seca. Un muchacho de expresión malhumorada estaba sentado en un catre, cosiendo una silla de montar. El fuego estaba apagado y hacía frío en la tienda.

El chamán no estaba, anunció la esposa, pero no tardaría en llegar. Nos sentamos a esperarlo en el sitio destinado a los invitados, mientras la mujer se ocupaba de encender el fuego. Al principio nos esforzamos para entablar conversación, pero luego caímos en un cohibido silencio. Treinta años atrás, en Dutt, Ganbold había sido compañero de estudios del chamán. Sin embargo, hasta su alegre impa-

ciencia se vio atenuada por la pobreza de la *ger*, la esposa desabrida, el frío viento y la desolada lejanía de aquel lugar.

Los viejos espíritus mantienen una presa tenaz sobre la imaginación de los mongoles. Incluso cuando el país se hizo predominantemente budista, hacia el siglo XVI, los pastores siguieron buscando consuelo en los rituales tranquilizadores del chamanismo. De forma subrepticia, algunas de las prácticas de los chamanes lograrían infiltrarse en los rituales budistas, al tiempo que los ritos de los lamas empezaban a influir en los cantos y en los métodos de los chamanes que habían logrado sobrevivir y que no veían conflicto alguno entre la fe budista y la vocación chamánica. Era como si se hubiesen repartido el mundo de la religión... Los chamanes se enfrentaban con las necesidades materiales del presente, mientras el budismo se concentraba en el futuro y en la otra vida. Sin embargo, cuando el régimen comunista ilegalizó todas las religiones, los chamanes a menudo sobrevivieron al amparo del silencio de sus vecinos, incluso después de que los lamas budistas desaparecieran. Eso indicaba que sus raíces eran más profundas.

Los chamanes son seres que viajan a través de los oscuros secretos del mundo de los espíritus. En el trance inducido por los cantos extáticos y los ritmos del tambor, se embarcan en viajes a través de las tierras en sombras de un universo paralelo gobernado por el gran dios del cielo, Tengri, y la diosa de la tierra, Itugen. Contando con el amparo de los espectros amistosos y evitando la atención de los demonios hostiles, buscan remedio para las peticiones de los vivos entre los noventa y nueve espíritus de cuya protección disfrutan. Vestidos como vagabundos de los bajos fondos, en un revoltijo estratificado de borlas y plumas, y tocados con jirones de tela, absorben las fuerzas oscuras que consumen el alma de sus peticionarios mediante augurios y exorcismos. Buscan la manera de cambiar el curso del infortunio, prever el futuro y acrecentar las bendiciones para el ganado, los pastos y los hijos. Los chamanes blancos buscan la ayuda de los espíritus bondadosos, mientras los chamanes negros desvían la influencia de los espíritus malignos. Las fuerzas misteriosas con que tratan, y el mundo oscuro donde éstas habitan, son impredecibles y peligrosos. El viaje de los chamanes está lleno de dificultades, por eso regresan agotados y vacíos a nuestro mundo.

«AHÍ VIENE MI AMIGO», ME SUSURRÓ GANBOLD, en una de sus raras incursiones en el inglés.

A través de la puerta abierta de la tienda pudimos ver a un hombre que subía la cuesta a pie. Entre los pliegues de su *del* traía un cordero recién nacido.

Yo esperaba encontrar a un personaje subyugante y carismático, pero el hombre que cruzó el umbral era una figura huidiza y de andares vacilantes. El amigo de Ganbold tenía un rostro agotado y un apretón de manos flojo. Y cuando se sentó en su sitio, en la presidencia de la *ger*, su hija acudió a sentarse en su regazo como una gatita.

Respondió a nuestras preguntas sobre el chamanismo con voz vacilante, como un pintor al que no le gustase hablar de su obra, o como si una explicación pudiera socavar el misterio de la ceremonia. Su esposa se mostraba más asequible e interrumpía para ilustrar las respuestas que él mascullaba. Era evidente que había asumido el papel de representante y que mediaba entre el chamán y sus clientes de igual modo que el chamán mediaba entre el mundo físico y el de los espíritus.

El chamanismo constituía una tradición familiar, y él había heredado sus poderes a través de la rama materna. El chamán ocupaba la novena generación en aquel destino místico. Aunque siempre había sabido que sería chamán, sus poderes no se manifestaron hasta que cumplió los treinta y siete años, y quizá no fuera una simple coincidencia que ocurriera cuando las normas del Gobierno sobre las prácticas religiosas se relajaron por primera vez. Anunciaron su aparición con un primer ataque de epilepsia. Sintió una especie de vértigo, experimentó débiles visiones y sufrió de respiración entrecortada y convulsiones, mientras los espíritus empezaban a susurrarle sus ruegos. Estuvo en cama durante quince días, atormentado por extrañas pesadillas y una fiebre terrible. Al volver en sí supo que los espíritus lo habían atrapado y que su vida como chamán había comenzado. Hablaba de su nueva condición como una desgracia, una cruz que se veía obligado a llevar.

«Es una vocación amarga —susurró, y debajo del tupido cabello sus húmedos ojos examinaron la tierra del suelo—. A menudo tengo miedo. El camino que lleva a los espíritus está sembrado con las almas de los chamanes que han caído en el trayecto.»

En sus viajes de chamán convocaba a ocho o nueve espíritus diferentes, que habitaban entre la tierra y el cielo, y que habían sido familia

de su madre. Comentó la dificultad de ponerse en contacto con ellos. Al parecer, cumplían un programa muy estricto en cuanto a días y horas propicios y no les gustaba que los molestaran fuera de su horario.

Al llegar a este punto, su esposa y representante lo interrumpió. Con los espíritus se podía contactar cualquier día, insistió. El horario no era prohibitivo. Estaba claro que no le gustaba la idea de que un pequeño detalle se interpusiera en el camino de unos clientes con apariencia tan próspera:

Pisando con cautela en torno al tema del horario de los espíritus, conseguimos que el chamán realizara «una atracción», no tanto un viaje chamánico como una breve visita familiar. Tales viajes suelen hacerse de noche, pero las prácticas varían de un sitio a otro y nuestro chamán, bajo la considerable presión de la esposa, accedió a una cita, a condición de que fuera antes del mediodía. Esto nos concedía una hora. La esposa fue la encargada de negociar la tarifa. Luego nos pidió que saliéramos, mientras el chamán hacía los preparativos.

Aguardamos impacientes fuera de la tienda, como estudiantes que han hecho novillos y esperan entrevistarse con el director. A Ganbold le había intrigado que mi padre fuera párroco y me preguntó si yo había heredado sus mismos poderes. Le contesté que no.

«A veces los poderes se encuentran en estado latente —me tranquilizó—. Debe usted esperar. Ya se manifestarán por sí solos.»

Al regresar al interior de la *ger* encontramos al chamán en pie, de espaldas a nosotros y de cara a una pequeña cómoda, encima de la cual había desplegado las fotografías de sus antepasados. Entre las fotos de la madre y la abuela del chamán habían encendido unas varillas de incienso, metidas dentro de unos botecitos de cobre. El chamán lucía un gastado *del* de seda azul, adornado con diversas hileras de baratijas: espejos de bronce, campanitas, círculos de hojalata de distintos colores, plumas y huesos de aves. El tocado, conocido como *umsgol*, mostraba el mismo desorden. Tiras de telas de colores le colgaban delante de la cara, como un velo. Su objetivo consistía en proteger los ojos del chamán de nuestra mirada y así permitir que se concentrara en la visión del mundo de los espíritus.

Nos colocaron en nuestro sitio y aguardábamos a que comenzaran los rituales cuando, en el último minuto, surgió un obstáculo. No habíamos llevado vodka. Para contribuir a la inducción del trance,

los chamanes han utilizado tradicionalmente una serie de ayudas, desde las plantas alucinógenas hasta la inhalación de humo, ayuno, privación del sueño y un prolongado redoble de tambor. En la actualidad, a menudo se emplea el vodka como propulsor del chamán y la aportación por parte de los peticionarios forma parte de la tarifa. La esposa del chamán, encargada de formular la petición, consultó con su esposo susurrándole a la espalda y al final decidió que podíamos proseguir incluso sin vodka. Éste fue sustituido por dos tazones de *airag*. El chamán se los metió entre pecho y espalda y un silencio expectante se extendió por la tienda, como sucede en el teatro cuando las luces se van apagando y el telón empieza a subir.

El chamán cogió un tazón de leche de yegua fermentada y lanzó un poco al aire y luego otro poco al fuego del hogar, hasta que al final se bautizó con ella la propia frente. La esposa empezó a tocar el tambor de mano mientras el chamán iniciaba un suave balanceo. Esto se prolongó durante un rato, antes de que el oficiante introdujera otro instrumento: un pequeño birimbao que dejó escapar un sonido lastimero y fantasmal. Entre un estribillo y el siguiente, el hombre se balanceaba sobre los pies y respiraba con dificultad. Luego hizo sonar un poco más el birimbao, entremezclándolo con un canto bajo y gutural. Estaba llamando a los espíritus. Unas nubes pasaron en lo alto y el círculo de sol que se proyectaba sobre el suelo de la tienda desapareció. El chamán siguió cantando y balanceándose, y su voz y sus movimientos fueron incrementando su ritmo, hasta que de repente se quedó rígido y cayó hacia atrás, entre los brazos de su esposa y de su hijo. Éstos lo apoyaron contra la cómoda y entonces él se estremeció, haciendo sacudir las campanitas de su *del*. Un espíritu estaba entre nosotros. Era Dayanderkh, susurró la esposa, un espíritu del cielo.

Con voz profunda y ahogada, que recordaba una cinta magnetofónica sonando a la mitad de su velocidad, el chamán nos transmitió saludos de parte del espíritu.

«¿Qué tal estáis, hijos míos?», farfulló Dayanderkh, en un extraño tono de voz que recordaba el de Marlon Brando.

La mujer del chamán contestó por nosotros, diciendo que estábamos bien, y le dio las gracias. El chamán canturreó y se balanceó un poco más. Las piernas le temblaban y abrió la boca como si le faltara la respiración. Otro mensaje del espíritu se estaba acercando.

«Si tenéis algunas preguntas que formular —recitó el espíritu a través del chamán—, hacedlas ahora.»

Yo no tenía la menor idea de que habría una sesión de preguntas y respuestas, y no supe qué decir. ¿Qué podía preguntarle al espíritu del cielo? Miré a Bold en busca de ayuda, pero tampoco él parecía tener preguntas apremiantes que formular a Dayanderkh. Supe que en cuanto concluyera la sesión, una oleada de preguntas pertinentes y perspicaces acudiría a mi mente, y que me maldeciría por haber perdido la ocasión de conseguir algunos buenos consejos acerca del calentamiento global de la Tierra y el significado de la vida. Sin embargo, en la tienda del chamán, con el gran espíritu entre nosotros y a la espera de mi pregunta, mi mente se quedó en blanco. Llevaba años sin una sola pregunta para el espíritu del cielo y que me condenaran si se me ocurría alguna.

El chamán empezó a gemir de forma alarmante. Pequeñas motas de saliva le goteaban entre los labios y en la boca se le formaba espuma mientras Dayanderkh aguardaba mi pregunta.

Decidí preguntarle acerca de mi viaje. ¿Sabía el espíritu si mi viaje tendría éxito?

Las piernas del chamán se convulsionaron como si una descarga eléctrica hubiera pasado a través de su cuerpo. Hizo oscilar la cabeza y las tiras de tela del tocado se arrastraron sobre su boca húmeda. Tal vez a Dayanderkh no le hubiese gustado mi pregunta.

«Dificultades —gruñó el espíritu del cielo a través de los retorcidos labios del chamán—. Habrá dificultades.»

Se produjo un silencio. Me preguntaba si el espíritu se extendería acerca de qué tipo de dificultades serían aquéllas, cuando la voz surgió de nuevo:

«Cuidado con el caballo con nombre de hombre».

Tan pronto como hubo hecho su declaración, el chamán comenzó a gritar. El espíritu se estaba marchando, se escurría del cuerpo del chamán con un dolor punzante y una despedida cortés:

«Buena suerte a todos mis hijos», dijo y la voz subió de tono hasta emitir un agudo gemido.

El conjuro concluyó tal como había empezado: balanceo, jadeos y convulsiones por parte del chamán, y por último la fláccida caída en brazos de la esposa y el hijo, que con suavidad lo ayudaron a bajar,

hasta dejarlo sentado en el suelo. El hombre permaneció quieto un momento, se dejó caer sobre las rodillas y, luego, para recuperarse del trance, pidió un cigarrillo a su esposa, que había conseguido un Marlboro de Bold.

El chamán parecía rígido y agotado. Bostezaba y estiraba la musculatura del cuello, como si acabara de despertar después de haber dormido en una extraña postura. Cuando se hubo serenado lo suficiente, le preguntamos corteses por el trance y las palabras del espíritu, pero dijo que no recordaba nada. Los espíritus hablaban a través de él, explicó. Él era su médium, pero cuando salía del trance no recordaba con claridad lo que ellos habían dicho. Todo era como en un sueño, añadió. La explicación concordaba con la extraña vacuidad de su personalidad. Si los espíritus lo habían elegido, se debía a que era un recipiente vacío que podían llenar sin dificultad.

Milenios de pensamiento religioso se interponían entre nosotros. El chamán se hallaba apegado a la más antigua de las creencias religiosas, a la persistente idea de que todo, desde los elementos de la naturaleza hasta los objetos inanimados, tenía un espíritu con el que hacía falta establecer una buena relación. A él no le afectaban las cuestiones de cómo o por qué. Los espíritus hacían esto o aquello, explicó el chamán. Ellos traían la lluvia, ellos agostaban los pastos, ellos hacían que soplaran los vientos o que abortaran las vacas. No permitían que ninguna pregunta, ningún descubrimiento científico, turbara estas simplicidades tranquilizadoras. Bold, pude verlo con claridad, escuchaba todo aquello con desdén. Pero uno no puede juzgar el valor de la religión por su verdad. Este veredicto está en manos de los dioses. Para nosotros, la religión sólo podía ser una cuestión de eficacia, con independencia de si hacía a la gente feliz o virtuosa.

Comparado con los poderosos espíritus del chamán, el Dios cristiano de nuestra era es una figura extrañamente disminuida. Hay que hacer grandes esfuerzos para recordar que en el pasado fue omnipotente. En la actualidad, ya no se le requiere para ninguno de los grandes temas pragmáticos. Los gases han creado la Tierra, la evolución ha creado al hombre y tenemos explicaciones prosaicas para todo, desde el clima hasta las cifras del desempleo. A nuestro Dios lo hemos despojado de las mejores cartas, dejándole sólo los agujeros negros y los misterios de los quásares, y las mentes privilegiadas de nuestra época

confían en que tampoco tenga la exclusiva demasiado tiempo por lo que a estos temas se refiere. Se le ha reducido a una figura bonachona, dispuesto a escuchar nuestros problemas, pero sin poder hacer gran cosa al respecto, como no sea cambiar nuestra forma de pensar acerca de estos problemas. No es de extrañar que mucha gente lo haya dejado por imposible.

GANBOLD ME HABÍA PROPORCIONADO UNO DE LOS CABALLOS con peor genio de todo el occidente de Mongolia. Fuimos a buscar los animales a la *ger* de su familia, en los valles barridos por el viento más allá de Dutt, y de una belicosa manada había escogido para mí un castrado color negro. Era una criatura rebelde, de mirada salvaje, peludo abrigo invernal, vientre abultado y un surtido de marcas blancas bastante siniestras por toda la cabeza. Hacía un año que nadie lo montaba y, cuando me acerqué a él, se apartó de un salto, erizando las orejas hacia atrás, echando humo por la nariz. Decidí llamarlo *Iván el Terrible* e hicieron falta cuatro personas para ensillarlo. Habría sido más fácil convencerlo de lo maravilloso que era poner doble acristalamiento en las ventanas.

Los caballos se mostraron inquietos ante la *ger* del chamán, ansiosos por marchar, y salieron con paso veloz a lo largo del valle grisáceo. *Iván* empezó con un medio galope algo tosco y su nerviosa energía contagió a los demás, que lo siguieron a empellones hasta alcanzar el pleno galope. Chubascos de fría lluvia y cortos estallidos de sol se deslizaban por el paisaje, empujados por los vientos que soplaban del noroeste, mientras jirones de nubes colgaban de las cimas de las montañas igual que oscuras pancartas deshilachadas.

El empinado terreno del otro lado del valle obligó a los caballos a reducir la marcha. Ascendimos durante una hora entre rocas y macizos de hierba espesa para salir a una cresta azotada por el viento. A nuestros pies, al otro lado del paso, había un vasto cañón que se alargaba hacia el sureste entre altísimas escarpas de roca púrpura veteada. Un águila se posó sobre una roca, a unos metros de nosotros, al borde del cañón. Por unos instantes nos examinó como un malhumorado guardia fronterizo. Luego, con una especie de tic despectivo, el ave volvió la cabeza hacia otro lado, desplegó sus enormes alas y

saltó sobre las cúpulas de aire azul que se elevaban por encima del cañón para flotar majestuosa hacia lo alto, aprovechando las corrientes térmicas.

Descubrimos un sendero descendente y reanudamos el camino bajando poco a poco hasta la herbosa planicie del cañón, de casi dos kilómetros de ancho, por el que seguimos un escurridizo riachuelo en dirección este. Las murallas de roca se encabritaban cubiertas de fisuras hacia el cielo. Y en aquel inmenso lugar dominado por el silencio me sentí muy pequeño, insignificante. Allá en lo alto, el águila seguía dando vueltas sobre las corrientes invisibles. Intenté imaginar cómo nos vería desde aquellas alturas: un cuarteto de caballos, pequeños como una presa, que se abrían paso por una superficie interminable color de otoño.

En el extremo oriental del cañón cruzamos otro paso y penetramos en una serie de valles estrechos, donde un arroyo daba tumbos en medio de un caos de rocas pulimentadas por el roce del agua. Por encima de nosotros se alzaban las escarpas con sus franjas de colores: malaquita, castaño rojizo, azul cobalto, áureo, gris pizarra y rojo coral. Más allá, las cumbres de los Altai destacaban en medio de su concentración contemplativa.

Al cabo de un par de horas por aquellos angostos desfiladeros, nos encontramos con un paso largo y penoso, que ascendía en medio de dos montañas desnudas. Desde los cielos plomizos, la lluvia descendió para salirnos al encuentro y, encorvados dentro de nuestros impermeables, proseguimos en fila india por la pendiente rocosa, con más de medio kilómetro de separación entre cada uno de nosotros. Debido a la inclinación del suelo, mi silla no cesaba de resbalar e *Iván* amenazaba con amotinarse cada vez que me detenía para ajustar las cinchas. El animal estaba de un humor de perros y buscaba cualquier oportunidad para huir disparado, así que pasé de puntillas al otro lado. En cuanto dejé caer una de las correas sobre su flanco derecho —los caballos mongoles odian que los aborden por la derecha, el lado que, según los expertos, utilizan los lobos para atacar—, se presentó la ocasión que él había estado esperando. Se encabritó y con una rabieta se desprendió de la silla y las alforjas. Por el bien de mi vida, tuve que colgarme de la rienda principal. De haberlo dejado escapar, habría recorrido la mitad del trayecto de regreso a Hovd antes de que yo pu-

diera secarme la lluvia que me empapaba los ojos. Mediante palabras tranquilizadoras y falsas logré ensillarlo de nuevo sobre la pronunciada pendiente y reanudamos la marcha. La lluvia goteaba desde el ala de mi sombrero, mientras un viento de montaña aullaba entre las rocas. Entonces pensé que *Iván* y yo teníamos algo en común: ambos nos odiábamos el uno al otro. Me consolé pensando que los demás caballos, un grupo bastante considerable, estaban de mi parte. Todos odiaban a *Iván* e intentaban morderlo siempre que se ponía a su alcance.

Con ese ánimo tan apagado, seguimos escalando a través de nubes cada vez más bajas. Llevaba más o menos una hora sin ver a los demás, Bold estaba en algún sitio por debajo y Ganbold por encima. Cerca de la parte más alta del paso, pasé junto a un lago negro y luego junto a un viejo cementerio cubierto de montículos de húmedas piedras. Entonces, de forma inesperada, atravesé la barrera del mal tiempo y por encima de las nubes salí a una larga cadena de montañas, bajo un cielo azul y un pálido sol, una tierra nueva e inocente, lejos del alcance de la lluvia, de las tumbas agoreras y de los valles claustrofóbicos. Ganbold ya estaba allí, sonriendo como un ángel satisfecho de sí mismo en la antesala del cielo. En torno a nosotros, las peladas cumbres, moteadas por el sol de la tarde, tenían el inmaculado aspecto artificioso de un decorado teatral. En ambos lados, la ancha garganta del paso se inclinaba entre los etéreos brazos de las nubes.

«Esto está muy alto», comentó Ganbold. Era un tipo que transmitía seguridad; siempre podías contar con él para constatar lo obvio.

Al cabo de un cuarto de hora, Bold se materializó ante nosotros: una figura espectral, algo ladeada sobre la silla de montar, surgiendo en medio del cambiante paisaje de las nubes, igual que un alma que ascendiera al cielo.

A continuación, iniciamos el descenso por el otro lado, entre las nubes y la lluvia, hacia otro valle en el que destacaba una *ger* en medio de los pastos, encaramada en un oscuro montículo hecho de excrementos de ovejas y de ganado. Sujetamos los caballos junto al lecho de un arroyo de rocas blanquecinas y, acto seguido, avanzamos con cautela por el húmedo estiércol hacia la puerta de la *ger*.

Dentro encontramos a una tía y un tío de Ganbold. La tía era una mujer robusta, con una formidable pechera; el tío era delgado como una estaca, con las orejas muy grandes. Sus tres hijas no paraban de

entrar y salir con los cubos de la leche. Eran campesinos, tímidos, taciturnos, con un fuerte acento local, caras toscas, grandes manos cuarteadas y boñiga en los pantalones. Todo lo hacían lenta y meticulosamente, como si la prisa nunca hubiese formado parte de su existencia.

Llevaban allí veinte días, según dijeron, aunque el grosor del estiércol que rodeaba la tienda podía sugerir que llevaban veinte años. Abordé el tema del estiércol con el mayor tacto posible, pues no quería que consideraran una crítica señalar que en la entrada de su casa había un montón de mierda, pero dejé entrever que resultaba algo extraño que hubieran elegido levantar la tienda en medio del aliviadero de los animales.

Por lo visto, la culpa era de los lobos. En Mongolia, a fin de evitar el ataque de estos depredadores, es habitual concentrar los rebaños en las cercanías del campamento. Los lobos se habían vuelto tan osados en aquellas montañas que la familia se veía obligada a apiñar el rebaño en torno a la *ger*. Al final tuve que estarles agradecido de que no guardaran las ovejas dentro de la tienda, junto con nosotros. Esta era la razón de que se pasara directamente de la cocina al corral y de que tuviera que aprender a efectuar las excursiones fuera de la tienda con extremo cuidado. La pronunciada pendiente de húmedo estiércol que debíamos cruzar antes de alcanzar tierra firme era tan resbaladiza como una pista de hielo y Bold no fue tan afortunado como yo: a su regreso de una breve excursión para aliviarse, hedía como una cloaca.

Durante aquella noche oí a los lobos aullar en el paso situado por encima de la *ger* y a las hijas de la casa llamando a las ovejas extraviadas. Esa misma noche nació un corderito y por la mañana una de las chicas lo metió dentro de la tienda. Allí se quedó, quieto, cerca de la entrada, temblorosas las piernas, una suave masa de rizos que balaba con tonos lastimeros. En Mongolia, sólo se pone nombre a los animales poco corrientes. Al ser el último de los corderos en nacer aquella temporada, consideraron que era un cordero especial, y en mi honor lo llamaron *Stalin*.

UNA CARRETERA NOS LLEVÓ COMO A CONTRAPELO por los montes Altai. A pesar de que la cresta de las montañas seguía más o menos la

misma dirección que nuestro viaje, es decir, hacia el sureste, nunca teníamos la sensación de que permanecíamos el tiempo suficiente en la tentadora llanura de los valles intermedios, sino que siempre subíamos por unos pasos vertiginosos, pasando de uno a otro sin interrupción. Sólo más adelante, al intentar seguir nuestra ruta sobre los mapas, descubrí cuán tortuoso había sido nuestro recorrido por aquellas montañas. Y que había sido dictado por la situación de las *gers* de los parientes de nuestro guía. Ni un solo paso se consideraba demasiado fatigoso si una de las tías de Ganbold vivía al otro lado.

En el valle que siguió al campamento del estiércol almorzamos en la tienda de una prima de Ganbold, una mujer entrada en la treintena y casada con un individuo impulsivo, que era el tormento de la familia. Su último escándalo había consistido en ventilarse setenta mil tugriks (casi cuarenta euros) en una elegante silla de montar cosida a mano, que exhibía de manera ostensible delante de la *ger*, como si fuera un nuevo coche deportivo. Y sus hijos parecían compartir su obstinado desenfreno. A su hija, una niña de seis años, había sido del todo imposible destetarla y se pasó la mayor parte del almuerzo bajo el suéter de la agotada madre, succionando ruidosamente. Los yaks tenían un problema similar. En los pastos situados más arriba, las hembras de estos animales se veían acorraladas por unas bestias peludas, dotadas ya de cuernos, que las succionaban con el tosco entusiasmo que demuestran los *hooligans* al engullir sus jarras de cerveza.

Una enorme montaña de cumbre plana se interponía entre nosotros y nuestro objetivo; como era de esperar, al otro lado nos aguardaba la *ger* de una de las tías de Ganbold. La cresta de la montaña estaba veteada de nieve y en las altas vertientes había marañas de riachuelos pleteados. Ascendimos para internarnos en aquel mundo acuático de charcas azules y avenidas poco profundas de nieve derretida que se filtraban entre los prados de las pronunciadas pendientes. Cerca ya de la cumbre, escudos de hielo protegían el lado resguardado de las rocas.

Al llegar a lo alto del paso descubrimos un *ovoo*, uno de esos montículos de piedras que señalan un punto de gran importancia en el paisaje mongol. Los *ovoos* son una tradición muy antigua en el país, una especie de templetes que los viajeros locales erigen a los espíritus de la zona para asegurarse buena suerte en sus desplazamientos. Me recordaban las formaciones del coral, puesto que crecían de forma or-

gánica y caprichosa con el paso de los años. Cada persona que pasaba por allí añadía una piedra al montículo y, quienes esperaban una ayuda o una protección específicas por parte de los espíritus, a menudo añadían también alguna ofrenda, algún recuerdo propio. Con el tiempo, los *ovoos* se convertían en unos extraños montículos de basura espiritual que crecían con los desechos de la vida mongola —trozos de telas de colores arrancadas de alguna prenda, billetes de banco y monedas de poco valor, botellas de vodka vacías, cartuchos de escopeta, cráneos de animales, bridas viejas, alguna bota, la pértiga del techo de una tienda—, una desvencijada construcción hecha con anhelos y esperanzas.

El *ovoo* de aquella amplia depresión medía casi seis metros de alto. Desmontamos y, con los caballos cogidos de la brida, dimos tres vueltas alrededor del montículo siguiendo la dirección de las agujas del reloj, tal como dictaba la tradición, al tiempo que le añadimos unas cuantas piedras. Encima de una piedra plana, Ganbold encendió un montoncito de incienso, luego arrancó unos pelos de la crin del caballo y los ató al cañón de una escopeta que alguien había dejado allí años atrás, quizá con la esperanza de obtener buena caza.

«¡Para que nos dé buena suerte! —exclamó, volviéndose hacia mí—. ¡Por nuestro viaje!» Su sonrisa no parecía indicar que estuviera muy convencido.

Debido a la fuerza del viento, el incienso brilló un breve momento y luego se apagó, y el pequeño cono de ceniza gris salió volando por encima de la hierba. Volví a montar mi caballo. Tuve la impresión de que el *ovoo*, con sus absurdas baratijas, se estaba burlando de los mismos anhelos y temores que supuestamente debía mitigar.

En cuanto a mí, era como si me hubiese desprendido de cualquier anhelo o temor que pudiera tener. En la inmensa soledad de aquellos lugares, con las enormes cumbres desnudas que a nuestro alrededor ascendían por inabarcables tramos de cielo, me sentía liberado de mis deseos. Estaba satisfecho con la sensación física del presente, la de aquel paso entre dos valles profundos, la del olor de la nieve, la de las ondulaciones interminables de la hierba, la de la espléndida extensión del paisaje, la de los caballos sacudiendo la cabeza, ávidos por partir. Este presente, tan insistente como los vientos que tironeaban de nuestras prendas, me resultaba tan maravilloso que apenas podía pensar en otra cosa.

Cuando cruzaron estas montañas, los guías de fray Guillermo sólo podían pensar en demonios. Se rumoreaba que en aquellas vertiginosas regiones habitaba una multitud de espíritus malévolos que, de forma inexplicable, se llevaban a los viajeros. A veces se apoderaban del caballo, dejando al jinete a merced del mal tiempo. Otras veces arrancaban las tripas del hombre y dejaban su cadáver a lomos del caballo. Los guías, que habían tomado a fray Guillermo como un chamán europeo, le pidieron un conjuro para protegerse contra aquellos malvados espíritus. El fraile, bastante amilanado por la soledad del lugar, con sus «terribles peñascos», empezó a cantar *Credo in unum Deum* en voz muy alta. Impresionados por la efectividad de la magia de Guillermo de Ruysbroeck, los guías le pidieron amuletos y él les entregó el Credo y el Padrenuestro escritos en pequeños trozos de papel, que los guías se pegaron solemnes sobre la frente.

Y debieron de funcionar, porque lograron pasar los Altai sin que les arrancaran las entrañas. También nosotros lo logramos. El montoncito de incienso de Ganbold resultó tan efectivo como el Padrenuestro.

UNA VEZ CRUZADO EL PASO, SEGUIMOS CABALGANDO toda la tarde junto a un río de aguas lechosas, hasta la *ger* de otra de las tías de Ganbold: una mujer muy tiesa y de aspecto majestuoso, que nos invitó a té con galletas, servido junto con unos tazones de cremosa mantequilla. Esa tía estaba casada con un hermano del anfitrión de la noche anterior.

Creo que empezaba a darme cuenta de las complicadas y bastante claustrofóbicas relaciones familiares que presidían aquellas montañas. Para mí, los Altai eran un paisaje infinito, en donde el vecino más cercano se hallaba a una distancia de cuatro horas a caballo. En cambio, para sus habitantes, las montañas eran lo mismo que una pequeña aldea, donde las habladurías constituían el elemento principal de la conversación. Ganbold les informó acerca del chamán y su autoritaria esposa, de la familia del campamento sobre el montículo de estiércol y de sus tres hijas aún solteras, así como del marido poco recomendable de la *ger* en la cual habíamos almorzado, quien, no satisfecho con la extravagancia de la silla de montar, se jactaba ahora de querer comprar

una motocicleta. Nuestros anfitriones asentían comprensivos al ver que sus prejuicios se estaban confirmando.

Con la luz de la última hora de la tarde cruzamos una vasta llanura pantanosa en dirección este, donde los caballos chapotearon sobre la hierba mojada mientras extendían sus largas sombras por delante de nosotros. Mientras, los chorlitos intercambiaban sus cantos a través de aquellos humedales. Y al coronar un promontorio no demasiado elevado descubrimos un lago circular, cuya superficie reflejaba con nitidez la silueta de una única *ger* alzándose pintoresca en la orilla de enfrente.

Al llegar junto a la tienda vimos a dos muchachas que ordeñaban unos yaks muy peludos y pelirrojos. El ordeño de los yaks es un trabajo difícil que requiere nervios de acero, un talante dominante y la constitución de los pesos ligeros, y en Mongolia todos coincidían en que era preferible dejar esta tarea a las mujeres. Aquellas muchachas intimidaban a las grandes bestias con sonoras palmadas en los cuartos traseros, mientras sus tres hermanos mayores, unos muchachos enclenques que con su silencio adolescente conspiraban contra ellas, permanecían dentro de la *ger*, donde su madre les servía tazones de leche caliente de yak.

Nuestro anfitrión, el hermano más joven del abuelo de Ganbold, era algo así como una especie de yak también: un tipo enorme, semejante a un oso gris, el rostro alargado y obstinado, con los ojos afligidos bajo un peludo gorro de lana. Llegó montando un elegante caballo pinto, dispersó a sus hijos, que fueron a refugiarse en las dependencias anexas de la abuela, y sin decir nada ocupó su sitio, a la espera de que la silenciosa esposa le sirviera un tazón de té. Luego soltó un sonoro pedo y preguntó qué noticias traía yo.

«¿Noticias? —inquirí—. Ninguna.»

Sentí compasión de sus hijos. Con la cabeza baja, aquel yak me miraba por encima del borde del tazón, como si dudara entre embestirme o limitarse a mear sobre mi pierna.

«¿Ninguna noticia? —gritó Badam—. ¡Viene de Hovd y no trae noticias! ¿Ha cabalgado por los Altai y no trae ninguna noticia?»

Así que tuve que inventarlas.

«Los pastos son escasos entre este lugar y Hovd —farfullé—. La primavera ha sido seca. Pero por Dutt llovió anteayer. A la familia de

su sobrina le ha nacido un cordero, el último de la temporada de cría, por lo visto. Le han puesto el nombre de *Stalin*. Ochir ha comprado una silla de montar nueva. Muy cara, según dicen. En las carreras del Naadam de Hovd murieron tres caballos. Y los campeonatos de lucha libre fueron muy emocionantes...»

En absoluto impresionado por tales noticias, Badam no esperó a que terminaran de traducírselas. Su esposa sirvió unos huesos de cordero y nos entretuvimos un rato masticando. Luego Badam sacó el vodka de leche de una bolsa que colgaba a sus espaldas. Las *gers* de los mongoles son como tiendas de licores: además del inevitable *airag*, la alcohólica leche de yegua fermentada en pellejos de cabra, la mayoría de los hogares mongoles producen *arkhi*, un aguardiente transparente, destilado de la leche. El *arkhi* es una bebida impredecible, un explosivo líquido.

Badam lo sacó de un bidón de plástico y nos los sirvió por turnos en una pequeña taza de porcelana. Todos efectuamos los rituales exigidos: antes de beber, primero lanzamos un poco de líquido al cielo, luego al suelo de la *ger* y, por último, sobre nuestra frente. Badam se ablandó un poco al ver que yo conocía la fórmula. Di un pequeño sorbo y, acto seguido, contuve el aliento mientras el *arkhi* me estallaba en algún lugar detrás de los globos oculares.

Concluida ya la cena, Badam se acomodó como uno de esos cuentistas de los bares y se embarcó en una historia interminable acerca de un monstruo que vivía en el lago, un enorme pájaro negro que sólo se presentaba de noche. Él lo había visto en tres ocasiones. Con las alas desplegadas era tan grande como una *ger*, dijo, y emitía un raro zumbido. Creía que era una especie de cruce entre águila y yak. Se quedó impresionado cuando le hablé del monstruo del lago Ness, que en la categoría de los monstruos dejaba a su pájaro en un pobre segundo lugar. Sin embargo, Ganbold minó el indiscutible encanto de Escocia informándole que era un país donde los hombres llevaban falda.

Más tarde, cuando regresé a mi tienda, que habíamos montado en un saliente por encima del lago y no podía verse desde la *ger*, descubrí que me habían visitado ladrones. Las cámaras, así como la silla de montar, la envidia de toda Mongolia, estaban intactas. El ladrón, que debía de haber entrado en la tienda de campaña durante la cena, anhelaba artículos más preciados: un espejo de bolsillo, un cortauñas, el paquete de

Marlboro de Bold y toda nuestra provisión de galletas de chocolate digestivas. El ladrón se había sentido tan excitado por las galletas, que se las había comido todas en la escena del crimen, dejando tras de sí sólo la caja vacía y un montón de migajas.

POR LA MAÑANA, EL CAMPAMENTO HERVÍA DE AGITACIÓN, ya que los tres hijos se preparaban para asistir al Naadam de Mönh Hayrhan. En la *ger*, el hijo mayor, una especie de dandi, registraba todos los arcones que había en la tienda, al tiempo que se probaba varias combinaciones de prendas. Al final se decidió por unos pantalones de montar bastante raros y una camisa blanca con volantes. De haber estado cerca alguna de sus hermanas, sin duda le habría indicado que la camisa era en realidad una blusa de mujer.

«Voy en busca de una esposa», nos confió mientras luchaba por abrocharse los botones forrados de seda.

Se me quedó mirando con ojos expectantes, como si pudiera proporcionarle algunos consejos. Decidí que lo mejor que podía ofrecerle era un poco de vaselina para los labios cuarteados, no fuera a decidirse por el pintalabios de su hermana.

Después del desayuno mencioné a Badam el «gran robo de las galletas». Se mostró visiblemente disgustado por el hecho de que unos invitados bajo su protección hubieran sufrido semejante indignidad. Dijo que haría averiguaciones sobre cualquier individuo sospechoso del vecindario y le di una descripción del sujeto: uñas bien cortadas, fumando cigarrillos occidentales y una evidente debilidad por las galletas de chocolate.

Nos dirigíamos ya al Mönh Hayrhan, cuando me detuve en lo alto de un promontorio y eché mano de los prismáticos. Delante de la *ger* pude ver a Badam azotando con la fusta a su hijo mayor, el de la blusa de mujer. Imaginé que había atrapado al culpable.

El viento nos estuvo empujando todo el día, mientras la cumbre cubierta de nieve del Mönh Hayrhan, el segundo pico más alto de Mongolia, se alzaba frente a nosotros enarbolando largos chales de nubes. A media mañana cruzamos un río bastante crecido. El agua alcanzaba el vientre de los caballos, que daban traspiés tanteando con los cascos las piedras sueltas del lecho del río.

Más tarde enfilamos hacia un largo valle pedregoso, donde un río de aguas blanquecinas se encharcaba formando una serie de pequeños lagos. Ascendiendo por el valle, a una hora a caballo, localizamos la *ger* del hermanastro de la esposa del primo de Ganbold. La cena consistió en el inevitable cuenco de restos de oveja. El anfitrión sacó los ovarios y me los presentó como un regalo especial.

El tiempo estaba cambiando otra vez. En toda la noche, el viento no dejó de aullar, haciendo matraquear la tienda.

EL DÍA SIGUIENTE LO PASAMOS EN EL NAADAM de Mönh Hayrhan. Un par de centenares de aficionados a las carreras de caballos se habían concentrado en una pequeña planicie entre romas colinas sobre las que los cielos se abrieron de repente para soltar un diluvio apocalíptico. En aquella llanura sin un sitio donde guarecerse, la gente se encogió de hombros, le dio la espalda a la lluvia torrencial y se limitó a observar cómo el agua chorreaba por el ala de sus sombreros durante las cuatro horas que siguieron. Hacía un tiempo frío y desapacible, absolutamente espantoso.

Cuando las nubes al final se separaron, todo el mundo se mostró ansioso por recuperar el tiempo perdido. De entre los pliegues de los *dels* sacaron botellas de vodka y de *arkhi*, extendieron lonas encima de la hierba mojada y se formaron ruidosos grupos de bebedores. Al cabo de poco tiempo, los más entusiastas estaban ya borrachos.

Por desgracia, yo no me sentía con ánimos para coger una borrachera en la ladera de una colina barrida por el viento. Era como si la lluvia se hubiera filtrado en mi alma. Subí a la parte trasera de un camión, dispuesto a estirarme y leer un libro. Pero mi soledad se vio hecha pedazos con la repentina llegada de un caballero anciano, envuelto en un empapado *del* escarlata y tocado con un abollado sombrero de fieltro. Cayó sobre mi regazo saltando por el lateral del camión, como si bajara del cielo recién pintado de azul.

Venía a decirme que me quería. Mi miró con fijeza a los ojos, luego cogió mi mano entre las suyas y la apretó contra su mejilla. Parecía a punto de llorar. Respiraba de forma entrecortada y los vapores del vodka que salían de su boca empezaron a marearme. En un par de ocasiones estuvo a punto de decir algo, pero la emoción se lo impedía.

Al cabo de un rato, por fin se recobró:

«Stalin —soltó con un suspiro—. Siempre estaremos juntos —luchaba para desembarazarse del nudo que se le había formado en la garganta—. No podremos seguir viviendo, si nos separamos. Y tú lo sabes, ¿verdad?».

Mi enamorado tendría unos sesenta años, los dientes amarillos, un rostro con cuatro pelos y un aliento que lo convertía en un peligro de incendio. Me tenía cogido de la mano como si nunca fuera a soltarme y emitía un ruido como de succión entre los labios, una especie de simulacro de sollozo. Inmerso en su borrachera, setenta años de propaganda sobre la amistad entre mongoles y rusos habían cuajado en aquella explosión de sentimentalismo.

«Juntos en 1921 —prosiguió—. Juntos de nuevo en 1945, contra los militares japoneses. Somos camaradas. No podemos separarnos. Rusos y mongoles han sido camaradas durante setenta años.»

Me dio un fuerte abrazo de oso y me apretó contra la pechera de su *del*, que después de la lluvia de la mañana tenía la consistencia de un bizcocho rancio. Murmuré algo tranquilizador contra la húmeda lana. A aquellas alturas pensé que sería una falta de consideración informar a mi nuevo camarada que yo no era ruso.

Luego me preguntó si podía besarme y, sin esperar respuesta, atrapó mi cara con sus enormes manos y me plantó un beso pegajoso en cada mejilla.

«¡Camaradas! —exclamó—. Tenemos que cambiar sombreros.»

El suyo estaba en consonancia con el resto de su atuendo. Era como si un caballo hubiera dormido encima.

Las carreras acudieron a rescatarme. Una estridente exclamación surgió de todos lados anunciando la aproximación de los primeros caballos. Momentáneamente distraído, el anciano me soltó y pude escapar por el lateral del camión sin tener que enfrentarme a sus lágrimas.

ESTÁBAMOS ENTRANDO EN UN PAISAJE DE SENCILLEZ ELEMENTAL. La complejidad de las montañas, de los altos escarpes, de los vertiginosos pasos, de los abruptos valles, se resolvía en una región de lánguidas líneas horizontales. Sin árboles, apretadas como el fieltro y con abundancia de flores silvestres, largas extensiones de hierba colgaban

entre una colina y la siguiente. Con varios kilómetros de nada entre una y otra, las cúpulas de las *gers* se repetían como un eco por las suaves ondulaciones de la región. En las lejanas laderas de las colinas, las manadas de caballos galopaban a cámara lenta.

En Mönh Hayrhan, Ganbold nos traspasó a uno de sus alumnos, cuya familia encontramos acampada en lo alto de una ladera cubierta de prímulas silvestres, anémonas y orquídeas. Ajii era un fornido muchacho de diecinueve años, con los modales de una tímida colegiala. Y yo, el único extranjero que conocía. Durante el primer día no apartó los ojos de mí para que no se le escapara ningún detalle. Entre los caballos que nos trajo había un castrado pinto, que tuve la dicha de poder elegir. Vivaz e inteligente, tenía el cuello largo y arqueado y el rostro enjuto, como el de los santos en las pinturas medievales.

Viajamos por una serie de angostos desfiladeros, cubiertos de roca púrpura y plantas de flores azules, las espuelas de caballero. Y cuando salimos de allí, el paisaje ante nosotros estaba formado por inmaculadas extensiones de hierba, a la deriva entre las sombras de las nubes. Pasamos frente a varias *gers*, medio ocultas entre rebaños de ovejas, y nos cruzamos con unos jinetes que regresaban de Mönh Hayrhan, con los caballos que habían participado en el Naadam enjaezados con cintas de colores. Soplaba un fuerte viento y las alondras volaban en círculos por encima de la hierba.

Durante cuatro días cabalgamos en dirección sudeste, a través de una región desértica y en su mayor parte deshabitada. La primera tarde subimos a un promontorio rocoso donde, en otro lugar y en otra época, un barón feudal habría construido un castillo con impresionantes vistas a los dos valles. En cambio, bajo la creciente penumbra del atardecer sólo divisamos una *ger* de aspecto pobre, custodiada por una docena de camellos centinelas. En su interior encontramos a un grupo de hombres poco amigables, tumbados en torno a la estufa y en el claroscuro de dos velas goteantes. Una mujer enorme, que tenía rota la nariz, nos ofreció un plato de gachas con poca sustancia de una olla que había sobre el fogón. Al terminar las suyas, lanzó el poso a los perros a través de la puerta abierta, se retiró entre las sombras, eructó con disimulo y empezó a roncar. Los hombres contestaron con un gruñido monosilábico a nuestro saludo. Todos estaban borrachos. Se pasaban un cubo de estaño con *arkhi* y, mientras bebían, nos observaban

a nosotros y a nuestras pertenencias, como si estudiaran el mejor momento para asestar el golpe. Cuando comenzaron a pelear entre sí, aprovechamos para escabullirnos, desatamos nuestros caballos y nos alejamos bajo la luz de la luna, en busca de otro promontorio vacío donde levantar nuestro campamento.

El segundo día bajamos a un valle largo y pedregoso, donde los yaks retozaban bajo la vigilancia de un macho de pelo largo. Encontramos un río que serpenteaba entre rocas de color rosáceo, que al final del valle se internaba en un pequeño cañón en cuyo extremo, sobre un bancal de lavanda y suave césped, levantamos un precioso campamento. Al atardecer nos bañamos en las charcas claras y profundas del río, lavamos la ropa y luego la secamos junto al fuego.

El tercer día cruzamos la llanura de Möst, poblada de hierbas silvestres y piedras. En el aire cálido y encalmado, olores de romero, lavanda y cebollinos ascendían entre los cascos de los caballos. Esa noche acampamos junto a un frágil río, que se desvanecía en una misteriosa sucesión de bancos de grava y arena.

Por la mañana me despertó un desconocido, que asomó la cabeza en mi tienda para preguntar si había visto sus camellos. Minutos después, cuando salí, el hombre se había desvanecido como si hubiera caído por el extremo del mundo en pos de sus animales. El cielo era alto y blanco. Hacia el este, a lo lejos, un lago salado flotaba sobre el aire vacío. Por el norte, una cadena de montañas color camello ascendía hasta los picos nevados.

Pasamos el día avanzando por la monótona extensión de la llanura, entre cebollinos, lagartijas y pequeñas moscas que incordiaban a los caballos. En la inmensidad del lugar, nuestro avance semejaba tan lento que cualquiera diría que estábamos parados. La llanura rielaba. Hacia el este, los camellos extraviados habían aparecido chapoteando en medio de fantasías de agua. Y cuando llegamos al pie de las montañas nos encontramos con un nuevo viento, frío y diáfano, que olía a piedra. Estuvimos subiendo cerca de una hora, mientras los caballos se trababan con las rocas sueltas. Desde los escarpes, las cabras monteses nos miraban por encima de los farallones rocosos.

Al otro lado de las montañas, divisamos de atardecida un gran campamento de *gers*, desperdigadas por un herboso valle. Hasta nosotros llegaban los amables sonidos de la vida doméstica de los

nómadas: las voces de los niños, los ladridos de los perros, el balido de las ovejas, las llamadas de los vecinos por encima de los pastos dorados...

TUVUD, HOMBRE LITERARIO QUE LUCÍA UNA FAJA FLOREADA, tenía una esposa joven y una gran afición por el vodka. Su arrugado rostro semejaba una cama sin hacer, la barba rala y gris, los dientes rotos y amarillentos, así como una nariz ancha y achatada, con un delta de venillas rojas. Me recordó a un desastrado caballero eduardiano, entregado a las costumbres, las ideas y los accesorios de otra época. En su caso, entre estos accesorios había que incluir una fusta de empuñadura decorada, un bombín, un puñal con la funda repujada adosado a su espalda y remetido, en la faja, y una pipa tradicional, de boquilla larga, además de una bolsita para el tabaco colgada de una cadena de plata: los atributos que un mongol distinguido luciría en 1910.

Su *ger* adolecía de un fabuloso desorden. Arcones pintados de rojo y oro, con complicadas cerraduras, se amontonaban junto a las paredes. Sobre una cómoda había unos cuadros al óleo, de él y su esposa, en medio de una exposición de medallas y un reloj de recuerdo, con la forma de la Torre de Pisa. De los palos del techo colgaban bridas de plata y, encima de una mesita baja, había una colección de cuencos, también de plata. Tuvud procedía de una familia antigua e ilustre: su tío abuelo era Aldanjavyn Ayush, el guerrillero cuya desolada estatua se levanta en la plaza de Hovd, pero su familia podía rastrear su estirpe, dijo con voz solemne, hasta Gengis Kan. El propio Tuvud había viajado por Europa y América, a mediados de los años sesenta, de gira con un grupo cultural mongol, en la que leía extractos de sus versos interminables.

Él era un pastor de imágenes y de relatos, aseguró. Guardaba sus libros en viejas alforjas, atados con un cordel y envueltos en hule gris. En ellas había libros de poesía, biografías, relatos de humor, una relación de héroes legendarios mongoles y un libro sobre animales fantásticos, entre los cuales estaba el Yeti, del cual se decía habitaba en la cadena montañosa que habíamos cruzado el día anterior. Editados en rústica y con las costuras deshilachadas, los libros eran tan ligeros como pájaros. Amenazaban con desintegrarse en nuestras manos, como

si en una sociedad nómada fueran tan vulnerables como la madera en un mundo de termitas, o el cuero en la humedad de la selva.

La esposa de Tuvud nos sirvió té con una antigua tetera de cobre, mientras él cantaba una canción acerca de un caballo. Los mongoles tenían tantas formas de describir a los caballos como palabras los *inuit* para nombrar la nieve. La canción se prolongó durante largo rato. Sin embargo, la verdadera pasión de Tuvud era la escultura. De las profundidades de su *del* sacó un gran revoltijo de llaves y empezó a abrir los decorados arcones. Era como si hubiese encontrado un tesoro. Una tras otra, sacó tallas envueltas en trozos de tela. Caballos e íbices, cabras monteses, así como yaks en miniatura, se fueron desplegando en torno a sus pies. Había serpientes enroscadas, una madre amamantando a una criatura, un *tsaatan** montado en un reno, hombres luchando con lobos, hombres montando a caballo. Cada uno era una leyenda. Fue abriendo tapas y más tapas de arcones, el museo de su vida, y las manadas de figuras se desparramaban por el suelo de la *ger*.

En el fondo de uno de los arcones encontró una talla de sí mismo luchando contra un lobo. Era una de sus favoritas. Tuvud tenía la naturaleza de un Hemingway, enfrentaba su propia vida a la de sus personajes. Matar a un lobo era un hecho determinante en la vida de cualquier héroe mongol y la talla celebraba el hecho de que él hubiera matado a seis.

«Uno de ellos también me esculpió a mí», bromeó levantando el dedo índice, al que le faltaba la punta.

Le pregunté qué le había parecido Occidente, si era tal como esperaba. Contestó que su mayor sorpresa fue la baja criminalidad que había allí. El escaso material de estudio que había podido consultar antes del viaje —sobre todo películas—, le había llevado a pensar que había gran cantidad de tiroteos en las calles. Durante los primeros días, el experto en la lucha contra los lobos no se había atrevido a salir del hotel, por temor a quedar atrapado en medio de un fuego cruzado. Para un descendiente de Gengis Kan que llegaba de las estepas de Asia Central, su mayor inquietud respecto a Londres, París o Nueva

* Miembro de un pueblo nómada que se dedica a la caza del reno y vive en tiendas similares a las de los indios norteamericanos. *(N. del T.)*

York consistía en una anarquía propia de bárbaros. Lo cierto es que tenía razón. Comparada con cualquier ciudad del Oeste, Mongolia era un modelo del orden en cuanto a la observación de la ley.

Había un libro que aún tenía intención de escribir, me dijo. Trataría de cómo la gente se había adaptado al sistema de mercado después de casi setenta años de comunismo, de cómo una nación había abandonado de la noche a la mañana su fe en el esfuerzo colectivo para abrazar el nuevo mantra de la ley de la oferta y la demanda.

«¿Una tragedia?», insinué.

«No, no —contestó—. Una farsa.»

9

POR LOS CONFINES DEL GOBI

EN LOS MAPAS, LAS PÁLIDAS SOMBRAS DEL DESIERTO llenaban desde ahora nuestra ruta. Estábamos saliendo de las estribaciones de los Altai, enmarcados por los apacibles marrones y verdes cartográficos, y entrábamos en una zona que destacaba por sus tonos blanquecinos. Hacia el este se extendía un blanco de apariencia bastante siniestra, veteado por el azul de los sustratos salinos. Aquello era el Gobi de Charga, una colonia septentrional del gran Gobi, que se extiende por el sur a lo largo de la frontera con China. Los nuevos colores amenazaban un agostado vacío de ríos muertos y temperaturas en espiral. Durante la última semana, las discusiones que manteníamos en torno a un plato de cordero hervido, en las *gers* donde nos deteníamos a lo largo del camino, se centraban en la imposibilidad de cruzar aquellas desérticas extensiones. Nadie quería acompañarnos en esa etapa y nadie quería arriesgar sus caballos en regiones donde no habría pastos ni agua.

Claro que siempre podía recurrir a los camellos, pero hacía tiempo que había renunciado a ellos como medio de transporte. Por experiencia propia sabía que los camellos eran animales con muy mal genio, problemas de comportamiento y de higiene personal, así como la irritante costumbre de escupirte cuando el camino se pone difícil. Mi único encuentro agradable con un camello fue cuando probé su carne en Sudán e incluso esa experiencia resultó problemática por la arena, ya que una alarmante cantidad de estos granitos había ido a parar al puchero. Aparte de los camellos, la única opción estribaba en seguir en jeep hasta el centro *aimag* de Gobi-Altai, a través de doscientos cincuenta kilómetros de la peor parte del desierto. Mientras almorzábamos en una *ger*, conocimos al director de una mina de carbón de la zona, que se ofreció para llevarnos en jeep hasta Darvi, a

unos treinta kilómetros de allí, donde podríamos conseguir otro jeep hasta Gobi-Altai.

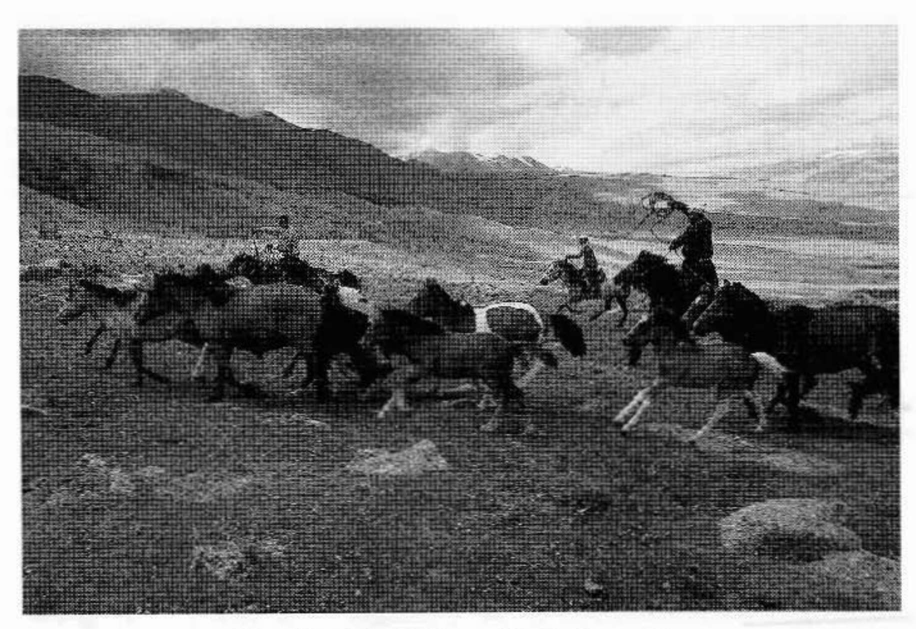
El director lucía una chaqueta formal y una enorme barriga, ambas cosas una rareza en Mongolia. Sus minas estaban amenazadas por el cierre e intenté animarlo hablándole del hundimiento de la industria del carbón en Gran Bretaña. Tuvud viajaría con nosotros. Tenía algún problema burocrático relacionado con el equivalente mongol a las contribuciones a la Seguridad Social y confiaba solucionarlo con la ayuda del alcalde de Darvi. Fue en busca del bombín, de la pipa de boquilla larga, adoptó sus mejores modales a lo Lytton Strachey* y subió al jeep. El director de minas lo trataba con el respeto debido a un anciano, pero lo miraba con desconfianza. No estaba acostumbrado a los tipos artísticos y parecía temer que en cualquier momento Tuvud empezara a soltar pareados.

Nos internamos entre una sucesión de colinas bajas, desprovistas de hierba, y en uno de los pasos nos detuvimos en un *ovoo* para tomar un trago. Además de su importancia espiritual, el *ovoo* ejerce el papel de las tabernas en el campo mongol. Y cuando los viajeros se detienen para presentar sus respetos, uno de los rituales más populares consiste en salpicarlos con un trago de vodka. Abierta ya la botella, lo habitual es sentarse con los compañeros de viaje y terminarla entre todos.

De esta manera, los viajes en jeep a menudo terminan siendo una fiesta en los *ovoos*. Dado que no llevábamos vaso, el ingenioso chófer destornilló la tapa de la luz piloto, la enjuagó cuidadosamente con agua de su garrafa y sirvió con ella el vodka Gengis Kan. Tal como insinuaba su nombre, el efecto fue idéntico a un puñetazo.

Después del refrigerio, bajamos de las colinas y aceleramos por una llanura tan grande como Texas. Estábamos entrando en los confines del desierto. Una hilera de postes de telégrafos mantenía el cielo sujeto a un paisaje de horizontes desolados. Darvi era una mancha borrosa en la distancia vacía, la única ciudad en más de un centenar de kilómetros.

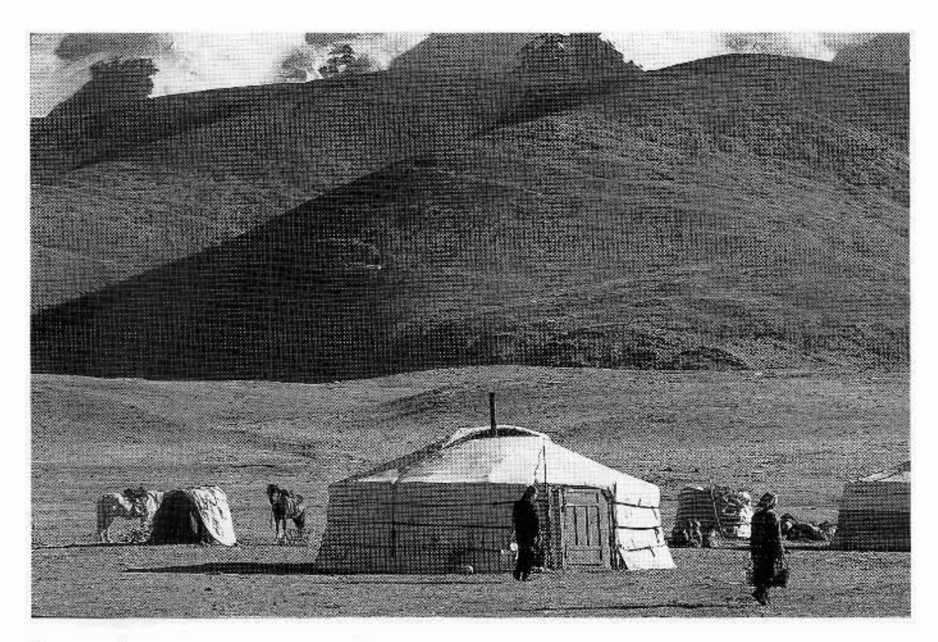
* Crítico literario y biógrafo británico, aglutinador del llamado «Grupo de Bloomsbury», en el que figuraban, entre otros, Virginia Woolf y E. M. Forster. *(N. del T.)*



Elección del caballo, valle de Namarjin.



El autor con el indómito *Fred*, montes Hentiy.



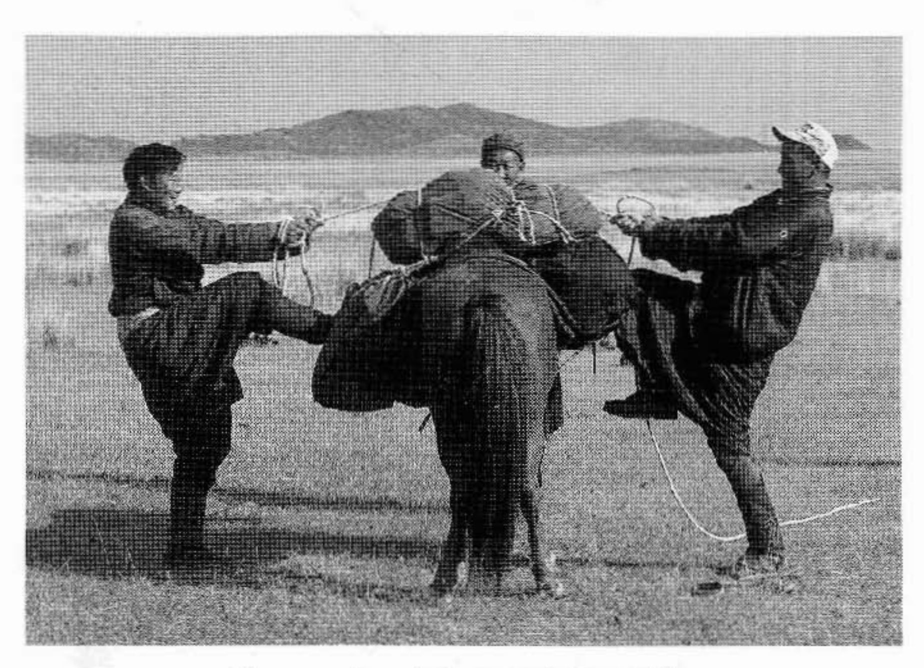
Pastos de verano,
Mönk Khairkhan.



Ordeñar una hembra
de yak, montes Altai.



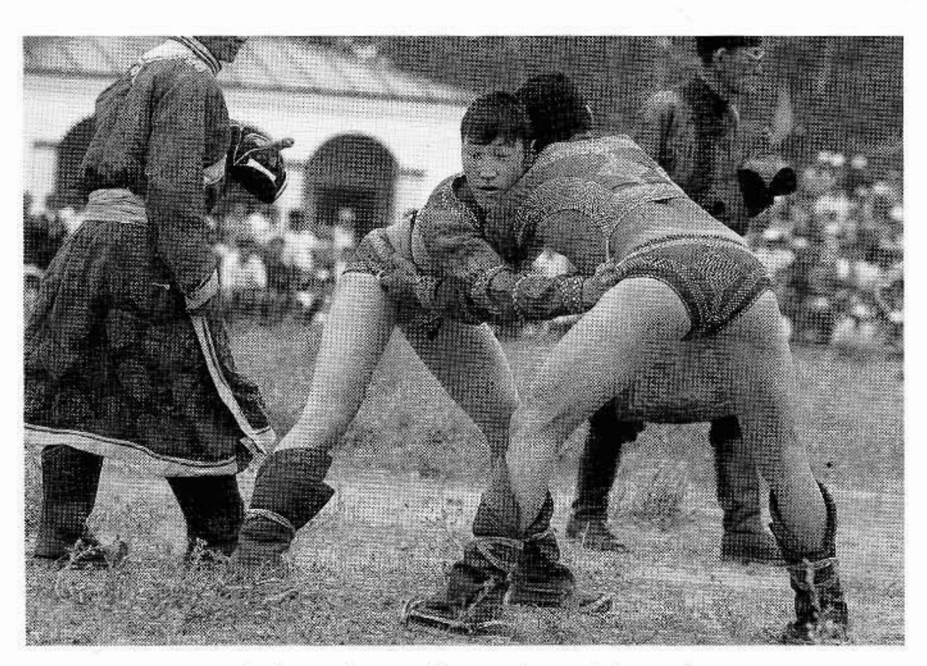
El almuerzo está servido en una *ger* kazaka, Bayan-Olgiy.



Preparar el equipaje antes de la partida.



Arquero mongol en la fiesta
del Naadam, Hovd.



Luchadores de peso ligero, fiesta del Naadam.



Cazador con águila, Bayan-Olgiy.



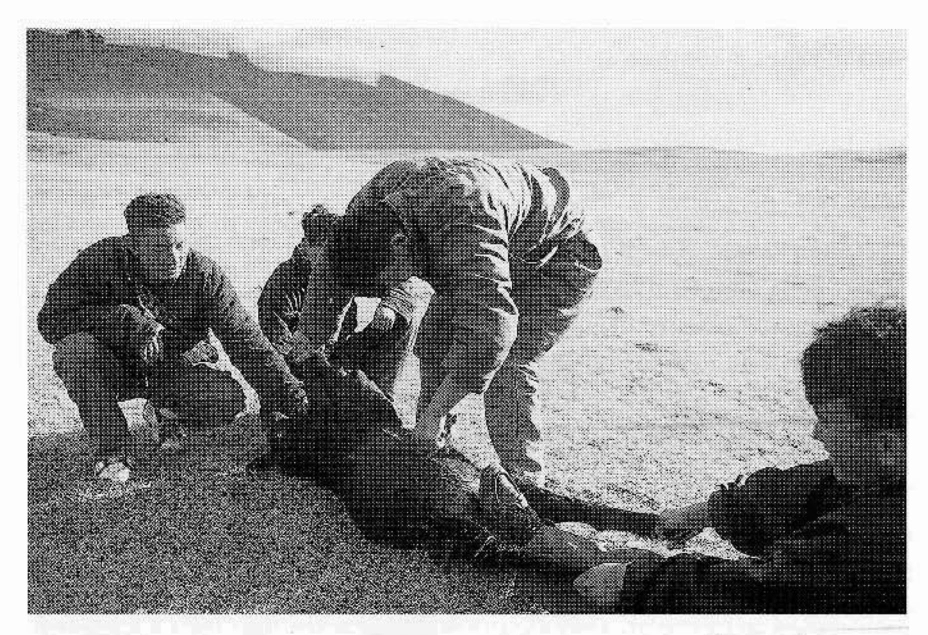
La guía y su hija, Dadal.



Los recién casados, antes de la batalla, Arhangay.



La migración, montes Altai.



Preparativos para
el estofado de cabra, Dzag.



Los tres mosqueteros,
Arhangay.


El viejo lama, Ihtamir, Tsetserleg.


Enclave de la antigua Karakoram, capital del Imperio Mongol
y centro del mundo en el siglo XIII.

Y resultó ser una ciudad fantasma. Sus moradores habían empaquetado sus cosas y se habían marchado a las montañas, a los pastos de verano, dejando solo al alcalde. Éste, al igual que el capitán de un barco que se va a pique, estaba decidido a hundirse con la ciudad. Lo encontramos de pie en el umbral de su casa, una figura solitaria azotada por el viento que frunció los ojos detrás de sus gruesas gafas al ver cómo nuestro jeep emergía de la blanca región desértica.

La casa del alcalde estaba distribuida como una tienda. No tenía muebles, sólo alfombras. Contra la pared del fondo había la misma pila de arcones y maletas baratas que podías ver en cualquier *ger*. Nos sentamos en el suelo, a la derecha del alcalde, mientras él nos servía té negro ruso de un termo chino decorado con una postal del vestíbulo del hotel Mandarín de Hong Kong. Su esposa también se había marchado, llevándose a los niños con sus abuelos, en la cercanía de Hovd, para pasar el verano.

El alcalde formaba parte de la nueva raza de políticos mongoles, desconectados del Partido Comunista del antiguo régimen. Al igual que todos los nómadas, los mongoles son conservadores en política. Cuando en 1990 se les dio por vez primera la posibilidad de votar, no dudaron en reelegir al Partido Comunista que había gobernado durante casi setenta años sin preocuparse de convocar elecciones. Pero la idea del cambio se había acabado filtrando en el campo desde Ulan Bator, y en 1996 las elecciones otorgaron el poder al Partido Democrático Social, compuesto en su mayoría por hombres de treinta y pocos años, con ideas progresistas y sin experiencia en el Gobierno. A los jóvenes les ilusionó la perspectiva de una nueva hornada, pero a los mayores les daba miedo haber elegido a un puñado de inexpertos.

El alcalde era el representante del MSDP en aquella zona y se empeñó en que yo entendiera que era un hombre muy moderno. Gran parte de su vida la había pasado en Ulan Bator y había estudiado en la universidad. También llevaba pantalón corto, un indicio inconfundible de refinamiento urbano en Mongolia. Se compadeció de mí por las privaciones que implicaba la vida en el campo y por las dificultades que sin duda habría experimentado con los pastores.

«Son una gente muy ignorante, poco habituada a los extranjeros», me dijo.

Mi respuesta fue que los había encontrado muy hospitalarios.

«Beben demasiado —añadió el alcalde, con un suspiro—. El alcoholismo es la raíz de todos los males en este país.»

«Todos han sido muy amables», le tranquilicé.

«Beber, beber y beber —el alcalde se golpeaba la desnuda rodilla—. ¿Cómo podemos modernizarnos, en un país donde la mitad de la población masculina está borracha todo el día?»

Confié en que nuestro encuentro con la tapa del piloto no fuera demasiado evidente y desvié el tema hacia la siguiente etapa de nuestro viaje. El alcalde se mostró dispuesto a ayudarnos. Estaba convencido de que podría encontrarnos una plaza en algún vehículo que estuviera de paso por allí.

Le pregunté cuántos jeeps solían pasar en dirección al este.

«Cuatro o cinco», contestó el alcalde.

«¿Al día?»

«No, cuatro o cinco al mes», dijo el alcalde.

La escasez de tráfico rodado habría desanimado a cualquiera, pero el alcalde, nuevo en la ostentación del poder, se mostró optimista.

«Daré aviso a la gasolinera —explicó—. Todo el mundo necesita detenerse allí para repostar. Daré instrucciones de que no se les proporcione combustible hasta que hayan hablado conmigo.»

Aquello debía de ser el sueño ideal de los que hacen autostop. A ningún vehículo se le permitiría salir de la ciudad sin nosotros antes de que el alcalde lo hubiese interrogado. Complacido con la autoridad de su cargo, nos sonrió tranquilizador.

Tuvud comprendió que era el momento adecuado para abordar el problema de su pensión. Para empezar con buen pie, sacó de su *del* una botella de Gengis Kan. Este gesto era bastante temerario, teniendo en cuenta la opinión del alcalde respecto a la bebida, pero los viejos hábitos son difíciles de superar. Sacaron un tazón y lo fueron pasando. El alcalde hizo una mueca al dar el primer trago.

Así fortificados, Tuvud se embarcó en el laberíntico relato de su pensión. De pronto, con su bombín y su pipa, lo vi como al Vladimir de *Esperando a Godot*. Con su aire triste y derrotado, estaba «esperando su pensión». Por lo visto llevaba años esperándola y esta espera se había convertido en parte de su persona. Poco a poco guió al alcalde a través de la maleza burocrática que era la historia de su Seguri-

dad Social. En Mongolia, la pensión está vinculada al número de años que una persona ha trabajado en las *negdel* (las colectividades ganaderas de la era comunista). A un escritor, que en lugar de ovejas produce libros, le resultaría difícil encajar en el sistema. El alcalde lo escuchó con actitud paciente y tomó algunas notas. El intercambio tuvo la apariencia de un ritual que se celebrara para mantener la fe de Tuvud en los años de espera, en vez de en la esperanza de una solución inmediata. El vodka desempeñó un papel muy útil en esto. Al cabo de unas rondas de Gengis Kan, la pensión empezó a carecer de importancia, incluso para Tuvud.

Con el tema de la pensión expuesto de manera satisfactoria, el alcalde anunció que abriría el hotel para nosotros. Buscó las llaves en uno de los baúles y salimos a la desierta ciudad. Los edificios parecían desolados, en ruinas. Pasamos junto a unos quioscos asegurados con tablas de madera y ante casas abandonadas en que las tablas sueltas golpeaban contra la pared al impulso del viento. Los desperdicios volaban por las calles vacías. El grupo al completo se había implicado en nuestro destino: el alcalde, el director de minas, Tuvud, el chófer del jeep... A todos se los veía felices por tener algo que hacer. En aquellas calles, junto al bochorno de los vientos del desierto, flotaba el aburrimiento.

El hotel era uno de los edificios más sólidos de Darvi, con puertas y ventanas como es debido. El alcalde nos precedió escaleras arriba, y todos lo seguimos en grupo, haciendo resonar las botas sobre el suelo de madera sin alfombras. Al llegar al extremo de un pasillo sombrío, rebuscó entre las llaves y abrió la mejor habitación. Aquello semejaba una tienda de muebles. Un escritorio oscuro y enorme ocupaba casi toda la pequeña estancia. Una vez todos allí dentro, apenas quedaba espacio para darse la vuelta. El chófer del jeep empujó la parte central de uno de los colchones para comprobar la suspensión. Tuvud miró por la ventana para inspeccionar el paisaje, un panorama de desiertas llanuras tachonadas de arbustos espinosos. El director de minas se dedicó a abrir y cerrar los cajones de la cómoda, mientras asentía.

«De Rumanía —dijo el alcalde, con orgullo, golpeando ruidosamente el lateral de un armario en donde yo habría podido albergar mis caballos—. Caoba maciza. Todos los muebles vinieron de Rumanía hace años, formando parte de un paquete de contribución al desarrollo.»

Imaginé que todos los envíos del estado de Ceaucescu estarían

formados por aquel tipo de mobiliario: pesado, monumental, lustroso hasta lo indecible, bastante siniestro... Expuestos en los amplios salones de uno de sus palacios, en donde dominaba el mal gusto, sin duda resultarían apropiadamente intimidatorios. Allí, en los dieciséis metros cuadrados de la habitación de un hotel mongol, habían perdido algo de su esplendor.

Una vez Bold y yo nos hubimos instalado en la recargada *suite*, todo el grupo se retiró a la habitación contigua que, al no haber podido disponer de la ayuda rumana, tenía espacio suficiente para sentarse. Entonces le tocó al director de minas sacar la botella de Gengis Kan del bolsillo interior de su chaqueta. Empezaba a darme cuenta de que, en su día libre, los mongoles eran una especie de bar ambulante. Enviaron al chófer a la cocina del hotel, en busca de unos tazones que sustituyeran la tapa de la luz piloto.

El alcalde hacía una mueca exagerada cada vez que le llegaba el turno. Y después de cada trago sacudía la cabeza, como si así pretendiera mantenerla despejada.

«El nepotismo —dijo de pronto—. Ahí reside el problema de Mongolia. Nepotismo, corrupción, apatía y codicia.»

No pude evitarlo, pero me di cuenta de que el vodka ya no figuraba en la lista. «Nosotros pertenecemos a una nueva generación —añadió el alcalde—. Y a nosotros nos compete liberar Mongolia de sus malos hábitos.»

Por desgracia, los demás miembros del grupo no habían evolucionado a la misma velocidad que el nuevo régimen y se mostraban ansiosos por lisonjear al alcalde como si se tratara de un estalinista con problemas de alcohol. Cuando la botella del director de minas se hubo terminado, el alcalde la tiró por la ventana y envió al chófer al jeep en busca de otra. El alcalde permanecía sentado con la espalda apoyada en una de las camas, sonriendo como un estúpido, con el rostro encendido.

«Irresponsabilidad —murmuró, como si estuviera hablando para sí—. Los pastores piensan sólo en este año, en esta estación. No son capaces de planificar para el futuro.» Alzó los brazos y luego los dejó caer a ambos lados del cuerpo, en un gesto de derrota.

Bold y yo vimos ahí nuestra oportunidad, pedimos disculpas y nos retiramos a nuestra habitación entre los mamuts rumanos.

Frente a la ventana, Bold se quedó contemplando la desierta ciudad. «Antes de 1990 había gente pululando por ahí, incluso durante el verano —dijo—. Ahora todos han vuelto a dedicarse al pastoreo.»

En todo el ámbito comunista, la caída de los antiguos regímenes había provocado de forma inevitable el infortunio. En Mongolia, la transición a una economía de mercado se vio agravada por la retirada de las subvenciones rusas. Los intereses estratégicos de la Unión Soviética en Mongolia habían conducido a un nivel de subvenciones financieras que permitía al país vivir por encima de sus posibilidades. Para ser una sociedad nómada pobremente desarrollada, con una economía de subsistencia y una moneda poco fuerte, Mongolia disfrutaba de unos notables servicios sociales en cuanto a educación, sanidad y sistema de pensiones que pocos países del Tercer Mundo podían aspirar a tener. La ayuda soviética, que había mantenido de manera artificial estos servicios, ascendía a ochocientos millones de dólares al año (aproximadamente la misma cuantía en euros), cuatrocientos dólares por cada mongol, una cifra superior al PIB per cápita. En 1990, cuando los soviéticos regresaron a casa, se aseguró que la deuda acumulada de Mongolia a la URSS ascendía a seis mil millones de dólares.

A los pocos meses de que Rusia cerrara el grifo de las subvenciones, Mongolia se quedó en la ruina. La inflación, la devaluación, la escasez, el racionamiento, se siguieron a pasos agigantados. La mayoría de las industrias estatales, centralizadas en torno a Ulan Bator, se paralizaron, y en el campo todo tuvo que cerrar, desde las centrales eléctricas locales hasta las clínicas médicas. Y sus empleados, la mayoría integrantes de una primera o segunda generación ciudadana, se vieron obligados a regresar a los pastizales de la familia. Mongolia se convirtió en uno de los pocos países del mundo donde el flujo a las ciudades, tan habitual en los países subdesarrollados, cambió de dirección. Y, en ese momento de precariedad urbana, quien acudió al rescate de los mongoles fue la autosuficiencia de la vida nómada, a la que el resto de sus paisanos se habían aferrado con tenacidad durante miles de años. La lección no caería en saco roto para los tradicionalistas.

Eran muy pocos los que hablaban de los años sombríos que fueron 1991 y 1992. Los mongoles son un pueblo profundamente orgulloso y aquella reducción a la absoluta penuria no constituía un tema para discutir con extranjeros. Cuando abordé el tema con Bold, éste li-

mitó sus comentarios a generalidades. Pero aquella ciudad fantasma lo había hecho aflorar otra vez.

«Las cosas iban muy mal en Ulan Bator —reconoció Bold, con un suspiro—. Las tiendas de comestibles estaban vacías. Algunas incluso liquidaban lo que quedaba en los estantes. A veces tenías que hacer cola durante horas para comprar pan.»

Nos hallábamos tumbados en dos camas rumanas, felices por disponer de un momento de tranquilidad. Darvi podía ser una ciudad desierta, pero nuestros compañeros de copas y el fervoroso alcalde habían logrado que pareciera llena de gente.

«La situación era desesperada —prosiguió Bold—. Conocí a personas que pasaban hambre. ¿Cómo podía ocurrir una cosa así en Mongolia, donde hay más ovejas que habitantes?»

«Diez veces más», le recordé.

Bold guardó silencio durante un rato. Mientras, fumaba un cigarrillo y enviaba largos chorros de humo azulado hacia el techo.

«Yo no soy marxista —declaró—. No soporto al Partido Comunista. De hecho, el KGB tenía un expediente sobre mí. Yo formaba parte del movimiento en pro de la democracia. Pero ahora ya no confío tanto en el libre mercado. Es posible que no sea adecuado para un país como Mongolia. ¿Cómo puede un pastor, a más de mil kilómetros de un mercado, formar parte de la economía de mercado en un país donde no existen carreteras ni trenes?»

«A veces me siento culpable —prosiguió—. Cuando los comunistas ostentaban el poder, sólo estábamos pendientes de la corrupción, de la opresión, de la falta de democracia. Queríamos el capitalismo porque deseábamos poder escoger. Queríamos votar, leer la verdad en los periódicos, viajar al extranjero, comprar productos occidentales... Pero estas preocupaciones eran las nuestras, las preocupaciones de quienes cobrábamos un salario en Ulan Bator. A los pastores del campo, ¿qué les importaba eso? —señaló hacia la ventana vacía—. Aquí, en Darvi, el centro médico está cerrado. Antes había médicos que acudían al campo, hasta las *gers* más remotas si hacía falta. Ahora todo esto ha desaparecido. Había una escuela aquí, gratis para todo el mundo. Ahora los pastores tienen que pagar para enviar a sus hijos a la escuela y muchos de ellos no se lo pueden permitir —retorció la cara en una expresión de asco—. Muy bien, ahora votan cada cin-

co años, ahora tienen un alcalde elegido por ellos mismos. ¿Y qué? Esto no les devuelve a sus médicos.»

«El cambio era inevitable», le dije.

«Claro —admitió y giró las manos hacia arriba, reconociendo la realidad—. Es fácil olvidar lo nocivo que se había vuelto el viejo sistema. Estaba podrido. Ya nadie decía la verdad. Sobre nada. Vivíamos en la fantasía de las mentiras. Pero los cambios —se pasó una mano por la frente—... Todo ocurrió con excesiva rapidez. Fue como si todo se hundiera de la noche a la mañana, y ahora tenemos que empezar de nuevo. Todo lo que se había vuelto —buscó la palabra adecuada—... civilizado, como la educación o la sanidad, se ha perdido, y la gente ha retrocedido a una época anterior, en la que cada uno tenía que valerse por sí mismo.»

Podíamos oír el murmullo de las voces en la habitación contigua, que subían ligeramente de intensidad inducidas por el vodka.

«En el colegio, cuando nos enseñaban la historia del marxismo —explicó Bold, cuya voz había descendido al murmullo de un confesionario—, decían que se trataba de un sistema basado en los principios de la economía. Pero eso no es cierto, al menos aquí. Ya ha visto los pueblos. En todos hay un teatro, una escuela, una clínica... Esto no era economía. Esto era idealismo.»

A través de la ventana llegaba el sonido del viento, sus gemidos al doblar las esquinas de la ciudad abandonada.

«En este nuevo mundo donde impera el mercado no hay espacio para semejante idealismo —prosiguió Bold—. Ahora sí tenemos la economía. Si disponemos de médicos se debe únicamente a que nos los podemos pagar, no porque disponer de ellos sea justo o necesario. Esto es lo que resulta difícil de aceptar —me miró desde la otra cama: su rostro era una máscara de preocupación—. El fin del idealismo... Es como si hubiese llegado una especie de barbarie.»

MÁS TARDE, ESA MISMA NOCHE, nos despertó una llamada a la puerta. Estaba oscuro y, en la confusión producida por los muebles y la interrupción del sueño, me metí dentro de dos armarios antes de encontrar la puerta.

Afuera, en el pasillo, sosteniendo una vela en la mano, estaba el chófer del jeep.

«*Machine bain*», susurró. Había llegado un vehículo.

Bold y yo lo seguimos por la ciudad abandonada. La noche había traído consigo el frío del desierto. Por encima de nosotros, el cielo del Gobi estaba repleto de constelaciones. Bajo la débil claridad, eché un vistazo a mi reloj. Sólo eran las once de la noche.

Al doblar la esquina de un edificio nos encontramos con un enorme camión articulado, aparcado delante de la casa del alcalde. La presencia de una nave espacial no habría podido sorprendernos más. La carretera asfaltada más próxima estaba a ochocientos kilómetros de Darvi, en Rusia. Y de repente allí teníamos un tipo de vehículo como los que yo veía pasar zumbando por el carril central de la M25.

Una luz interior, la única en aquella oscura ciudad, iluminaba la cabina del conductor. Dentro, apiñadas contra los cristales, vi una hilera de caras extrañas.

Una de las puertas se abrió de golpe y Bold y yo nos vimos aupados en medio de una culebreante masa de personas embutidas dentro de la cabina. Tuve la impresión de que al menos había seis desconocidos allí dentro —que debían de haber venido con el camión—, además de nuestros amigos de la tarde. El director de minas estaba inmovilizado contra la puerta, mientras Tuvud quedaba comprimido contra el salpicadero, igual que un adorno aplastado, el bombín embutido hasta las orejas. Todos estaban completamente borrachos.

En el asiento del pasajero, debajo de otras tres personas, distinguí al alcalde. Su rostro, del color de la remolacha, se hallaba paralizado en una mueca sonriente, como si en medio de aquel revoltijo de extremidades acabara de descubrir que lo habían separado de una de sus piernas.

«Extranjero —exclamó entre risitas, su voz había subido varias octavas—. No hay caballos. No hay caballos por ningún lado —se debatía para liberarse de la pila de cuerpos—. Camarada extranjero —jadeaba para poder respirar—, hemos encontrado un camión.»

Bajo la presión de los cuerpos, la portezuela se abrió otra vez y dos hombres cayeron. Otro forcejeó para ayudarlos a subir, como marineros que se estuvieran ahogando y los izaran a bordo de un bote salvavidas peligrosamente lleno de gente.

Estábamos aparcados en los confines del Gobi, en un país tan enorme que podías recorrerlo durante días sin ver a nadie. Y, por al-

guna descabellada razón, todo el mundo en aquella ciudad abandonada había decidido embutirse en un espacio tan reducido que no superaba el de un retrete.

Mi presencia pareció hacerles recuperar la cordura. Intentar meter con calzador a un extranjero alto y sobrio como yo en medio de aquella multitud, les hizo ver de pronto lo absurdo de la empresa. Se produjo un misterioso consenso en cuanto a que la cabina estaba algo llena y decidimos trasladarnos a la casa del alcalde. Uno por uno, tuvimos que tirar de ellos para sacarlos del vehículo. Hubo algunos que se mostraron reacios, y esto provocó una serie de tirones y empujones. En conjunto, todo era terriblemente jocoso.

El alcalde estaba como una cuba y, para entrar en su casa, se tuvo que sujetar de mi cuello. En algún momento, durante las desventuras de aquella noche, se había desgarrado la camisa y arañado las rodillas, de modo que la sangre le había resbalado por las espinillas. Con el pantalón corto, las rodillas peladas y las gafas torcidas, semejaba un colegial apalizado por los compañeros que se sentaban al fondo de la clase.

Logramos meterlo en su casa sin mayores dificultades y lo depositamos en el suelo. Borracho y tumbado contra la pared, mordisqueándose las puntas de los faldones de la camisa y musitando necedades, el representante de la Mongolia moderna ya no resultaba una visión tan estimulante.

AL PRINCIPIO, EL DESIERTO LUCÍA UN VELO TRANSPARENTE de hierba que dejaba entrever el suelo color carne que había debajo. Perdidas en aquellas tórridas extensiones, había pequeñas colinas redondeadas, como ballenas que surcaran espejismos de agua plateada. De vez en cuando divisábamos rebaños de camellos con las patas rígidas que trotaban lejos de la pista. No había el menor indicio de presencia humana. A medida que transcurría la mañana, la hierba se hizo cada vez más escasa, hasta que el paisaje se redujo al polvo que salía despedido bajo las dieciocho ruedas del gigantesco camión.

El vehículo procedía de Rusia y su cargamento consistía en dos enormes planchas de acero, de diez centímetros de grosor y tal vez unos cuatro metros y medio de longitud. Bajo aquel peso incalculable, el camión funcionaba a la máxima potencia, apenas capaz de superar los

cincuenta kilómetros por hora. Las planchas estaban destinadas a un edificio que se construía en Ulan Bator. Sin duda eran demasiado anchas para los vagones de mercancías del Transiberiano, de modo que habían tomado la valerosa decisión de cargarlas en la caja de aquel camión e intentar transportarlas a través de las indómitas pistas de Mongolia.

Si el viaje era una especie de travesía por mar, el camión era como la nave de los locos. El capitán, un conductor bajito y de aspecto travieso, con una gorra de béisbol, había zarpado con el monstruo hacía casi seis semanas. Desde Barnaul, en la provincia rusa de Gorno-Altai. En la frontera con Mongolia, el asfalto se había acabado. A partir de Bayan-Olgiy se había dirigido hacia el sureste, tal como habíamos hecho nosotros. Por suerte, no se había visto obligado a visitar a los familiares de Ganbold, con lo cual se había ahorrado los tramos más montañosos. En las zigzagueantes pistas se había detenido junto a remotas *gers*, asustando a caballos y desperdigando ovejas para preguntar qué dirección seguir. Y cuando no encontraba *gers* donde preguntar, se orientaba mediante el sol y las estrellas.

En los puertos, a lo largo del trayecto, había recogido un heterogéneo grupo de pasajeros que viajaban en tercera clase: la plataforma al aire libre, encima de las planchas de acero, acomodadas sobre la gran pila de sacos que el capitán aceptaba a bordo como carga privada. En Bayan-Olgiy habían subido al camión dos hermanos gemelos, altos y enjutos, con *dels* que les llegaban hasta los tobillos. Se trasladaban a Dornod, al noreste del país, por motivos que nadie había logrado discernir. En algún punto del territorio kazako, un hombre y su hija habían surgido entre las colinas y habían hecho señales para que se detuvieran. Él era un hombre tosco, de labio leporino y cejas triangulares. Dado que también era conductor, había adoptado el papel de segundo de a bordo y a veces stomaba el volante, en especial cuando la bebida o el agotamiento se apoderaban del capitán. Tenía un carácter tempestuoso e irrefrenable, y su hija, una niña muy seria de siete años, se esforzaba en controlarlo con maternal autoridad.

En Hovd, la novia del conductor se había incorporado al camión, junto con unos sacos de hortalizas —probablemente cultivadas en el polvo de la antigua ciudad china— que pensaba vender en Ulan Bator. Atenta y desinteresada, se convirtió en su niñera, siempre a su lado,

secándole la frente, haciéndole masajes en los músculos del cuello o sirviéndole tragos de agua de una garrafa de plástico que ella tenía a sus pies. En Hovd también había subido una pareja, junto con su joven hijo. Ella era una mujer irritable, que todo lo desaprobaba. Iba en la cabina con una mascarilla blanca contra el polvo y, sobre su regazo, sujetaba al muchachito. El marido, que contribuía en gran medida a desarrollar el carácter desaprobatorio de su mujer, era la figura clave en todas las escapadas para beber: un rasgo característico del viaje. Viajaba en la parte de atrás, envuelto en una lona embreada y en compañía de un levantador de pesos que se dirigía a Ulan Bator para visitar a su madre, a la que no veía desde que tenía ocho años. Un grupo de jovenzuelos ruidosos formaba el grueso de la tripulación, un puñado de piratas que iban sentados en el mismo borde de la plataforma, donde el polvo y los botes hacían el viaje más duro. El menor de su grupo era el muchacho de la cabina, un vagabundo sin domicilio fijo que parecía recién salido de una obra de Dickens y que viajaba de un lado a otro de Mongolia porque no tenía otro sitio adonde ir. Se sujetaba los pantalones, rotos y remendados, con un cordel. Los dedos de los pies le salían por la punta rota de los zapatos. Iba cubierto por una oscura capa de grasa de automóvil y, cuando nos deteníamos, escalaba el camión para limpiar el parabrisas, comprobar el aceite, el nivel del agua y la presión de los neumáticos. Era la única persona de la que te podías fiar en aquella nave.

El viaje por los Altai, unos doscientos kilómetros, duró dieciocho horas, pero me dio la sensación de que había durado una semana. Y debo considerarlo el peor día de todo mi viaje. Prisionero en aquel maldito camión, pensé con cariño en los camellos. Acompañados por los chirridos del cambio de marchas, entrábamos y salíamos pesadamente de las profundas rodadas, meciéndonos y dando bandazos como un galeón en alta mar. Yo viajaba en la cabina, que tenía la suspensión de un triciclo de juguete. A pesar de ser ruidosa e ir atestada, eso no era nada comparado con la plataforma al aire libre, donde la desdicha de los demás se agravaba con las asfixiantes nubes de polvo. Dieciocho ruedas implicaban que viajábamos en el núcleo de nuestra propia tormenta de arena.

Tampoco teníamos comida. Por lo visto, nadie había comido nada desde hacía veinticuatro horas. Nos deteníamos sólo para beber. Era

como si las botellas de Gengis Kan salieran por arte de magia de cualquier rincón de aquella nave y como si el capitán y su tripulación necesitaran reponer combustible en todo momento. A mediodía, todos estaban bebidos otra vez. En algún momento de la tarde sufrimos un pinchazo en una rueda y, mientras el vagabundo la reparaba, los miembros mayores de la tripulación se dedicaron a liquidar otras tres botellas.

La mujer que desaprobaba todo me llevó aparte y me dijo que no pensara que todos los mongoles eran así. Su marido, de pie sobre el parachoques delantero, envuelto en una nube de polvo y un trozo de lona, rugía borracho al sol. Entre uno de los gemelos y el segundo de a bordo había estallado una pelea. El capitán estaba vomitando sobre las ruedas delanteras.

«Claro que no», contesté a la mujer.

Al atardecer, empezó a soplar un vendaval amarillo. Enormes nubes de polvo recorrían el desierto en todas las direcciones, haciendo todavía más densa nuestra propia tormenta de arena, hasta convertirla en una penumbra inexplicable. Los que iban en la plataforma se habían vendado la cabeza con prendas de ropa, como los beduinos. A través de aquellos remolinos, la espectacular puesta de sol podía haber sido el anuncio del fin del mundo.

Llegamos a Gobi-Altai a las dos de la madrugada. El camión nos dejó en una oscura calle delante de un hotel a oscuras y a continuación desapareció de nuevo en la noche, las luces piloto alejándose como estrellas errantes, rumbo a Ulan Bator. Llamamos a la puerta hasta que salió una mujer con cara soñolienta. A la luz de una vela, nos acompañó arriba. Por los pasillos dejábamos el rastro del Gobi.

Tampoco aquella llegada fue precisamente un Momento Gary Cooper.

ALTAI MARCABA EL FINAL DEL CONTRATO CON BOLD. De allí regresaría a Ulan Bator y un nuevo intérprete vendría de la capital para reunirse conmigo. Bold había sido un amigo leal y me entristecía verlo partir, a pesar de que yo necesitaba un descanso. Era un tipo muy meticuloso y estuvo dos días esforzándose por erradicar el polvo del Gobi de cada una de sus prendas y de todas sus pertenencias, bajo el hilo de

agua del grifo del hotel. Eso amortiguó aún más su natural forma de ser apacible. Se preocupaba de que yo pudiera salir adelante sin él. En el aeropuerto se mostró incluso paternal, revisó los arreglos que yo había hecho para la siguiente etapa del viaje, me advirtió de que vigilara las tarifas de los guías y me previno para que llevara reserva de combustible para el hornillo antes de salir de Altai. Por un segundo temí que fuera a recordarme que me lavara detrás de las orejas. Nos estrechamos la mano y el viento del Gobi se lo llevó por la polvorienta pista, hacia un viejo bimotor ruso *Antonov*.

Al día siguiente llegó Mandah. Se había graduado en el Instituto de Idiomas Extranjeros, perteneciente a la Universidad Estatal, y había llegado a mí a través de unos contactos en Ulan Bator. A pesar de que era una chica de ciudad, llegó llena de entusiasmo para emprender el viaje. Tenía la cara redonda como la luna y la ambición y el optimismo desinhibidos de la juventud.

Ese mismo día salimos al campo, con un chófer que yo había conocido en el hotel, que tenía un cuñado cerca de Gulin, al noreste de Altai, el cual supuestamente podría hacernos de guía en la siguiente etapa del viaje. Cruzamos una vasta llanura, salpicada con penachos de hierba blanca, y llegamos a un valle rocoso en donde, a la luz del crepúsculo, descubrimos acampadas cuatro *gers*.

Sambuu, nuestro posible guía, tenía la cara trágica de un payaso, la nariz bulbosa y roja, y la boca elástica, con las comisuras curvadas hacia abajo. Se tocaba con el sombrero en punta mongol, retirado hacia atrás, sobre la cúpula calva de su cabeza, dejando al descubierto una frente cuarteada por las arrugas de la perpetua ansiedad. Fumaba una pipa mongol de boquilla larga y tenía el aspecto de un hombre que espera lo peor.

Para Sambuu, nuestra llegada fue lo peor que podía esperar. Cuando le propusimos acompañarnos cuatro o cinco días hasta llegar a Dzag, frunció la cara con una expresión de horror teatral. Sambuu era un hombre de costumbres y nos hizo saber que no tenía la costumbre de salir con desconocidos por las inmensas llanuras. Su esposa, en cambio, se mostró más incisiva al persuadirlo. Ella veía el viaje como una preciosa fuente de ingresos suplementaria y lo presionó hasta que él se ablandó. Al final accedió con el requisito de que le permitiésemos llevar a su hijo mayor como guardaespaldas.

En un ambiente presidido por la luz de las velas y el humo de la pipa, discutimos las condiciones. Con anterioridad, yo había intentado simplificar las cosas tomando como base una cantidad diaria global, que incluyera los caballos y los guías. Pero la esposa tenía unas ideas más complejas. Propusieron una cantidad para nuestros caballos, otra para los caballos de los guías y una tercera para los guías, o sea, para Sambuu y su hijo. El viaje de ida tendría una tarifa, mientras el de regreso a Guulin se calcularía con otra. Cualquier ajuste de las propuestas en una parte del trato de inmediato provocaba una discrepancia mayor en todas las demás. Llegué a pensar que sería mucho más fácil negociar una emisión de valores en el mercado bursátil.

Aquellos tratos interminables se hacían mucho más complicados por mis ausencias frecuentes y repentinas. Yo padecía un fuerte ataque de disentería, y pasé gran parte de la velada buscando presuroso nuevas rocas en medio de aquel paisaje lunar. Como era de suponer, la esposa veía aquellas ausencias repentinas como una estratagema en la negociación y, cuando yo regresaba a la *ger*, su posición se había endurecido tanto como mis intestinos. Al final llegamos a un pobre compromiso que no dejó satisfecho a nadie. A la mañana siguiente, antes incluso de que pudiéramos tomar la primera taza de té, la esposa intentó reanudar las negociaciones.

«CUANDO LLEGÓ LA DEMOCRACIA —explicó Sambuu—, yo no estaba preparado. Antes no solía pensar por mí mismo.»

Había caído la noche y el cielo estaba sembrado de estrellas. En medio de la inmensa llanura, al finalizar nuestro primer día de viaje, nos sentamos con la espalda apoyada en el bajo cortavientos que nos proporcionaban las sillas de montar y las mantas de los caballos, y la conversación fue derivando hacia la política.

«Necesité algún tiempo para adaptarme a los nuevos tiempos —dijo Sambuu, con un suspiro, y su cara de payaso se cuarteó con un sombrío fruncimiento—. Perdí mi empleo y vacilé cuando llegó la hora de entrar en acción.»

Al igual que su cuñado de Gobi-Altai, Sambuu había sido chófer de un jeep, formando parte de un colectivo propietario de los vehículos, que pagaba un salario a los conductores. A principios de los noventa, el

colectivo había sido privatizado siguiendo el complicado sistema habitual, mediante una confusa distribución de vales para los empleados y adquisición de acciones para la dirección. Algunos de los conductores, como el cuñado de Sambuu, habían logrado comprar su propio jeep al colectivo. Pero Sambuu, al no estar familiarizado con la noción del riesgo personal y reacio a invertir sus ahorros en un futuro que no lograba ver con claridad, había preferido volver a la Mongolia tradicional.

«Regresé al campo —explicó—. No sabía qué podría suceder con todas aquellas ideas nuevas. No estábamos habituados a correr riesgos —con el grueso pulgar presionó el tabaco dentro de la diminuta cazoleta de la pipa—. Era una manera completamente nueva de pensar, adoptar responsabilidades como aquéllas. Antes el Gobierno siempre nos había orientado, ahora teníamos que valernos por nosotros mismos. Yo ya no era un hombre joven. Me resultaba difícil adaptarme —sacudió la cabeza—. Debería haber intentado comprar un jeep, como hicieron los otros. Ahora les va muy bien. Pero yo tuve miedo. En el antiguo régimen, todos trabajábamos juntos. Ahora dicen que cada cual ha de valerse por sí mismo. Si fracasamos, fracasaremos solos. Éste es un nuevo mundo para nosotros. Hace que me sienta viejo.»

La traducción de Bold habría sido entrecortada, tanto por su sentido de la historia como por sus conocimientos del inglés; Mandah lo tradujo con simpatía hacia el hablante, pero también de manera eficiente. Al ser una chica de veinte años, estaba libre del sentimiento de culpa.

Yo no. Independientemente de cuál sea mi ambivalencia respecto a las fuerzas del mercado, Sambuu, al igual que la mayoría de los mongoles, tendía a verme como un representante de este nuevo orden económico. Habíamos ganado la Guerra Fría, el comunismo se había hundido y ahora el dogma del libre mercado, que había enriquecido de forma tan derrochadora a las naciones de Occidente y a mí me permitía viajar a tierras lejanas, había sido importado a la frágil Mongolia. Se suprimían las colectividades e incluso se animaba a los pastores, como a los conductores de jeeps de Gobi-Altai, a que pensaran en sí mismos como individuos y no como un grupo.

«¿Cuáles fueron las dificultades que la transición a la democracia provocó en su país?», preguntó Sambuu, antes de darle una chupada a su pipa.

«No muchas —le dije—. En nuestro país se produjo de una manera más gradual.»

«¿Cuánto tardó?»

«Tres o cuatro siglos.»

«Llevó su tiempo —comentó Sambuu—. Nosotros la hicimos en doce meses.»

Una estrella fugaz cruzó aquel cielo inmenso. A lo lejos, en alguna *ger*, un perro empezó a ladrar. Sambuu me estaba observando por encima de la cazoleta de su pipa. Nunca había mantenido tratos con forasteros. Desde la infancia le habían enseñado a desconfiar de ellos, en especial si procedían de Occidente, y se asombraba de que ahora estuviera escoltando a uno a través de la estepa.

«Hace seis años lo habría denunciado por espía a la policía de Gobi-Altai —dijo, momentáneamente animado por el recuerdo de tiempos más simples—. Y ahora estamos aquí, hablando de política —dejó escapar un suspiro—. Dicen que puedes habituarte a cualquier cosa. Pero yo ya soy demasiado viejo para acostumbrarme a los cambios. Éste no es el mundo que yo comprendía —un ramalazo de nostalgia se apoderó de él a medida que iba dando chupadas a la pipa—. La vida era antes más sencilla. Yo formaba parte de una colectividad, el Gobierno nos decía lo que debíamos hacer, no nos preocupábamos con esas tonterías de los votos y ustedes eran un enemigo desconocido. Eran tiempos mejores aquéllos... Antes de que llegaran mis desgracias. Antes de la libertad.»

POR LA MAÑANA ME DESPERTÓ EL RUIDO DE LAS GAVIOTAS, que chillaban revoloteando sobre el lago salado que se extendía por debajo de nuestro campamento. Las aves marinas son uno de los misterios de Mongolia. Nadie sabe por qué están allí, dado que pocos sitios podrían estar más alejados del mar. Sin embargo, las gaviotas, después de viajar miles de kilómetros a través de los complicados ríos de Asia, deambulan por los lagos de Mongolia. Su instinto para el movimiento, para las migraciones, ha estropeado su sentido de la orientación. Un error de navegación en alguna lejana entrada de mar sin duda las había dirigido por el camino equivocado, hacia tierras interiores. Por la mañana y al anochecer, en aquellas tierras sin salida al mar, sus lastimeros chilli-

dos a lo largo de las costas de pequeño oleaje eran como un llanto agudo y penetrante por el mar ausente, una melancólica inquietud por los viajes y sus destinos.

Levantamos el campamento y nos dirijimos hacia el nordeste, a través de secas alfombras de hierba. La mañana era luminosa y fresca por los vientos del norte que soplaban desde las colinas. El hijo de Sambuu, un muchacho con aire despreocupado, fornido como un luchador y con cara de ángel, iba cantando mientras avanzábamos. Eran canciones tradicionales de Mongolia, conocidas como *urtyn-duur*, o canciones largas, así llamadas debido a sus innumerables versos y tonos inagotables.

Cantaba durante horas sin interrupción y sus notas melancólicas nos empujaban por aquellos extensos paisajes amarillos.

IO

A CABALLO CAMINO DE DZAG

YO CREÍA QUE CRUZAR MONGOLIA A CABALLO sería un empeño más solitario. Imaginé paisajes melodramáticamente vacíos, abundancia de esplendores físicos, pero escasas oportunidades de vida social. Me preguntaba cómo podría conocer a los mongoles en aquel espacio inmenso.

No tendría que haberme preocupado. En Mongolia, mi agenda social estaba repleta. De todas partes me llegaban invitaciones para almorzar, reuniones para beber y compromisos para cenar. Había ocasiones en que cruzar la estepa de Mongolia era como una gira real, en la que yo fuera el improbable centro de atención. Siempre había manos que apretar, bebés a los que acariciar, *gers* que visitar, rebaños que inspeccionar, tazones de *airag* que aceptar, brindis por lanzar y paisajes que fotografiar. Acabé preparándome una formidable conversación trivial acerca de pastos, ovejas y el notable récord del gran Batardene, que por décimo año consecutivo había ganado el campeonato nacional de lucha.

Sin embargo, también disfrutábamos de un espléndido aislamiento, largos días en los que no veíamos a nadie, y un campo primitivo, sin rastro alguno del paso del hombre. Pero en Mongolia la gente se materializaba de forma tan misteriosa como las nubes. Aquella primera noche en compañía de Sambuu, mientras charlábamos al abrigo de nuestras sillas de montar, los únicos habitantes de la inmensa llanura parecían ser una manada de caballos, guiados por un fino semental de color castaño, que galopaba sin cesar de una cuesta a la siguiente. No obstante, en el curso de la velada tuvimos tres grupos de visitantes, y todos ellos nos presionaron para que aceptáramos sus invitaciones a cenar, basándose en que estábamos en su parte de las estepas.

El primero fue una pareja de jinetes que había salido en busca de sus camellos. El segundo, una familia que se dirigía en jeep a Gobi-Altai y quería que la informáramos de la altura de las aguas del río que habíamos cruzado. El tercero, unos muchachos adolescentes que montaban caballos tan briosos y larguiruchos como ellos mismos y que se detuvieron para fumar unos cigarrillos y, acuclillados sobre la hierba, formular las habituales preguntas de cuán lejos veníamos, adónde nos dirigíamos y qué aspecto tenían los pastos a lo largo del camino. Cuando se fueron, el campo cada vez más oscuro se los tragó con tal celeridad y de forma tan completa, que llegué a pensar si no habrían sido producto de mi imaginación.

Al día siguiente, treinta kilómetros más adelante en dirección nordeste, nos detuvimos a almorzar en una *ger* situada junto a un río de aguas blanquecinas. Nuestra anfitriona era una amiga de Sambuu, una figura enorme que distribuía el *airag* con gran generosidad, de modo que nos provocaría soñolencia toda la tarde. El marido y los hijos estaban fuera, conduciendo quinientas cabezas de ganado a Ulan Bator. El viaje les llevaba cuarenta días y la mayoría de los pastores, habituados a una economía de subsistencia basada en el trueque, no tenía experiencia en incursiones tan audaces y arriesgadas como las del mercado del dinero en efectivo que imperaba en la capital. Sambuu no paraba de sacudir la cabeza, asombrado de que el mundo hubiera llegado a eso. El almuerzo consistió en un guiso de cordero con fideos.

Cuatro horas después, estábamos instalando el campamento en una empinada loma, por encima de una *ger* rodeada por un batallón de peludos yaks. Mientras montábamos las tiendas, el propietario de la *ger* vino a hacernos una visita. Era un tipo de aspecto desagradable, con fama de borracho y socialmente escandaloso, conocido en toda la zona como «Botella de vodka». Llevaba el hombro vendado y tenía el pómulo hinchado como consecuencia de una reciente caída del caballo: el tipo de vida que llevaba comportaba la alta probabilidad de sufrir algún accidente. Como era de esperar, nos invitó a cenar: carne de marmota seca, que tenía la consistencia de neumáticos viejos. La velada resultó un poco tensa, ya que nuestro anfitrión no se hablaba con su esposa y, cualquier comunicación entre los dos, tenía que hacerse a través de nosotros.

Al día siguiente, almorzamos con un par de recién casados. Las perspectivas sin obstáculos de los paisajes de Mongolia, y el uso general de prismáticos procedentes de Alemania del Este, a menudo permitían que nuestros anfitriones se enteraran de nuestros inminentes compromisos, incluso antes que nosotros. La pareja envió a un sobrino para que saliera a nuestro encuentro con una invitación y, cuando llegamos, los encontramos vestidos con los *dels* de la boda. El matrimonio se había celebrado el día anterior.

Todo en su vida era completamente nuevo, como exigía la tradición: la *ger* y su mobiliario, los platos y los tazones, la estufa de hierro y las relucientes cacerolas, las alfombras de fieltro y también su nueva felicidad matrimonial. Embutidos en sus brillantes trajes de boda —oro para ella y azul marino para él—, se veían tan lustrosos e inseparables como un par de botas nuevas.

Rodeados por las hospitalarias bandejas de la recepción del día anterior —enormes platos donde el queso, las galletas y la grasa de cordero se amontonaban formando montañas de distintas alturas—, nos sentimos como esos invitados que han llegado con un retraso irreparable. Sin embargo, lejos de estar molestos por nuestra llegada en un día que sin duda habría sido más útil dedicarlo a curar la resaca y hacer limpieza general, los recién casados se mostraron aliviados al vernos. Los invitados a la fiesta tal vez se hubieran marchado a casa, pero la pareja nupcial, todavía inmersa en el gozo del «gran día», era reacia a dar por finalizadas las celebraciones. La vida real les estaba aguardando y ellos no tenían ninguna prisa por volver a ella.

Nos sirvieron queso, crema, galletas recién horneadas y té calentado en la nueva estufa. Debajo del maquillaje, varias capas de engrudo blanco y carmín escarlata, la novia era hermosa en su austeridad. Se movía inquieta a nuestro alrededor, ansiosa por lograr que aquellos primeros rituales de la hospitalidad en su nuevo hogar fueran un éxito. Sin duda, la adaptación más difícil correspondería a ella. Se había casado con una familia, no sólo con un hombre. Había abandonado su hogar familiar, a unos cien kilómetros de allí, para empezar una nueva vida en el campamento de los padres de su marido, junto a los hermanos de él y sus cuñadas. La aceptación por parte de aquella familia, así como su habilidad para adaptarse a los modelos establecidos de sus relaciones, serían cruciales para la felicidad de su matrimonio.

Del novio, que no resultaba tan agradable para la vista, se rumoreaba que poseía gran cantidad de ovejas. Al cabo de un rato se reunió con nosotros su hermano, un tipo entrado en carnes, con anchos antebrazos, cabeza cuadrada y corte de pelo militar. Acababa de finalizar su período de servicio en el ejército, pues todos los varones mongoles estaban obligados a cumplir con un año de servicio militar. Aquello era increíble, exclamó feliz. Ya lo echaba de menos. La disciplina era espantosa. Cuando no eran los oficiales los que pegaban a los reclutas, eran éstos los que se pegaban con saña entre sí. Con toda probabilidad, una buena pelea era la mejor expresión de camaradería, comentó.

Peleas aparte, el ejército había sido toda una revelación. En Ulan Bator había visto cosas que antes sólo conocía por haber leído acerca de ellas: las farolas de las calles, los autobuses, las chicas con falda corta, los cines... Conseguía que la capital semejara París o Nueva York, una ciudad dorada y romántica, en donde la vida tenía una impredecible cualidad que cortaba la respiración. Le pregunté si se alegraba de regresar a la vida del pastoreo.

«¡Oh, no! —exclamó—. Mi intención es entrar en un templo.»

Por lo visto, la ascética vida del regimiento, el idílico compañerismo viril y los severos cortes de pelo lo habían convencido de que debía hacerse monje. Si bien era relativamente fácil imaginarlo zurrando lleno de felicidad a sus compañeros soldados, resultaba más difícil verlo con la túnica color azafrán y susurrando sutras. Deseé que no se sintiera decepcionado con el amor fraternal.

En aquel lugar había otras seis *gers*, todas pertenecientes a miembros de la extensa familia del novio. Fuimos a la tienda de al lado para visitar a su madre, una mujer de férrea voluntad que nada más llegar nos sirvió un segundo almuerzo de cordero guisado, como si nada de lo que hubiéramos comido en la tienda de su nueva nuera pudiera satisfacernos. Las dos cuñadas del novio, de aspecto desagradable, se presentaron con sus maullantes retoños bajo el brazo. Eran mujeres enormes, de aspecto bovino, y llevaban la blusa con manchas de vómitos de leche. Se instalaron de forma ostentosa en el catre situado frente a nosotros, se desabrocharon las manchadas blusas y embutieron sus enormes pezones negros en la boca de los bebés. Éstos, ambos varones, eran el distintivo de su posición y de su aceptación.

La recién casada, delgada, etérea, intimidada, se sentó educada y silenciosa junto a la puerta. Nadie le dirigió la palabra. De pronto, entre aquellas rudas personas, su belleza semejó una especie de vulnerabilidad. El *del* de la boda, el blanco maquillaje y el carmín escarlata parecieron los atributos de una pantomima, el atuendo de un cuento de hadas de alguien que aún no se ha enfrentado a las cuestiones de la vida diaria.

Más tarde saqué las fotos de después de la boda. La novia se encargó de decidir las poses. Organizó un retrato de ella con su marido, las cabezas de ambos amorosamente juntas. Luego quiso una de ella sola. Mientras la colocaba con la cara vuelta hacia un rayo de luz que penetraba por el agujero de la chimenea de la *ger*, pudo oír cómo afuera sus feas cuñadas le tomaban el pelo al novio sobre su nueva esposa. Bajo el acuoso foco de luz, la muchacha cerró los ojos, perdida en alguna ensoñación privada. Se mostraba muy exigente con las fotos, como si necesitara algún tipo de prueba de la felicidad de aquellos primeros días, como si hubiese comprendido ya que nada de aquello estaba destinado a durar.

Después nos suplicó que nos quedáramos a cenar y a pasar la noche. No quería que nos fuéramos: éramos sin duda los últimos invitados a su boda, y nuestra partida y el acortamiento de la velada marcarían el fin de las celebraciones. Después de nosotros vendría el diluvio, la censura de la suegra, la vulgaridad de las cuñadas... Cuando nos disponíamos a partir, deslizó una carta en mi mano. Iba dirigida a su madre, que vivía en Dzag, un sitio por donde íbamos a pasar. Me hizo prometer que me asegurara de que la recibiera.

Nos alejamos por una planicie amarilla, bajo una sucesión de nubes en forma de galeón con las velas desplegadas. Las suaves laderas de las colinas formaban pliegues en el horizonte. El cielo era enorme y las *gers* se alejaban cada vez más. Después de cruzar un paso no demasiado elevado entramos en un vasto mundo vacío, donde grandes extensiones de luz solar y sombras de nubes se perseguían por encima de la hierba leonada.

Avanzamos unos veinte kilómetros más y acampamos en las lejanas costas de aquel mar amarillo. No había *gers* allí y me alegré de tener un respiro en cuanto a las cenas en grupo. Buscamos leña, encendimos un fuego y deambulamos por nuestro campamento, aliviados al

no estar obligados a mantener una conversación. El sol se fue deslizando por detrás del horizonte e instantes después, a nuestras espaldas, una hinchada luna llena se elevó en medio de una penumbra color marfil. La noche surgió de pronto. Mientras mordisqueaban la hierba seca, los caballos proyectaban frías sombras lunares hacia una baja serie de colinas. En alguna parte, un lobo empezó a aullar, luego guardó silencio. Dos cisnes enormes cruzaron el cielo. Por un instante, el sonido del fuego y el susurro de sus alas al batir fueron los únicos sonidos en aquel mundo desierto... Extendí mi petate al raso, sobre un colchón de hierba. Bajo la caricia de la luz de la luna, la silla de montar me sirvió de almohada.

EL MUNDO DESPLEGABA LARGAS Y LÁNGUIDAS EXTREMIDADES. Al día siguiente viajamos durante siete horas a través de una sucesión de valles secundarios, cuyas curvas sensuales se abrían a un cielo inconmensurable. Cada uno era un eco del que acabábamos de pasar, vasto, desprovisto de árboles y sin accidentes. Parecían esculpidos por los vientos, alisados hasta adquirir una sencillez primitiva. Los detalles y las complicaciones habían sido borrados, dejando sólo lo esencial y dos colores: el amarillo de los prados y el cálido y turbulento azul del cielo.

En aquellas grandes extensiones, los vientos eran los únicos agentes del cambio, llevando y trayendo el buen o el mal tiempo. Cada mañana, columnas de lluvia enturbiaban el horizonte y, al mediodía nos engullía una tormenta: el cielo se oscurecía, los vientos adquirían la fuerza de un vendaval y un instante después una helada aguanieve azotaba las laderas. Desmontábamos y volvíamos la espalda a aquella violencia repentina. La temperatura caía en picado y, durante media hora, el mundo se reducía a una envolvente célula de granizo. Era como una plaga bíblica, un instante de la ira de Dios. Luego se desvanecía con la misma brusquedad con que había surgido, dejando sólo dos cimbreantes serpientes de niebla por encima de los pastos abrasados. Los valles volvían a alargarse y el sol se extendía por las laderas. Era como si nada hubiera sucedido. Después volvíamos a montar y avanzábamos a través de la tarde inocente.

MANDAH ERA EL TIPO DE MONGOLA con quien fray Guillermo había soñado: una cristiana conversa. A Guillermo de Ruysbroeck le fue tan mal como al William Graham* de las estepas. En los dos años de su misión por Mongolia, que según él mismo tenía propósitos puramente evangélicos, admite que sólo logró seis conversiones. Y, como es lógico, no todos siguieron siendo conversos; los mongoles consideraban que la insistencia del cristianismo en renunciar a otras religiones era una especie de barrera, de modo que las recaídas eran endémicas.

Además de la ineficacia de los traductores, que sirvió de excusa a fray Guillermo para su escasez de conversiones, parte del problema residía en la insignificancia política y militar de la Europa cristiana vista desde el núcleo de un imperio tan grande. A los mongoles, un pueblo pragmático, les resultaba difícil tomar en serio las ideas religiosas de un hombre procedente de países tan míseros y lejanos. En la actualidad, los misioneros cristianos habrían tenido bastante más éxito en Mongolia. Sobre todo porque, a diferencia de lo que le ocurrió a fray Guillermo, su país de procedencia sería una potencia mundial.

Uno de los efectos de la reciente libertad religiosa en Mongolia fue la llegada de un número considerable de sucesores de fray Guillermo, misioneros cristianos procedentes casi exclusivamente de Estados Unidos. No sólo ofrecían a los jóvenes mongoles la oportunidad de mejorar su inglés, el idioma del desarrollo, sino que tenían el incentivo adicional de las becas en los colegios bíblicos estadounidenses. Con la zanahoria del viaje y la residencia en Estados Unidos, los jóvenes mongoles se mostraban dispuestos a escuchar el mensaje de Nuestro Señor Jesucristo. Si en el siglo XIX China estaba llena de «cristianos del arroz», más entusiasmados por el kilo de arroz benéfico que les daban los misioneros que por los evangelios, la Mongolia moderna ha visto cómo aumentaban los «cristianos de la carta verde».

El cristianismo de Mandah era bastante más sincero. Para ella, la religión formaba parte de un distanciamiento más general de su propia cultura. En su papel de mujer joven occidentalizada, estaba cansada de Mongolia. Cuando intenté hablarle de las virtudes de la sociedad tra-

* Predicador baptista estadounidense, presidente de las Northwestern Schools (Illinois), que alcanzó popularidad internacional con sus campañas a través de la radio y la televisión. *(N. del T.)*

dicional, replicó impaciente que no veía razón para mantener las tradiciones por el hecho de que existen, y que en su país la mayoría de las «tradiciones» era sólo un estorbo para el progreso. Se desesperaba con los mongoles y su atraso. Los mejores estaban corrompidos y los peores eran perezosos, ignorantes, sin ambiciones y poco fiables.

Casi todos sus amigos en Ulan Bator eran expatriados, declaró. Su compañía le resultaba agradable. Sabían pasárselo bien sin recurrir a las borracheras y sabían trabajar. Admiraba la profesionalidad de las empresas extranjeras. Las del país eran caóticas y estaban dominadas por mezquinos celos personales, empleados a tiempo completo y familiares de los dueños. La religión sufría de comparaciones similares. Para Mandah, el budismo era una religión en retroceso, repleta de superstición y oscurantismo. Consideraba que el cristianismo, por el énfasis que ponía en la salvación y en la responsabilidad personal, era una religión progresista. Fray Guillermo la habría adorado. A mí, el veredicto que hacía sobre su país me resultaba deprimente.

DESPUÉS DE CONDUCIRNOS A DZAG, Sambuu y su hijo regresaron a casa. La partida hizo que al hombre se le humedecieran los ojos y su rostro de payaso se transformó en una caricatura de afectuosidad sentimental. Quería que supiera que no había pretendido molestarme con su comentario sobre mi antigua condición de enemigo extranjero. Tenía que perdonarlo, dijo. Era un viejo y sentía nostalgia por los días felices de su juventud, cuando la vida era mucho más sencilla. Me agarró la mano y la estrechó casi febrilmente. Yo era un extranjero bueno, añadió, y se alegraba de que ahora pudiéramos ser amigos. Esto era una especie de compensación, en un mundo que se estaba echando a perder. El anciano se alejó sorbiéndose las lágrimas. En el promontorio que había por encima de Dzag, los dos se volvieron para decirnos adiós con la mano; luego desaparecieron de nuestra vista, internándose en los paisajes del día anterior.

En Dzag pasamos cinco días, acampados a orillas del río, en medio de un grupo de *gers*. Los jinetes que pasaban por allí se detenían a charlar, con lo cual las invitaciones a cenar era muy frecuentes y, al cabo de poco, formábamos parte del vecindario, llegando a conocer a los más ricos y a los más pobres del llano.

Uno de los visitantes habituales se llamaba Prevdorj y era el hombre más importante del distrito. Cabalgaba por la llanura como un señor medieval que inspeccionara sus dominios, obeso, colorado y víctima de la gota. Tenía fama de pendenciero. Nadie lo apreciaba, aseguraban las habladurías. Ni siquiera sus familiares, que lo cortejaban sólo por la herencia. El hombre pasaba las tardes con grupos de bebedores al otro lado del río y diariamente regresaba a casa dando ligeros bandazos sobre la silla de montar. Sin bajar del caballo, se detenía a charlar con nosotros fuera de la tienda y todos los días nos prometía con magnanimidad caballos y un guía, pero nunca encontraba a nadie disponible. Una mañana, al visitarlo cuando aún estaba sobrio, a fin de preguntarle por los caballos, nos lo encontramos sin camisa, reclinado en su tienda palaciega, acariciándose su enorme vientre y atendido por cuatro de sus hijas como si fuera un sultán en sus aposentos privados. Aseguró que había enviado a buscar un guía y caballos, y que estos tenían que llegar en cualquier momento. Sin embargo, al dirigirnos a la salida, una de sus pacientes hijas nos advirtió que sería mejor que hiciéramos otros planes.

Nuestros vecinos más cercanos eran una pareja muy humilde, con cuatro hijos. Sus recursos eran escasos, pero su hospitalidad no tenía límites. Cada mañana, ella venía a visitarnos con unos tazones de leche de yak y yogur, y charlaba sin cesar, feliz de tener a alguien nuevo con quien hablar. Su marido había trabajado en la pequeña central eléctrica de Dzag, pero el aumento repentino del precio del carbón había impulsado su cierre. De todas las familias que yo había conocido en Mongolia, ellos eran los únicos que ni siquiera poseían un caballo.

«Aquí no formamos parte de la economía de mercado», declaró orgulloso el hombre una noche, cuando estábamos de visita en su *ger* con un grupo de vecinos.

Entonces nos contó una historia que había oído en la estación de ferrocarriles de Saynshand, en la línea del Transiberiano. Por lo visto, dos mujeres paseaban por el andén, vendiendo a los pasajeros tazas de té y *airag*. Hizo una pausa para que entendiéramos el verdadero significado de aquello, al tiempo que levantaba las manos hacia nosotros en un gesto de súplica. El té y el *airag* eran lo primero que se le ofrecía a cualquiera que visitara una *ger*.

«Imaginen —musitó—. Vender té y *airag* a la gente...»

Sus incrédulos vecinos sacudieron la cabeza ante semejante barbaridad. También yo intenté mostrarme escandalizado, mientras ocultaba que la venta de té era algo habitual en mi bárbaro país... Mandah guardó silencio también: en aquella pobre *ger*, las tradiciones del campo se manifestaban con toda su honorabilidad.

Después de algunas averiguaciones, localizamos a la madre de la novia y le enviamos el mensaje de que le traíamos una carta de su hija. La mujer llegó al cabo de una hora, reconocible de inmediato porque tenía la misma frente despejada y los hermosos ojos almendrados de la hija. Se mostró encantada de que hubiéramos sido invitados a la nueva *ger*, pues creía que un invitado extranjero era un buen augurio para la vida matrimonial de su hija. Dejamos escapar unos balbuceos tranquilizadores sobre lo feliz que nos había parecido y lo bien que se había adaptado, y la madre aceptó esto agradecida, aunque sin creérselo del todo. Cogió la carta, la dobló y se la metió entre los pliegues de su *del*.

«En veinte años, nunca nos habíamos separado —le confió a Mandah—. Rezo por su felicidad, pero para mí su matrimonio no es más que una especie de muerte. Y me avergüenzo de estos sentimientos.»

Cuando no estábamos de visita con los vecinos, aguardábamos la llegada de los caballos jugando a las cartas, paseando por las orillas del río y leyendo... Yo leía a Chéjov. Para Mandah, su único libro era la Biblia. Los misioneros le habían regalado un ejemplar de la edición editada en el nuevo inglés estadounidense, que por fortuna había perdido. En un tenderete callejero de Ulan Bator había encontrado la versión de St. James* para sustituirla. Aquel lenguaje arcaico no le gustaba demasiado, pero le aseguré que se trataba de la edición que leería el propio Dios, y Mandah supuso que el inglés de Dios debía de ser mucho mejor que el suyo.

Por la noche me leía salmos. El lenguaje y las imágenes parecían surgir de los paisajes que se cernían sobre nosotros.

* Traducción conocida como la «Biblia Autorizada» de Inglaterra, y popularmente llamada «Versión del rey Jacobo» (1611). Se trata de la nueva traducción de la Biblia que autorizó Jacobo I Estuardo (1566-1625). *(N. del T.)*

LA PERSONA QUE AL FINAL NOS ALQUILÓ SUS CABALLOS y nos acompañó en la siguiente etapa del viaje era un campesino inocentón, un joven de expresión bobalicona, sombrero de ala ancha y copa baja, así como una sonrisa torcida que dejaba entrever sus dientes de caballo. Su decencia innata hacía que el resto del mundo semejara peor de lo que era en realidad. No conocía la región por donde teníamos que pasar y, en el fértil campo de su ignorancia, pronto florecieron las angustias. Su principal preocupación eran los ladrones de caballos. Estaba convencido de que los valles eran un hervidero de salteadores. Cada noche ataba las bestias a una estaca con extremo cuidado antes de tender su petate al raso junto a ellas. Dormía sólo de forma intermitente y, durante el día, era propenso a dar cabezaditas sobre su silla de montar, aunque se despertaba sobresaltado, como si temiera que un ladrón fuera a robarle el caballo que tenía entre las piernas.

Lo acompañaba un sobrino de diez años, un muchachito muy serio que montaba encima del equipaje, como un emperador menor de edad. Por las noches, los dos jugaban a cartas con Mandah. Ella les enseñaba un juego estadounidense llamado Cheat, basado en unos engaños muy complicados. El niño de diez años era un astuto competidor, con cara de jugador de póquer, pero su tío nunca llegaría a coger el tranquillo de la imprescindible mala fe del juego.

El segundo día cruzamos la cordillera de Hangay para entrar en la provincia de Arhangay. En lo alto del paso, dos perros negros se cruzaron en nuestro camino, como un mal presagio, y se escabulleron hacia el sur. Cuando desmontamos y dimos la vuelta en torno al *ovoo*, al tiempo que añadíamos unas cuantas piedras, advertí que una de las ofrendas votivas era una arqueta de madera. Estaba abierta y pude ver que en su interior estaba repleta de billetes de banco pequeños. Comprendí que allí dentro estaban tan seguros como en la caja fuerte del Banco de Mongolia.

Bajamos por el otro lado hacia el río Chuluut, una corriente rápida que se deslizaba sobre rocas cobrizas y luego se curvaba en el fondo de un acantilado rocoso habitado por cuervos, cuyos graznidos caían como piedras sobre nosotros. Más allá, el valle se abría a luminosos prados salpicados de *gers* y de caballos. Y en las lejanas laderas había bosques de alerces, los primeros bosques auténticos que yo veía en Mongolia. La desnuda sencillez de los pastizales se veía invadida ahora por un terreno

más complejo. Arhangay tenía fama de ser una de las provincias más salvajes de Mongolia, suavizada por sus anchos ríos y por sus árboles. Después de tantos espacios abiertos, los bosques parecían casi íntimos y seductoramente tentadores.

Los relatos de viajes a caballo por Mongolia contienen sin excepción el lamento de una queja. Las enormes distancias, la continua dieta basada en el cordero, los incómodos andares de los menudos caballos del país, los rigores extremos del clima y la desolación del paisaje han inquietado a muchos viajeros, desde fray Guillermo hasta el gran Przevalski, en el siglo XIX. Yo no puedo incluirme en esta literatura de las incomodidades. En Mongolia me preguntaba cómo era posible sentirse tan feliz. Cuando los caballos eran buenos y el tiempo apacible, me sentía en el paraíso. En el movimiento de los viajes siempre existe una maravillosa quietud. Durante cuatro meses, nunca me preocupé por la llegada.

La mañana del cuarto día avanzamos con dificultad por una llanura pedregosa, perseguidos todo el rato por rachas de lluvia, pero al llegar a Chuluut las nubes se abrieron y el sol proyectó sus rayos sobre los tristes edificios.

Aquél fue un Momento Gary Cooper, con ligeros toques de Agatha Christie.

11

DE PESCA CON EL BIBLIOTECARIO

ENTRAMOS A GALOPE EN EL PUEBLO DE CHULUUT, con nuestros caballos resoplando y empapados por la lluvia, y nos encontramos a las fuerzas vivas reunidas, como sospechosos durante el desenlace de un misterioso asesinato: el alcalde, el policía, el tendero, el bibliotecario, la encargada del hotel y el jefe de correos. Estaban sentados en los destartalados bancos del jardín que había delante del ayuntamiento, como si los hubiera juntado la casualidad. Sin embargo, los prismáticos los delataban. Ya nos habían divisado cuando todavía estábamos a varios kilómetros de allí, un cuarteto de jinetes con un caballo para el equipaje y un extranjero —a pesar de la distancia, era indudable que mi estatura me había delatado—, y se habían concentrado en el ayuntamiento para no perderse el espectáculo.

La comitiva de bienvenida resultó ser bastante tímida, como si mi llegada los desconcertara. El bibliotecario fue el encargado de hacer el discurso. Era un joven muy nervioso, algo hambriento de estímulos intelectuales. Al oír que yo era escritor, antes de que pudiera desmontar, ya me preguntó mi opinión acerca de la influencia de Shakespeare en la literatura rusa. Mientras yo ataba los caballos y desataba el equipaje, permaneció pegado a mí, diseccionando el desarrollo de los personajes en *Los hermanos Karamazov*. Mi Momento Gary Cooper se vio asaltado por la Crítica Literaria.

El bibliotecario, el policía y el alcalde cargaron con nuestras bolsas y sillas de montar, y todos nos dirigimos en grupo al interior del ayuntamiento, donde dos habitaciones en la planta baja servían de «hotel» para los visitantes. Se produjo un leve retraso en el acomodamiento cuando no hubo forma de encontrar las llaves de las habitaciones. La encargada del hotel, una atractiva mujer que se había presenta-

do con los labios pintados y un *del* dorado para el primer compromiso oficial desde hacía meses, recordó que había entregado las llaves al policía. El policía estaba seguro de que se las había dado al alcalde, este creía haberlas entregado al cartero y el cartero recordaba que se las había devuelto al policía. La ayudante de la encargada del hotel, una mujer fornida con cara de luchador profesional y la única que no estaba relacionada con la odisea de la llave, echó mano de un hacha enorme. Mientras los hombres se mantenían a un lado, de un solo golpe liberó el candado de su cadena. Al otro lado estaba nuestro hogar temporal: dos habitaciones desnudas, con dos catres metálicos.

Chuluut era un ejemplo digno de estudio del abandono que ya nos resultaba tan familiar. Estaba formado por una veintena de edificios en distintas etapas de desmoronamiento. Cuanto más nuevos eran, más espectacular era su degradación. En la escuela, construida a finales de los setenta, se había renunciado a la lucha para mantener el gimnasio, y los vencejos volaban a través de los huecos de las ventanas para anidar entre las graderías y los aros de baloncesto. El ayuntamiento, construido hacía quince años, aparentaba unos cincuenta años de abandono. Un puñado de cabañas de estilo ruso, mucho más antiguas que los edificios municipales, mantenían su dignidad arquitectónica. Tras las vallas de estacas puntiagudas, se combaban con cierto encanto; el desmoronamiento las favorecía.

En cambio, la desintegración del ayuntamiento tenía una característica mucho más siniestra. Lo estaba consumiendo un hongo mutante. Alimentándose con la madera del suelo, una putrefacción seca, de proporciones monstruosas y aberrantes, avanzaba de manera gradual por el edificio. Cuando una habitación sucumbía, simplemente se la abandonaba, y las puertas se sellaban con clavos. Al cabo de pocos meses, en la habitación contigua se observaba cómo un siniestro zarcillo se curvaba siguiendo el ángulo del zócalo. Pronto surgiría la familiar erupción en forma de cultivo trífido y el hongo reclamaría otra víctima. El olor se filtraba por todo el edificio, ácido y flatulento como la col. Para los pastores que acudían al pueblo con el fin de recoger el correo o comprar un kilo de azúcar, aquél era el olor de la vida sedentaria.

Pero en Chuluut nadie hablaba del hongo, que se mantenía encerrado tras las puertas aseguradas con clavos. Una vez estuve solo en el edificio, atisbé entre las rendijas de las habitaciones desahuciadas.

Con la luz mortecina que se filtraba entre los postigos de las ventanas pude ver cómo el negro cultivo se extendía horriblemente por el suelo y escalaba las paredes. Los rumores acerca de las habitaciones cerradas y de la siniestra planta viva se extendían casi con la misma celeridad que el propio hongo. Cuanto más se alejaba uno de Chuluut, más grotescas eran las proporciones del rumor. En la siguiente etapa de mi viaje, en las lejanas *gers* de las fronteras de aquel distrito, me encontraría con pastores convencidos de que la podredumbre infectaba a todo aquel que visitaba el ayuntamiento y que aparecía en su rostro como una plaga negra. En todas partes coincidían en que el hongo era una prueba de la superioridad de las *gers* y la inferioridad de los edificios. Aquello era lo que podía esperarse del virus de las ciudades, le oiría decir a un anciano.

«SE TRATA DE UNA CUESTIÓN DE CELOS PERSONALES —susurró el bibliotecario—. Cada vez que intento publicar mis poesías, siempre hay alguien que lo impide.»

Sus manos eran lo primero que advertías en él. Las movía nerviosas delante del cuerpo, sus largos dedos retorciéndose como antenas. Tenía los ojos oscuros y de mirada intensa, pero evasivos. Cuando escuchaba, los ojos miraban furtivamente al interlocutor y, mientras hablaba, miraban hacia otro lado, de modo que eran las manos extendidas, angustiadas y suplicantes, lo que constituía el punto de contacto. Era un poeta frustrado. Fuerzas oscuras habían impedido su reconocimiento como tal. Y Chuluut estaba lleno de conspiraciones en su contra.

«No sé por qué me odian», musitó, los dedos apretados y juntos por un instante.

El bibliotecario era otro personaje chejoviano: el intelectual, el aspirante a escritor, el romántico desesperado, atrapado en el campo, donde nadie lo comprendía. Vio nuestra llegada como un prodigio. En su mundo, nada ocurría por casualidad. Por extravagante que parezca, durante nuestra estancia en Chuluut el bibliotecario pareció creer que podríamos rescatarlo de aquel encierro. Yo tenía que saber la manera de que le publicaran su obra, ignorada de forma tan cruel. Yo sabría apreciar su talento y, reconociéndolo públicamente, permitiría que los vecinos lo vieran bajo el prisma de una nueva luz. Mandah,

por su parte, podría proporcionarle la posibilidad de un amor no correspondido, primordial para el sufrimiento romántico.

Como la mayoría de la gente del pueblo, Mandah lo ridiculizaba a sus espaldas. El rostro del bibliotecario tenía una especie de oscura belleza, pero su cuerpo carecía de gracia.

«Mire sus piernas —solía exclamar Mandah, esforzándose para no estallar de risa, cuando él pasaba por la calle—. ¡Mírelo! ¡Mírelo!»

Yo no lograba ver el problema de sus piernas; sin embargo, según Mandah, eran para partirse de risa.

El bibliotecario vivía con enorme pobreza junto a su esposa y sus innumerables hijos en una de las cabañas rusas cerca del ayuntamiento. La encargada del hotel y su ayudanta, que venían a hacernos el té y las comidas en la pequeña cocina contigua a nuestras habitaciones, participaban en los chismorreos acerca de él. La madre del bibliotecario había sido una figura de cierta notoriedad en el pueblo, con una tumultuosa vida sentimental. De joven se había enamorado sin remisión de un hombre poco recomendable —corrían rumores de que tenía una esposa en Ulan Bator—, hasta que la familia de ella los obligó a separarse. Más adelante se casó con un hombre sensible, un maestro del pueblo, con el que había tenido dos hijos: el bibliotecario y una hermana gemela, que moriría al cumplir un año de edad. La madre perdería el juicio a causa de la pena y la abuela se vería obligada a criar al muchacho.

El bibliotecario había seguido la tradición familiar, alimentando las habladurías de todo el distrito. La gente solía intercambiar historias relacionadas con su persona.

«Se olvida de los hijos», me contó la corpulenta mujer que había roto la cadena del candado.

Supuse que quería decir que los desatendía.

«No, no. Los pierde de verdad. Una vez en Ulan Bator dejó al hijo mayor en un restaurante y, cuando regresó a buscarlo, se encontró con que la policía se había hecho cargo de la criatura. Le costó tiempo y esfuerzo convencerlos de que el niño era suyo. No podían creer que se le hubiera olvidado.»

Aquellas habladurías no eran maliciosas. La gente del pueblo sentía compasión por las dificultades del bibliotecario. Su pobreza, su carencia de animales, el mísero salario gubernamental que raras veces

llegaba con puntualidad, constituían una preocupación para todo el mundo, y la familia sobrevivía gracias a pequeños actos de disimulada generosidad.

Sin embargo, aquella generosidad, contemplada a través de las ventanas de la biblioteca, se veía como otro tipo de conspiración. El bibliotecario consideraba su vida malograda por los rechazos, las negativas y las obstrucciones. La imposibilidad de encontrar un editor era sólo la última de una larga serie de ambiciones frustradas. La biblioteca, un modesto local, constaba de una única sala situada en los bajos de un edificio que había frente al ayuntamiento. Olía a madera de pino y a libros viejos. El bibliotecario solía sentarse junto a la ventana, donde leía a Dostoievski y periódicos con tres meses de antigüedad. Cuando pasábamos por la calle, levantaba la vista y su rostro enjuto y angustiado flotaba sombrío tras los cristales, como si se tratara de un objeto en exposición: «hombre al límite de sus fuerzas».

«En el pasado, su mujer fue una belleza —me dijo la mujer del hotel, con un suspiro—. Pero la vida de ambos ha sido muy difícil.»

MANDAH QUERÍA TELEFONEAR A ULAN BATOR para informar a sus padres que aún seguía con vida. La central telefónica de Chuluut era una cabaña pequeña, con una enorme antena parabólica en el exterior. Por desgracia, la antena nunca se había podido conectar. Alguien me explicó que formaba parte de un programa de ayuda, pero, al llegar las instrucciones en francés, nadie sabía cómo funcionaba. Así que la central se regía según los métodos tradicionales: detrás de un alto mostrador, la telefonista movía una manivela y gritaba a través de un antiguo micrófono en forma de embudo. Los retrasos en establecer la conexión eran considerables y había muy pocas personas que acudían a telefonear.

En un banco de la sala de espera encontramos a Rudy, un joven mochilero alemán. En esa ocasión iba sin su mochila, pero bastaba con su atuendo para identificarlo. Vestía los pantalones holgados, teñidos y anudados que estaban de moda entre los trabajadores de los arrozales en el Alto Mekong y eran obligatorios entre los mochileros que recorrían Asia. Una chaqueta de excedentes del ejército, en el pasado el orgullo de los vietcong, era su concesión al clima de Mongolia.

El conjunto se completaba con un bolso de *batik* y un sombrero bordado sin alas. Éste se veía bastante atractivo en la cabeza de los hombres de las tribus himalayas en el valle del Alto Hunza, para quienes estaba diseñado, pero en Rudy se veía algo ridículo. Tenía cara de patata, el pelo lacio de color naranja y el tipo de nariz grande europea que provocaba pesadillas a los niños mongoles.

Uno de los múltiples placeres de Mongolia es que se encuentra muy lejos de los trillados itinerarios que por lo general atraen a los jóvenes mochileros. En los momentos de dificultad, siempre lograba reanimar mi espíritu acordándome de que estaba a miles de kilómetros de los cafés donde podías encontrar bizcochos de plátano, gastadas guías de *Lonely Planet* y tablones de anuncios repletos de gente que buscaba a otra gente a la que había conocido dos meses atrás en la India. El corazón me dio un vuelco cuando vi a Rudy. En cambio, su rostro se iluminó al verme a mí y me hizo sentir culpable por mi falta de caridad.

«¿Os dirigís a Ulan Bator?», preguntó anhelante.

Le contesté que sí.

«¿Tenéis sitio en vuestro jeep?»

Le expliqué que viajábamos a caballo y que no llegaríamos a Ulan Bator al menos hasta dentro de un mes. Rudy se mostró alicaído.

«¿A caballo?», murmuró, haciendo que sonara como una afrenta personal.

Detrás del mostrador, la telefonista gritaba al micrófono:

«¡*Bano*! ¡*Bano*! ¡*Banooooo*!».

Bano no es tanto un saludo como una pregunta, una especie de «¿Hay alguien aquí?», y su repetición al hablar por teléfono era muy significativa en cuanto a la fiabilidad de la red telefónica del país. En aquel lugar remoto, mientras intentabas establecer contacto con el mundo exterior, la repetición de la palabra tenía sin duda cierto patetismo.

«¡*Banooo*! ¡*Banoooo*! ¡*Banoooooo*!», entonaba la telefonista, mientras se balanceaba en el asiento. La repetición se había convertido en una tonadilla.

Le pregunté a Rudy cuánto tiempo llevaba esperando la conexión.

«Dos días», contestó.

«¿Y cómo viniste a parar aquí?»

«Me dirigía a China con el Transiberiano y me detuve un par de

días en Ulan Bator —explicó Rudy—. Quería conocer a los auténticos nómadas. En la estación de ferrocarriles conocí a un tipo que me aseguró que podría arreglar las cosas para que yo viniera al campo.»

Al parecer, Rudy le había pagado a aquel individuo trescientos dólares —tres meses de salario para el residente medio de Ulan Bator— a fin de que lo llevara a Chuluut y lo instalara con unos familiares. Rudy llevaba una semana en contacto con los auténticos nómadas, y ahora tenía prisa por regresar a Ulan Bator. Por desgracia, en Chuluut no había vehículos para alquilar y confiaba en que un contacto que tenía en la capital le enviara un jeep para rescatarlo.

Rudy era un misterio para la gente de Chuluut, y nadie sabía muy bien de dónde venía ni por qué estaba allí. Se hospedaba en una *ger* de las afueras del pueblo y pagaba a la familia veinte dólares al día por tres comidas, una esterilla en el suelo y el privilegio de contemplar sus ovejas. La familia tenía que pellizcarse para creer en su buena fortuna. Los hombres de la *ger* gastaban el dinero de Rudy comprando Gengis Kan en la tienda y se pasaban la semana entre los vapores del alcohol, mientras Rudy se sentaba en lo alto de una colina y se entretenía contándoles las cabezas de ganado. Los demás habitantes de Chuluut sacudían incrédulos la cabeza ante la excéntrica naturaleza de los extranjeros. Algunos de los más viejos creían que podía tratarse de un espía, pero la mayoría se limitaba a creer que estaba mal de la cabeza. Su atuendo, así como su melena, otorgaban cierta verosimilitud a esta suposición.

Rudy creía que el pastoreo era el estado natural del hombre. Según él, las migraciones de los nómadas eran un reflejo de nuestra inquietud congénita.

«Necesitamos movernos —afirmó con teutónica monotonía—. La característica del hombre es la impaciencia. Todos nuestros males derivan de la quietud.»

Con su atuendo ecléctico, Rudy tenía el aire de un refugiado desplazado. En su caso, huía de los barrios residenciales de Hamburgo, un impulso bastante comprensible.

«Las calles son una cárcel, tío —añadió—. En la ciudad me siento atrapado. Necesito espacio para ser libre.»

«¿Hay alguien ahí? —entonó la telefonista—. ¿Hay alguien ahí?»

Para Rudy, la Arcadia que era Mongolia se había echado a perder sólo por la presencia de los mongoles. Esperaba algo mejor de un pue-

blo libre de los trabajos burocráticos y de las hipotecas. En Chuluut había llegado a sentirse asediado. Todo el mundo parecía ávido de dinero, sobre todo del suyo.

«Los han corrompido —se quejó—. Los nómadas ya no son libres. Quieren las mismas cosas que en Occidente.»

Estuve de acuerdo con él en cuanto a aquella explosión de deseo consumista.

«Y la comida —hizo una mueca—. No comen vegetales. Cuando pienso en lo que podría cultivarse aquí...»

«Resulta difícil cultivar hortalizas y trasladarse de sitio al mismo tiempo...», insinué.

«*Banooo* —el canto de la telefonista había adquirido de pronto un tono distinto. Había alguien al otro lado—. ¡Ulan Bator! ¡Ulan Bator! —gritó—. ¡Aquí Chuluut, Chuluut! ¡Ahí está Ulan Bator!»

Le tendió el auricular a Rudy, que se abalanzó sobre el mostrador. Con el impulso, volcó su bolsa desparramando todo su contenido por el suelo.

«¿Jack? —musitó Rudy, como si tratara de despertar a alguien en una casa a oscuras y temiera despertar a los demás habitantes—. ¿Jack? ¿Estás ahí? —se quedó escuchando un momento—. Jack, ¿puedes oírme? —la voz de Rudy subió de tono—. ¡Jack! ¡Jaaack! ¡Necesito un jeep! Jack, ¿puedes oírme? ¡Un jeep! ¡Necesito un jeep!»

Pero la línea ya se había cortado. Rudy dejó caer la cabeza sobre el mostrador y la telefonista tuvo que forzarle los dedos para retirar el aparato de su pálida presa.

CHULUUT ME OFRECIÓ LA OPORTUNIDAD de mejorar mis habilidades en cuanto a la pesca con mosca. A pesar de que hay algunos ríos excelentes para pescar, a los pastores mongoles les horroriza la idea de comer pescado, de modo que dejan el campo libre a los extranjeros chiflados como yo.

Una tarde me dirigí al río para probar suerte, con el bibliotecario como guía. Para él y su familia, el pescado era una necesidad. Como no criaban animales y tenían muy poco dinero, de vez en cuando la gente los ayudaba con una oveja sobrante, pero la mayoría de los días el bibliotecario tenía que ir de pesca para poder cenar.

En el río se convirtió en otro hombre: tranquilo, reposado, pensativo. Hablamos del paisaje. El bibliotecario era un gran aficionado a la historia natural y poseía unos minuciosos conocimientos sobre los pájaros y las plantas que pululaban por la orilla del río. Me indicó las distintas formaciones rocosas que el río había dejado al descubierto: dolomitas, piedras calizas, pelitas... Para el bibliotecario, la era glacial era historia reciente, casi actual. Pero la mayor parte del tiempo permanecía callado. En silencio, era una compañía notablemente buena.

Del mismo modo que en lo de montar a caballo, yo sólo había practicado la pesca con caña el año anterior, en Idaho, en el Henrys Fork, uno de los grandes ríos para la pesca con caña del Oeste estadounidense. Entre sesión y sesión, había leído el espléndido libro de Norman Maclean, *El río de la vida*, con su maravillosa frase inicial: «En nuestra familia no existía una frontera clara entre la religión y la pesca con mosca». Me había impresionado que la pesca con mosca fuera el deporte de los filósofos, y todo aquello se me había subido a la cabeza. Con la pasión de los nuevos conversos, me sentía capacitado para hablar sin avergonzarme de la maestría del lanzamiento del sedal, de los misterios de los ríos y del significado de la vida.

En Londres había visitado una tienda especializada de Pall Mall, donde un dependiente muy dispuesto, entusiasmado con la idea de que yo me dirigía a Mongolia, por lo visto un paraíso para los aficionados a la pesca con mosca, me había vendido un conjunto de aparejos asombrosamente caros. Hasta entonces, el viaje me había proporcionado pocos ríos para pescar, pero, al encontrarme en los exuberantes paisajes bien regados de Arhangay, ansiaba un cambio en la monótona dieta de los mongoles.

El Chuluut era un río ancho y poco profundo que corría sobre un lecho de pálidas piedras grises, lo que mi manual de pesca denominaba un rápido de poca altura. Bajo la mirada absorta del bibliotecario, acoplé mi caña, encajé el carrete y elegí una de las misteriosas moscas que llevaba en mi estuche. Me decidí por la más grande, una cosa peluda y negra llamada Wooly Bugger, que pensé sería sin duda adecuada para los rudos peces mongoles. Yo no sabía gran cosa sobre mis posibles presas, aparte de sus nombres —los ríos mongoles son el hogar de los *lenok* y los *taimen*—, pero un fotógrafo al que había conocido

en la tienda de Pall Mall me enseñó una foto en la que un pescador se debatía con un *taimen* del tamaño de un pequeño caimán.

El equipo del bibliotecario era más modesto. Pescaba con un trozo de cordel atado en torno a un palo. El cebo era un pedazo de carne seca de cordero. Me disponía a compadecerme de él e ir a ver si podía prestarle algo de lo adquirido en Pall Mall, pero me interrumpí cuando vi que empezaba a sacar un *lenok* enorme. Me alejé un poco corriente arriba y estuve lanzando más o menos durante una hora, sin resultado alguno, cuando el bibliotecario, que para entonces había pescado ya dos *lenok* más, me ofreció un trozo de cecina de cordero. Vi que en el fondo no había entendido nada respecto a la pesca con mosca, y me dispuse a explicarle la maestría del lanzamiento del sedal, pero ya le había distraído otra presa que mordía su anzuelo. La voracidad que los peces mongoles demostraban por la cecina de cordero era algo que debía tenerse en cuenta.

Tuve más suerte cuando el bibliotecario y su cordero se fueron a casa. Me quedé en el río hasta primeras horas del anochecer y conseguí pescar cuatro truchas pequeñas. No eran nada comparadas con la pesca del bibliotecario, pero servirían para una cena decente. Regresé al hotel a través de los pastizales, acompañado por las carretas de yaks que transportaban barriles de agua extraída del río, feliz con la pesca de aquel día.

DADO QUE NO QUERÍA ALARMAR A LAS MUJERES del hotel con cuatro pescados muertos, les di la noche libre. El alcalde vino a cenar, pues se había acostumbrado a comer pescado durante una corta estancia en Irkutsk y estaba casi tan emocionado como yo ante la perspectiva de saltarse la dieta de cordero. Se reunió conmigo en la cocina, donde yo estaba preparando un *risotto* de pescado. El entusiasmo del alcalde vaciló un poco al ver que yo añadía pimienta y ajos, que había conseguido en el mercado de Altai. La cocina mongola es tan austera que hace que la cocina inglesa parezca exótica y muy especiada.

Las truchas estaban casi a punto cuando alguien llamó a la puerta. Afuera había cuatro hombres. Habían llegado en ún jeep con una luz azul en el techo. El alcalde me los presentó como espías, y supuse que se refería a que eran agentes de seguridad, un grupo de avanzadi-

lla que revisaba los preparativos para la llegada de un miembro local del Parlamento, que vendría de gira por la zona la semana siguiente. El jefe del grupo era un antiguo agente mongol del KGB, un tipo corpulento, con la cabeza en forma de bala.

Imbuidos por nuestro papel de anfitriones, el alcalde y yo les hicimos pasar a mi habitación, donde tomaron asiento en los catres, a la luz de las velas. Yo había sido huésped en numerosas *gers*, así que conocía las reglas de hospitalidad de aquel país. Fingimos que ya habíamos comido y les tendimos unos platos de *risotto*, pidiéndoles disculpas por el pescado. Los tres secuaces lo probaron por educación, pero con reservas. En cambio, el tipo del KGB fue como si estuviera poseído.

«Delicioso —gruñía entre bocado y bocado—. Pescado fresco. Y con mucho ajo.» Se metía en la boca las cucharadas de arroz como si llevara días sin comer.

En la tierra donde se aborrecía el pescado, había tenido la desgracia de que llegara un tipo al que le encantaban las truchas. El agente del KGB había estudiado en Alemania del Este durante la etapa comunista y, junto con los métodos de tortura de la Stasi, había adquirido el gusto por la comida europea. Cuando el plato estuvo vacío, el hombre alzó los ojos con avidez y, en medio del repentino silencio, me oí que le ofrecía repetir.

Al final se zampó cuatro platos, acabando con toda nuestra cena. Repantigado en mi catre, eructó en silencio y pidió ver mi pasaporte. A continuación me formuló unas preguntas de rutina para comprobar si yo era un asesino extranjero y, luego, sin más ceremonias, desapareció en medio de la noche. Después de que se fueran, el alcalde y yo nos consolamos con un trozo de pan y una botella de vino búlgaro que subrepticiamente había escondido debajo de la almohada.

Fortalecido por mi cena de pescado, el agente del KGB se fue sin dilación a investigar a Rudy y éste descubrió que se había dejado el pasaporte en Ulan Bator. Al principio esto pareció un golpe de suerte para ambos. El agente del KGB podría multarle y quedarse con el dinero, y Rudy se moría por escapar de Chuluut. Pero cuando se enteró de que no iban a llevarlo a la capital, en calidad de extranjero indocumentado, se echó a llorar. No cabía duda de que era mucho más difícil escapar de las estepas de Mongolia que de los barrios residenciales de Hamburgo.

EL BIBLIOTECARIO NOS INVITÓ UN DÍA A SU CASA A TOMAR EL TÉ. Teníamos mucho que comentar, dijo en tono amenazador. Estaba ansioso por descubrir mi «autobiografía», añadió en tono descorazonador.

En una encarnación anterior, la habitación en donde el bibliotecario vivía con su esposa había sido una carpintería, parte de un colectivo ya extinto, y se diría que el ambiente doméstico estaba en conflicto con la atmósfera del taller. Era una estancia austera, con una estufa de hierro en un rincón y una enorme pila de madera en otro. El único mobiliario consistía en una mesa junto a la ventana y cuatro catres alineados contra las paredes. Una serie de niños pequeños se agarraban a las patas de los catres, enmudecidos por la terrible presencia de un extranjero muy alto. La esposa del bibliotecario, una mujer de aspecto agobiado y hombros redondos, nos saludó con una ambigua inclinación de cabeza. La estancia apestaba a pescado y a leña quemada.

Nos sentamos a la mesa. Las moscas zumbaban contra la ventana y el bibliotecario, muy nervioso, retorcía los dedos en un apretado nudo sobre la mesa. Antes de que empezáramos con mi autobiografía, quería exponerme la suya, dijo. Había vertido toda su angustiosa existencia en la poesía y se embarcó en aquella epopeya con un monótono cántico, si bien con frecuencia se apartaba del texto principal mediante anotaciones, notas y explicaciones que Mandah traducía con gran meticulosidad. Encima de la mesa yacía abierto un libro infantil, una compilación de cuentos de hadas en medio de las raspas de pescado. Había deslizado sus dedos hacia una pluma y, mientras recitaba, hacía garabatos en la hoja de guarda, tejiendo apretados dibujos en torno a un dibujo a plumilla de lo que parecía una *Caperucita Roja* rusa.

La vida del bibliotecario haría que *El Paraíso perdido* semejara una obra optimista y concisa. Era el relato cotidiano de una tragedia, un infortunio y una traición. Se había casado demasiado joven, y sus responsabilidades lo habían incapacitado para disfrutar de las ventajas de las primeras ocasiones que se le habían presentado. Su esposa, que cortaba leña con lúgubre actitud, tenía el aire cansado de una mujer que ha oído estos versos demasiadas veces. Él había estudiado geología y confiaba en que le dieran un puesto en Tsetserleg, la capital del *aimag*, pero se lo habían concedido a un pariente de un político local, en un descarado ejemplo de nepotismo. Cuando al final le garantiza-

ron un período como geólogo en Dornod, tuvo que interrumpirlo porque se le empezó a caer el cabello y se le cariaban los dientes. Una imaginación menos enardecida habría aceptado esto como un proceso lógico del envejecimiento, pero el bibliotecario podía reconocer una verdadera crisis cuando la tenía delante. Calvo y con dolor de muelas, había huido a Chuluut, su pueblo de nacimiento, donde las cosas fueron de mal en peor. A pesar de que era uno de los fundadores del Partido Democrático Social de Chuluut, cuando se eligieron los candidatos, ciertas conspiraciones políticas habían conseguido que su nombre desapareciera de la lista. El periódico que había fundado tuvo que cerrar por celos personales. Además, había perdido su empleo gubernamental como inspector local de Medio Ambiente cuando el antiguo alcalde conspiró en su contra, y le habían dado el cargo de bibliotecario para que mantuviera la boca cerrada. El tendero se negaba a concederle más crédito. Y un tío suyo, que había legado las ovejas a un primo segundo, a ellos sólo les había dejado un contrato limitado de arrendamiento del taller.

A partir de aquí, la autobiografía empezó a degenerar en ridiculeces como las goteras del tejado o el robo de leña por parte de los niños. Ahí estaba el problema de la vida real: que carecía de la construcción narrativa que poseía el arte. Le habría salido mejor si hubiese dejado las supercherías políticas para más adelante y hubiese añadido los problemas del tejado a la caída del cabello. Pero la vida tiende al clímax en los momentos más inoportunos. Agotado por su propia desgracia, perdió fuelle y la epopeya se difuminó entre explicaciones y estrofas interminables.

Unas profundas rodadas de tinta se habían abierto en torno a los tobillos de Caperucita Roja. Los estrechos ojitos del bibliotecario iban de un lado al otro de la mesa, como si buscaran algo —esperanza, quizá— entre las moscas, las raspas de pescado y las migajas de queso seco. Un olor amargo salía de su persona: halitosis y leche agria.

Expuesta ya su propia vida, el bibliotecario pasó a la mía. Me sentí un espíritu algo prosaico al no poder utilizar la poesía para narrarla. Pero resultó que el bibliotecario no quería conocer mi vida por mí, sino que iba a ser él quien me la explicara. Era un experto en leer la palma de la mano. Aliviado de la carga que suponía una autobiografía, le tendí la mano y confié en que mi existencia insulsa, si se com-

paraba con la suya, animara un poco el ambiente. Estaba muy equivocado.

La caligrafía de mi mano pareció confundirlo, como si su configuración fuera algo que no hubiese encontrado nunca. Arrastró el índice a lo largo de las líneas, hacia mi muñeca, y luego retrocedió otra vez hasta los dedos, como alguien que busca un nombre en un mapa. Al final se decidió a hablar.

«Usted fue un niño enfermizo —dijo e inclinó mi mano hacia la luz procedente de la ventana—. Seguirá teniendo graves problemas de salud. No será una vida larga la suya, pero puede llegar a los cincuenta.»

En anteriores ocasiones, la lectura de mi mano había proporcionado noticias ocasionalmente optimistas: larga vida, pocas dificultades financieras, suerte en asuntos amorosos... Sin embargo, con el dedo presionando indeciso en las pronunciadas arrugas, el bibliotecario estaba descubriendo un subtexto desconocido hasta ahora.

«Se casará», anunció.

Confié por un momento en que el flujo de la marea cambiara de dirección. Por lo visto, la gloria de la vida doméstica me estaba llamando.

«Sin embargo, su esposa no corresponderá a su amor y habrá infidelidades.»

Sentí que inconscientemente tiraba de la mano, en un intento por liberarla. Pero el bibliotecario la agarraba con fuerza.

«Surgirán dificultades financieras. Se arruinará y se verá obligado a vender su casa —inclinó la cabeza y frunció los labios—. En algún momento, dentro de los próximos cinco años, o puede que antes incluso, se producirá la muerte de alguien muy cercano a usted.»

Su mujer le habló con acritud desde el otro lado de la habitación.

«La muerte le vendrá por una de estas tres fuentes —prosiguió, sin inmutarse—: ataque al corazón, accidente o asesinato.»

En el siniestro instante de mi muerte, su mujer intervino trayendo unos tazones de té y dirigió a su marido una mirada de censura. El bibliotecario soltó mi mano, mi futuro por los suelos, y nos dedicamos a beber en silencio.

Más tarde, Mandah me contó que su mujer le había reprendido por aquellas predicciones. Por lo visto, años atrás había leído la palma de la mano a otra persona. Un relato similar de desgracias y todo se

había cumplido, incluso la muerte prematura. La familia del muerto echó la culpa al bibliotecario, dando por sentado que sus predicciones habían sido una maldición. Nadie en Chuluut se atrevía ahora a que el bibliotecario le leyera la palma de la mano. Veían sus propias tragedias como un virus capaz de infectar a los demás.

LA ÚLTIMA NOCHE DE NUESTRA ESTANCIA EN CHULUUT, oímos una llamada entrecortada en la puerta, dos golpes largos y dos cortos, como si de un código misterioso se tratara. Afuera, en el oscuro pasillo, estaba el bibliotecario. Pasaba la medianoche. Después de la lectura de mi mano lo había esquivado un poco, y ahora se presentaba ante mi puerta como el siniestro dios del infortunio.

«El museo», musitó.

Había prometido que me enseñaría el pequeño museo contiguo a la biblioteca, pero lo había ido aplazando. Sin embargo, en nuestra última noche en el pueblo, venía a buscarnos. Su paranoia imposibilitaba rechazar su invitación.

El gran arco de la Vía Láctea envolvía al pueblo dormido. Un yak que deambulaba hacia la central de teléfonos se detuvo delante de la biblioteca para mirarnos con expresión estúpida. El bibliotecario abrió después de forcejear con un manojo de llaves antiguas y a continuación nos guió al interior, entre oscuras hileras de estanterías. Encendió una cerilla y luego prendió el cabo de una vela. Nos internamos en las húmedas habitaciones. Las parpadeantes sombras, el olor a polvo y las cajas llenas de telarañas que había en la penumbra me hicieron sentir como si fuera Howard Carter.*

Junto a la puerta, entre una colección de animales disecados, había un lobo con las orejas comidas por la polilla. Encima, un enorme buitre desplegaba sus alas. Debido a la falta de cuidados, había perdido un ojo y parte de la pata izquierda.

«Los utilizaban para que se comieran los cadáveres —explicó el bibliotecario—. En el pasado dejábamos a nuestros muertos expuestos

* Egiptólogo británico. Cuando era inspector general del Departamento de Antigüedades del Gobierno egipcio, descubrió la tumba del faraón Mentuhotep. Más adelante colaboró con lord Carnarvon en el descubrimiento de la tumba de Tutankamón. *(N. del T.)*

al aire libre, como hacen los tibetanos. Estas aves los devoraban.» El hombre miró respetuoso a la asquerosa criatura, como si contuviera alguna esencia de sus antepasados.

Con la vela en alto, proseguimos como un trío de exploradores. De pronto me di cuenta de que avanzaba de puntillas. Después de algunas macabras reflexiones, nos asomamos a varias vitrinas. La mayoría de los objetos antiguos —sillas de montar, estufas, cabestros, *dels*— apenas se habrían podido distinguir, salvo por varias capas de polvo, de los artículos que se encuentran en una *ger* cualquiera. Eso me hizo pensar, una vez más, en cuán estática puede ser la vida de los nómadas, y en cómo contemplan con desconfianza cualquier tipo de innovación.

El único desarrollo histórico que el museo documentaba trataba de un rasgo del distrito que no tenía nada que ver con los nómadas: el desarrollo del mismísimo pueblo de Chuluut. Una serie de fotografías en blanco y negro mostraban la escuela, el hospital y el parvulario, todos relucientes y bien conservados... Había una foto de la inauguración de la pequeña central eléctrica, con su promesa de electricidad para la localidad. También había fotografías de la época de la cosecha del heno y el trigo en una granja colectiva de las afueras del pueblo, a la que habían añadido cerdos y gallinas para dar un poco de variedad a la dieta de los mongoles. Podían haber sido ilustraciones para un futuro feliz, pero era el Chuluut de los años sesenta. A partir de esta fecha, cualquier idea optimista acerca de la agricultura, la electricidad y la enseñanza se había ido a pique.

El bibliotecario acercó la vela a una pared en la que había mapas y planos, dibujos de plantas, estuches que contenían antiguos sutras tibetanos procedentes de un monasterio desaparecido hacía ya mucho tiempo... Entonces empezó a derramar un torrente de datos históricos y geográficos acerca de la región. Sus conocimientos eran enciclopédicos. Disertó sobre ríos y montes de la región, sobre rocas verticales y placas tectónicas, sobre las cualidades terapéuticas de ciertas plantas y sobre los patrones migratorios de las grullas damisela. Bajo la luz mortecina de la vela era como un suplicante que nos pidiera algo mediante su erudición, murmurando interminables mantras del conocimiento, como si pudieran rescatarlo de este mundo cínico y de la desesperada situación que ocupaba en él. Sin embargo, cuanto más

hablaba, más nervioso se ponía, como si se diese cuenta de que toda aquella información no conducía a ninguna parte y que la oportunidad se le escapaba de entre las manos.

Nosotros escuchábamos con paciencia, a la espera de un cambio para poder escapar. En algún momento de la clase magistral acerca de la parte alta del río Chuluut, logré dar por concluida la lección. Era muy tarde y al día siguiente nos esperaba una dura jornada. El bibliotecario volvió la cabeza bajo la luz de la vela, momentáneamente desconcertado por la interrupción. Posó una mirada fugaz sobre mi rostro. Pareció como si se estremeciera con el reconocimiento vago y doloroso de descubrir que ante sí tenía a un extraño, a un forastero, a un hombre que estaba a punto de partir.

«*Tim, tim*», murmuró comprensivo, enroscando sus largos dedos entre las llaves. Lo absurdo de sus expectativas nubló su frente. Se pasó una mano por la cara y se volvió hacia la puerta.

Por la mañana, la misma concentración de fuerzas vivas se había reunido para despedirnos y estrecharnos la mano. El alcalde, el policía, las dos señoras del hotel, el jefe de correos...; todos en pie, formando un grupo entre los arbolitos muertos que había delante del ayuntamiento, agitando las manos mientras nos alejábamos por la llanura.

El bibliotecario no estaba entre ellos.

12

EN COMPAÑÍA DE ANCIANOS

EL TIEMPO ESTABA CAMBIANDO. Cuando vadeábamos el río Chuluut, con los caballos pateando entre los bajíos, un viento nuevo sopló del este, en dirección contraria a la corriente, y la superficie del agua adquirió un color blanquecino. La mañana era fría, el cielo de color gris azulado y la gente hablaba ya de nieve. Estábamos a finales de agosto y el verano estaba acabando.

Después de cinco días en Chuluut, me sentía feliz de estar de nuevo sobre la silla de montar. En los destartalados pueblos donde parábamos entre una etapa y la siguiente, era como si el viaje se estuviera retrasando. Cada vez estaba más nervioso y agitado. Me sentía un estúpido arrastrando mi silla dentro y fuera de hoteles baratos, como un vaquero en paro. La llegada de caballos de repuesto, piafando en el suelo, ávidos por partir, significaba el instante de mi liberación.

En Chuluut había sido difícil encontrar caballos y un guía. En aquella época del año, las familias estaban ocupadas trasladándose a los pastos de otoño. Un individuo de apariencia delictiva se había presentado en el ayuntamiento como posible encargado de los caballos, pero no me decidí a contratarlo debido a un grave caso de alcoholismo. Colgamos un anuncio en la puerta de la centralita telefónica, el equivalente local a los anuncios por palabras, pero ya habíamos aprendido que la mejor manera de conseguir la máxima publicidad era mencionarlo como al descuido a las encargadas del hotel. Todo el distrito estaba enterado de mis rituales al afeitarme, de mi afición a las siestas y del color de mis calzoncillos.

Al final, la encargada me consiguió a uno de sus tíos. Era un caballero venerable, que superaba los setenta años, dueño de unos rebaños que eran la envidia de todo el distrito. Me recordaba a mis tíos

irlandeses, con su cara tosca y sus andares de piernas torcidas, su fuerte acento campesino y el sombrero perteneciente a otra época. Se trataba de un sombrero de fieltro bastante gastado, con el ala vuelta hacia arriba, como si pretendiera recoger la lluvia. Sus ojos eran del color del té, tenía unos mechones de pelo claro en los pómulos, cuatro dientes, calzaba las botas tradicionales de Mongolia, con las puntas curvadas de duendecillo, y tenía un nombre tibetano: Balginnyam.

Después de vadear el río subimos por la pendiente del valle, entre pinares, y luego giramos hacia el noreste y entramos en unos pastizales de hierba leonada. Entre las desnudas colinas nos encontramos con una familia en pleno traslado: se dirigían hacia el norte, a los pastos de otoño en los alrededores de Öndör Ulan. Todo el mundo, desde los abuelos hasta los niños pequeños, iba montado a caballo. La enorme marea de sus ovejas formaba ondulaciones por las herbosas laderas que nos rodeaban, vigiladas por dos muchachas adolescentes ataviadas con el clásico *del* rojo y un pañuelo en la cabeza. Una anciana, sentada a horcajadas sobre una yegua pinta, tiraba de tres camellos cargados con la *ger* y todos los enseres. Su hijo cabalgaba vigilante por los flancos de la pequeña caravana, empuñando un antiguo fusil ruso, con la esperanza de cazar una marmota para cenar. Dos muchachos de ocho y diez años, montados en corceles negros, se detuvieron a charlar con nosotros. El traslado los había animado y se sintieron decepcionados al enterarse de que íbamos en dirección contraria.

Nos despedimos agitando la mano desde una larga cresta sacudida por el viento y luego nos detuvimos a tomar el té con unos amigos del anciano que nos acompañaba. Era una *ger* de las mejores, con galletas recién horneadas y tres hermosas hijas. Fortalecidos con ambas cosas, proseguimos la marcha bajo unos cielos cada vez más bajos. Los caballos eran excelentes. Yo montaba uno muy elegante y fuerte, de pelo rojizo, con largas orejas de conejo. El anciano iba en uno más viejo, de color blanco, tan barrigudo que daba la impresión de que sus patas se proyectaban hacia fuera.

Mientras avanzábamos al paso, Balginnyam nos habló de su nieto. Tres años atrás, sus padres lo habían enviado a Chuluut desde Ulan Bator: un muchacho enfermizo, de dieciséis años, con un carácter bastante difícil. Creían que el campo le iría bien. El anciano había cuidado al muchacho con diversos remedios tradicionales, entre los cuales

estaba el potente tónico que era la orina de los humanos. Una vez el muchacho hubo recuperado la salud, aceptó la vida en el campo con entusiasmo. Aprendió a ordeñar yaks, a dar el biberón a sus crías y a esquilar las ovejas. Aprendió a hacer cuero crudo con el pellejo de una vaca y a destilar el *arkhi* de la leche de yegua. Montaba muy bien y tenía mucho cuidado en no sobrecargar al caballo. En seis meses había cambiado por completo, dijo el anciano, ahora trabajaba con ahínco y era disciplinado.

El muchacho se había convertido en el centro de su mundo... Lo quería, dijo el anciano, con sencillez. Le gustaba la sinceridad con que lo abordaba todo. Amaba su entusiasmo y su energía. Le encantaba redescubrir su propio mundo a través de los ojos del muchacho. Era un amor que había surgido tarde en su vida, y esto parecía sorprenderlo. El anciano tenía la serenidad de un hombre que ha encontrado sentido a su vida.

Me preguntó acerca de mi familia y se sorprendió al saber que yo no tenía hijos. Al dar por sentado que sólo la desgracia podía haber dado lugar a tales circunstancias, vaciló acerca de si debía seguir preguntando. Pero la curiosidad pudo con él. Cuando murmuré que aún no había conocido a nadie con quien deseara tener hijos, juzgó la respuesta tan inadecuada que dejó morir el tema para no provocar una situación más embarazosa.

A últimas horas de la tarde llegamos a un largo valle otoñal, donde pequeños grupos de *gers*, separados entre sí alrededor de medio kilómetro, expulsaban verticales líneas de humo hacia un cielo color ceniza. Acampamos cerca de un arroyo angosto, al pie de un pinar, después encendimos una hoguera y cocinamos el cordero que traíamos de Chuluut. El color leonado de la puesta de sol se filtraba entre las colinas que acabábamos de cruzar. Las notas huecas de los cuclillos resonaban a través de la profunda oscuridad de los bosques por encima de nosotros.

Durante la cena, Balginnyam habló con voz queda de las dolencias de la edad, de la vista que se le debilitaba, de la rigidez de sus rodillas, del frío en los pies por la noche... Incluso admitió que sentía ansiedad por los caballos, temor de que lo tiraran al suelo. Una confesión extraordinaria, viniendo de un mongol. Pero lo suyo no eran lamentaciones, sólo mera constatación.

«Estoy soltando mi presa —comentó con una ligera sonrisa al tiempo que abría la mano, en un gesto de liberación—. Voy a dejárselo todo al muchacho —añadió—. No me preocupa morir.»

Una vez encontrado el sentido al mundo, se sentía preparado para abandonarlo.

La noche se hacía más oscura y los rasgos del anciano retrocedieron bajo la luz de la hoguera. En aquella densa oscuridad se le veía incorpóreo, casi espectral. Un lobo aullaba de forma intermitente en el extremo más alejado del valle y al canto de los cuclillos le sucedió el ulular de los búhos entre los árboles, como vigilantes que marcaran el paso de la noche.

«A mi edad es una liberación —prosiguió el anciano—. Miro el mundo como si ya no formara parte de él. Me he convertido en un espectador.»

Desde el otro lado del fuego, sus ojos eran dos pozos de sombra. «Como usted», añadió.

«¿Como yo?»

Los mongoles eran demasiado educados para opinar acerca de la extravagante naturaleza de mis viajes. En cualquier caso, la mayoría habría aceptado mi viaje como algo inexplicable, similar al cambio climático o a la incidencia del mercado. Yo era un viajero. Procedía de Londres y desde Bayan-Olgiy había viajado a caballo a través de Mongolia... La gente estaba impresionada por esta hazaña de dominio equino, por mi adopción de las costumbres mongolas, por mi habilidad para sobrevivir a las penurias del campo... Pero, por encima de todo esto, yo era básicamente un misterio. Nadie entendía por qué había querido ir allí, ni qué sentido tenía mi viaje. Una vez descartada la posibilidad de que yo fuera un espía, mis motivos eran demasiado enigmáticos para merecer sus preguntas.

Sin embargo, el anciano me había estado estudiando.

«Usted es el *badachir* —dijo, utilizando una palabra que significaba caminante solitario—. Usted no tiene casa, no tiene familia, no tiene compromisos. Es usted un desplazado. Esta es la razón de que haya venido a Mongolia... En el propio país resulta mucho más difícil ser un desplazado.»

Mongolia me había atraído debido a la fascinación que sentía por los nómadas y por lo que yo consideraba su inquietud, su movilidad,

sus preferencias por una geografía fresca en contraposición a la rancia historia. Sin embargo, la realidad del país había resultado más complicada de lo que yo esperaba. En aquel mundo, la movilidad se veía limitada por la sensación física del paisaje y la búsqueda de nuevos pastos; por otro lado, la vida nómada estaba ligada a convenciones tan estrictas como las calles estrechas de cualquier ciudad. Acampados en aquel alto valle de tiendas y caballos, el anciano había comprendido que yo era el único individuo a la deriva.

NOS DESPERTAMOS BAJO UNA GRUESA HELADA, la primera de la temporada, que crujía entre los repliegues de las tiendas. En una *ger* contigua desayunamos *tsamba*, una pasta harinosa similar a las gachas, que se consumía sobre todo en invierno, mojada en un tazón de vodka de leche. «Para caldear los corazones», aclaró Balginnyam. Nuestro anfitrión, un viejo amigo del anciano, había consultado un almanaque astrológico y declaró que el día anterior, el inicio de nuestra etapa, era el día del dragón, una fecha que daba buena suerte.

Nos dirigimos hacia el noreste siguiendo la línea serpenteante del arroyo. Los rebaños rezagados daban vueltas en una órbita lenta alrededor de las *gers*. Las sombras de las nubes se alejaban veloces, entrando y saliendo de los contornos del valle que teníamos enfrente. En el aire translúcido, fragmentos de sonido llegaban con el viento: el deje de una canción entonada por voces infantiles, el coro grave del mugido de los yaks, el ritmo de los cascos al galopar, las notas a que daban lugar las voces de los vecinos llamándose a través de los prados. Los caballos también se habían dejado arrastrar por el contagioso humor de la mañana y se empujaban unos a otros mientras trotábamos por una pequeña garganta entre montañas y entrábamos en una tierra salvaje de valles desiertos, pastos otoñales y cielos de un azul transparente.

Después del mediodía nos topamos con un accidente en el camino. Un carro tirado por un yak había perdido una rueda. Los pasajeros eran tres damas —una anciana apoyada en un bastón y sus dos hijas—, acompañadas por un grupo de niños. Las tres contemplaban con leve consternación el carro roto, mientras el yak, libre de las guarniciones e indiferente a la crisis, almorzaba en medio de la crecida hierba, apartado del camino. Las tres mujeres nos proporcionaron unos

relatos dramáticos y conflictivos del accidente. En una versión bastante histérica, el niño más pequeño había caído debajo del carro y la rueda buena le había pasado por encima del pecho. Por lo visto, la víctima se había recuperado asombrosamente bien, dado que cuando llegamos estaba persiguiendo a su hermana por un prado situado por debajo del camino.

Fray Guillermo había viajado en carro durante las primeras etapas de su viaje, mientras sus guardaespaldas lo consideraron demasiado obeso para cualquiera de sus caballos. Y es de todos sabido que la enorme *ger* real de Gengis Kan se transportaba en un carro tirado por dos bueyes. Sin embargo, aquel era el primer carro que yo veía en Mongolia y me sorprendió como si fuera un artilugio recién inventado que, tal como era de prever, no acabara de funcionar.

Pero la caballerosidad se impuso y pasamos una hora reparando el estropicio. Fabricamos una nueva clavija mediante un trozo de madera y una larga navaja que Balginnyam se sacó de una de sus botas. Mientras trabajábamos, las mujeres desenterraron unas lecheras de estaño de entre los sacos medievales que llenaban la plataforma del carro y nos fueron suministrando tragos de *airag*. Cuando la rueda estuvo encajada de nuevo en el eje y la nueva clavija embutida en su extremo, la abuela volvió a instalarse encima de los sacos, engancharon en su sitio al atónito yak y el aparatoso vehículo se puso en marcha. Al girar sobre su eje, la rueda de madera emitió un agudo chirrido, el primer lamento primitivo de la mecanización.

Nos quitamos los sombreros y subimos por el valle. La pausa había puesto nerviosos a los caballos, así que echaron hacia atrás la cabeza y emprendieron un galope intermitente, como si necesitaran demostrar su superioridad sobre aquel histórico rival: la rueda. Los espoleamos por la empinada cuesta en el extremo sur del valle, donde se marcaron unos pasos de baile entre las piedras, asegurando los cascos sobre el suelo desmenuzado. Al llegar a lo alto del paso, donde un *ovoo* desplegaba las guirnaldas de harapos azules contra el cielo, me volví para mirar hacia atrás. Me costó un poco localizar el carro, que se arrastraba de manera casi imperceptible por el fondo del valle. Casi dos kilómetros se interponían entre nosotros y él. Sentí compasión por las tres mujeres y por su lento avance. En aquel momento, yo habitaba en un mundo lejano, todavía convencido de la superioridad de la si-

lla de montar y en el que la rueda parecía un proyecto estúpido, con pocas probabilidades de soportar la prueba del tiempo.

Luego obligué a dar media vuelta a mi caballo y galopé en pos de los otros, bajando por una pendiente pronunciada entre pinares, hasta un valle angosto donde un yak, metido hasta las rodillas dentro de un charco de aguas negruzcas, miraba con trágica expresión su propio reflejo, como si fuera incapaz de creer que Dios le hubiese dado ese aspecto. El agua contaminada supuso una decepción, ya que confiábamos en poder llenar las cantimploras. Por fin desembocamos en un ancho valle en el que había dos *gers* a orillas de un débil arroyo, y Balginnyam sugirió que nos quedáramos. Le preocupaba que fuera la única posibilidad de encontrar agua potable. Pero todavía era temprano y no me gustaba aquel sitio tan desolado. Ansiaba la presencia de árboles y de una hierba suave. Estábamos en el exuberante distrito de Arhangay y quería disfrutar de sus beneficios. Mediante los prismáticos descubrí, a lo lejos en dirección este, una hilera de colinas y decidí arriesgarme a continuar hasta allí. Estaba convencido de que habría agua en la base de las colinas. Balginnyam se mostraba escéptico, pero decidió confiar en mi buen juicio. No podía haberme hecho un cumplido mejor.

Nos costó tres horas cruzar la desértica llanura. Los fantasmas de las *gers* que habían acampado allí durante el verano torturaban la hierba: pálidas sombras circulares entre los restos ya viejos de huesos de animales. Las urracas danzaban junto a ellos buscando sobras y vi a un zorro que se retiraba colina arriba, en busca de terrenos más prometedores. A lo largo de las cansinas horas del final de la tarde, parecía que nos habíamos estancado en aquellas vastas extensiones. Cada ascenso nos descubría nuevas extensiones inesperadas de hierba castigada por el sol. Era como si las prometedoras colinas nunca estuvieran más cerca, como si fueran una ilusión provocada por la luz, siempre retrocediendo frente a nosotros. Mis dos compañeros, convencidos ahora de que había sido un error no habernos detenido antes, se hundieron en un silencio extenuante y malhumorado. Hasta los caballos empezaban a decaer.

Sin embargo, en la apacible última hora de luz natural, una franja de árboles surgió a lo largo de la base de las colinas. En cuanto olisquearon el agua y los pastos frescos, los caballos irguieron la ca-

beza. Veinte minutos más tarde, chapoteábamos cruzando un ancho río antes de penetrar en un herboso paraje lleno de frondosos álamos. Después de los raquíticos alerces de los días anteriores, los encontramos majestuosos, llenos de gracia, maduros como una fruta al final de la temporada. Los colores del otoño ya se habían apoderado de ellos y una capa de hojas amarillas cubría las amplias franjas de hierba entre los gruesos troncos. Aquello era un paraíso selvático.

Después de cenar, mientras nuestros caballos mordisqueaban llenos de felicidad la gruesa hierba, me senté con la espalda apoyada en un duro tronco, contemplando cómo la luz se extinguía a través de la llanura que acabábamos de atravesar. Las desnudas estepas de Mongolia habían logrado que echara de menos aquellos árboles. Bajo su aromática sombra me sentí invadido por la nostalgia. Aquella luz cambiante y moteada me era dulcemente familiar. Recordé excursiones por los bosques de la infancia, el seco olor de las hojas caídas desmenuzándose bajo nuestros zapatos cuando nos dirigíamos a la escuela a principios de otoño, tormentosas noches de invierno en que los árboles de nuestro hogar daban bandazos y se balanceaban como barcos, y los insinuantes dedos de las largas ramas que chocaban contra los cristales de las ventanas. Permanecí sentado en compañía de los árboles, hasta que llegó la oscuridad y las estrellas aparecieron a puñados entre las ramas.

Por la mañana estuve pescando en el río, aunque sin éxito. Después proseguimos sin descanso todo el día por valles llenos de rebaños y de *gers*, hasta llegar a Tsetserleg a última hora de la tarde.

Balginnyam no quería quedarse en la ciudad, a la que contemplaba con cierto desdén. Su intención era pasar la noche con unos amigos al otro lado del paso, antes de regresar a Chuluut. Había sido un compañero admirable, serio, sabio y entretenido. Mandah lo adoraba y lo respetaba, y me di cuenta de que el anciano había logrado templar el cinismo que ella mostraba hacia sus compatriotas. Lo acompañamos hasta las afueras de la ciudad, donde desmontó para decirnos adiós. En señal de despedida, acercó mi cara a la suya con ambas manos y rozó con los labios una de mis mejillas, respirando profundamente. Era una costumbre de los mongoles: inhalar el olor de una persona mientras posabas los labios sobre su cabeza.

«Cuando vuelva —dijo—, le daré el beso en la otra mejilla.»

Era una frase bonita, pero ambos sabíamos que nunca volveríamos a vernos.

TSETSERLEG ERA EL NÚCLEO HABITADO que más recordaba una ciudad de todos los que había visitado desde que saliera de Kazajstán, de eso hacía unos tres meses. Los edificios se alineaban a lo largo de calles de verdad, casi todos tenían ventanas, y en muchos había puertas. La calle principal incluso disponía de aceras. Por vez primera desde mi llegada a Mongolia percibí la auténtica vibración de la vida urbana. Chuluut, Darvi, Hovd, Olgiy eran simples puntos de encuentro donde se reunían los nómadas, centros administrativos con una serie de oficinas gubernamentales distribuidas al azar, en gran parte irrelevantes y en avanzado estado de abandono. Si aquellos pueblos se extinguieran de la noche a la mañana —y la mayoría parecía a punto de hacerlo—, sus habitantes se limitarían a montar a caballo y a volver a la *ger* de la familia, a los rebaños de ovejas y a la inteligente migración de los nómadas. En las afueras de Tsetserleg estaban los habituales barrios de *gers* y gran parte del tráfico que recorría las calles pavimentadas consistía en jinetes procedentes del campo. Pero también había personas con una historia diferente, habitantes permanentes, comprometidos con la vida sedentaria.

Me quedé en un hotel de la calle principal, en cuyo interior, fúnebre y desolado, la temperatura era misteriosamente baja. La recepcionista, una mujer escurridiza a la que por fin encontré en una peluquería cercana, me ofreció dos tipos de habitaciones: la normal, a casi un euro la noche, o la de lujo, a poco más de un euro. Decidí derrochar un poco y gastar casi un céntimo extra. La de lujo era una *suite* con un dormitorio y una sala de estar, un conjunto de muebles algo precarios, un antiguo televisor ruso y un par de zapatillas de plástico. Los abastecimientos eran algo irregulares. La electricidad se presentaba durante cuatro horas al anochecer, pero el agua llegaba una vez a la semana, los domingos, momento en que la encargada del hotel recorría las habitaciones para llenar la bañera, provisión que debía servir para los seis días restantes.

Frente al hotel estaba el ayuntamiento, a través de cuyas ventanas

surgía el tecleo de las máquinas de escribir. Esta impresión de eficiencia burocrática se veía algo socavada por los torrentes de impresos mecanografiados que salían flotando por las ventanas y, con perezoso oleaje, ondeaban adelante y atrás por la pequeña plaza, frente al edificio. En el mercado había un maravilloso surtido de hortalizas, entre las cuales destacaban unas extrañas zanahorias. A lo largo de la pared del fondo, en los puestos de los carniceros, colgaban cabezas de ovejas y vacas intactas, excepto por el hecho de que ya no estaban unidas al cuello, colocadas como trofeos en medio de grandes trozos de carne para asar y partes desmembradas del cuerpo del animal. Supuse que los mongoles, acostumbrados a un grado inusual de intimidad con lo que comían, preferían examinar el rostro de la víctima antes de comprar una porción. Pero las cabezas eran de por sí ya un trozo apreciado, sobre todo las de res, que tenían una considerable demanda para el estofado de cabeza de vaca. En el exterior del mercado, entre las eclécticas exposiciones de la sección de artículos no comestibles, había una enorme cama de matrimonio, un elemento al parecer tan exótico allí como lo hubiera sido un dromedario en Covent Garden. Cuesta creer que hubiese conseguido mayor poder de convocatoria de haber habido un par de modelos desnudas tendidas sobre el colchón.

Todas las noches, la ciudad resonaba con los angustiosos lamentos del apareamiento y la violencia de los perros. Tanto en el amor como en la guerra, era difícil distinguir entre el gimoteo de los vencidos y el aullido de los vencedores. El cuartel general de uno de los ejércitos rivales estaba situado en la parte trasera del hotel, donde un decrépito batallón de perros callejeros urdía sus escaramuzas militares en medio de cópulas brutales. Al llegar la primera luz del día, los agotados perros guardaban silencio, y yo permanecía acostado en la cama, escuchando el clip-clop de los caballos que pasaban arriba y abajo por la calle mayor.

EN MONGOLIA, TODAS LAS CALLES son el legado de los grandes monasterios que dominaron la vida del país hasta la llegada del comunismo, allá por los años veinte. Durante siglos fueron los únicos edificios y los únicos asentamientos permanentes en toda Mongolia. Urga, como se llamaba antiguamente Ulan Bator, significaba «el templo». Incluso

el más pequeño y abandonado de los asentamientos, como, por ejemplo, el pueblo fantasma de Darvi, fue en su origen un templo-monasterio. Estos monasterios eran unas instituciones de tamaño considerable, algunas con mayor influencia y riqueza que los monasterios de la Europa medieval. Se alzaban en el centro de haciendas eclesiásticas formadas por pastos y rebaños, y eran los únicos proveedores de las enseñanzas que una sociedad de pastores necesita por tradición: educación, comercio y artesanía.

Aunque el budismo estuvo presente en Mongolia con anterioridad a la época de Gengis Kan, en los primeros siglos fue sólo la religión de las élites. Se cuenta que los chinos empezaron a promulgar con mayor intensidad el budismo tibetano durante el siglo XVI, con la esperanza de pacificar a sus vecinos del norte. Después de dos mil años, los chinos reconocían que la Gran Muralla les había fallado. Las subvenciones destinadas antes a los albañiles se trasladaron a los lamas, que fueron enviados al norte, a las hordas mongolas, para conseguir lo que las murallas y las torres vigía no habían logrado: mantenerlos a raya.

Como el Tíbet bajo el Dalai Lama, la Mongolia de la era precomunista era un estado eclesiástico, fundado por el primer Buda Viviente, el Jabtsundamba Khutuktu, que, cuando fue descubierto en 1650, aseguraba descender de Gengis Kan. En una curiosa sociedad monocultural como aquélla, la carrera eclesiástica era la única vía al poder para quienes tuvieran ambiciones. Las lamaserías se convirtieron en centros de intriga y corrupción que rivalizarían con cualquier corte asiática. La vida monacal se ramificó de tal modo que, entre las familias de Mongolia, era habitual enviar al menos a uno de sus hijos a una lamasería, por la posición y la influencia que esto le conferiría. A comienzos del siglo XX, Mongolia tenía más de cien mil lamas, una tercera parte de la población masculina, repartidos en setecientos monasterios grandes y en unos mil más pequeños. Su jefe, el Bogdo Kan, era un dios-rey, la séptima reencarnación del Jabtsundamba Khutuktu. Residente en Urga, en un palacio de extraordinario esplendor, el Bogdo Kan llevó una vida de libertinaje que habría hecho parecer a los papas Borgia un modelo de observancia moral.

Las lamaserías tenían escasa reputación entre los visitantes extranjeros que llegaron al país a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Por lo general, las acusaban de ser instituciones feudales parasitarias, en

gran parte responsables del estado de atraso de la nación. Un severo sistema de diezmos, así como la pérdida de mano de obra productiva, agotaban los limitados recursos del país. Prestar dinero, a un interés superior al doscientos por ciento, se había convertido en un lucrativo negocio para los lamas. Había grupos de monjes itinerantes que recorrían el campo vendiendo indulgencias, leyendo la buena fortuna y por lo general abusando de los crédulos pastores. La epidemia de sífilis, que afectó a gran parte de la población de Mongolia a comienzos del siglo XX, se atribuyó a la promiscuidad de los lamas, que poseían harenes de jovencitos y concubinas. Charles Bawden, el gran historiador mongol, calificó a los monasterios como «la gran maldición de Mongolia». Cuando los comunistas subieron al poder, llegaron decididos a librar de esa gente al país. Sin embargo, no eran sólo sus excesos feudales lo que los inquietaba: los monjes eran el único rival serio del Partido para alcanzar el poder.

Durante los últimos setenta años, los historiadores mongoles han intentado presentar la llegada del comunismo a Mongolia como consecuencia de un levantamiento popular de los oprimidos pastores contra los señores feudales y sus aliados, una iglesia decadente. No obstante, pocos países estuvieron tan desprovistos de fervor revolucionario como la Mongolia de 1911, una vez que los chinos se vieron obligados a marchar después de la caída de la dinastía Qing. Abandonados al libre albedrío, los mongoles habrían seguido dormitando en un estado medieval. El hecho de que Mongolia se convirtiera en el segundo estado comunista del mundo se debe por completo a los turbulentos acontecimientos que por entonces convulsionaron a sus dos gigantescos vecinos: Rusia y China.

Tras la marcha de los chinos, la aristocracia declaró la independencia de Mongolia bajo el dominio teocrático del Bogdo Kan. Los chinos, que veían su ausencia de los asuntos mongoles como una pausa temporal, nunca llegarían a aceptar del todo la independencia y, en 1919, un señor de la guerra chino, el general Hsu Shu-Tseng, tentado por los impuestos que recaudaban antaño, volvió a imponer el control chino sobre el país, aunque por poco tiempo. A comienzos de 1921, Hsu fue expulsado por un aventurero de la Rusia Blanca que huía de la guerra civil en su propio país, el desquiciado barón Von Ungern-Sternberg.

El hecho de que este personaje insigne y loco, a la cabeza de un ejército heterogéneo formado por oficiales zaristas, cosacos, polacos renegados y bandidos diversos, fuera capaz de controlar el país, es un indicio de cuán peligrosa era la idea de una Mongolia independiente en las primeras décadas del siglo XX. Después de apoderarse de Urga, el barón impuso un Imperio del Terror de proporciones demenciales, se otorgó los títulos de Kan de Mongolia y Dios de la Guerra, reinstauró en el trono al Bogdo Kan, en calidad de jefe de Estado, y se embarcó en un breve pero enérgico período de ejercicio del poder, marcado por la barbarie y los servicios públicos. Empezó una red de transportes, organizó la distribución de la fuerza eléctrica, ordenó por vez primera la limpieza de las calles de Urga, construyó varios puentes, publicó un periódico y fundó un laboratorio veterinario. Al mismo tiempo, ordenaba azotar a numerosos prisioneros hasta la muerte y luego los utilizaba para alimentar a su propia manada de lobos. Mientras tanto, conspiraba con otros generales zaristas con el fin de regresar a Rusia y restaurar al gran duque Miguel en el trono de los Románov.

El barón abastecía al Ejército Rojo con el pretexto de que necesitaba que éste entrara en Mongolia y, a mediados de julio de 1921, entraron diez mil soldados bolcheviques, supuestamente invitados por el Partido Revolucionario del Pueblo Mongol, una pequeña organización con apenas diez años de existencia. Durante aquel verano, fuerzas de rusos blancos y rusos rojos, ambas con la ayuda de mercenarios mongoles, entablaron diversas batallas sangrientas, en las que los bolcheviques consiguieron imponerse poco a poco. Al final, abandonado por sus hombres, el barón Ungern-Sternberg fue capturado por una patrulla del Ejército Rojo y conducido a Novosibirsk, donde a mediados de septiembre fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento.

Mongolia sería el primero de una larga serie de países en averiguar lo difícil que era que el Ejército Rojo regresara a su casa. El comunismo estaba en su primer arrebato de fervor evangélico y los cuadros de jóvenes políticos agregados al Ejército Rojo se dispusieron a recrear a su imagen y semejanza el Partido Revolucionario del Pueblo Mongol. Al cabo de un año, a quince de sus líderes principales los habían matado a tiros. A los dos años, ya habían eliminado al carismático líder nacionalista Sukhe Bator, que según muchos fue envenenado

por agentes rusos. De haber vivido, Mongolia habría disfrutado sin duda de una posición más independiente.

La República Popular de Mongolia, el primero y el más servil de los estados clientes de la Unión Soviética, se convertiría así en un modelo de los métodos de control que el Kremlin pondría finalmente en práctica por todo el mundo. Asesores y técnicos rusos entraron en el país para dirigir todas y cada una de las nuevas instalaciones, desde los ferrocarriles hasta el servicio de seguridad diseñado por el NKVD, precursor del KGB. Tanto el Partido como el Gobierno estaban controlados por agentes políticos rusos y cualquier indicio de herejía era eliminado mediante asesinatos selectivos. Desde los años del primer leninismo hasta las reformas de Gorbachov, la política de Mongolia reflejaría con exactitud los cambios ideológicos del Politburó soviético. En tales circunstancias, sorprende que Mongolia lograra conservar su independencia, aunque ésta sólo fuera nominal. Stalin ansiaba por encima de todo incorporar el país a la Unión Soviética, pero una mezcla de realismo en el Kremlin y el nacionalismo latente en Mongolia frustraron sus ambiciones.

Durante los oscuros años de sus purgas, Stalin presionó continuamente a los líderes mongoles para que borraran del país las lamaserías, a las que consideraba el obstáculo principal para completar la ortodoxia comunista. A una serie de líderes que se resistieron a este asalto a la herencia religiosa y cultural del país, los deportaron o murieron asesinados, hasta que Stalin logró por fin colocar a su hombre, Choibalsan, como secretario general del Partido. Este individuo, un borracho apenas ilustrado, comprendió que la única oportunidad de sobrevivir era la cooperación más absoluta. El hecho de que Choibalsan hubiese pasado parte de su desdichada infancia en un monasterio, donde su madre indigente lo había abandonado, ya era un signo de mal presagio. Maltratado por los lamas, había escapado de ellos para convertirse en un pilluelo callejero en Urga.

Durante los primeros años de la Revolución, el Gobierno despojó a los monasterios de sus tierras y de sus privilegios, los gravó con unos impuestos abusivos y muchos tuvieron que trasladarse a la fuerza a zonas despobladas. En 1932, setecientos monjes fueron encarcelados o asesinados tras sublevarse contra la confiscación de la propiedad privada.

Desde Moscú, Stalin exigía una actitud todavía más dura contra las lamaserías. En otoño de 1937, cuando el propio Partido se veía sometido a la purga de elementos discrepantes, empezó la Solución Final. En uno de los momentos más sombríos de la historia de Mongolia, Choibalsan envió por todo el país pelotones de fusilamiento, compuestos sobre todo por agentes de la policía secreta rusa y, en el transcurso de pocos meses, todos los monasterios del país fueron destruidos: más de mil quinientas instituciones, muchas de ellas centenarias. Las purgas afectaron a todos sus moradores. En un primer momento, unos veinte mil lamas fueron fusilados en plena noche, frente a las ruinas incendiadas de sus templos, y luego arrojados a unos pozos. El resto, unos ochenta mil lamas, fueron deportados a campos de prisioneros, la mayoría en Siberia. Sólo unos pocos regresarían. De la noche a la mañana había desaparecido de Mongolia casi una cuarta parte de la población masculina, y con ella el budismo, declarado oficialmente un crimen.

BUYANDELGERUULEKH KHIID, EN TSETSERLEG, fue uno de los pocos diminutos templos-monasterio del país a los que se les permitió sobrevivir... en calidad de museo. En una encarnación anterior, la guía de ese museo podría haber sido la tabernera de la lamasería. Era una matrona espléndida, una mujer madura y franca que había alcanzado una edad en la que su indumentaria y sus caderas ya no coincidían en la talla. Lucía una blusa escotada y un collar de perlas de imitación que deambulaba seductor por las grandes extensiones de su pecho. La encontré en un despacho anexo, la falda a medio desabrochar, los pies encima del escritorio y las medias enrolladas por debajo de las rodillas.

El objetivo del museo consistía en que las generaciones futuras, viviendo en las luminosas cumbres racionales de la sociedad comunista, tuvieran la oportunidad de carcajearse de las primitivas creencias de sus supersticiosos antepasados. Adosado a una colina que dominaba la ciudad, Buyandelgeruulekh Khiid estaba rodeado por las ruinas de un complejo de templos mucho mayor, cuyo destino había sido bastante más brutal. La arquitectura de gran parte de los templos mongoles se había inspirado en los templos del Tíbet o de China. Buyandelgeruulekh Khiid pertenecía a esta última inspiración: un grupo de

edificios de una sola planta, del tamaño de una habitación, situados en torno a un patio, entre muros de mamparas dibujadas y laqueadas debajo de altísimos aleros.

El formidable pecho de Nyama me condujo por los senderos de piedras entre los edificios. No mostraba un gran interés por los templos que tenía a su cargo: se quedaba en el umbral, limándose las impresionantes uñas, mientras yo echaba un vistazo a los oscuros interiores. Nyama era rusófila, una irónica guardiana para aquellas víctimas del fanatismo ruso.

Me preguntó cómo había llegado a Mongolia. Frunció las cejas al mencionarle Kazajstán, pero se alegró al oír que había estado en Volgogrado y que había pasado algunos días en el mar Negro. Ella había vivido seis años en San Petersburgo, declaró con orgullo.

«De adolescente —añadió—. Cuando era joven y bonita.»

Era una ferviente admiradora de la cultura rusa.

«La ópera, el ballet, la literatura... —suspiró, al tiempo que rescataba sus perlas de la sima del escote y las retorcía entre los dedos—. La madre Rusia... Aquello sí es civilización, ¿no cree?»

Me dejé seducir con facilidad. También yo me sentía algo hambriento de cultura. De haber podido cumplir un deseo, de haber tenido una alfombra mágica que me alejara de las estepas durante un día, San Petersburgo habría ocupado el primer lugar en mi lista de destinos: una tarde en el Hermitage, un té en la avenida Nevsky Prospekt, una velada en el Kírov, seguida de una cena en el hotel Astoria.

Le pregunté a Nyama si había estado en el Kírov.

«Chaikovski —murmuró, dejando caer el nombre de sus labios, como al descuido, con un sonido sibilante, obsceno, y se balanceó ligeramente como si recordara la música—. Vi *El lago de los cisnes* —deslizó una mano por el aire y suspiró—. ¡Qué príncipes! ¡Y qué cisnes!»

San Petersburgo había dejado su huella en Nyama. Con su sensualidad de párpados entornados y su potente olor a polvos de maquillaje, resultaba tan familiar como uno de los personajes del *Eugene Onegin* de Pushkin. Me la imaginé en un saloncito íntimo, tendida en una *chaise longue*, entreteniendo a una camarilla de jóvenes admiradores.

Nyama no era el primer eco de San Petersburgo que había llegado a Tsetserleg. Lo que desencadenó las purgas de Stalin en los años trein-

ta fue el asesinato del secretario del Partido en Leningrado, el camarada Kírov, a quien le debía su nombre el teatro. Como una piedra que se deja caer en el estanque, el asesinato había roto la superficie de la vida soviética y las terribles ondas se habían acabado extendiendo por toda Asia, hasta engullir a todos los monasterios y a todos los lamas de Mongolia.

Con la reinstauración de la libertad religiosa, el budismo ha regresado al país: una presencia reducida que lucha por recuperar terreno en una sociedad secularizada. Si bien los mongoles se muestran ansiosos por reconocer la religión como una parte de su cultura, todavía no ha recuperado la posición que ocupaba en el pasado.

Uno de los edificios que sobrevivieron en Tsetserleg se ha restaurado como templo practicante. Junto a la entrada se ve un letrero que informa de la fecha en que reinició su actividad religiosa: el 3 de abril de 1990. Encima hay una galería elevada, de columnas laqueadas, cuyas vigas están decoradas con vistosas calaveras destinadas a asustar a los espíritus malignos. Tras las altas puertas del templo, adornadas con picaportes en forma de cabeza de león, me encontré con unos monjes que susurraban sutras tibetanos en medio de una penumbra cargada de incienso. Eran tal como fray Guillermo los había descrito siete siglos atrás. «Todos los religiosos llevaban la cabeza completamente rapada —escribió— e iban vestidos con una túnica color azafrán [...] y en los días que acudían al templo colocaban dos bancos y se sentaban unos frente a otros en dos hileras, como en los coros, sosteniendo sus libros.»

Los ritos budistas tienden a prolongarse bastante, de modo que los monjes suelen intercalar comidas y meriendas en los servicios. Ante sí, sobre el banco, los libros tibetanos aparecían abiertos en medio de restos del desayuno, tazones de té y platos con queso petrificado. Sin interrumpir los cánticos, un novicio recorría las hileras llenando los tazones con una enorme tetera de cobre, como un camarero atento. Gracias a una de las peticionarias, que se sentaba respetuosa en un banco adosado a la pared del fondo, les llegó una bandeja repleta de pequeños bizcochos.

Los monjes, una pequeña congregación, eran muy viejos o muy jóvenes, supervivientes de las purgas o novicios que habían tomado los hábitos después de 1990. Entre estos últimos había uno rollizo, con la

cabeza cubierta por un gorro de lana, que en el momento más álgido interrumpía los cánticos con el estruendo de una larga trompeta eclesiástica, como si llegara el fin del mundo. La vieja guardia estaba representada por dos lamas ancianos, situados al final de la fila hilera. Uno de ellos acompañaba los cánticos con un tambor de cuero, aunque su sentido del ritmo quizá fuera mejor sesenta años atrás. El otro, un individuo sin dientes, tenía dificultades con el queso duro. Su canto era algo ronco, pero todavía hipnótico.

Los monjes budistas son acumuladores, nunca tiran nada: del techo colgaban numerosas banderolas de oraciones, largos pañuelos apolillados seguían atados a las columnas, y viejos manuscritos que nadie parecía haber mirado desde la muerte de Gengis Kan estaban envueltos en telas y embutidos dentro de unas vitrinas. En cada superficie, hilera tras hilera, se apiñaba una amalgama de adornos indiscriminados: estatuas de budas de todos los tamaños y las posturas posibles, fotografías enmarcadas del Dalai Lama, interminables pinturas de los terribles guardianes, chirriantes molinillos de oraciones, lámparas de mantequilla, todo tipo de estupas en miniatura, como *souvenirs* baratos de vacaciones. El desorden que reinaba en los pasillos laterales era tan impresionante que pasó un rato antes de que descubriera la presencia de un viejo monje, similar a cualquier otro objeto anónimo cubierto de polvo, que daba cabezaditas en un rincón y apoyaba los pies, embutidos dentro de unos calcetines, en el guardafuego de una enorme estufa rusa.

Lo sorprendente era que hubieran podido sobrevivir tantas cosas. En la época de las purgas, el Partido había hecho una limpieza a fondo. Quemaron manuscritos antiguos, aplastaron molinillos de oraciones y fundieron adornos de oro y plata para enviarlos a Rusia. Los objetos que llenan los templos recuperados son cosas que la gente logró rescatar y que ocultó durante las largas décadas de represión comunista.

En un despacho adjunto, dos mujeres dirigían la Oficina de Petición de Plegarias. Allí los peticionarios encargaban oraciones, sutras y bendiciones para asuntos privados, ya fueran nacimientos, bodas, defunciones, viajes, mala salud, mejores pastos o una lluvia favorable. En la pared del fondo, un cartel enumeraba distintas opciones y precios. En conjunto, todo tenía tal tufillo burocrático que supuse era un

legado del comunismo. En el despacho, sobre un alto mostrador, había que llenar innumerables impresos por triplicado, luego anotaban las peticiones en un grueso libro y entregaban un recibo con el sello oficial. Las encargadas hacían todo lo posible para actuar con lentitud y cierta rudeza. Incluso se había formado una cola.

Pregunté a una de las mujeres si sería posible visitar a alguno de los monjes que estaban en activo antes de las purgas. Mencionó a los tres ancianos que yo había visto en el templo, pero me aconsejó que fuera a ver al monje más viejo del distrito, que vivía no muy lejos de allí, en Ihtamir. Desde los años treinta había estado vinculado a los templos de Tsetserleg. Aunque ahora tenía noventa y siete años, informó la mujer, aún conservaba clara la mente.

Sin perder ni un segundo, fuimos a buscar un jeep. No era conveniente retrasarse con un hombre de noventa y siete años.

EL VIEJO LAMA VIVÍA CON SU SOBRINA. Encontramos a la mujer sentada en cuclillas delante de su *ger*, fumando un rollo de papel de periódico. Era una anciana de ojos acuosos y manos rígidas, hinchadas por la artritis. Se levantó con un crujir de huesos y nos acompañó al interior de la tienda para que conociéramos a la generación más vieja.

Al principio, la *ger* nos pareció vacía. Tuve la sensación de que había acudido a ver a un fantasma, al espíritu de un lama, evocado quizá por el pequeño buda que había dentro de la caja de cristal, encima de un arcón. A través de las paredes de la *ger* se filtraba una luz de color ambarino y un reloj marcaba su tictac en medio del silencio.

«*Akhaa* —graznó la sobrina octogenaria—. Levántese. Un extranjero ha venido a visitarlo.»

La mujer se acercó a uno de los catres apoyados contra la pared y dio unos golpecitos en una manta. Una cabeza diminuta se movió sobre la almohada. Debajo de la manta, el cuerpo apenas marcaba la huella de una sábana arrugada.

Ayudé a la mujer a levantar al viejo monje para que se sentara. Pesaba menos que una mosca. Los pies, embutidos en unas livianas zapatillas, oscilaron a cámara lenta desde la cama y aterrizaron con tal ligereza sobre el suelo que se diría que flotaban en el borde del catre.

Su conexión con el mundo físico parecía muy tenue, insignificante. Sus manos aletearon por encima de la manta, en busca del rosario de cuentas y el frasco de rapé. Yo me senté en un taburete bajo, junto a sus rodillas. Su estatura no superaría la de un niño.

El siglo lo había destilado hasta obtener una esencia de su vida, ese esqueleto, esa economía de movimientos, esa delicadeza en el tacto... Llevaba una bata de raso roja. Al igual que con la manta, era como si bajo sus pliegues no hubiera nada. Posó las manos, que asomaban entre los deshilachados puños, sobre su regazo, una colección de huesos pulcramente doblados, envueltos por una piel translúcida y decorados con venas azules. Cuando se volvió a mirarme, vi que sus viejos ojos, tan pálidos que se le habían vuelto azules, estaban casi ciegos. Se encontraba en un estado que trascendía la diferenciación de géneros. Sus delgados hombros, los pequeños labios fruncidos y la delicada piel que le colgaba, moteada con las manchas de la vejez, carecían de sexo. Debajo de la escarcha de su barba, el cráneo semejaba tan pálido y delicado como una porcelana.

«Estaba soñando», dijo y en el umbral del sueño su voz sonó como un seco murmullo.

La sobrina trajo unos tazones de té y yo le pregunté al anciano por su vida.

«Ingresé en el monasterio cuando tenía ocho años —explicó y sus palabras cayeron con la lentitud de las hojas muertas—. Vivía en el monasterio de Tsetserleg. Eran buenos tiempos. Los días estaban llenos de cánticos. Fui monje durante veintinueve años.»

No se acordaba de cuántos lamas había en aquel entonces. Puede que mil, dijo. Era uno de los monasterios más grandes de Mongolia, con muchos lamas importantes. Cuando tenía treinta y siete años, unos hombres vinieron de Ulan Bator y el mundo del monasterio llegó a su fin.

Después de sesenta años, recordaba aquella noche como una serie de imágenes confusas. Los hombres llegaron en camiones, los faros centelleando en los patios. Se acordaba de sus sombras, alargándose sobre los adoquines y oscilando contra las paredes de los templos. Iban armados. Uno de los hombres leyó algo, un edicto. Decían que Dios no existía y tampoco la religión.

«Todo sucedió de forma muy inesperada —dijo el anciano—. Por

la tarde, en los templos había monjes. Al caer la noche, éramos prisioneros.»

Primero cogieron a los lamas más ancianos y más importantes, unos hombres a los que les habían enseñado a venerar.

«Como si fueran reses —comentó el viejo lama—, los empujaron en tropel fuera de las puertas del templo, a la luz de los camiones. Ahora, cuando pienso en aquellos lamas, sólo puedo recordar sus caras aquella noche. Tenían los ojos en blanco y algunos estaban llorando. Los hombres los empujaron con sus armas para obligarlos a subir a la parte trasera de los camiones y, luego, se los llevaron. La gente dice que los fusilaron. Yo no sé qué fue de ellos. Pero nunca volvimos a ver a los viejos lamas.»

A pesar de que hablaba con lentitud, era como si las palabras se deslizaran de su boca antes de que las hubiera modulado por completo. Al pasar por las encías sin dientes, las desordenadas consonantes tropezaban unas con otras. Mandah traducía las preguntas con meticulosidad, pero en ningún momento el anciano confundió el papel de la intérprete: me respondía a mí, mirándome con suavidad a la cara, y de vez en cuando posaba una mano sobre mi brazo para establecer contacto. Su roce era tan tenue que sus huesos parecían estar huecos.

«Nos obligaron a quemar nuestros propios templos. Primero se llevaron todas las esculturas, los objetos preciosos...; después nos ordenaron prender fuego a los edificios. Sin embargo, todavía pudimos salvar algunas cosas. La gente se había concentrado en la parte trasera de los templos, ya sabe, en la parte alta de la ladera, gente de la zona, pastores. Aprovechando la oscuridad, les entregábamos cosas cuando aquellos hombres estaban ocupados abajo. Textos antiguos y banderines de oraciones, budas... La gente se los llevó y los escondió.»

Junto con la mayoría de los monjes corrientes, lo trasladaron a un campo de prisioneros que habían construido en las afueras de Tsetserleg. Allí pasaría doce años, trabajando como camellero, transportando madera para la gente de la ciudad. La vida era muy dura, explicó. Apenas le daban suficiente comida para sobrevivir, arroz solo, por lo general. Algunos de los lamas murieron en el campo. Cuando al final lo soltaron, lo enviaron a trabajar a un colectivo de pastores de un dis-

trito algo apartado. Allí había vivido como un simple pastor hasta los cambios de 1990.

Le pregunté si en secreto había practicado el budismo, tal como hacían otros lamas.

«No —me contestó—. No era posible en aquel entonces. En el distrito, los miembros del Partido siempre me lo estaban advirtiendo... Que no impartiera oraciones ni bendiciones, ni siquiera a los miembros de mi familia.»

«¿Y usted no cantaba, tío? —preguntó su sobrina—. ¿Aunque fuera a escondidas?»

El anciano se volvió hacia la voz, y una expresión de picardía cruzó por su rostro. Con el pulgar y el índice se introdujo un poco de rapé en la nariz.

«Es posible —mostró el esbozo de una sonrisa—. Un poco, en secreto —entonces se volvió hacia mí—. Todo cuanto quedó de mi templo fueron escombros. Mi hermana consiguió esconder algunos objetos preciosos, manuscritos y un buda que tenía en la *ger*. Se fue a recogerlos después de que a mí me detuvieran. Los envolvió con una tela y estiércol de vaca y los enterró cerca del río, en Tsetserleg. Cuando llegaron las reformas y abrieron de nuevo los templos, envié a uno de mis sobrinos en busca de aquellos objetos. Después de cincuenta años, aún estaban intactos. Los cedí al nuevo templo de Tsetserleg. Mucha gente ocultó cosas así. Como ve, nunca perdimos la *Buddagiin Shashin*, la fe en Buda. Sufrimos durante cincuenta años, pero me siento dichoso de haber vivido para ver el momento en que podemos cantar otra vez.»

En años recientes se han producido algunos intentos por parte del Gobierno para compensar a los monjes. Unos oficiales de Ulan Bator los habían visitado para pedirles que rellenaran un impreso enumerando las posesiones que les habían quitado.

«Me preguntaron por mi ganado. Por la *ger* de mi familia. Pretendían fijar un precio por aquellas cosas. Para compensarme —me sonrió—. ¿Qué podía anotar? —preguntó—. ¿Tenía que ponerme a contar ovejas para ellos, al cabo de cincuenta años? ¿Cómo hacer una lista de todo lo que perdí?»

Parecía aliviado de que, al final, aquello se hubiera reducido a nada.

«Los hombres que vinieron eran como los primeros, aquellos que

quemaron los templos. Eran idénticos. No paraban de hacer preguntas malévolas. Querían saber los nombres de quienes me habían arrestado, de quienes habían quemado los templos, de quienes nos custodiaban en el campo de prisioneros. Querían llevar un registro, argumentaron. Pero no les dije nada... Había pasado mucho tiempo. Nada de lo ocurrido podría cambiar las cosas. Proporcionarles los nombres no nos habría devuelto los antiguos templos.»

Puede que los monasterios mongoles tengan una pobre reputación, pero la sencilla bondad de aquel viejo monje era toda una inspiración. Vivía sin amargura.

«El pasado es irrecuperable —comentó—. No puedes vivir en él.»

Quiso que saliéramos de allí. Vino un hombre joven y juntos acarreamos al anciano hasta la puerta de la tienda. Sobre mi mano, su codo puntiagudo parecía ser su único punto sólido. Fuera, lo depositamos con cuidado en una silla, bajo el último sol de la tarde. Se disculpó por todas sus dolencias.

«Cuando quiero ver no tengo ojos, cuando quiero comer no tengo dientes, cuando quiero caminar no tengo piernas», dijo, y todo eso sonó muy poético en mongol.

El atardecer olía a pino y a la mantequilla de las *gers*. Al otro lado del río, una luz dorada rastrillaba los prados y, de regreso a los rediles, los rebaños proyectaban sombras muy alargadas.

El anciano permanecía sentado con la cabeza algo inclinada, como un pajarito, escuchando los sonidos del atardecer: el balido de las ovejas y el lento murmullo de las voces a lo lejos. Me pregunté con qué ligereza se apoyaba aquel hombre en el mundo.

«Estoy esperando mi turno —dijo, levantando la cabeza hacia la luz que se extinguía—. Creo que soy el único que queda.»

Junto a la puerta de la *ger*, una criatura se despertó y empezó a gimotear. Era un tatarasobrino del anciano. El viejo lama giró la cabeza hacia la fuente de aquel sonido.

«Es como yo. No sigue el ritmo del mundo. Duerme de día y permanece despierto por la noche... Mientras los demás duermen, nos hacemos compañía el uno al otro.»

Nos dispusimos a marchar.

«¿Le dan buenos caballos?», preguntó de pronto.

«Sólo cuando confían en mí», contesté.

«Tiene usted que insistir. Dígales que goza de la bendición de un lama. No hay nada preferible a un buen caballo. Compensa cualquier cosa... *Sain yavaarai* —entonó—. Buen viaje.»

Se despidió agitando brevemente ambas manos, como pequeñas alas que batieran junto a su cara. Luego, agotado por el esfuerzo, las dejó caer en su regazo y las dejó allí quietas.

13

LA BATALLA NUPCIAL

DURANTE TODA LA VELADA SE ACERCARON PERSONAS para prevenirme contra ellas mismas. Se sentaban sobre la hierba, delante de mi tienda, y empezaban a soltar un lastre de confesiones preventivas. El día siguiente sería difícil, me decían. Las bodas eran celebraciones con mucho alboroto. El comportamiento de la gente era impredecible. Me aconsejaban sobre algunos individuos en particular y después admitían que ellos mismos podían ser tan malos como cualquier vecino... Lo más prudente sería largarse temprano, antes de que las cosas se desmadraran.

Habíamos dejado Tsetserleg en las garras de un apocalipsis amarillo. Una hirviente tempestad de polvo estaba devorando la ciudad. En medio de aquella penumbra color azufre, un guía se presentó en el hotel, acompañado de cuatro caballos asustadizos. Después de envolvernos la cabeza con grandes pañuelos, nos alejamos entre los remolinos que invadían las calles.

A media mañana, la tormenta había amainado. Cruzamos llanuras batidas por el viento, bajo un barroco dosel de nubes. El aire era nítido, como recién lavado. Hacia el norte, los rebaños de ovejas se extendían por los pliegues de las rollizas colinas. Avanzamos con un río a nuestra derecha, anunciado por una franja de espléndidos árboles de hojas amarillentas. A mediodía cruzamos un vado con el agua por los estribos. Entrelacé las piernas en torno al pomo de la silla de montar y mi caballo tensó el cuello hacia delante, por encima del agua color carbón. Era un castrado de pelo oscuro y orejas aterciopeladas, rostro pensativo y andares alegres. Le hablé para tranquilizarlo mientras se esforzaba por afirmar la pisada entre las piedras sueltas del cauce del río, pero era un caballo tranquilo y se-

guro, de modo que avanzó con paso oscilante hasta la orilla de enfrente, sin ninguna dificultad.

El terreno, al otro lado, estaba poblado de álamos dispersos. Avanzamos a través del encaje de sus sombras, al tiempo que el viento arrastraba las hojas caídas serpenteando por el suelo. En aquel paisajes, los álamos eran las únicas formas que marcaban el largo transcurrir del tiempo. A través de sus anillos podías averiguar el registro de las décadas pasadas. Tal vez por eso me alegré al verlos. En las monótonas extensiones de Mongolia, entre las hierbas y las innumerables flores silvestres que parecían sobrevivir todo el verano —o una eternidad—, sólo ellos me permitían apreciar una vida que podía sentir como propia.

Ascendimos por una cuesta y luego bajamos a una gran llanura abierta, de nuevo sin árboles, en la que dos lagos se habían encharcado sigilosos entre los prados. Las ovejas alzaban la cabeza cuando pasábamos. Las abubillas abundantes, en torno a la superficie lacustre, brincaban a lo largo de las pistas de polvo que dividían la hierba. Hacia el este, el cielo estaba marcado por líneas de nubes que recordaban la cola de las yeguas.

Nuestro guía, el hombre de los caballos, era el hermano más joven del chófer que nos había llevado a ver al viejo lama en Ihtamir. La diferencia de temperamento entre los que se habían instalado en la ciudad y los nómadas campesinos había dividido a su familia. El chófer tenía un aspecto sano y limpio, poseía una casa, un jeep, llevaba reloj, unos pantalones Levi's y tenía olfato para los negocios. En cambio, el guía era un nómada que poseía un conjunto de briosos caballos, llevaba un *del* raído, tenía una percepción muy pobre de la puntualidad y sentía pasión por la caza de las marmotas. Era un alma tierna y sentimental, que nos veía no como a unos clientes sino como a unos invitados. Preocupado por nuestro bienestar y nuestra seguridad, deseaba que nos sintiéramos felices en su país, en el abrazo de aquellos paisajes.

Durante aquella prolongada tarde, a través de los vastos espacios amarillos, estuvimos viajando hacia la lejanía azul, hasta que por fin nos detuvimos en un campamento de cuatro *gers* que parecían flotar en medio de los rebaños de ovejas y las sombras de las nubes, enormes como condados. Era el campamento de otoño de los suegros del guía.

Siguiendo sus consejos, montamos nuestras tiendas lejos de las *gers*. También a él le preocupaban las consecuencias de la boda del día

siguiente. Dos mujeres se acercaron con un cubo de *airag* para nosotros, seguidas a su vez por un grupo de visitantes dispuestos a ayudarnos a beberlo. Se sentaron todos en cuclillas delante de la tienda, mientras sus caballos se olisqueaban el trasero, y nos advirtieron, entre disculpas, de las celebraciones que se avecinaban. Se bebería mucho, dijeron, y la fiesta podía atraer a gente poco recomendable. El ambiente tal vez se pusiera algo beligerante.

A mí, aquello me pareció irresistible.

POR LA MAÑANA, EL NOVIO Y SUS SEGUIDORES —un grupo de siete u ocho familiares— partieron en busca de la novia a la *ger* donde ella vivía, a unos veinticinco kilómetros de allí. Para la ocasión habían alquilado un viejo camión ruso, equivalente a los Rolls que se usan para las bodas en Inglaterra. Nada más llegar, el novio tendría que buscar a la novia, ya que, como dicta la tradición, ésta debía esconderse. La búsqueda no sería demasiado difícil, dado que la tradición también estipula que la muchacha ha de esconderse debajo de una cama en la *ger* más próxima.

Mientras aguardábamos el regreso de la comitiva, nos sirvieron un desayuno en la tienda de los recién casados. Durante las últimas semanas, los familiares la habían preparado amorosamente. Era como la *ger* modelo de la revista *La Casa Ideal*. La decoración incluía un póster con la inspiradora figura de Batardene, el campeón nacional de lucha libre, que habían colgado en un sitio destacado, encima de la cama de matrimonio. En cualquier superficie hábil se amontonaban pilas y pilas de galletas, lonchas de queso tierno y dulces al vapor, como si fueran la tarta nupcial. Encima de un taburete bajo había una bandeja con una montaña de trozos de carne de cordero, decorados con lo que era la pieza favorita: la enorme cola grasienta del animal que destacaba en la cumbre como un grisáceo glaciar. Las hermanas pequeñas entraban y salían para hacer los arreglos de última hora, a la espera de la llegada del novio, de la novia y de los invitados. Mientras desayunábamos, distribuyeron a los primeros vigías para estar atentos a la llegada del camión que traía a la comitiva nupcial.

A media tarde aún seguíamos esperando. Por lo visto, en el campamento de la novia solían servir un desayuno de bodas al novio y a

sus acompañantes, y en aquellos momentos estaban efectuando unos complicados cálculos basados en el número de kilómetros que había hasta la *ger* de la novia, divididos por la velocidad del camión, y al final multiplicaban el resultado por la supuesta cantidad de *arkhi* que habrían consumido. La variable desconocida estribaba en las condiciones mecánicas del camión, un viejo híbrido en el que un camellero de Uliastay habría instalado, de forma experimental, un motor de fabricación china en un chasis ruso.

A las cuatro de la tarde, tras un promontorio situado a lo lejos, se divisó por fin una espiral de polvo. Cuando el camión se detuvo frente a la *ger* nupcial, quedó claro que la causa del retraso había sido la generosa hospitalidad del campamento de la novia. El camión venía atestado de invitados a la boda y, en tal estado de incontrolada alegría, encontraron cierta dificultad en persuadirlos para que bajaran. La madre de la novia, convencida de que no estaban en la *ger* adecuada, precisó de la intervención de cuatro hombres para ser depositada en tierra firme. La hermana mayor de la novia se negó a que la ayudaran, se cayó de cabeza por encima del portón trasero, rebotó dos veces en el suelo y se detuvo, sonriente, contra el quicio de la puerta.

Una vez todo el mundo hubo bajado del camión, los novios se colocaron respetuosos a un lado de la entrada, mientras los invitados se apiñaban dentro de la nueva *ger* como asistentes a un partido de fútbol entre dos equipos locales. El novio era muy alto y muy delgado, con una cara larga y angulosa. La novia, tan redonda como lineal era él, le llegaba a la cintura. Durante todo el día, supuestamente feliz, se comportaron como dos individuos decepcionados ante una cita a ciegas: mantenían una expresión sombría y en ningún momento se cruzaron las miradas. Para la novia, esto formaba parte de la tradición. Estaba obligada a mostrar una supuesta desgana, acorde con su modestia femenina. Su marido recién estrenado participaba de una tradición más amplia: la del novio algo nervioso, tan habitual en todas las culturas. Aquel curioso distanciamiento de la alegría general se veía agravado por el hecho de que eran los únicos participantes en la fiesta de la boda que permanecían sobrios.

La religión estaba representada por el tipo de monje contra el que los comunistas advertían al pueblo en los años treinta. El lama acompañante, una figura que encarnaba al cerdo libertino de las obras tea-

trales, habría logrado que Falstaff pareciera delgado y abstemio. Vestía un *del* mugriento, llevaba un bigote a lo Fu Manchú y un pañuelo pirata en la cabeza. Posó su rechoncha mano sobre mi cabeza, murmuró unas cuantas palabras en falso tibetano a modo de bendición y luego me ofreció un tazón lleno de *airag*. Me cayó bien. Era alegre, lascivo y estaba muy borracho.

En el interior de la *ger* de los recién casados, las dos familias tomaron posiciones, una a cada lado, como ejércitos enfrentados. En total habría unas cincuenta o sesenta personas, apretujadas con ese tipo de intimidad que suele reservarse al metro de Tokio en hora punta. La inesperada presencia de un extranjero se veía como un indicio de buena suerte para la nueva unión y me vi atrapado en el regazo de uno de los hermanos del novio. En la espalda noté las puntiagudas rodillas de una larga hilera de miradas reprobatorias pertenecientes a abuelas y ancianas tías que permanecían sentadas en catres.

En Mongolia, las bodas adolecen de un exceso de hospitalidad. Después del agasajo por la mañana en la *ger* de la novia, a continuación correspondía a la familia del novio devolver la generosidad y éstos no estaban dispuestos a quedar en segundo lugar. Por tradición, cada invitado tiene que beber tres tazones de *airag* y tres de *arkhi*. A las hermanas más pequeñas del novio les tocó hacer de camareras y tuvieron que abrirse paso en medio de una gran confusión de piernas para acarrear los tazones de un lado a otro.

Con la llegada del tercer tazón de *airag*, cada invitado estaba obligado a ofrecer una canción. Incluso para los mongoles más tímidos, esto era un deber bastante fácil, ya que todos los allí reunidos conocían de memoria las canciones y las coreaban en masa antes de que finalizara el primer verso. Por desgracia, no estaban tan familiarizados con la canción irlandesa *She Moves Through the Fair* y me vi obligado a cantar las cuatro estrofas sin acompañamiento, excepto el atónito silencio de la concurrencia. Al llegar al final de la primera estrofa caí en la cuenta de que la canción hablaba de una boda condenada al fracaso. Los mongoles son muy susceptibles por lo que respecta a tentar al destino y, cuando pidieron la traducción, le sugerí a Mandah que les mintiera. Ella reaccionó de forma admirable, inventándose una historia sobre un muchacho que sale en busca de su caballo favorito. El lama, un hombre familiarizado con el engaño, nos dirigió una ex-

traña mirada. La novedad que suponía la música occidental exigió otra canción y esta vez me decidí por *The Skye Boat Song*, basándome en que el tema —relacionado con la guerra, la derrota de los caciques y los animales domésticos— sería una historia reconocible y bastante inocua para una tienda atestada de mongoles.

Tan pronto como finalizó la tercera ronda de *airag* y las canciones se agotaron, los hermanos de la novia trajeron nuevas provisiones de licor del camión y las camareras empezaron su ronda otra vez. Entonces estalló la rivalidad entre ambas familias, puesto que las dos querían superar en generosidad al contrincante. No hubo cuartel en los esfuerzos de uno para superar al otro en cuanto a la provisión de licor. De inmediato, musitaron instrucciones a dos jóvenes familiares del novio para que salieran corriendo, montaran en sus caballos y galoparan campo a través para exigir más provisiones de *airag* a los vecinos más lejanos.

Bajo los efectos de la bebida, los invitados de ambas partes empezaron a perder la compostura: llevaban torcido el sombrero, sus caras adquirían una tonalidad verdosa y las necedades se soltaban como si fueran frases sabias. Incluso las tías de rodillas puntiagudas empezaban a babear. Mientras, llegaban cada vez más invitados y la aglomeración hacía que los allí reunidos semejáramos una compañía de contorsionistas. Los asistentes se apiñaban a mi alrededor como cajas de embalaje que encajaran unas dentro de otras.

El hermano del novio, en su papel de padrino, intentaba poner un poco de orden en los procedimientos: presentar a los miembros de la familia del novio, dar la bienvenida a la familia de la novia, dirigir la distribución del *airag*. Llevaba el tipo de gorra puntiaguda de cuero que solía lucir Lenin en la época en que tenía que liderar una revolución. El parecido se veía potenciado todavía más por la perilla y la tendencia a estarse quieto y mover las manos con actitud declamatoria. Encabezó varios brindis.

«¡Vamos a beber! ¡Vamos a comer! ¡Vamos a cantar!»

Hacía que sonara como si fueran consignas del Partido.

Uno de los cuñados del novio había demostrado un interés posesivo hacia mí. Llevaba sombrero flexible y *del* rojo, y tenía la sonrisa y la expresión amistosas del director de una sucursal bancaria en una pequeña población. Vivía por allí cerca, en un vagón de ferrocarril.

Lo mejor eran las ventanas, dijo. Después de vivir toda la vida en *gers*, le encantaba la novedad de poder mirar al exterior. También consideraba muy útiles los accesorios. Por ejemplo, el cable de la alarma era ideal para secar las pieles de oveja. Y el compartimento del retrete era un acogedor pesebre para los corderitos recién nacidos, cuando todavía helaba por las noches. Sin embargo, en medio de aquel alboroto no pude averiguar el misterio esencial de aquel vagón convertido en hogar: cómo había llegado hasta allí, teniendo en cuenta que la estación más cercana se encontraba a unos trescientos kilómetros.

El hombre del sombrero flexible me hizo saber que ayudaba a pagar la boda. Era un individuo próspero, dueño de grandes rebaños de ovejas. La bebida había inflamado sus instintos generosos. Dijo que si necesitaba cualquier cosa, se lo hiciera saber. Cuando salió a colación que yo viajaba a caballo, me ofreció el suyo, ganador de un Naadam. Un ejemplar que no tenía precio, según sus propias estimaciones. Yo le puse reparos, pero él insistió.

«Mañana voy a matar una oveja, así se la podrá llevar para el viaje —me dijo—. Usted es nuestro invitado. Cualquier cosa que necesite: comida, caballos, buena suerte..., basta con que me lo haga saber —alzó un dedo con expresión burlona—. ¿Tiene usted esposa? No se preocupe. Ya le encontraremos algo por la mañana.»

Al otro lado de la *ger*, entre la familia de la novia, los personajes más sobresalientes eran sus dos hermanos. El primero resultó ser un excelente cantante, muy solicitado toda la tarde para que cantara alguna canción. El otro hermano podría haber interpretado el papel de Wyatt Earp en una nueva versión de *Duelo de titanes*. Lucía sombrero de ala ancha, bigote recortado y unos rasgos finamente cincelados. Incluso dominaba el truco de los vaqueros: sin abrir nunca la boca, transmitía sensación de inteligencia y de serena dignidad. Y cuando le presionabas para que hiciera un comentario, contestaba de forma invariable con el equivalente mongol al «sí» de los vaqueros: «*yup*».

La bebida y las condiciones de hacinamiento habían posibilitado una terrible camaradería. Tumbados en el regazo de cualquiera, nos habíamos convertido en amiguetes de la infancia. Incluso el despótico Lenin era ya un colega más. Los tazones de *airag* iban y venían, y la concurrencia se volvía cada vez más sensiblera y lacrimógena. Lenin, el hermano del novio, sufría una crisis de identidad:

«He intentado cumplir con mi deber, Stalin —apelaba a mí, extendidas las manos, las lágrimas asomando en sus ojos—. He hecho todo cuanto he podido. He intentado educar a un buen hijo. He intentado ser un buen esposo. He intentado ser un buen hermano...».

Un nuevo individuo se embutió entre nosotros, un tío del novio, con un rostro notablemente oscuro y patillas, que padecía un problema de higiene personal. Apestaba como un camello. Las lágrimas de Lenin le contagiaron y empezó a sollozar en el hombro de Mandah. El hombre tenía una hija de la misma edad que ella, a la que había adoptado cuando era un bebé. Sus hombros se estremecieron y unas lágrimas enormes empezaron a rodar por sus mejillas. Eran ya negras cuando le llegaron a la barbilla. El único que seguía sonriendo era el hombre que vivía en el vagón del tren.

«¿Viaja usted con camellos? —preguntó—. Puedo conseguirle unos camellos muy buenos.»

Llegaron nuevas reservas de *airag*. En ese instante, una hermana mayor de la novia se puso en pie y, después de expresar una sarcástica fórmula de agradecimiento, anunció que la familia tenía que marchar. Al parecer, tenían la impresión de que la familia del novio se mostraba demasiado generosa con la bebida e intentaba menospreciar a la familia de la novia superando la generosidad de ésta por la mañana. Dicho esto, Wyatt Earp y el cantante se levantaron para marchar, seguidos por la masa de familiares de la novia. Los del novio, alarmados por este brusco cambio de los acontecimientos, también se pusieron en pie.

«Tenéis que quedaros —gritaron—. Ahora llega la comida. Y hay más *airag*. Tenéis que pasarlo bien.»

Por debajo de aquellas protestas yacía la idea de que, al no aceptar de buena gana su hospitalidad, la familia de la novia les estaba insultando.

Siguieron más tiras y aflojas. Los familiares del novio tiraban de los familiares de la novia para impedir que se marcharan, mientras los familiares de la novia tironeaban agotados en dirección a la salida. En cuestión de segundos, el tira y afloja, común en la camaradería de las juergas de los mongoles, degeneró en una reyerta. Alguien había tirado con excesiva fuerza y, al caer su rival hacia delante, había aplastado a una de las abuelas. Otro, sin querer, volcó uno de los tazones de *airag*.

De repente, la *ger* se transformó en una completa algarabía y los familiares empezaron a intercambiar puñetazos. Wyatt Earp, rodeado por un grupo de jovencitos, derribó a tres de ellos con un gancho largo de la derecha. El hombre que vivía en el vagón del tren, sonriendo más abiertamente que nunca, tiró por los suelos al cantante, enviando por los aires tanto la estufa como a una de las ancianas tías. Lenin intentaba poner orden en la pelea con uno de sus discursos.

«¡Vamos a beber! ¡Vamos a comer! ¡Vamos a cantar!», gritaba por encima del alboroto.

Pero nadie le hacía caso. De un golpe seco envió por los suelos a dos hermanas de la novia e intentó abrirse paso hacia la puerta para bloquear su ruta de escape. Una de las tías de rodillas puntiagudas, que estaban a mis espaldas, había agarrado un látigo y lo hacía restallar con brío en dirección a sus nuevos familiares políticos. Ocho tazones de *airag* no ayudaban mucho a afinar la puntería, de modo que los latigazos caían sobre mí. La pareja de recién casados, que con gran sabiduría no tomaba parte en la reyerta a puñetazos, permanecía unida, uno junto al otro, y bajaba la mirada, como si la batalla, que tan encarnizada era en aquellos momentos, fuera sólo otro embarazoso discurso. Quien tampoco participaba era el lama, que contemplaba la pelea con los ojos fruncidos de un promotor de lucha libre, mientras aprovechaba la distracción general para servirse otro tazón de *airag*.

La pelea terminó de improviso y con una extraña fluidez. Parecía estar en su momento más encarnizado —había por los menos dos narices sangrando— y, de repente, cuando la victoria se inclinaba hacia el lado de los familiares del novio en su intento por evitar lo que consideraban una marcha prematura, todo el mundo se apaciguó y se sentó para otra ronda de licor y de canciones. Nadie daba la impresión de que le escandalizara una pelea a puñetazos en una boda. Con mi juicio algo trastornado por el alcohol, me sentí feliz de formar parte de aquel consenso y decidí que aquella mezcla de camaradería y violencia, con algunas canciones intercaladas, era algo bastante saludable, pues había despejado de forma considerable el ambiente. Un banquete de bodas en el que se podían largar unos cuantos puñetazos a los familiares políticos era ese tipo de cosas que la gente de Occidente sólo concebía en sueños.

Los familiares de la novia tenían toda la razón del mundo al de-

fender a puñetazos su intención de marchar porque, un par de horas después, los cargábamos en la parte trasera del camión como si fueran sacos de patatas. La novia aguardaba a un lado, en el umbral de su nueva vida, observando la marcha de su comatosa familia. La última visión que tuvo de ellos fue cuando el camión subía con dificultad un promontorio a lo lejos. Perfilándose contra el horizonte había una única figura en pie, la del obeso lama que, con un brazo en alto y la túnica aleteando al viento, semejaba el perturbado capitán de un barco devastado.

DESPUÉS DE ESTO NOS EMBARCAMOS EN LA ETAPA FINAL, camino de Karakoram, la antigua capital a sólo cuatro días a caballo en dirección sudeste.

La proximidad del invierno se había detenido temporalmente, y los días gozaban del cálido sol de un breve verano de San Martín. Cruzamos una árida región, en la que el viento levantaba el polvo arenoso que los cascos de los caballos removían en las zonas donde la hierba era menos densa. En un lago a punto de secarse, cuatro vacas estaban metidas hasta las rodillas en el barro cuarteado de la orilla. Al anochecer, los rebaños de ovejas se juntaban alrededor de los pozos y los pastores derramaban un agua grisácea en los abrevaderos. En un lugar desolado, entre dos colinas, pasamos ante una *ger* de aspecto mísero, donde dos criaturas desnudas, de pie en el umbral, nos miraron como embobadas, cada una sujetando su propio talismán: la niña agarraba con fuerza una muñeca de trapo y, el niño, su pene.

En la mañana del segundo día descendimos hasta el valle del río Orjon. Obligado a fluir hacia el este por las lejanas colinas azules, el río parecía tan ancho como una comarca. Proseguimos hacia el sur siguiendo el cauce a través de las escamas grises de la tierra. Durante las horas más calurosas del día, los espejismos aleteaban por encima de aquellas planas extensiones. Árboles ilusorios surgían y se esfumaban junto al río a nuestra izquierda, y a lo lejos y por delante había manadas de caballos que hacían cabriolas en un mar plateado. Más al sur, la región se suavizaba y encontramos hombres que cargaban heno sobre carretas. El olor a heno recién segado que impregnaba el aire era el olor de otro país. Entre las *gers* habían empezado a surgir construc-

ciones primitivas, como las cabañas de los Apalaches, con umbrales vacíos y papeles en las ventanas, casas estacionales de gente que se contentaba con la idea de tener cuatro paredes. Al atardecer, las inmensas puestas de sol adquirían el color del fuego. Después de chapotear por los canales del río, acampábamos en islotes alfombrados de suave hierba y vallados por saucedas y agua. La luna, en cuarto menguante, se hundía tras los biombos de las ramas y, entonces, encendíamos grandes hogueras con la madera ya muerta de los sauces, que crujía y chisporroteaba en el aire de la noche. En las lejanas *gers* aullaban los perros y el cielo lucía extravagantes chales de estrellas. De mañana nos despertaban grandes concentraciones de cuervos, que se posaban en los árboles a lo largo del río, y los restos de nuestras hogueras eran como lunas de ceniza.

Si en este amorfo país existe un centro, quizá esté aquí, en el valle del río Orjon, una región que ha sido el eje sobre el cual ha girado Mongolia desde la Antigüedad. Ogoday, Guyuk y Mongu Kan, los tres sucesores de Gengis Kan, pasaban varios meses al año en este valle, donde celebraban sus *quriltais*, las reuniones tribales. Y cuando los ejércitos mongoles se retiraron del planeado saqueo de Viena y regresaron a su país, fue en este valle donde se celebró el encuentro. El valle está salpicado de tumbas nómadas y quedan restos de asentamientos premongoles. Los uigures, un pueblo turco que ahora habita en Xinjiang, en el noroeste de China, levantaron en este valle una ciudad en el siglo VIII, conocida como Khan Balgasin Tuur. Nosotros cruzamos triunfales su vacío esqueleto.

Llegamos a Karakoram a última hora de la tarde. Durante casi siete mil kilómetros había seguido la ruta de fray Guillermo, a través del antiguo imperio, hasta llegar a aquel remoto lugar. En su época, Karakoram sería, por breve tiempo y de forma inesperada, el centro del mundo, el foco de una nación que abarcaba desde las provincias meridionales de China hasta las marcas de Hungría. El tiempo lo ha devuelto todo a su estado natural, una curiosidad en las remotas praderas. La larga marca de los muros blanqueados de la ciudad se alza por encima de la estepa como un espejismo más. Espoleé mi montura hacia la antigua ciudad, ansioso por posar mi mano sobre la piedra caliente.

Pero el caballo retrocedió, asustado ante la extraña visión de los

muros y ante la presencia de los cuervos que, de repente, volaron a través de la entrada. Para sus nerviosos ojos, el vuelo de los pájaros saliendo de la amurallada ciudad fue lo mismo que si surgieran de la nada.

A DIFERENCIA DE SU HERMANO KUBLAY KAN, que al poco tiempo construiría la ciudad de Pekín, Mongu Kan estaba demasiado ligado a las tradiciones mongolas para encerrarse en una ciudad. Cuando fray Guillermo llegó a finales de diciembre de 1253, se encontró al gran kan acampado a poca distancia de la ciudad, dado que prefería su *ger* a los lujos de la capital. Mongu Kan podía gobernar el mundo, pero su mayor preocupación consistía en obtener buenos pastos para sus ovejas.

El 4 de enero de 1254, Guillermo de Ruysbroeck fue convocado para una audiencia. Después de que los cachearan en busca de armas (las inquietudes por los Asesinos obligaban a una seguridad extrema en torno al kan), los condujeron al interior de la *ger* real, donde encontraron a Mongu sentado en un bajo diván, envuelto en pieles y examinando a sus águilas. «Es un hombre de nariz respingona —escribió fray Guillermo—, corpulento, de unos cuarenta y cinco años de edad.» Junto a él había una joven esposa, además de su hija Cirina, ya mayor y muy fea, según el fraile. Mongu les preguntó qué les gustaría beber, y los frailes se decidieron por un poco de vino de arroz. Su intérprete, que ocupó un sitio junto al bar, no perdía baza al rellenar el vaso. Al cabo, ya estaba borracho y fray Guillermo sospechó que hasta el propio Mongu estaba un poco ebrio.

Fray Guillermo, adoptando un tono conciliador en su discurso, anunció que rezaría por el kan, «a quien Dios ha concedido un gran dominio sobre la tierra» a fin de que tuviera una vida larga y saludable. Le explicó su viaje a través de Asia, desde la visita al príncipe Sartaq, pasando por Batu Kan, hasta llegar por fin a la corte del Gran Kan. Concluyó pidiéndole autorización para quedarse en la corte al menos dos meses para recuperarse y esperar a que el tiempo fuera más benigno. Su compañero, fray Bartolomé, estaba enfermo, explicó fray Guillermo, y no podía seguir cabalgando sin poner en peligro su vida.

Mongu le contestó que estaba en lo cierto respecto a su gran po-

der. «Tal como el sol extiende sus rayos en todas direcciones —reconoció cortés—, mi poder se extiende por cada punto cardinal.» Al llegar a este punto, el intérprete borracho perdió el hilo de la conversación y el resto del discurso real se quedó en una serie de frases confusas e inconexas. Sin embargo, a pesar de la mala calidad de la traducción, la audiencia terminó razonablemente bien y los frailes obtuvieron permiso para quedarse en el campamento.

Si los mongoles esperaban que la entrevista les proporcionara alguna luz acerca de la más emblemática de las cuestiones —la razón de la visita de Guillermo de Ruysbroeck—, debieron de quedar decepcionados. Aunque Mongu se contentó con algunos tópicos diplomáticos, varios oficiales de la corte interrogaron a fondo a fray Guillermo sobre sus intenciones y sobre la carta que traía del rey de Francia, Luis IX. Querían saber si los franceses deseaban hacer las paces con ellos. El fraile les contestó que los dos pueblos no estaban en guerra, de modo que no hacía falta una misión de paz. Esto carecía de sentido para los mongoles. La visión exagerada que tenían de su imperio significaba que consideraban a todos los pueblos como parte de ese mismo imperio. Para ellos, Francia era una nación sumisa que reconocía la supremacía del kan de Mongolia, o de lo contrario una nación opuesta a él, y por tanto un estado rebelde.

Parte de este comprensible malentendido derivaba de la misión de Guillermo de Ruysbroeck, sobre todo por lo que se refería a la carta del rey Luis. El rey francés la había escrito con la creencia errónea de que Sartaq, el príncipe mongol a quien había enviado el fraile, era cristiano. Si bien Guillermo no conocía el contenido de la carta sellada, entendía que era una llamada a los mongoles para que se unieran amistosamente a otros cristianos a fin de combatir a los enemigos de Cristo. Por desgracia, los traductores de la carta, que eran armenios, habían hecho más explícita la petición de los franceses, urgiendo a los mongoles a que enviaran tropas para guerrear contra los musulmanes. A la luz de aquella carta, la insistencia de Guillermo respecto a que la naturaleza de su viaje no era política, sino religiosa, debió de parecer a los mongoles un poco extraña.

Con toda esta confusión, resultaba difícil no creer que fray Guillermo era un peón inconsciente en medio de una partida más importante. El contacto anterior del rey Luis con los mongoles había sido a

través de la misión de fray André de Longjumeau, enviado explícitamente para obtener una alianza militar contra los musulmanes en Tierra Santa. André consiguió llegar hasta el campamento de la viuda de Guyuk, en Asia Central, donde obtuvo un recibimiento muy frío. Los mongoles interpretaron su presencia como una sumisión de los franceses y lo enviaron de nuevo a su país con la exigencia de que debían pagar tributo.

El rey Luis, que no quería arriesgarse a sufrir más desaires, decidió patrocinar la misión de Guillermo de Ruysbroeck porque viajaba en calidad de misionero, no como embajador. Sin duda debía de confiar en que fray Guillermo sería capaz de ofrecer a los mongoles la oportunidad de entablar relaciones con Europa, si estaban dispuestos a ello, sin poner en juego la reputación del rey. También debió de pensar que el informe que había pedido al fraile le proporcionaría una información muy útil acerca de la disposición y la magnitud del Imperio Mongol, temas misteriosos para los europeos. Es muy posible que fray Guillermo creyera que era un humilde misionero, pero es indudable que su patrocinador lo consideraba, al igual que los mongoles, un embajador inconsciente y un espía en potencia.

Los mongoles, como es lógico, tenían sus propios planes. Para ellos, Francia era sólo una parte de su imperio universal, que aún no habían tenido la ocasión de visitar. Atosigaron a fray Guillermo con preguntas relacionadas con su país, sobre todo en temas tan importantes como cuántas ovejas, reses y caballos tenían, «como si a su debido tiempo fueran a viajar allí y a apoderarse inmediatamente de todo».

A fray Guillermo, aquella arrogancia lo enfureció. «Estaba dispuesto a utilizar todas mis habilidades para predicar por todo el mundo la guerra en su contra», expuso, en un estallido poco habitual en él. Al parecer, de momento se le había olvidado que había viajado hasta allí para salvar el alma de los mongoles.

PERO FRAY GUILLERMO NO ERA EL ÚNICO EXTRANJERO en la corte de Mongolia. En su inverosímil papel de capital de un vasto imperio, el campamento de Mongu se había convertido en el centro diplomático del mundo. Los embajadores llegaban y se marchaban como repartidores a domicilio. Durante el tiempo en que fray Guillermo estuvo

allí, Mongu recibió enviados del emperador griego, del califa, del rey de Delhi, del sultán Salyuk, de los emires de Yazira y Kurdistán, así como a varios príncipes rusos. Al rey de Armenia se le esperaba en cualquier momento.

También había numerosos prisioneros capturados en las campañas europeas: húngaros, alanos, rutenios, georgianos, armenios, germanos, francos, incluso un misterioso inglés llamado Basil. A la mayoría se los retenía por sus conocimientos específicos. Los trataban relativamente bien y vivían como los demás habitantes de la ciudad. En Karakoram, Guillermo se hizo muy amigo de un platero francés, Guillaume Buchier, un hermano del cual tenía un taller en el Grand Pont de París. Y en el campamento de Mongu se encontraron con una mujer de Metz, en Lorena, una comerciante que tuvo la desgracia de encontrarse en Hungría durante la invasión de los mongoles. Trasladada por toda Asia como parte del botín, su vida había sido miserable hasta conocer a un constructor ruso, con el que luego se había casado y cuyas habilidades permitían a la pareja disfrutar de la protección de la corte. Fray Guillermo se mostró entusiasmado con el menú que la mujer preparó para los dos frailes, la primera comida europea que probaban en varios meses.

Si fray Guillermo había esperado ser el único evangelizador en la corte de Mongu, sin duda se sentiría amargamente decepcionado. La tolerancia que los mongoles solían mostrar hacia las demás religiones significaba que el campamento de Mongu estaba infestado de predicadores que hacían proselitismo de todo tipo de creencias y que, según fray Guillermo, seguían a la corte «como moscas a la miel». Había monjes budistas, imanes musulmanes, religiosos cristianos y chamanes nativos, todos compitiendo para ganarse la atención y el alma de los mongoles influyentes. Todos creían estar en sintonía religiosa con el kan y a diario esperaban la conversión que los situaría en un puesto de gran influencia. El kan, por su parte, no veía razón para elegir entre ellos. «En los días que su adivino prescribe un banquete [...] los primeros en llegar son los clérigos cristianos [que] rezan por él y bendicen su copa. Cuando éstos se retiran, aparecen los sarracenos [musulmanes] y hacen lo mismo. Y, después de éstos, llegan los curas idólatras, dispuestos a repetir lo que han hecho los otros [...] Él les hace todo tipo de regalos, y todos ellos [...] le pronostican su buena fortuna.»

Uno de los clérigos más notorios era un monje armenio llamado Sergius, un tipo «moreno y flaco», que había aprendido mongol y daba la sensación de que ejercía una influencia a lo Rasputín en la corte, sobre todo entre las esposas del kan. Era un extravagante charlatán; Guillermo se enteraría más adelante de que nunca había recibido los hábitos y que, de hecho, era un tejedor de paños sin estudios. Cuando asignaron alojamiento a los dos clérigos enviados por Francia, estos descubrieron que tendrían que compartir *ger* con Sergius.

El armenio resultó ser un compañero de tienda endiablado. Para empezar, estaba el tema de sus uñas: sin cortar y coloreadas con henna, a Guillermo le ponían la piel de gallina. Pero las uñas eran sólo el comienzo. En Sergius, todo irritaba a fray Guillermo. Era vanidoso, presuntuoso, falso e interesado. Llevaba un gorro con plumas de pavo real y una faja metálica, y se había hecho construir un sillón «como los obispos no habían tenido nunca». Al igual que los nestorianos, una secta hereje de Oriente, cuyo fervor misionero los había llevado por toda Asia, se entretenía practicando el chamanismo. Aseguraba que por Cuaresma practicaba el ayuno, informó fray Guillermo, cuando comía almendras, uvas, ciruelas pasas y otros frutos secos que guardaba en una caja debajo de su altar. Se jactaba de que Mongu había accedido a que fuera él quien lo bautizara, aunque, como era de predecir, nada de eso se llevaría a término. Se mostraba tan agresivo con los musulmanes, que los mongoles se vieron obligados a trasladar su tienda un poco más lejos para evitar abiertas hostilidades. En eterno conflicto con los nestorianos, al final envenenaría a su archidiácono. Curandero de cierta mala fama, Sergius mataría también al platero Buchier al recetarle un laxante de su propia invención, una mezcla de ruibarbo pulverizado y agua bendita. Para Guillermo, la gota que desbordaría el vaso fue que Sergius no paraba de pedirle el vino para agasajar a sus invitados, pero nunca se lo devolvía. «¡Qué calvario!», se lamentaba el fraile.

Un día de febrero, Guillermo y Bartolomé accedieron a acompañar a Sergius, y a otros clérigos, en un recorrido religioso por el campamento a fin de visitar a varios miembros de la familia real, de fácil acceso para el armenio. Bajo el liderazgo de Sergius, aquello se convirtió en una parranda de taberna en taberna, aunque con fines religiosos.

Las cosas empezaron a ir mal en la *ger* de Mongu, donde Bartolo-

mé fue arrestado por pisar el umbral, una ofensa muy grave según el código criminal mongol. Todavía con las piernas algo temblorosas después de cruzar toda Asia, al anciano Bartolomé le resultaba difícil andar hacia atrás cuando abandonaba la presencia real y tropezó con el reborde levantado del umbral. Tras argumentar su ignorancia acerca de las costumbres mongolas, por fin logró escapar con una advertencia y la prohibición oficial de que se mantuviera alejado de las tiendas del kan. Aun así, fue un asunto difícil que podía haberlo llevado ante el pelotón de los arqueros.

En la *ger* del hijo mayor de Mongu, los clérigos obtuvieron un caluroso recibimiento cuando aquél saltó del catre, se postró ante ellos y, en adoración a la cruz, golpeó el suelo con la frente. A continuación, el grupo se sentó para tomar unas rondas de *airag*, bajo la supervisión del tutor del muchacho, un cura nestoriano llamado David. «Un gran bebedor», según fray Guillermo. Después se dirigieron a la *ger* de Kota, la segunda esposa de Mongu, «que practicaba la idolatría». A pesar de encontrarla en la cama, y «tan débil que apenas podía sostenerse en pie», el despótico Sergius la obligó a levantarse y hacer una serie de genuflexiones ante la cruz.

Tomaron el almuerzo en la *ger* de otra joven esposa —cordero acompañado de «una buena ración de bebida»—, antes de dirigirse a la de Cirina, la hija fea. Después de una breve tanda de genuflexiones y golpes de cabeza ante la cruz, sirvió las bebidas y los religiosos se tomaron unas cuantas rondas más. Al final terminaron en la *ger* de una antigua esposa de Mongu, a la que éste había abandonado. También ella era una idólatra, pero se mostró feliz de adorar la cruz como preludio antes de abrir el arcón donde guardaba las bebidas. En conjunto, fue un día muy alegre. Cuando al final los clérigos regresaron a sus tiendas, lo hicieron —según informa fray Guillermo— «en medio de un gran jolgorio, cantando bajo los efectos de la embriaguez: un estado que no se contempla con reprobación en el hombre, como tampoco en la mujer».

Las distintas nacionalidades que pululaban por Karakoram dieron a fray Guillermo la oportunidad de efectuar algunas investigaciones etnográficas. Un monje tibetano le habló de China, que estaba a veinte días de viaje hacia el sureste, al otro lado del Gobi. Le contó que allí utilizaban papel moneda y que escribían con un pincel: «con un

único carácter hacen varias letras, que condensan una palabra». Esta sería la primera referencia a la escritura china que figuraría en la literatura occidental.

Pero Guillermo era un hombre característico del mundo medieval y estaba más interesado en saber cosas respecto a los «monstruos y engendros humanos» que reflejaban los mapas de la época, o que describían autores clásicos como Isidoro y Solino. ¿Dónde habitaban los hombres con cabeza de perro? ¿Y los monopodos, una raza que sólo tenía una pierna? Por desgracia, los mongoles le informaron que nunca habían visto gente así. En cambio, el tibetano tenía algunas historias interesantes. Le dijo a fray Guillermo que en las montañas habitaba una raza llamada chinchín, unas criaturas que apenas medían sesenta centímetros y tenían el cuerpo cubierto de pelo, sus rodillas no se doblaban y andaban como a saltitos. Los hombres las cazaban mediante el truco de dejar vino intoxicante en los agujeros de las rocas. Cuando aquellas pequeñas criaturas salían de sus cuevas, se bebían el licor y exclamaban alegres: «¡Chinchín!». A causa de los efectos del vino, pronto caían en un sueño profundo. Entonces los cazadores se les acercaban, les abrían una vena en el cuello y les extraían unas gotas de sangre que servían de base para el color púrpura de las túnicas de los monjes.

En la corte de Mongolia proliferaban los relatos de este estilo. Se decía que más allá de China había un país en donde los hombres nunca envejecían. Al rey de Armenia le habían hablado de otro país, al otro lado de China, en el cual las mujeres tenían uso de razón, como los hombres. Como es natural, el rey se negaba a creerlo.

FRAY GUILLERMO PASARÍA TRES MESES EN EL CAMPAMENTO de Mongu Kan, antes de trasladarse a Karakoram, la capital, para las fiestas de primavera. Llegaron allí el Domingo de Ramos de 1254: hacía justo un año que Guillermo de Ruysbroeck había predicado en Santa Sofía. A lo largo del río Orjon, donde ahora estábamos acampados nosotros, habían recogido ramas de sauce, en lugar de hojas de palmera, para la entrada triunfal en la ciudad.

A fray Guillermo no le impresionó la capital. Según comentó, era más pequeña que el barrio de Saint Denis, en las afueras de París.

Aparte de numerosos palacios para los oficiales de la corte, había en ella dos barrios principales: uno de mercaderes musulmanes y otro de artesanos chinos. La religión estaba representada por doce templos idólatras de diferentes creencias, dos mezquitas y una iglesia nestoriana. La ciudad estaba amurallada y, junto a las puertas de entrada, se instalaban los mercados. En la puerta del este vendían mijo y cereales; en la del oeste, ovejas y cabras; en la del sur, bueyes y carretas; en la del norte, caballos. El palacio del kan estaba fuera de las murallas, en un elevado promontorio.

La ciudad de Karakoram duraría sólo unas décadas. En 1260 se habían creado nuevas capitales de invierno y de verano en Pekín y en Shangdu —la Xanadú de Coleridge—, y Karakoram cayó en decadencia. En el siglo XVI utilizaron sus restos para edificar la primera lamasería budista de Mongolia, Erdene Zuu, rodeada por largos muros encalados y estupas como si fueran torretas, que ha perdurado hasta hoy.

De lejos, a través de las llanuras cubiertas de hierba, las murallas ofrecían grandes promesas. Pero cuando crucé la puerta meridional me encontré sólo con un pequeño conjunto de templos en una esquina. El resto de la ciudad había sido conquistado por la hierba. Aparte del contorno de unos cimientos invadidos por la maleza, nada quedaba salvo pájaros y viento. El centro metropolitano del imperio nómada había vuelto a los pastizales.

Antes de las purgas de los años treinta, Erdene Zuu albergaba a miles de monjes y contenía hasta un centenar de templos. Únicamente tres habían sobrevivido, pegados a las murallas occidentales. Y las estancias más antiguas estaban deterioradas como graneros viejos. Largos hierbajos brotaban entre las tejas, la madera estaba resquebrajada y el exuberante colorido de las vigas se había gastado hasta adquirir un tenue color sepia. Durante casi treinta años, el monasterio había permanecido cerrado a los creyentes y sólo lo habían abierto en 1965 como museo.

Los interiores se encontraban atestados con la típica amalgama budista: tankas, estandartes, tambores, címbalos, gongs, largos cuernos, estuches de cristal con estupas en miniatura, hileras de mandalas, máscaras Tsam decoradas con calaveras... En Mongolia, el budismo tiene una serie asombrosa de deidades menores, una verdadera aglomeración de bodhisattvas, demonios tutelares, brujas y dioses locales.

Muchos eran importados del hinduismo; otros, del chamanismo mongol. Cuando los mongoles adoptaron el budismo, los lamas anunciaron convenientemente la conversión simultánea de muchos de los antiguos espíritus y se les adjudicó un nuevo cometido en lo que es uno de los panteones más grandes del mundo.

Pero, por encima de todo este gentío, presidiendo están los budas, figuras melindrosas, recatadas, distantes, con el cabello azul y los labios pintados de rojo, adornados con collares de cuentas de ámbar y coral, pañuelos de seda y coronas recargadas. Su aire de superioridad podía resultar irritante y, de repente, me di cuenta de que gravitaba hacia los feroces guardianes que custodiaban las entradas. La sangre corría por sus venas. Montados a caballo, aniquilaban a sus enemigos. Uno estaba representado en cuclillas, encima de un malhechor desnudo. Otro, dotado con cuatro brazos, enseñando los dientes y tocado con un complicado sombrero adornado con plumas de faisán y calaveras, bebía del interior de un cráneo humano. Percibí que aquellos individuos tenían que ser los más interesantes.

Las salas laterales, antes reservadas a la meditación, estaban llenas de simbolismos tántricos. En el budismo, Kalachakra incita a la utilización de los instintos humanos más «bajos», como la lujuria y la ira, para conseguir la iluminación espiritual. Esto explicaba la presencia de los terroríficos guardianes, así como la representación de dioses copulando en posturas acrobáticas. Entre las visiones del Paraíso, que pululaban por las paredes, ricas en rebaños de ovejas, elegantes *gers* y espléndidos caballos, también había escenas íntimas de erotismo religioso. Una mujer, ataviada con poco más que un collar de perlas, estaba sentada a horcajadas sobre el dios Kalachakra y su miembro divino. En un momento de esplendor como aquél, uno envidiaba sus innumerables brazos. No es de extrañar que los monjes mongoles, rodeados por aquellas visiones carnales, tuvieran fama de libertinos.

Por lo que respecta a la antigua capital, Karakoram, los únicos restos visibles son dos mojones de granito, parte de los cuatro que señalaban el perímetro de la ciudad. Para los jinetes de las estepas, aquellos mojones tenían una forma muy poco habitual: la de una tortuga.

Al igual que la misma ciudad, las tortugas eran una idea importada. En China simbolizan la longevidad, y sin duda fueron llevados por alguno de los arquitectos chinos que trabajaron en Karakoram. En

medio de la estepa, fuera de las murallas del siglo XVI, las tortugas, sorprendentemente, son el único vínculo físico que queda del gran Imperio Mongol que en el siglo XIII transformó el mundo. Tal vez así es como tenía que ser. Desde la distancia que otorgan siete siglos, el imperio adquiere ahora una cualidad irreal. Los mongoles efectuaron una espléndida entrada en el escenario mundial, surgiendo de improviso de las oscuridades de la remota Asia y colocándose bajo el foco de la historia en el transcurso de una sola estación del año. Pero su partida estuvo rodeada por el mismo misterio. Durante dos siglos fueron esenciales en la política mundial; sin embargo, cuando se marcharon, ya nunca más se supo de ellos. No dejaron nada suyo tras de sí. Cualquiera que viaje a todo lo ancho de Asia no hallará un solo vestigio físico del Imperio Mongol. No hay nada para poderlo comparar con el esplendor de la Samarcanda de Tamerlán o con los monumentos del Imperio Británico en la India, ni con los restos romanos que tanto abundan por Europa y el norte de África. De los mongoles sólo tenemos las tortugas de granito, medio perdidas entre la alta hierba, fuera de las murallas de Karakoram. Nada refleja de forma tan elocuente la naturaleza surrealista de aquella empresa.

DURANTE LA ESTANCIA DE FRAY GUILLERMO en Karakoram, Mongu Kan encargó que se realizara un gran debate teológico.

«Aquí están ustedes —declaró el kan—. Cristianos, sarracenos (musulmanes) y *tuins* (budistas), y cada uno asegura que su religión es superior...»

Se acordó celebrar una asamblea para que cada cual expusiera su caso. Tres de los secretarios de Mongu actuarían como árbitros. Y se escogió la fecha: la víspera de Pentecostés. Mongu expuso las únicas reglas básicas: «Ningún hombre osará hacer observaciones provocativas o insultantes hacia su oponente y nadie dará pie a ningún altercado que pueda dificultar estos actos, bajo pena de muerte».

Fray Guillermo consiguió autorización para hablar antes que los nestorianos, pues temía que los puntos de vista heréticos de aquéllos minaran la exposición de los cristianos.

El día señalado se concentró una gran multitud. Había llegado un gran número de representantes de diversas religiones, pero la ma-

yoría eran budistas. Uno de éstos, un monje procedente de China, fue el primero en tomar la palabra. Preguntó a Guillermo acerca de qué tema deseaba debatir en primer lugar. ¿Cómo se había formado el mundo? ¿O qué sucedía con el alma después de la muerte? Guillermo contestó que todas las cosas empiezan con Dios y que, por tanto, primero había que debatir la cuestión de lo divino. El franciscano sabía que el tema de Dios era el punto más débil de la argumentación budista.

Ingenuamente, los budistas permitieron que Guillermo estableciera el orden de prioridades. Declararon que sólo un estúpido aseguraría que existe un solo Dios y pretendieron crear una analogía que le resultara atractiva a Mongu.

«¿No hay grandes gobernantes en vuestro país? ¿Y no es Mongu el jefe principal aquí? Pues lo mismo sucede con los dioses, en la medida en que hay dioses distintos en las distintas regiones.»

Cuando Guillermo defendió la idea de un único Dios omnipotente, los budistas se apresuraron a destacar el aspecto más debatido de esta creencia:

«Si vuestro Dios es como decís, ¿por qué hizo que la mitad de las cosas sean malas?».

«No es Dios quien creó el mal. Todo cuanto existe es bueno.»

Para los budistas, esto se parecía muchísimo a su propio objetivo.

«Entonces ¿de dónde proviene el mal?», preguntaron, intuyendo que habían colocado al fraile entre las cuerdas.

Guillermo comprendió que se aventuraba por un terreno peligroso, e intentó cambiar de nuevo la orientación del debate.

«Volvamos a la primera cuestión —insistió—, respecto a si creen ustedes que ningún Dios es todopoderoso.»

Cuando los budistas contestaron que, con seguridad, ningún Dios era todopoderoso, los musulmanes se echaron a reír. Guillermo pensó que tenía a los budistas donde los quería tener y decidió aprovechar la ventaja.

«Por tanto, ninguno de vuestros dioses sería capaz de rescataros en caso de estar en peligro... Ninguno tendría suficiente poder para hacerlo. Así que —decidió proseguir con un punto que probablemente sería del agrado de Mongu—, si un hombre no puede servir a dos amos, ¿cómo es que vosotros servís a muchos dioses?»

Según fray Guillermo, este punto dejó sin argumentación a los

budistas y el debate cambió de oradores. Los primeros en tomar la palabra fueron los nestorianos para explicar el misterio de la Trinidad, un tema siempre difícil y del que obviamente no parecían estar muy seguros. La discusión pronto degeneró en detalles teológicos, y fray Guillermo intervino ya muy poco en el debate.

Cuando el debate llegó a su fin, nestorianos y musulmanes, creyendo que habían sido los vencedores, «empezaron a proclamarlo a los cuatro vientos, mientras los *tuins* guardaban silencio». Guillermo era menos optimista. El debate sólo había servido para recordarle cuán inútil había sido su misión entre los mongoles. «Nadie dijo: "Yo creo" —escribió con tristeza—. Nadie dijo: "Quiero ser cristiano".»

Después, los clérigos allí reunidos empezaron a beber *airag* y, al cabo de poco, todos estaban completamente borrachos.

EL LUGAR DE LA ANTIGUA CAPITAL DE LOS MONGOLES ahora estaba ocupado por la aldea de Har Horin, un conjunto de viejos edificios rusos que se elevaban por encima de unos abedules de hojas amarillas, alrededor de lo que representaba ser la plaza mayor. Nuestro hotel ostentaba una desteñida estrella roja frontal, como un tatuaje imposible de borrar. Las hojas muertas se escurrían en el vestíbulo a través de las puertas abiertas. Desde allí, una ancha escalinata conducía a las habitaciones del primer piso. Los muchachos del pueblo entraban con sigilo al salir de la escuela y se deslizaban por el pasamanos hasta que la encargada del hotel, una formidable mujer de cara larga y adusta, los descubría. Un conserje acarreaba cubos de agua del río dos veces al día y los depositaba en el enorme cuarto de baño alicatado. Convencí a la encargada para que me calentaran uno a fin de poderme lavar en la bañera de hojalata. En la puerta del baño no había cerradura, y una serie de transeúntes curiosos acudió a ver cómo un extranjero desnudo y cubierto de espuma se enjuagaba echándose tazones de agua. La encargada del hotel se había quedado tan atónita que fue en busca de una amiga a la tienda contigua para que fuera a echar un vistazo.

Nuestro guía no se quedó más de lo necesario. Aquel pueblo lo ponía nervioso y su inquietud se centraba en el hecho de que hubiera un molino harinero en Har Horin. Sus habitantes no eran pastores, sino trabajadores que ganaban un jornal y vivían en casas. Desde su

punto de vista, era difícil imaginar una gente más peligrosa y disoluta. Se trataba de una vieja antipatía: la desconfianza que los nómadas sentían hacia las ciudades, con sus calles estrechas, sus muros carcelarios y sus habitantes interesados.

Yo había tomado la decisión de viajar en jeep a Ulan Bator. El tiempo se agotaba. Estábamos en septiembre, muy avanzado el mes, y el invierno mongol se acercaba. Además, quería visitar a caballo los montes Hentiy y subir al Burkhan Khaldun, la montaña sagrada donde se rumoreaba que estaba la tumba de Gengis Kan.

14

OTRO PAÍS

TRAS RECORRER TANTOS KILÓMETROS entre ovejas y pastizales, incluso la monotonía gris característica de Ulan Bator podía resultar exótica. Desde la ventana de la habitación del hotel —evocadora de un piso en una vivienda protegida que visité una vez en el sur de Londres—, observaba con asombro los hechos cotidianos de la vida urbana: un hombre con un maletín que iba camino del trabajo, aguardaba en la acera a que cambiara la luz del semáforo; una mujer se detenía ante un quiosco para comprar el periódico de la mañana; un trolebús descargaba a los pasajeros en la acera de enfrente y luego se alejaba traqueteante por la avenida, tan desolada y ancha como un campo de maniobras; una formación de bloques de apartamentos poblaba el lejano horizonte, en medio de chimeneas industriales que eructaban nubes de color marrón; oscuros automóviles se deslizaban con suavidad entre edificios gubernamentales con cortinas en las ventanas... Y cuando un hombre montado a caballo dobló por la esquina y pasó frente a unos coches aparcados, fue como si un viento secular lo hubiera impulsado desde otra época. Ulan Bator, aquella especie de milagro metropolitano surgido de la pradera, era tan diferente de cualquier otra cosa que hubiésemos visto en Mongolia que, más que una capital, semejaba otro país. Sólo su fracaso —los barrios de las afueras en los que un cuarto de millón de personas todavía vivían en *gers*, lejos de las calles asfaltadas y de los servicios públicos— proporcionaba algún contacto con la Mongolia que yo había conocido.

Parte de la peculiaridad de esa ciudad reside en su juventud. Ulan Bator conseguiría que Kansas pareciese antigua, e incluso mi padre debe de ser más viejo que la mayoría de sus edificios. Construida entre los años treinta y cuarenta bajo la supervisión de los rusos, la ciu-

dad es un escaparate de las delicias estériles de la arquitectura soviética. Comparte el deprimente anonimato característico de las ciudades provincianas que pueden verse desde Polonia hasta Siberia, sin adoptar nada de la iniciativa local y todo de las directivas gubernamentales. Ulan Bator es una ciudad construida por la burocracia, llena de avenidas arbitrarias y edificios públicos monolíticos. Sin la influencia moderadora de épocas más antiguas y sin ninguna gracia, el resultado es brutal.

La falta de profundidad que caracteriza la ciudad moderna despierta la curiosidad sobre su predecesora, el asentamiento nativo de antes de que los equipos de constructores rusos empezaran su labor. En los mapas antiguos figura como Urga, a horcajadas sobre la ruta de las caravanas que iban del lago Baikal a China. En sus comienzos, allá por el siglo XVII, era un campamento de tiendas migratorias que se trasladaban al dictado de las estaciones y de los pastos. Se estableció definitivamente en el sitio donde está ahora, a orillas del río Tola, a finales del siglo XVIII, cuando empezó a adquirir preeminencia entre los otros asentamientos mongoles, debido a la presencia de numerosos monasterios importantes, como el gran monasterio de Gandan. En aquel entonces, en Mongolia, la única razón para levantar cuatro paredes era la devoción religiosa. Aparte de los monasterios, en Urga no existió un solo edificio hasta que los rusos construyeron un consulado, a finales del siglo XIX. La población laica sumaba unas seis mil personas; los monjes puede que llegaran a sesenta mil.

La Urga del siglo XIX era similar a la ciudad eclesiástica de Lhasa antes de que los chinos la colonizaran: un lugar sucio y desordenado, en donde los dorados templos se alzaban por encima de un caos de tiendas y endebles empalizadas. Las procesiones de los lamas vestidos de color granate alternaban con jinetes de aspecto salvaje, príncipes mongoles, exiliados rusos y mercaderes chinos, y las harapientas hordas de delincuentes se sentían atraídas hacia la ciudad por las oportunidades que los templos y las multitudes ofrecían. Las caravanas de camellos cubiertos por el polvo del Gobi se abrían paso entre el gentío y pasaban entre los carros mongoles y los cercados de ovejas, rumbo a los bazares provisionales, donde comerciantes, carniceros, adivinos y mendigos se reunían bajo los toldos superpuestos. Przevalski, el gran explorador ruso, se quedó impresionado por aquel terrible hedor:

> Lanzan toda la porquería a la calle, y los hábitos de la gente son repugnantes [...] Un sinnúmero de mendigos muertos de hambre se reúne en el mercado y algunos, sobre todo ancianas, lo convierten en su última morada. [...] Tan pronto como alguien lanza un nuevo cadáver a la calle, las jaurías de perros salvajes lo hacen pedazos.

ALIOSHIN, UN RUSO BLANCO QUE HABÍA VIAJADO HASTA ALLÍ siguiendo las huellas del desquiciado barón Von Ungern-Sternberg, informó que los perros estaban ansiosos por extender su voracidad a los vivos. Nadie se arriesgaba a salir sin llevar un grueso palo.

Quien gobernaba ese extraño lugar, aunque raras veces se aventurase a ir más allá de los muros de su palacio, era el Buda Viviente, un dios-rey defensor de lo divino y partidario de la civilización. En la jerarquía del budismo tibetano, el Bogdo Kan iba en tercer lugar, sólo detrás del Dalai Lama y el Panchen Lama. En Mongolia fue el jefe espiritual quien tomó las riendas del poder secular cuando los chinos se marcharon. Como monje, se suponía que tenía que ser célibe; como gobernante, había conseguido una esposa, un heredero de diez años y el escándalo de una amante aún en la pubertad.

Su Santidad estaba rodeado por una guardia pretoriana de cinco mil lamas, desde simples criados hasta especialistas en decir la buena fortuna, desde médicos practicantes hasta consejeros de Dios, que constituían el Gobierno. Había otra clase de lamas misteriosos e independientes que vivían separados en *gers* y a todos les habían cortado las cuerdas vocales para que no pudieran hablar: eran el arma secreta del Buda viviente, los envenenadores que eliminaban por igual a los abades desobedientes, a los espías chinos, a los agentes políticos o a delincuentes comunes.

El Bogdo Kan raras veces se dejaba ver por sus seguidores; ni siquiera la emoción de las competiciones de lucha mongola lograba sacarlo de palacio. Durante el Naadam de 1913, en el que intervino la intrépida señora Bulstrode, que estaba de gira por Mongolia, su trono estuvo vacío todo el tiempo que duraron las celebraciones. Se presentó sólo para recibir los impuestos y demás «regalos» recaudados a sus vasallos. La señora Bulstrode lo describió como un tipo «decrépito, hinchado, disoluto y aburrido». El doctor Frederick Ossendowski, geólogo polaco que huía de los bolcheviques y que pasó por Urga cuando

se dirigía a China, estuvo varias tardes con el gran hombre. Lo describió como «un anciano robusto, el rostro tan afeitado que recordaba el de los cardenales de Roma». La bebida, o las enfermedades venéreas, le habían desposeído de la vista. Hacia la media tarde, «el que no puede equivocarse» por lo general estaba ya borracho. Sus reuniones ministeriales terminaban, de forma invariable, en reyertas de borrachos.

Sus súbditos le creían el monarca más rico y poderoso del mundo, suposición nada extraña dado el nivel de los impuestos religiosos. Como todos los monjes, era un acaparador. Se rumoreaba que poseía un millar de camellos y dos mil caballos blancos. A Ossendowski le permitieron visitar el tesoro real, donde vio regalos que gobernantes y lamas de todos los rincones del mundo budista habían hecho al Bogdo Kan. Había pepitas de oro del Gran Yenisei, cajas de almizcle y raíz de ginseng enviadas por los orochones, un trozo de ámbar de cuatro kilos procedente de la costa del «mar helado», piedras preciosas y saquitos de perlas de los rajás de la India, colmillos de morsa, cajas de concha de tortuga y marfil tallado de China. Metida en baúles, guardaba la pesadilla de los conservacionistas de hoy en día: todo tipo de pieles raras, de castor blanco, de marta azul, de pantera negra... La biblioteca estaba repleta de manuscritos tibetanos, hindúes y chinos, además de una colección de tablillas cuneiformes, procedentes de Babilonia, que podían haber formado parte perfectamente del botín de la campaña de los mongoles durante la conquista de Mesopotamia, en el siglo XIII. Su zoológico era famoso y en él había jirafas, elefantes, osos perezosos, una boa constrictor y varias focas, sin duda algo malhumoradas por hallarse tan lejos del mar. También poseía el primer gramófono y el primer motocarro del país, adquiridos en un viaje de compras a Shangai.

Sin embargo, una de sus distracciones favoritas era la batería del automóvil. El Bogdo Kan ordenaba que conectaran cables a sus terminales y luego los lanzaba por encima de los muros de palacio. Cuando los fieles se arrodillaban para besarlos, creían que la descarga que se producía era una bendición divina. Al oír sus chillidos, el Buda viviente, que lo observaba todo desde una ventana del piso superior, estallaba en un paroxismo de risas.

Tras su prematura muerte, en 1924, los agentes soviéticos se aseguraron de que no se produjera el reconocimiento de una reencarnación, y que la vieja Urga muriera con él. Después de la revolución, la

ciudad fue rebautizada con el nombre de Ulan Bator («el héroe rojo»). Destruyeron los monasterios, abrieron anchas avenidas a través de la densa maraña de callejuelas y a la plaza del antiguo templo, el corazón de la ciudad, le pusieron el nombre de Sukhe Bator, por el héroe revolucionario que había «invitado» a los rusos a que intervinieran. Allí donde en el pasado los monjes realizaban las danzas religiosas Tsam, tapado el rostro con sus espectaculares máscaras, ahora los cohibidos pastores del campo posan para hacerse fotos en una desolada estepa de losas, con el telón de fondo de la estatua ecuestre y la tumba de Sukhe Bator, a imitación de la de Lenin. Esa foto es un recuerdo que preside la mayoría de las *gers* de Mongolia, como un talismán, prueba de que los mongoles también forman parte del mundo moderno, con una ciudad a la que llamar suya.

SI ULAN BATOR ES EL ANCLA DE MONGOLIA en el mundo moderno, gran parte de sus habitantes siguen todavía anclados al campo y al ideal de la vida nómada. En Ulan Bator vive actualmente medio millón de mongoles, la cuarta parte de la población de todo el país. Sin embargo, el flujo hacia la ciudad no ha comportado el habitual desdén por la vida menos refinada que han dejado atrás. Los mongoles echan de menos las estepas. El paisaje, los caballos, el ganado y el vientre hinchado de las *gers* les proporcionan su identidad, por grande que sea el divorcio con todo esto que comportaba vivir en la capital. Todo el mundo es consciente de que Ulan Bator no es Mongolia y de que viviendo en esta ciudad no pueden ser auténticos mongoles.

La llegada de parientes del campo con una oveja muerta y abierta en canal, varias garrafas de *airag* y noticias de los pastos es una ocasión especial en aquellos apartamentos estrechos. Durante los meses de verano, los padres suelen enviar a sus hijos al campo con los abuelos para que engorden como las ovejas. Sienten que la ciudad los debilita, que los hace propensos a las enfermedades y socava su confianza en la propia identidad. Sólo las visitas al campo pueden mantenerlos sanos.

Un día estuve comiendo en un restaurante moderno con una amiga y su hija de seis años, que acababa de regresar de pasar un mes con su abuela en Arhangay. Según la madre, el campo le había ido de ma-

ravillas a la niña. Había regresado con la cara colorada, llena de energía y muy espabilada.

«Hecha una auténtica mongola», me comentó.

Enérgica y espabilada no eran calificativos que pudieran aplicarse a la ciudad durante la era comunista. En Ulan Bator se cuentan historias de los antiguos días de la planificación central, sobre todo por personas a quienes les cuesta creer que hubieran formado parte de aquello. En oficinas y lugares de trabajo se exigía a los camaradas que llevaran un diario de lo que planeaban realizar a lo largo del año. Los supervisores cotejaban religiosamente aquellos diarios para asegurarse de que estaban de acuerdo con los Planes Quinquenales del Partido. Al cabo de un tiempo, los diarios de planificación se habían vuelto trimestrales. A los directores les gustaban porque eran algo tangible que podían dirigir sin tener que levantarse del escritorio. A los trabajadores les gustaban porque unos a otros podían copiarse los planes, además de ser un sustituto feliz del trabajo. Los planes se convirtieron en una adicción y, al cabo de poco, tuvieron que presentar las planificaciones por escrito todos los meses. A continuación pasaron a ser semanales y, al final, con el centro de trabajo sometido a la manía planificadora, los planes se convirtieron en la rutina diaria. Desde las recepcionistas hasta los supervisores, los trabajadores pasaban un par de horas al día haciendo los diarios de planificación, asegurándose de que tenían el adecuado tono de renovación y que estaban en armonía con las resoluciones del último congreso del Partido. Además de los planes laborales, estaban los planes ideológicos, en donde los trabajadores planificaban qué libros había que estudiar y qué informes del Partido había que leer, aparte de unos planes generales, como las Resoluciones de Año Nuevo, donde los camaradas planeaban trabajar con mayor intensidad y conseguir más logros.

La planificación se convirtió en el todo. Fluía en todos los extremos mediante oleadas de papel. Toda una planta de la dirección estaba dedicada a leer aquellos planes y cotejarlos; luego aconsejaba rectificaciones y sugería objetivos futuros. Parecía el mundo descrito por Orwell, en el que los planes se habían convertido en la industria principal. La puesta en práctica, con su posible fracaso y la consiguiente culpa, se consideraba un tema peligroso y sin solución, aparte de que robaba tiempo a la planificación en sí misma. En el sistema, todo el

mundo, desde los subalternos hasta los subsecretarios, reconocía que había intereses creados en la planificación y que todo aquel montaje podía venirse abajo por culpa de un rebelde que pretendiera pasar a la acción. Pero esos individuos eran sometidos a extorsión sin tardanza.

Nada ilustra tanto la debilidad del país como esa enloquecida planificación. En su intento por adoptar los estilos de vida de una sociedad moderna y burocrática, los mongoles habían adoptado como fetiche un único elemento. En Ulan Bator, una raza de nómadas robustos, un pueblo intrépido que había cruzado Europa y Asia derrotando a las grandes civilizaciones de su época, se había visto reducida a una ciudad de compulsivos chupatintas y tímidos funcionarios.

Las planificaciones se han acabado ya, pero la amortización de sesenta años de régimen comunista todavía perdura. La falta de iniciativa, la pereza, la ausencia de voluntad para emprender cualquier acción por inocua que sea, por temor a exponerse a las críticas, seguirá formando parte de la mentalidad de la Mongolia urbana durante los años futuros.

No obstante, quizá sea demasiado fácil culpar de todo al comunismo. Un amigo mongol, aunque sólo sea medio en broma, culpa del letargo de su país al imperio. Cuando Gengis Kan partió a la conquista del mundo, me dijo mi amigo, los mejores mongoles lo siguieron, con sus caballos por China, Persia y el Volga para hacerse cargo de las nuevas provincias. Mongolia se dejó en manos de los ingenuos que prefirieron quedarse en casa cuidando de las ovejas.

SIN EMBARGO, LA DESAPARICIÓN DE LOS MEJORES y más inteligentes mongoles se produjo en una fecha mucho más reciente que el siglo XIII. Han pasado sólo sesenta años desde que la reducida población de Mongolia perdió a sus ciudadanos más prometedores. En 1928, los rusos se deshicieron de los líderes independentistas del recién nacido Partido Revolucionario del Pueblo Mongol y colocaron en el poder a su títere, el estalinista Choibalsan. Obediente al mandato soviético, no tardó en iniciar las purgas, de modo que los camaradas opositores o heterodoxos fueron eliminados con idéntico entusiasmo.

En Ulan Bator, un nuevo Museo de la Represión Política registra aquella pesadilla. Ocupa uno de los pocos edificios antiguos de la ciu-

dad, un edificio ruso, situado al sur de la plaza. La planta baja está dedicada a los nombres de las víctimas, como un monumento a la guerra que recordara una carnicería colosal. Se dice que en las purgas de los años treinta murieron más de cien mil personas. Sus nombres llenan las cuatro paredes, con una letra pequeña y apretada.

En el piso superior, los nombres cobran vida a través de viejas fotografías, cartas y efectos personales: las gafas de un autor teatral, un gramófono antiguo, una pipa, un frasco de rapé, las posesiones corrientes de unos camaradas demasiado independientes o demasiado mongoles para los agentes de Moscú. Es el testimonio de la vergüenza de una nación, que hace poco aún se mantenía en secreto. La guía, una mujer canosa y de aspecto agotado, me señaló a su padre. La borrosa fotografía en blanco y negro estaba fechada en 1924. El joven que posaba para una foto de estudio con el uniforme del Ejército Rojo Mongol nos miraba fijamente, emocionado por el hecho de que lo captaran durante unos acontecimientos tan trascendentales, inconsciente en su inocencia de que el obturador estaba capturando una imagen que, en las paredes de aquella sala, sería el testimonio de su persecución. Seis años después lo condenarían a ocho años de cárcel en Irkutsk, acusado de ser derechista o izquierdista, revisionista o trotskista, su hija no lo sabía con certeza. Pero ya no tenía importancia. Nunca había vuelto a casa. Sin duda había muerto allí, dijo la mujer. Las condiciones eran muy precarias. O puede que lo fusilaran. Nadie lo sabía. Ella era un bebé cuando desapareció. No podía acordarse de él, dijo, mientras volvía hacia arriba las manos vacías.

En aquellas salas reinaba el mismo silencio que en un funeral. Las familias, acordándose de los padres perdidos, pasaban por allí en una confusa amalgama de suspiros y tenues pasos. Tras las ventanas, incluso el mundo de fuera daba la sensación de haber enmudecido, carente del murmullo del tráfico y el canto de los pájaros. Filtrándose a través de los encajes decorativos, el sol otoñal proyectaba dibujos de flores sobre una vitrina que contenía una carta de amor redactada con la escritura vertical de los mongoles, un rosario de cuentas, la foto de una mujer y la delgada camisa de un prisionero.

Allí estaban todos, una generación perdida, una concentración de fantasmas reunidos —como si alguna vez hubieran sido un grupo compacto—, para transmitirnos cierto significado, mirándonos desde

aquellas paredes, suplicando en silencio que los recordáramos: príncipes mongoles, tenderos chinos, intelectuales, artistas, lamas, miembros del Partido atrapados en el lado equivocado de la discusión... Los verdugos también estaban allí: el venerable Stalin, el envarado Choibalsan y una larga serie de fotografías de interrogadores con su obtusa mirada implacable. El contraste con las víctimas era sorprendente. Las fotografías de los desaparecidos mostraban unos rostros abiertos e inteligentes, unos rostros que habían formado parte de uno de los raros recursos de Mongolia: la intelectualidad. A instancias de una ideología importada, casi todos los hombres y las mujeres instruidos habían perecido. A principios de los años cincuenta, cuando Tsedenbal sucedió a Choibalsan como secretario general del Partido, en todo el país sólo quedaban cinco personas con estudios universitarios.

LOS ESFUERZOS DE FRAY GUILLERMO para que los mongoles se apartaran de los horrores del budismo se han reavivado de forma inesperada en los últimos tiempos. A partir de 1990, con la llegada de la democracia, se ha producido en Mongolia una invasión de Guillermos modernos. Estos sucesores son los evangelistas estadounidenses. Es muy posible que, en cuestiones teológicas, Guillermo de Ruysbroeck los considerara tan poco fiables como a los nestorianos, pero admiraría su robusto fundamentalismo, su obstinada lógica medieval.

Un domingo por la mañana acudí con Mandah a su «iglesia»: un pequeño salón comunitario donde una congregación formada por unas treinta personas intentaba cantar el *O God Our Help in Ages Past*, animada por un individuo de gestos teatrales que tocaba un órgano eléctrico. Me senté en la fila de atrás, sintiéndome como un espía en la «casa del Señor».

Cuando los feligreses se hubieron sentado de nuevo en los bancos, una joven se adelantó para leer en mongol el Evangelio según san Juan. Los misioneros estadounidenses habían pagado la traducción, la edición y la distribución de la Biblia por toda Mongolia. En comparación con los antiguos sutras del budismo tibetano, leídos exclusivamente por los monjes, eran conscientes del atractivo que suponía un libro gratis, en su propio idioma, que todos los mongoles podían tener entre sus manos, repleto de excelentes historias e instrucciones claras.

El predicador de la semana era un anciano estadounidense de cabello blanco, que se presentó como el reverendo Steve o, mejor dicho, como el «referzende setivi». Había perdido la dentadura postiza —corría por allí una explicación incomprensible respecto a la sirvienta y el polvo para adherir la prótesis— y confié en que los feligreses tuvieran mucha paciencia con él. Por suerte, había alguien que traducía sus palabras al mongol, ya que a cualquiera que hubiese venido para perfeccionar sus conocimientos de inglés le habría resultado difícil entenderlo. Sin su dentadura, el inglés del padre Steve sonaba a una especie de finlandés hablado por un borracho.

Empezó anunciando lo feliz que le hacía descubrir cómo Nuestro Señor Jesucristo echaba raíces en Mongolia. La referencia evangélica que había elegido para su sermón era la historia de Caín y Abel, analizando la idea de que todos debemos cuidar de nuestro hermano. Fue un discurso bastante pesado, aunque, para ser justos, la difícil traducción y las consonantes sueltas que siseaban a través de los boquetes de sus dientes impedían cualquier esperanza de florituras oratorias.

Después pidió a los miembros de la feligresía que se pusieran en pie y dijeran a los demás qué les gustaría incluir en sus plegarias para la semana siguiente. Uno tras otro se levantaron, primero algo indecisos, y luego con mayor confianza al tener el ejemplo de los otros. Los feligreses eran en su mayoría jóvenes y sobre todo mujeres, muchas de ellas adolescentes. Se pidieron oraciones para parientes enfermos, para que una joven que llevaba el pelo recogido pudiera ingresar en la universidad, para que el hijo de otra pudiera entrar en un buen colegio, para conseguir un empleo, para un matrimonio feliz, para obtener un piso largamente esperado, para el regreso sano y salvo de una hermana que efectuaba un largo viaje...

En aquellos momentos, el salón no se diferenciaba gran cosa de la tienda de un chamán. Si el cristianismo era superior al chamanismo en cuanto a importancia ética, había pocas pruebas de eso en aquellas peticiones. Todos los asistentes imploraban la intercesión divina, alguna alteración ventajosa del destino. Es posible que el Dios fuera distinto, pero la gente que acudía a arrodillarse ante él llegaba con idénticas peticiones. Querían mejorar sus posibilidades, limpiar su vida de influencias siniestras y mal karma. Anhelaban la ayuda de las fuerzas espirituales en un mundo físico difícil e impredecible. No parecía haber

una razón especial para que acudieran al Dios cristiano en vez de ir a Dayanderkh, como no fuera la expectativa de que su magia fuera más potente. Y que lo era resultaba evidente para cualquiera con un televisor desde el cual Estados Unidos se proyectaba por todo el mundo como la nueva tierra prometida. Dayanderkh apenas podía competir con el Dios del reverendo Steve, que había legado a los estadounidenses, su pueblo favorito, un éxito tan espléndido. En la mente de aquellos peticionarios, estimulada por el fervor evangélico de los nuevos misioneros, el mensaje de Cristo, la idea de la salvación y el «sueño americano» aparecían entrelazados de forma indisoluble.

UNA TARDE FUI A VISITAR A CHOIJAMPTS, el abad del monasterio de Gandan, que en Mongolia significa lo que la abadía de Westminster en Inglaterra. Es uno de los pocos monasterios que escapó de las purgas con un permiso excepcional para continuar como museo viviente de la fe budista, con una fantasmagórica camarilla de monjes practicantes bajo el estricto control del Gobierno. En los años más difíciles actuó, para los visitantes más crédulos, como un perverso escaparate de la tolerancia del Partido. Claro que esto no se conseguiría sin bajas: aparte de perder a la mayoría de sus monjes, también perdió la monumental estatua conocida como Magjid Janraisig, que en 1911 mandara construir el Bogdo Kan, con la esperanza de recuperar la visión perdida. En la época de las purgas enviaron la estatua a Leningrado, donde la fundieron para hacer munición.

Con las nuevas libertades religiosas, Gandan vuelve a estar en activo y en el monasterio viven ahora trescientos cincuenta lamas. Uno de sus primeros empeños fue reconstruir la Magjid Janraisig mediante una suscripción de fondos públicos y donativos internacionales. Con veinticinco metros de altura y veinte toneladas de peso, incrustaciones de oro y piedras preciosas, la nueva figura de Avalokitesvara hecha en cobre se inauguró en 1997. Como símbolo del renacimiento del budismo en Mongolia y de su independencia de los jefes supremos rusos, la Magjid Janraisig no tiene parangón.

Un malentendido me permitió atravesar las distintas barreras de clérigos oficiales que rodean la augusta persona de Choijampts. Aparentemente, pensaron que yo era otra persona. La velocidad con que

me hicieron pasar por la cadena de mandos hizo que me preguntara si no me habrían confundido con un emisario del Dalai Lama. El guardia de la entrada me entregó al portero, quien a su vez me envió al encargado de las citas diarias, el cual me llevó por una serie de habitaciones vacías hasta la oficina del secretario de Choijampts. Tras una breve consulta a través de un viejo teléfono de baquelita, el secretario me acompañó al despacho del ayudante privado. Un instante después, me encontraba en el santuario sagrado que era la oficina del mismísimo gran hombre.

Choijampts se levantó de detrás del escritorio para estrecharme la mano. Era un buda regordete, de ojos estrechos y enormes orejas de lóbulos alargados. Su oficina era un estudio agradable, dotado con la tecnología más reciente —un televisor y un reproductor de vídeo, un fax, un móvil...—, que resaltaba entre las librerías y el templete budista situado en el rincón más alejado. Sobre la larga mesita de centro, situada frente al sofá donde estuve sentado, había unas bandejas repletas de galletas de mantequilla. En la estancia se respiraban los olores de la santidad y del placer, de la cera de las velas y de los dulces recién horneados.

Si la persona a quien Choijampts estaba esperando era otra, fue lo bastante educado como para no exteriorizarlo y me dio una efusiva y afectuosa bienvenida. Estuvimos hablando en un inglés entrecortado. Era un compulsivo consumidor de rapé y no paraba de tomar pellizquitos de un viejo estuche de hojalata para películas que tenía encima del escritorio. Era casi la una y, durante nuestra charla, pude percibir cómo el estómago del gran hombre no paraba de rugir igual que una locomotora.

Entre los altos jerarcas del budismo tibetano, éste parecía padecer de cierta hilaridad. Al igual que el Dalai Lama, Choijampts era adicto a los chistes y a los ataques de risa. Con ese talante resultaba difícil abordar discusiones más serias: las risas no hacían más que interrumpirme.

Le transmití los saludos de Smith & Sons Tobacconists, de Charing Cross Road. Antes de salir de Londres, yo había comprado unas cuantas latitas de rapé como regalo. El dependiente había mencionado que Choijampts, al que describió como el jefe supremo de los monjes de Mongolia Exterior, era un consumidor habitual de rapé, y que

siempre que pasaba por Londres se dejaba caer por allí en busca de existencias. Casualmente, había estado en la tienda la semana anterior a mi visita y había comprado una gran cantidad a granel.

«Charing Cross Road —exclamó Choijampts, alzando las manos al cielo y soltando una gran risa desde lo más hondo del estómago—. El rapé de Smith. Muy bueno.»

Rebuscó en el cajón y sacó una pequeña lata que llevaba el sello de la tienda, donde ponía: «Mezclas de rapé e importadores de cigarros desde 1869».

«Mezcla George V. Pruebe un poco, por favor —dijo y luego añadió—: Y dígame, ¿todavía tiene tanto público *La caza del ratón*?»

«¿*La ratonera*? Por supuesto. Todavía está en cartel.»

Sus hombros se estremecieron con un ataque de alegría.

Ansioso por desviar la conversación de los anacronismos del West End londinense, le pregunté por los misioneros cristianos, los rivales de los lamas mongoles que luchaban por introducir de nuevo el budismo en su tierra.

«La mayoría no son cristianos tradicionales —contestó, con una repentina expresión de seriedad. Me observó con atención, como si temiera ofenderme—. Estadounidenses —aclaró con un encogimiento de hombros—. No pertenecen a lo que podríamos llamar los muchachos del arzobispo de Canterbury —una sonrisa maliciosa asomó a las comisuras de su boca—. Pero son unos jugadores de baloncesto muy buenos —de nuevo rompió a reír—. Sí, muy buenos... Siempre encestan al pasar por debajo del aro.»

Muchas de las misiones estadounidenses más recientes tendían a enviar tipos altos y atléticos a predicar el evangelio. Solían organizar partidos de baloncesto, de gran atractivo para los jóvenes urbanos de Mongolia, esclavizados por la cultura de Estados Unidos. Luego, durante los descansos, les hablaban de Jesús, el entrenador divino.

«Nosotros, pobres budistas —soltó una risita—, somos demasiado bajitos.»

Le pregunté por los rasgos diferenciales del budismo mongol.

«¡Ah! —volvió a reír—. Nosotros somos distintos. Somos mongoles.»

Se inclinó hacia delante por encima del escritorio, en dirección a donde estaba yo, al tiempo que meneaba la cabeza. «Yo tengo seis hi-

jos. Es una gran diferencia —señaló hacia su regazo y, supuestamente, hacia su pene—. Todo forma parte del plan divino. Para el hombre —una estruendosa risa volvió a brotar de su estómago—, nosotros enseñamos el trasero a la luna», rugió y lo que supuse sería un eufemismo de hacer el amor vino acompañado por una elaborada sesión de pantomima, en la que hacía como que se bajaba los pantalones, se daba una palmadita en el trasero y luego señalaba hacia arriba, a la luna. Después dio un fuerte manotazo sobre la mesa y retiró la cabeza hacia atrás.

Retorciéndose de risa, repetiría varias veces la misma pantomima. «¡Ah, cómo nos gusta esto! —exclamó jadeando, como si buscara aire en medio de las alegres carcajadas—. ¡Enseñar el trasero a la luna! —entonces interrumpió la risa con brusquedad, lo mismo que si hubiese desconectado un interruptor, y con seriedad repentina concluyó—. Ahí está la diferencia.»

La entrada de su ayudante, que lo llamaba para almorzar, dio por concluida nuestra entrevista.

«Tenemos que vernos otra vez en Londres —dijo riendo entre dientes, cuando me acompañaba hacia la puerta—. Iremos a ver *La caza del ratón*. Es muy buena. A los ingleses les gustan mucho esas historias tipo quién-lo-hizo. Asesinatos y enredos... —se detuvo ante la puerta—. Pero también hay otra. Unos buenos amigos míos me la han recomendado. ¿Cómo se llama? —frunció el entrecejo—. ¡Ah, sí! —se le iluminó la cara—. *Sexo no, por favor, que somos ingleses.*» Otro estallido de risas inundó la habitación.

15

EN BUSCA DE GENGIS KAN

EN LOS MONTES HENTIY, EL OTOÑO ARDÍA a través de los bosques. Incendios de hojas flameantes consumían las laderas, mientras las horcas de luz solar rastrillaban la hierba amarilla. A lo largo de los caminos, los sauces tenían una tonalidad escarlata y azul. El invierno estaba tan cerca ya, que efectuaba incursiones nocturnas en el interior del país, como un cazador amparado en la oscuridad. Por la mañana encontrábamos la leche congelada en la jarra y, en el río, había que romper delgadas placas de hielo para asearse. Una vez me desperté en mitad de la noche y salí. Bajo la fría luz de la luna, los colores habían huido, dejando un fantasmagórico mundo monocromático. En los pastos cubiertos de escarcha, los caballos se erguían como estatuas, el vaho del aliento desenroscándose por los agujeros de la nariz, como altas columnas de humo.

Viajábamos por un territorio deshabitado. Durante seis días no vimos a nadie. Los grandes ciervos machos bramaban en el bosque y los más pequeños huían como fantasmas entre los árboles, y todas las mañanas encontrábamos huellas recientes de los lobos donde el suelo arenoso se abría paso entre la hierba. El segundo día, desde un paso bajo junto a un destartalado *ovoo* adornado con pañuelos azules y cornamentas de alce, divisamos por vez primera el Burkhan Khaldun, la gran montaña, tocada con un turbante de nieve.

Desmontamos y dimos la vuelta de rigor en torno al *ovoo*. Luego, de pie con la espalda al viento, contemplamos la montaña por encima de los bosques color carmesí.

«Oh, mi alta montaña, ¡mi Burkhan Khaldun! —recitó Zevgee, nuestro guía—. Todos los días te honraré con ofrendas. Todos los días te adoraré. Y los hijos de mis hijos siempre recordarán esta promesa.»

Eran las palabras de Gengis Kan, tal como se cuenta en *La historia secreta de los mongoles*.

Hogar de los poderosos espíritus chamanes, Burkhan Khaldun es el jardín del Edén de los mongoles, un paisaje de orígenes inmaculados. En *La historia secreta de los mongoles* se habla de un lobo azul y de un gamo que llegaron a estas regiones después de cruzar los mares. De su unión nació una criatura humana, Batacaciqan, el primer mongol, que vio la luz junto a la cabecera del río Onon.

Volvimos a montar y bajamos por el otro lado del paso, guiando a nuestros caballos hacia un largo valle otoñal, donde los alerces eran como lenguas de fuego. La montaña se elevaba envolviendo todo el entorno, su blanca cima enredada en un cielo de nubes y columnas de luz solar.

EL DESCUBRIMIENTO, EN 1886, de *La historia secreta de los mongoles* por un estudioso ruso que trabajaba en los archivos de Pekín, sacudió al mundo académico, acostumbrado a creer que los nómadas sentían tanta aversión por la literatura como por las hortalizas. Escrito en el año de la rata, es decir, 1228 o 1240, el libro habla de los orígenes del pueblo mongol y ofrece una extensa genealogía de la familia de Gengis Kan, relata las dificultades de los primeros años del gran mandatario y su triunfo final como líder del imperio. La historia secreta del título quizá se refiera al hecho de que el libro sólo podía leerlo la estirpe imperial. Si bien los primeros capítulos son claramente míticos, el valor de los últimos como fuente histórica es un tema sin resolver todavía. Arthur Waley, traductor de la obra al inglés, la subtitula una «novela seudohistórica». Pero la mayoría de los estudiosos considera que la biografía de Gengis Kan es, en lo esencial, bastante correcta, siempre que se resten los embellecimientos heroicos, como, por ejemplo, todo el material legendario.

Para ser un hombre que en el pasado controló gran parte del mundo conocido, resulta sorprendente lo poco que se sabe acerca de Gengis Kan. En su época, nunca se le hizo un retrato; aun así, existe uno, realizado una generación después de su muerte por un pintor de la corte china, en donde se le representa con el estilo idealizado de un emperador chino, ataviado con una túnica de seda y luciendo una barba

rala. Durante siglos, este retrato estuvo colgado en el palacio de la Ciudad Prohibida, en Pekín, hasta que Chiang Kai-shek y sus fuerzas nacionalistas en retirada se lo llevaron a Taiwan. Un historiador persa del siglo XIII describió a Gengis Kan como un hombre alto y robusto, con ojos de gato y barba blanca. «Algunos diablos eran amigos suyos», añade, abortando así la posible veracidad de su relato.

Según *La historia secreta de los mongoles*, Gengis Kan nació cerca de Dadal, en la confluencia de los ríos Onon y Balj, entre 1150 y 1170. Su verdadero nombre era Timuyin y el título de Gengis Kan, que significa rey universal, se le dio con posterioridad. Su padre, jefe de un clan, murió envenenado cuando Timuyin tenía nueve años. Su familia, repudiada por el resto del clan y perseguida por sus enemigos, tuvo que refugiarse en la región del Burkhan Khaldun. Con el paso de los años, en torno al joven exiliado se desarrollaría una mística carismática y sus seguidores irían en aumento a medida que derrotaba a los clanes rivales en una serie de ataques sorpresa. Siguió más o menos una década de sanguinarios conflictos tribales, que culminó cuando Timuyin logró aunar bajo su bandera a todos los clanes mongoles divididos. Por vez primera en muchas generaciones, los mongoles se unían bajo un único líder dominante, al que otorgaron, a la edad de treinta y nueve años, el título de Gengis Kan. Para los autores de *La historia secreta de los mongoles*, éste fue su gran logro. Después de la conquista de Mongolia, la conquista del mundo era algo que rayaba en la insignificancia.

Más allá de las fronteras de Mongolia, la estirpe de Gengis Kan se extendería de manera vertiginosa, y su demonización en la tradición histórica de Occidente no tendría parangón hasta que el siglo XX nos diera a Hitler. Y cuando Bram Stoker buscó a un antepasado adecuado para Drácula, Gengis Kan fue la elección más natural. Sin embargo, para los mongoles es una figura merecedora no sólo de veneración, sino incluso de adoración.

Bajo su mandato, los mongoles gobernaron el mundo durante un breve período de esplendor. Y para un pueblo debilitado, a menudo dependiente del mecenazgo de las naciones extranjeras, Gengis Kan se convertiría en el único argumento histórico capaz de estimular la virilidad y el orgullo nacionales.

Al igual que los lamas y los intelectuales, Gengis Kan no casaba

con la ortodoxia marxista. Stalin encargó una biografía condenatoria del gran líder mongol y la línea oficial se centró en que era un personaje reaccionario, de ideas feudales. Durante los setenta años de régimen comunista en Mongolia, fue como si el gran héroe nacional no existiera.

En 1962, con el estallido inesperado del nacionalismo, y con motivo del supuesto 800 aniversario de su nacimiento, se produjo un breve intento por rehabilitar la figura de Gengis Kan. Decidieron sacar unos sellos conmemorativos y levantaron un monumento de piedra en Dadal, el lugar de su nacimiento. A la inauguración del monumento acudió Tomor-ochir, miembro destacado del Politburó y presidente de la Sociedad por la Amistad Mongolo-Soviética. Por desgracia, los mongoles interpretaron mal las tendencias liberadoras del Kremlin. Con el recuerdo de la insurrección de Hungría todavía fresco en su memoria, Jruschov decidió erradicar aquel revisionismo antes de que fuera demasiado tarde. Se apresuraron a retirar de la circulación los sellos conmemorativos, atacaron a Tomor-ochir desde *Pravda*, lo destituyeron del Politburó y lo expulsaron del Partido; en cuanto a los oficiales de menor graduación que habían estado relacionados con las celebraciones del aniversario, los arrestaron. De esta manera se vio abortada la restauración del culto a Gengis Kan.

Hasta después de la caída del antiguo régimen, Gengis Kan no pudo salir a la luz. En la Mongolia moderna, su figura es omnipresente, una especie de cruce entre la realeza y las estrellas más populares de la música pop. Se ha convertido en un elemento de culto y su imagen, o al menos la versión china que se tiene de él, aparece en todas partes, desde los billetes de banco hasta los sellos de correos, desde las camisetas hasta la etiqueta del vodka más popular. No es de extrañar que una figura medieval sea el icono nacional de la más medieval de las sociedades.

Después de 1990, en Ulan Bator se fundó una Sociedad Gengis Kan con el objetivo de erigir monumentos, palacios y museos en su honor, además de patrocinar expediciones en busca de su tumba, cerca de la montaña de Burkhan Khaldun. Se solicitaron subvenciones en el extranjero, pues los mongoles creían cándidamente que el resto del mundo sentía la misma estima que ellos por Gengis Kan. Enviaron peticiones por escrito a los líderes del mundo, incluso a la reina de Inglaterra: una contribución importante le aseguraría un asiento con le-

tras grabadas en oro en el Gran Consejo de la Sociedad. Por desgracia, no les llegó ningún dinero y el mundo perdió la ocasión de ver el nombre de Isabel II de Inglaterra como consejera honoraria de la Sociedad Gengis Kan.

EL MONTE BURKHAN KHALDUN no sólo fue un refugio para Gengis Kan en vida, sino que también lo sería después de su muerte. Se convertiría en su única morada permanente cuando, en 1227, su cuerpo regresó a los montes Hentiy para ser enterrado en las proximidades de la gran montaña. Los pocos datos que poseemos sobre su funeral indican que se celebraron unos rituales muy complicados, siguiendo el secreto más absoluto. En su tumba colocaron a cuarenta doncellas cubiertas de joyas y un séquito de espléndidos caballos para que lo acompañaran al otro mundo. Por desgracia, las expediciones destinadas a encontrar su sepultura —la mayoría organizadas por japoneses— no han descubierto nada hasta hoy en día. Su tumba sigue siendo uno de los grandes misterios arqueológicos que todavía quedan por descubrir.

Acampamos al pie de la montaña, en una arboleda de copas amarillas, y me puse a ver si pescaba algunos *lenoks* del riachuelo cercano al campamento, cuando Zevgee, el guía, anunció que teníamos que partir para la cumbre. Era media tarde y yo había dado por sentado que aguardaríamos hasta la mañana del día siguiente, lo cual nos permitiría pasar el día completo en la montaña. Pero Zevgee me aseguró que teníamos tiempo suficiente para subir y bajar. Así que dejamos a Mandah al cuidado del campamento, montamos en los caballos y partimos.

En las empinadas laderas, los pinares eran cada vez más densos, hasta que los rayos de luz se extinguieron entre los troncos cubiertos de musgo. En medio de la penumbra encontramos un *ovoo* espectacular, construido no con piedras, sino con ramas entrelazadas, que formaban una pirámide muy alta. Unos trapos deshilachados adornaban las ramas muertas. En el reducido espacio que quedaba entre los árboles, el *ovoo* aparecía enorme y desproporcionado, como si la fe hubiera inducido un crecimiento anormal e incontrolable en medio del bosque salvaje. Encima de una roca que hacía de altar se podían ver las habituales baratijas de las ofrendas: cartuchos, monedas, huesos de

caballos... A unos pasos de aquella roca, un gran caldero de hierro aparecía repleto de estiércol de caballo.

Zevgee y yo arrancamos algunos pelos de la cola de nuestras monturas y los atamos al *ovoo*. Luego montamos y proseguimos nuestra ascensión. Por el empinado terreno, los caballos avanzaban tambaleantes hacia la cumbre, tanteando en busca de un apoyo seguro. Las piedras sueltas resonaban entre los árboles, como guijarros cayendo en un pozo profundo. Continuamos por un sendero muy poco delimitado, que subía en zigzag entre oscuros troncos, árboles caídos y espesos matorrales, aunque teníamos que detenernos con frecuencia para que los caballos recuperaran el aliento. De los belfos les caían salpicaduras de saliva y los músculos de las patas les temblaban. Hacía rato que yo hubiera proseguido a pie, pero Zevgee, como buen mongol, era reacio a desmontar. Los caballos mongoles están acostumbrados a los terrenos difíciles, la seguridad de su pisada haría que hasta una cabra montés pareciera torpe.

Sin embargo, la inclinación de la pendiente acabó por hacerse demasiado pronunciada. Desmontamos y trepamos, en algunos lugares con ayuda de manos y rodillas, haciendo palanca con los pies entre los árboles, mientras nuestras monturas forcejeaban detrás de nosotros, en medio de las puntiagudas ramas. Llamé a Zevgee para sugerirle que dejáramos allí atados a nuestros caballos, y seguir nosotros solos, pero con un gesto de la mano rechazó mi sugerencia y siguió ascendiendo, tironeando de su caballo a través de los pasillos que la maleza estrechaba cada vez más.

Por fin salimos por encima de la línea que marcaba el límite de los árboles a una zona de salientes donde la nieve se había amontonado formando gruesas capas. Después de media hora de esforzado avance a través de los ventisqueros, alcanzamos un promontorio de roca desnudada por el viento. Me asomé por el borde. Trescientos metros más abajo, un lago alpino centelleaba con los reflejos de los árboles amarillos. Por encima de mí, recortado contra el cielo, Zevgee parecía una figura medieval tirando de su caballo hacia arriba, apoyándose en un palo que había cortado en el bosque.

En la cumbre nos encontramos con un viento nuevo. Hacia el norte había una aglomeración de montañas que cargaban sobre sus hombros grandes extensiones de cielo. A nuestras espaldas, el sol se hundía

en un conjunto de colinas más bajas. Y en la cumbre, una superficie plana apenas mayor que la plaza de una aldea, múltiples *ovoos* cubrían la roca desnuda. Bajo la luz moribunda, con sus sombras alargadas, semejaban las lápidas de un cementerio.

En el extremo más alejado se alzaba un *ovoo* considerablemente más grande que los demás: una tosca pirámide de piedras que superaba los tres metros de altura. Conocida como el Trono de Gengis Kan, era, según la leyenda, el sitio donde éste acudía de joven a honrar a la gran montaña e inspeccionar sus tierras. Entonces comprendí por qué no habíamos dejado atrás los caballos. Para un mongol, dar la vuelta a un lugar tan sagrado sin su caballo, como un vulgar vagabundo, sería indecoroso. Junto con los animales, Zevgee y yo dimos tres veces la vuelta, en actitud solemne, en torno al santuario. Entre las ofrendas —un paquete de té, la ballesta de un jeep, una bota, un estribo...— destacaban los cráneos de caballo, con sus alargadas cuencas oculares, clavados como máscaras de espíritus en medio de las piedras apiladas.

Después de haber concluido las tres vueltas, nos sentamos al abrigo del *ovoo* para beber la botella ritual de vodka. Zevgee, frotándose alegre las manos, se mostró encantado con el respeto que demostraba yo hacia la tradición mongola, aunque algo decepcionado de que hubiese optado por una botella tan pequeña.

Serví el licor en un tazón y se lo entregué. Zevgee lanzó un poco de vodka al cielo, otro poco al *ovoo* y luego se bebió el resto, antes de devolverme el tazón para que yo hiciera lo mismo.

«Es tarde», comenté, y me miró con sus ojos húmedos y fríos.

Zevgee era una rareza entre mis guías: no me gustaba. Tenía la cara aplastada, como un murciélago cuyo radar funcionara mal, y era evasivo y falso, muy aficionado a quejarse con gestos teatrales.

«Es tarde —repetí con mi mongol rudimentario—. La subida ha sido larga y el sol ya se está poniendo. Habrá oscurecido cuando bajemos.»

Pero Zevgee se limitó a mirarme inexpresivo y se bebió otro tazón de Gengis Kan.

Aquel tipo era un idiota y me maldije por haber sido tan estúpido como para permitirle que me convenciera de subir a la montaña tan tarde. Durante un breve momento consideré la posibilidad de empujarlo por el borde del abismo, pero decidí que, en un lugar tan sagra-

do, tal vez no fuera aconsejable cometer un asesinato. Así que opté por tomar otro trago de Gengis Kan.

Estábamos sentados en un par de piedras planas, como si nos halláramos en un trono, con la espalda apoyada en el *ovoo*. A nuestros pies se extendía Mongolia. Las montañas se desplegaban entre los diversos horizontes, sus cimas en forma de yunque rajadas por cañones de sombras rojizas. Al otro lado estaba Siberia. En las enormes dimensiones de aquel paisaje, ninguna luz rompía la creciente oscuridad. El único sonido era el suave lamento del viento entre los múltiples montoncitos de piedras repartidos por la cima. Eran *ovoos* privados que los peregrinos habían levantado en aquel remoto lugar para grabar y promover sus deseos más íntimos. Bañados por la fantasmagórica luz rosada y gris, se apiñaban en un caos impropio, una tribu de recuerdos perdidos que marcaban las tumbas de esperanzas ya agotadas.

Terminamos el Gengis Kan y nos levantamos. Me acerqué al extremo occidental de la cumbre y levanté mi propio montoncito de piedras, de cara al sol poniente. Luego iniciamos el descenso.

En penumbras reemprendimos el camino de regreso entre los empinados ventisqueros. Cuando llegamos a la línea de los árboles había oscurecido y el vodka nos pateaba en el estómago. Las tres horas que siguieron fueron una pesadilla. En medio de la oscuridad, el bosque tenía la lógica de un laberinto. Tropezábamos con los árboles y con matorrales de maleza imposibles de cruzar. Al atisbar en la penumbra, observamos de repente que el suelo desaparecía bajo nuestros pies en una abrupta caída y tuvimos que retroceder para buscar otro sendero. En algunos sitios, la maleza era tan densa que los caballos no podían dar media vuelta y teníamos que convencerlos para que recularan contra las ramas desgarradas. Una y otra vez topábamos con obstáculos invisibles, resbalábamos entre arbustos y acumulaciones de piedras desprendidas, con los caballos chocando con todo a nuestras espaldas hasta que un nuevo obstáculo invisible detenía nuestra caída. Hacía tiempo que habíamos perdido el sentido de la orientación y sólo teníamos la certeza de que íbamos hacia abajo. No había forma de saber si nos dirigíamos al campamento o fluctuábamos por la montaña y entrábamos en otros valles.

En aquel mundo de tinieblas, lleno de amenazas invisibles, la mayoría de los caballos se habría dejado dominar por el pánico, hasta el

punto de hacerse ingobernable. Sin embargo, en medio de nuestro caótico descenso, los nuestros se mantuvieron firmes y serenos. Nunca he admirado tanto la capacidad de los caballos mongoles. Nada parecía intimidarlos.

No podría decir lo mismo de Zevgee. El oscuro bosque le había robado las últimas defensas contra la desesperación. Se lamentaba, gemía, se dejaba caer entre las rocas y lloriqueaba. Hubo un momento en que encontró una caja de cerillas entre los pliegues de su *del* y empezó a vagar de un sitio a otro, iluminando su marcha entre los árboles, como si estuviera buscando un telesilla. Al tratarse de cerillas chinas, no duraban demasiado, y pronto volvíamos a estar a oscuras.

Al final distinguí una hoguera entre los árboles, bastante lejos a la derecha, y mucho más abajo. Dejé de verla casi de inmediato al bajar por un barranco, pero me orienté gracias a las estrellas y dirigí nuestro absurdo descenso hacia el campamento. Una hora después, llenos de cortes, magullados y exhaustos, salimos tambaleantes de entre los árboles y entramos en el claro donde Mandah estaba haciendo té en la hoguera.

«¿Qué es lo que les ha entretenido tanto?», preguntó.

DURANTE LOS TRES DÍAS QUE SIGUIERON, avanzamos hacia el este a través de bosques umbríos. Los maravillosos vientos que nos habían empujado al interior de los montes Hentiy se habían desvanecido, y en aquellos valles interminables y cenagosos parecía como si estuviéramos marcando el paso del tiempo. Los días se arrastraban y se enlazaban notoriamente. Los bosques no se acababan nunca. Los caballos, fatigados por la blandura del terreno, avanzaban con lentitud. Bajo aquellos cielos plomizos, el carmesí de las hojas había adquirido un tono herrumbroso. En nuestros campamentos imperaban la humedad y la falta de sol. Bajo la garra claustrofóbica de aquella naturaleza salvaje, en medio de los bosques interminables, eché de menos la claridad de la estepa abierta.

Al tercer día empezamos a salir por fin a un mundo más espacioso en el que los valles se ensanchaban y las abruptas pendientes arboladas se desenmarañaban a medida que descendíamos hacia uno de los ríos tributarios del Onon. Los oscuros pinos fueron relevados por es-

paciosas concentraciones de abedules, cuyos troncos blanquecinos se desconchaban formando escamas mientras sus hojas centelleaban bajo un sol recién nacido. Entre los árboles asomaban ya los prados y las manchas del cielo despejado por los vientos. Entonces los caballos se dejaron contagiar por el ánimo del paisaje cambiante y apresuraron el paso.

La mañana del cuarto día, en un valle de hierbas color castaño rojizo, encontramos una manada de caballos, y una hora más tarde descubrimos una *ger* en medio de errantes rebaños de ovejas: el primer sitio habitado que veíamos en casi una semana. Espoleamos a los caballos para que se pusieran al galope. La luz del sol se deslizaba con celeridad ante nosotros, un viento alpino soplaba a través de los prados y los árboles de ribera desprendían nubes de hojas amarillas. Cruzamos una ancha depresión entre colinas y, al llegar al otro lado, bajamos al galope, gritando como forajidos, hacia una vasta llanura cubierta de hierba, de flores silvestres y de viento. El mundo volvía a ser joven otra vez, como lo había sido aquella mañana en Namarjin; de esto hacía ya tres meses.

Con ese estado de ánimo entramos al galope en Batshireet. Fue un Momento Gary Cooper, aunque un poco aguado por la actitud del *sheriff*. Al cabo de media hora, yo sería arrestado.

Es posible que la cárcel fuera algo que debía haber esperado de un pueblo impregnado por una atmósfera tan siberiana. Sus habitantes eran mongoles buriatos, la mayoría de los cuales vivía al otro lado de la frontera, en Rusia. Las mujeres tenían tendencia a llevar pañuelos en la cabeza y los hombres chalecos de piel y eran barrigudos. La influencia rusa y la abundancia de árboles habían hecho que la idea de poseer una casa tuviera cierto arraigo allí. El pueblo estaba formado por cabañas de una sola habitación, como las que dejaron de estar de moda en las planicies de Estados Unidos en 1905. Batshireet podía haber sido Casper, en Wyoming, después de que llegara la primera oleada de carretas: una ciudad de tablas de pino, postes para atar las monturas y hombres corpulentos aficionados al rapé. El encanto de las cabañas de madera residía en su estado ruinoso y los espléndidos árboles les daban un toque pintoresco. El hotel era un edificio bajo, con ventanas esculpidas al estilo ruso, puertas combadas y estufas barrigudas. Estaba cortando leña cuando alguien llamó a la puerta.

El policía era un tipo lúgubre de ojos tristes, con un disfraz muy poco convincente: un *del* de pastor y una gorra de golf demasiado holgada. Con un susurro conspirativo, me invitó a seguirlo al ayuntamiento contiguo, donde aguardaba el gobernador. Ignorante del puesto oficial que ocupaba, le repliqué, tal vez en un tono algo irascible, que iría a verlo en cuanto hubiese llenado la estufa, pagado al hombre de los caballos, me hubiese lavado y tomado una taza de té. El policía secreto se quedó un poco desconcertado en el umbral, mordiéndose el labio.

«Debe de haber entendido mal —susurró—. Está usted arrestado.»

No era la primera vez que tenía ocasión de comprobar cómo habían mejorado los modales de los mongoles en el transcurso de los siglos. Setecientos cincuenta años atrás, saqueaban y robaban con unas maneras que al menos podrían calificarse de rudas. En la actualidad, incluso el arresto de un delincuente se llevaba a cabo con timidez y mediante frases corteses.

Zevgee observó mi partida con la mirada de un hombre al que acaban de decirle que el cheque de su salario no tiene fondos. Por suerte, al policía no se le ocurrió ponerme las esposas o una manta por encima de la cabeza cuando me condujo al ayuntamiento para proceder al interrogatorio. Ya en el piso de arriba, en el despacho del gobernador, nos sentamos ante un austero tribunal. Por lo visto, Batshireet disfrutaba de una tasa de delincuencia bastante baja y, en ausencia de acumulación de presos a la espera de proceso, íbamos a pasar sin demoras del arresto al juicio.

En la mejor tradición de los sistemas judiciales asiáticos, el juez y el fiscal eran la misma persona: el gobernador, un joven serio de expresión calculadora, sin duda partidario de la línea dura del MSDP. Un juez de Nuremberg no se habría mostrado más severo. A un lado del gobernador se sentó el agente que me había arrestado, con expresión malhumorada, y al otro lo hizo un tercer hombre, claramente el policía bonachón: aunque habló muy poco, de vez en cuando se olvidaba del papel que debía asumir y sonreía.

El tribunal no quería perderse la emoción del juicio, revelando desde un primer momento la naturaleza de mi delito. Así que decidieron interrogarme acerca de mi viaje: cuántos días llevaba viajando, qué ruta habíamos tomado, por qué distritos habíamos pasado... Sin

embargo, yo sabía hacia dónde conducían sus preguntas. Burkhan Khaldun era una zona restringida y hacían falta permisos para viajar por allí. En la práctica, poca gente se preocupaba de conseguir tales permisos, ya que el proceso para conseguirlos era muy misterioso y una pérdida de tiempo. Nadie hacía caso de la reglamentación, consciente de que era muy poco probable encontrarse a un policía en aquellos diez mil metros cuadrados de bosque deshabitado y, si se lo encontraban, éste no querría echar a perder un grato encuentro con preguntas sobre permisos. Pero yo era distinto. Yo había llegado a Batshireet y era un extranjero que podía pagar una jugosa multa, que sin duda iría directamente a la libreta de ahorros del gobernador.

Así que decidí anticiparme a él, antes de que entráramos en el tema de mis actividades delictivas. Soslayé sus preguntas respecto a mi ruta y me mostré entusiasmado con las maravillas naturales de la zona. Yo era escritor, expliqué, y me disponía a regresar a Londres con el propósito de preparar un libro sobre Mongolia, en el que Batshireet ocuparía un lugar destacado. Cuando la gente de Europa leyera el libro, su pueblo pasaría sin duda a formar parte de sus futuros destinos de vacaciones.

El gobernador primero titubeó en cuanto a su forma de interrogar y luego la interrumpió. Efectuó unos cuantos garabatos en un papel que tenía ante sí, consultó en voz baja con el agente secreto y al final carraspeó.

Dijo que estaba encantado de que hubiésemos elegido visitar Batshireet. Que me había pedido que acudiera a visitarlo para poder darme la bienvenida de manera oficial. Esperaba que disfrutase de mi estancia. Que por la mañana enviaría una oveja muerta al hotel junto con sus saludos. Que le tuviera al corriente si había algo que pudiera hacer por mí. La perspectiva de la posible llegada de turistas, todos sin el permiso reglamentario, sin duda había pasado por su mente.

AL INSTANTE, TODO BATSHIREET SE ENTUSIASMÓ con la llegada del turismo. Abrieron y limpiaron el diminuto museo del pueblo, que llevaba años cerrado, para que yo pudiera inspeccionarlo. El gobernador en persona me hizo de guía. Examinamos las fotos tipo carné del primer médico, del primer maestro, de la primera jefa de correos... Echamos un vistazo a los animales disecados y examinamos un gráfico

donde se mostraba el incremento de cabezas de ganado durante la etapa comunista. El gráfico acababa de manera brusca en 1990. El gobernador se apresuró a explicar que el incremento había continuado durante los años en que el MSDP estuvo en la Administración; lo que ocurría era que les había sido imposible encontrar rotuladores para mantener el gráfico al día.

La responsable del hotel se encontraba en un estado de gran excitación por lo de las oleadas de turistas, aunque le preocupaba que el futuro de Batshireet como destino vacacional pudiera verse amenazado por el estado en que se hallaban los retretes del hotel, un par de excusados desvencijados, asentados de forma precaria encima de unos pozos muy profundos. Los tablones en donde estaban apoyados, me confesó la encargada, se habían debilitado por los efectos del tiempo y la corrosión de la orina. Reconoció que para los mongoles todavía serían seguros durante un par de años. Pero, por lo que sabía, los turistas eran una gente muy corpulenta. Una vez en Ulan Bator, cuando estaba visitando a su hermana, había visto a un grupo de turistas y el rasgo que más los caracterizaba era su tamaño. Reconoció que algunos debían de pesar tanto como dos mongoles juntos. Su temor estribaba en que uno de aquellos turistas grandullones pudiera hundir el excusado en un abismo fecal.

Yo había experimentado un malévolo placer engañando al gobernador, pero la responsable del hotel era una buena mujer y su ansiedad hizo que me sintiera un sinvergüenza. En privado le aconsejé que no invirtiera ningún dinero en apuntalarlos hasta que el primer grupo de turistas no hubiera hecho una reserva en firme.

Busqué refugio en la biblioteca, una estancia sencilla hecha con tablones de pino y repleta de libros viejos. Había una estufa de hierro y un alto mostrador en donde leer los periódicos, todos con tres meses de retraso. Los muchachos que pasaban por la calle atisbaban a través de las ventanas haciendo pantalla con ambas manos. En las estanterías del fondo había libros de Turgueniev, de Tolstoi y de Chéjov. Mandah encontró un ejemplar de *Eugene Onegin* y, durante los tres días que siguieron, permaneció ausente para el mundo. La literatura inglesa no estaba tan bien representada. El bibliotecario bajó el único ejemplar en inglés de uno de los estantes superiores y me preguntó si sería del agrado de los turistas. Le dije que sin duda estarían demasiado ocupados

explorando los alrededores del pueblo, como para dedicarse a leer *Stress Factors in Reinforced Concrete Structures.* Estructuras de hormigón armado factor de stress.

El bibliotecario pasaba las tardes afuera, sentado en un banco bajo la pálida luz del sol, leyendo a Turgueniev mientras las hojas muertas se acumulaban a sus pies. Era un joven esbelto, de voz suave y modales delicados, al que era imposible encajar en la vida esteparia. No me lo imaginaba sentado en cuclillas en una *ger*, inclinado sobre una bandeja de huesos de oveja, o a lomos de un caballo. Había estudiado en la Universidad de Ulan Bator, donde había aprendido un inglés bastante bueno, aunque algo literario. Ciertos problemas de salud lo habían obligado a interrumpir los estudios y regresar a casa, en Batshireet, donde el puesto de bibliotecario le había proporcionado cierto refugio. Entre los abedules, la suya era una figura etérea. Y cuando levantaba la vista del libro, daba la impresión de que tuviera que forcejear para agarrarse de nuevo a la realidad.

El bibliotecario estaba asombrado ante mi viaje. No entendía por qué había querido visitar Mongolia. «¿Qué había allí para ver, aparte del paisaje?», quiso saber.

«Los paisajes constituyen un gran placer —dije—. Sobre todo aquí, en Mongolia.»

«No hace falta viajar mil y pico de kilómetros para descubrir que el cielo es azul en todas partes», replicó, citando a Goethe.

Entonces se me ocurrió que necesitaría viajar otros mil kilómetros para encontrar a alguien que hubiese leído a Goethe.

«Quería conocer la vida de los nómadas», me limité a decir.

«¿Qué tienen de interesante los nómadas?», inquirió.

Sus preguntas eran corteses pero incisivas.

«Su mundo es muy diferente del nuestro. Los nómadas no experimentan la necesidad de asentarse y echar raíces —dije—. Su único compromiso es el movimiento. La seguridad que la gente sedentaria encuentra en construir, ya sea un muro, un cercado o un almacén, los nómadas la buscan en las migraciones.»

«Pero su movimiento es sólo físico —replicó el bibliotecario, que había cerrado el libro, los largos dedos metidos entre las páginas, marcando el punto de lectura. Miró más allá, hacia el río, donde los árboles soltaban delicados grupos de hojas sobre el agua gris—. Aquí nada cambia.»

Por supuesto, el bibliotecario tenía razón. La ironía de los nómadas, un pueblo cuya vida estaba entregada al movimiento, estribaba en que su mundo fuera tan estático. Era una sociedad sin diversidad y sin animación, como si una vida de migraciones hubiera agotado su cupo de inquietudes. Los nómadas se adherían a un tipo de vida que el resto de la humanidad había abandonado hacía miles de años. Incluso construían y ordenaban sus *gers* tal como fray Guillermo había descrito setecientos años atrás. Una y otra vez he escuchado cómo la gente decía —sobre algún aspecto de sus vidas, fuera la forma de ensillar un caballo o de descuartizar una oveja—: «Así es como lo hacemos los nómadas». Una afirmación que pretendía ser un argumento y una defensa contra cualquier innovación. El paso del tiempo se hacía sin que lo marcara ninguna alteración. A un extraterrestre que bajara de los cielos le resultaría imposible discernir si el mundo de los pastores, como el propio paisaje, era antiguo o reciente, el producto de una eternidad o de una tarde.

Tal vez esto sea una especie de libertad, o una especie de seguridad fuera de lo común. Resulta difícil no admirar la despreocupada indiferencia de un pueblo que no siente la necesidad de dejar huella de su espacio ni de su paso. Pero el resultado es la esterilidad. La inquietud que producen los anhelos, tan importante para la energía creativa de las ciudades, está curiosamente ausente aquí. Las estepas no crean nada. El fascinante idilio de una Arcadia móvil establecida entre pastores que emigran, de una conciencia nómada sin responsabilidades, no constreñida por muros ni por las inflexibles exigencias del suelo, sería tan poco sólido como el viento.

EL GOBERNADOR CONSIGUIÓ QUE EL CARNICERO, propietario de un jeep, nos llevara hasta Binder, no muy lejos de allí en dirección este. El carnicero era una inmensa mole humana, sin cuello y con un resuello que al principio creí que procedía del sistema de calefacción del vehículo. El viaje consistió en una especie de aplastamiento. El carnicero ocupaba la mitad del espacio. La otra mitad del vehículo la compartíamos entre dos vacas muertas, cinco ovejas troceadas, ocho personas y un misterioso saco que goteaba sangre sobre mis botas.

Por fortuna, el viaje fue corto. Nos detuvimos ante dos cabañas de

madera, cerca del río Onon, rodeadas por una serie de corrales donde unos muchachos seleccionaban caballos de un rebaño, en medio de una tormenta de polvo y el matraqueo de los cascos de los animales. Aquella región, en la que las cabañas eran tan corrientes como las *gers*, de nuevo me recordó a Estados Unidos a principios del siglo pasado: las grandes extensiones de paisaje sin vallar, los corrales de troncos de madera, las calesas de cuatro ruedas, los caballos atados a un madero, las ruedas de carro apoyadas contra las toscas paredes de madera de las cabañas, los barriles para recoger la lluvia abandonados sobre la alta hierba... Dos chiquillos se turnaban para circular por los pastizales con una bicicleta de principios del siglo pasado, como si se tratara de un moderno artilugio recién llegado del este.

El carnicero nos presentó a Oyunna, una robusta mujer de mediana edad que habitaba una de las cabañas y tenía una serie innumerable de hijos. En respuesta a mis preguntas, explicó que la cabaña era sólo una vivienda de temporada, que pronto marcharían hacia los pastos de invierno. Se limitarían a cerrar la puerta y partirían a caballo rumbo a los valles próximos a Öndörkhan, donde pasarían el invierno en su *ger*, una vivienda mucho más adecuada para los fríos de Mongolia que una cabaña llena de corrientes de aire. Mientras cenábamos un cocido de marmota, la mujer accedió a llevarnos hasta Dadal, mi último destino. Su madre vivía allí y aprovecharía la ocasión para visitarla.

Por la mañana seleccionamos los caballos. La mayor parte de la manada acababa de llegar de las colinas, así que había muchos ejemplares. Siguiendo el consejo de uno de los hijos adolescentes de Oyunna, me decidí por un caballo pinto con una gran melena. Mientras los demás caballos corrían sin rumbo y en tropel por el corral, aquél se quedó en un rincón, observándolos con aire de superioridad.

«Es un buen caballo —aseguró el muchacho—. Y muy rápido.»

Esta apreciación se quedaría bastante corta, algo muy habitual entre los mongoles.

Cuando sacamos el caballo del corral, tenía la expresión irritada de un director general al que acabara de importunarlo el portero. Era un ejemplar robusto, de musculosos cuartos delanteros y ancho lomo, uno de los pocos caballos mongoles que no se veía empequeñecido con mi silla de montar occidental. Su desmelenada crin era tan tupida, que las

riendas desaparecían entre las oscuras raíces del pelo. En lo alto de su frente, este se erguía formando un copete que desafiaba la ley de la gravedad. Su pelambrera y su aire de inteligente desdén me recordaron a uno de mis amigos más disolutos, de modo que le puse el nombre de *Fred*. En aquel momento no recordé la advertencia del chamán respecto a un caballo con nombre de hombre.

Partimos un numeroso grupo de jinetes, compuesto en su mayoría por hombres jóvenes, con gastados sombreros de fieltro, que regresaban de una especie de reunión al otro lado del valle. De inmediato, *Fred* tomó el mando, abriéndose paso entre los demás caballos para ocupar la cabeza del grupo. Como líder de la manada, adoptó una elegante postura, voluntarioso, distante y carismático. Intenté frenarlo para ir a la altura de los demás, pero *Fred* odiaba ir al paso. Más tarde, por Oyunna, me enteré de que había participado en el Naadam cuando era más joven, un honor reservado sólo a los mejores caballos. Pero había llegado tercero, una experiencia que sin duda lo habría marcado psicológicamente, como a un chico brillante que de forma inesperada fallara en un importante examen. El resultado era que *Fred* tenía una enorme rozadura en el pecho, ya que toda su vida la había dedicado a demostrar que era capaz de competir. En cualquier grupo de caballos insistía en ir al frente. Con el tiempo aprendería a controlarlo, pero después de padecer calambres en la mano por el esfuerzo que tenía que hacer para frenarlo. Sin embargo, cuando le permitía correr, iba como el viento. Se mostraba incansable y su velocidad era asombrosa. Fue el mejor caballo que tuve en Mongolia, de modo que llegué a quererlo.

Fred precedió al grupo de jinetes por una pendiente de color leonado, hacia un promontorio cubierto de hierba y alerces barrido por el viento. Al otro lado bajamos entre los árboles y los jóvenes se detuvieron a fin de cortar geranios silvestres, que se regalaban unos a otros para adornar las sillas de montar. Al llegar al final del bosque salimos a orillas del Onon, donde un barquero harapiento hacía funcionar una balsa tirando de un cable. Los caballos subieron a bordo sin ningún problema. El río iba crecido y las aguas eran oscuras, y cuando estábamos hacia la mitad del cauce, cerca de una pequeña ensenada, un par de cisnes alborotadores levantaron el vuelo batiendo las alas como a cámara lenta mientras se elevaban por encima de los pinos.

Al llegar a la otra orilla, proseguimos hacia el noreste a través de va-

lles vacíos. Uno tras otro, los jóvenes se separaban del grupo para dirigirse a sus lejanas *gers*, hasta que nos quedamos solos con nuestra guía. A Oyunna la acompañaba una hija de seis años, muy emocionada ante la perspectiva de visitar a su abuela. La chiquilla montaba un precioso potro negro, hijo de la yegua de Oyunna. Juntos, la chiquilla y el potro, nunca se alejaban de sus respectivas madres.

ATRAVESÁBAMOS UN PAISAJE DOMINADO POR EL VIENTO. Las rubias hierbas ondeaban en los valles, los abedules grises inclinaban su copa hacia el río y las hojas revoloteaban por encima del agua fría. A través de los altos cielos, grupos de nubes se dirigían hacia el este, mientras las alondras se alejaban sobre los prados dando volteretas como trozos de papel. El viento nos empujaba por la espalda, haciendo ondear los chaquetones y arrancando las palabras de nuestros labios. En aquellas colinas, suaves y fluidas como dunas, era como si todo el campo hubiera sido esculpido por los predominantes vientos del oeste. Y cuando dejaba de refrenar a *Fred*, salía volando por las llanuras, como si el viento fuera otro caballo que tratara de adelantársele.

Durante aquella época del año, toda Mongolia estaba de traslado. Las familias habían desmontado y empacado sus *gers* y emigraban hacia los pastos de invierno. Hileras de camellos cargados se recortaban en los pasos poco elevados, encabezadas por jinetes que se agachaban para protegerse del viento. Los rebaños de ovejas se desperdigaban por las empinadas laderas y las rezagadas hileras de yaks, su larga pelambrera ondeante como banderines de oraciones, afrontaban la línea del horizonte. Una manada de caballos, una treintena de los más resistentes, apareció atronadora por un estrecho valle y se detuvo con brusquedad al ver nuestra pequeña caravana. En cuanto una ráfaga de viento les trasladó nuestro olor, sacudieron la cabeza y giraron hacia el sur, desplegando sus largas colas. Hasta los pájaros se marchaban. En los húmedos prados se habían concentrado estridentes bandadas de garzas que, dando saltos en torno a los grupos más pendencieros, desplegaban sus alas como velas a la espera de la señal de partida. Nada parecía estable.

En aquellos paisajes cambiantes, los vientos me empujaban hacia el único destino que yo no deseaba: el final de mi viaje.

DADAL, DONDE CONFLUÍAN LOS RÍOS ONON Y BALJ, era el lugar de nacimiento de Gengis Kan. En aquella zona se encuentran dos monumentos conmemorativos del gran hombre. El más reciente, erigido por lo visto en 1990, es una enorme roca blanca, en la que hay grabado un dibujo de Gengis Kan. Su impresionante tamaño habría sido del agrado de Stalin.

A unos dos kilómetros está el Deluun Boldog, el monumento conmemorativo que tanto impresionó a Jruschov en 1962. Es una sencilla e inocua losa de piedra, sobre la cual anotaron, con la antigua escritura mongola, la fecha de nacimiento de Gengis Kan. En la colina que se alza por encima descubrí un *ovoo* adornado con grandes pañuelos azules, un símbolo de respeto. El lugar desprendía una dignidad apacible. Desde lo alto de la colina, al mirar hacia abajo, se veía un doble meandro del río Balj. Al otro lado, en los prados, el ganado vagaba sin rumbo, mientras los altos abedulares proyectaban sombras colgantes sobre las laderas.

Semejaba un lugar idílico para pasar la infancia. El exilio de Gengis Kan en los bosques de Burkhan Khaldun debió de ser muy amargo, ese tipo de traumas que empujan a los hombres a tomar grandes decisiones. *La historia secreta de los mongoles* expone las posibles relaciones entre su marcha de aquel lugar selvático y su vida de conquista.

En muchos aspectos, es como si el imperio de Gengis Kan no nos hubiese legado nada. Los mongoles no fundaron grandes ciudades, no construyeron carreteras, no transmitieron su cultura a las naciones que conquistaron. Podría argumentarse que, salvo las dramáticas conmociones de su época, el hombre de Dadal no causó un impacto duradero en el curso de la historia.

Sin embargo, el Imperio Mongol sí dejó un legado importante. A la tempestad inicial de la conquista siguió un largo período de paz, durante el cual se desmantelaron las barreras que impedían los viajes y el comercio en gran parte del mundo medieval. La *Pax Mongolica* duró un centenar de años, durante el cual las naciones más lejanas, muchas por primera vez, entraron en contacto unas con otras. A los viajes pioneros de Juan del Pian Carpino y de Guillermo de Ruysbroeck, pronto les siguieron muchos otros, en especial los de Marco Polo. Oriente quedaba abierto a los curiosos europeos. Pegolotti, que en el siglo XIV

escribió un manual para los mercaderes europeos que viajaban a Asia, aseguraba que «el camino que recorres desde Tana (en la desembocadura del Don) hasta Catay* es del todo seguro».

Las condiciones y presiones que condujeron a la Era Europea de los Descubrimientos son muchas y muy complejas, entre las que cabría contar el crecimiento económico, los avances tecnológicos y el desarrollo político. Sin embargo, uno de los primeros catalizadores de ese gran impulso a través de los océanos hacia otros continentes, de esos viajes que cambiarían para siempre la forma de ver el mundo, se encontraba en el Imperio Mongol. Cuando más adelante, en el siglo XIV, el islam cerró por fin las rutas del comercio asiático y China volvió a retirarse detrás de su muralla, Europa no olvidaría lo que había visto durante la era de los mongoles. Oriente ya no era un mito, era un recuerdo. El relato de Marco Polo sobre los años pasados en China, publicado en múltiples países, se convirtió en un texto inspirador para muchos de los exploradores europeos, desde Cristóbal Colón en adelante, todos en busca de las rutas marítimas hacia las riquezas de Catay, todos deseosos de establecer el fabuloso comercio que habían disfrutado por algún tiempo bajo el Imperio Mongol.

Este fue el legado de los mongoles y del muchacho que creció entre los pastos de Dadal. Más allá de sus fronteras mal definidas, los nómadas de la estepa pusieron el mundo en marcha. Su papel histórico consistió en provocar un cambio en los pueblos sedentarios, revolucionando sus comunidades. Cuando los mongoles regresaron a su país, regresaron también a su antigua existencia, como si nada hubiese pasado. Pero, para el resto del mundo, ya nada volvería a ser lo mismo.

FRED Y YO LLEGAMOS A DADAL como el estallido de una tormenta. Habíamos dejado a los otros varios valles más atrás. Cruzamos las llanuras otoñales como si voláramos, perseguidos por el viento a través de un paisaje de estimulante sencillez. Forzando las riendas, *Fred* ansiaba todavía mayores excesos de velocidad, como si no hubiera un límite

* Nombre con que se conoció el norte de China durante la Edad Media, debido sobre todo a las narraciones de Marco Polo en el *Libro de las maravillas*. (*N. del T.*)

para él. De vez en cuando lo obligaba a descansar, desmontaba al llegar a una larga pendiente y ambos avanzábamos entre los árboles como fugitivos. Luego volvía a montar y lo espoleaba ladera abajo, hacia las anheladas extensiones de hierba. El animal ardía en deseos de correr y yo no podía resistirme a su deseo.

A llegar al último paso, donde el viento plañía entre los árboles, pude contener lo suficiente a *Fred* para inspeccionar el pueblo de abajo. Al igual que Batshireet, Dadal era una aldea de cabañas, donde el aire olía a pino y a virutas de madera. El humo de las chimeneas se inclinaba al impulso del viento y un único jinete avanzaba con paso cansino entre dos cabañas. Salimos a todo galope por la ladera hacia el pueblo y lo cruzamos antes de que sus habitantes tuvieran tiempo de abrir siquiera la boca. Al otro lado subimos a medio galope una larga colina hasta Gurvan Nuur, un antiguo campamento de vacaciones situado a menos de un kilómetro del pueblo, donde nos íbamos a quedar.

Traspasamos de un salto la baja valla de estacas puntiagudas, pasamos como un rayo ante el salón de baile y gimnasio, abierto por un lateral y colonizado por los gorriones, y cruzamos a todo galope entre las precarias cabañas y los senderos llenos de hierba. A orillas del lago, en medio de una nube de polvo, nos detuvimos resoplando y cubiertos de sudor. Fue el Momento Gary Cooper definitivo, de locura. Y, como era de esperar, no había nadie allí para presenciarlo. Gurvan Nuur parecía abandonado.

En aquella repentina quietud, bajé de la silla de montar. El viaje había llegado a un brusco final, en un destartalado campamento de vacaciones fuera de temporada. *Fred* y yo paseamos por allí mientras recuperábamos el aliento. Inmerso todavía en el torbellino del movimiento, de pronto me había quedado sin ningún destino. Volví a montar a *Fred* y deambulamos a medio galope por el campamento, pasamos ante las cabañas, entre los árboles, y bajamos de nuevo hacia la orilla del lago como si buscáramos algo. Pero fue inútil. Más allá no había ningún sitio al que ir. Había chocado contra el muro de la meta.

El cielo había descendido y una fina lluvia se arrastraba por encima del lago, logrando que el silencio fuera más profundo. Al cabo de un rato vi a los demás, subiendo la pendiente en medio de la lluvia, procedentes del pueblo. Volví a desmontar y sujeté a *Fred*. Luego desaté las alforjas, desabroché las cinchas y levanté mi silla de montar

para bajarla por última vez. El caballo con nombre de hombre me había conducido a aquel sitio no deseado.

En sus mejores tiempos, Gurvan Nuur era un centro de vacaciones destinado a los oficiales del Partido y a los pastores que habían obtenido algún premio. La idea había surgido de la Unión Soviética, en donde se otorgaba a los mandos y a los camaradas más valiosos una especie de recompensa a cambio de la dura rutina de construir un brillante futuro: una semana en el campo, donde las proyecciones de películas, las comidas colectivas y los retretes comunes pretendían fomentar el espíritu colectivo y las líneas del Partido. Cuando importaron la idea a las zonas rurales de Mongolia, el carácter rústico del campamento de vacaciones se diluyó bastante. Veinte años atrás, Oyunna, la guía, había pasado dos semanas en Gurvan Nuur, como recompensa por la alta producción de leche. Para ella, el campamento había sido el símbolo de la modernidad. Le habían impresionado los cristales en las ventanas de las cabañas, las camas con somier, las estufas rusas y el cine al aire libre, en el cual proyectaban historias socialistas de amor rodadas en Minsk.

Pero ahora su historia era la del abandono habitual, los restos espectrales de otra época. Por los suelos quedaban los destartalados instrumentos destinados a desarrollar actividades saludables: un cuadro de arena para jugar al lanzamiento de herraduras cubierto de maleza, una pista para correr en la que crecía la hierba, unas barras paralelas que ya no eran paralelas... El antiguo edificio del balneario, donde según rumores antes se podían tomar baños calientes y saunas, ahora estaba sellado con tablas. Y en el lago había un bote de remos medio hundido entre los hierbajos de la orilla. Los fantasmas del campamento parecían revolotear entre las cabañas, arrastrando imágenes de excursiones por el campo, de concursos sobre botánica y de cordiales reuniones para cantar. Había en el entorno una atmósfera de *boy scouts*, de saludable vida al aire libre que, en aquel remoto lugar, tenía un curioso aspecto suburbano. Era un lugar absurdo para la conclusión de mi viaje.

Con su olor a pinos y sus hileras de cabañas idénticas, Gurvan Nuur me trajo el recuerdo desolador de un campamento de verano al que yo había asistido de pequeño. Durante dos semanas —toda una eternidad cuando se tienen diez años— me sentí desgraciado. El cam-

pamento se regía mediante una eficiencia sometida a estricto control, que habría hecho feliz al mismísimo Baden-Powell. Allí nada se hacía por propia iniciativa: los días estaban divididos en segmentos preordenados, que se indicaban mediante campanas, y dedicados a actividades ya programadas. Ir en canoa, practicar el excursionismo, subir a las colinas...; todo quedaba huérfano de cualquier posible emoción por culpa de unos tutores pedantes y el colectivo de los demás exploradores. Era un sitio en donde las aventuras estaban domesticadas.

Aquel campamento había sido una intrusión no deseada en los meses que más quería. El verano era todo un mundo de aventuras, con el espantoso regreso a la escuela más allá de los lejanos horizontes. En los patios traseros de mi propio vecindario, un espacio perfecto e ilimitado, plagado de oscuros secretos, territorios peligrosos y espléndidos escondites, parecía como si no hubiera limitación al tiempo ni a las posibilidades. Era el país de la imaginación. Entre las dalias y los macizos de rosas se decapitaban piratas, se exploraban selvas y se derribaban monarquías. En una ocasión monté la tienda de campaña separada del grupo y pasé la noche solo, junto a un enorme arce. Para mí, aquello era tan remoto y fabuloso como cualquier expedición a Mongolia, una sensación que no se vio en absoluto disminuida por la llegada de mi madre con una taza de chocolate caliente y unas galletas.

Pero aquel campamento de verano no era así. Cuando salíamos de marcha por los bosques, no eran exploraciones a través de la selva del Amazonas, sino caminatas por la naturaleza con el fin de identificar árboles. Cuando íbamos en canoa por los lagos, aquello no era alta mar, sino un simple lago. A mi recuerdo de aquel lugar todavía se adhiere cierta sensación de exilio. Fue una especie de asentamiento, una reclusión en el mundo sedentario. Aquel campamento también había marcado el fin de algo.

OYUNNA Y SU HIJA PARTIERON DE REGRESO a la mañana siguiente. El viaje había sido en vano: el día anterior, la abuelita se había marchado a Ulan Bator para visitar a unos parientes. Mantuve sujeta la yegua de Oyunna mientras la mujer ataba en fila los demás caballos, utilizando sus propias riendas. *Fred* estaba irritado ante la indignidad de ver que lo ataban como a un vulgar caballo de reserva. Le acaricié

los flancos. Sus músculos se estremecieron bajo mi mano. Me miró brevemente con ojos acusadores, luego sacudió las crines y volvió la cabeza hacia otro lado.

Desde el promontorio situado por encima del campamento, los estuve observando mientras cruzaban Dadal. Desaparecieron entre las cabañas de madera y surgieron de nuevo al salir del pueblo. Después se apartaron del río y enfilaron la llanura en dirección oeste: dos jinetes y tres caballos de repuesto. Una lluvia fina y desapacible invadía la creciente distancia entre nosotros. Aquél era el momento que yo había temido, la marcha final de los caballos. Observé cómo disminuían de tamaño al subir por la lejana pendiente, rumbo a la cresta de los pinos. Por un momento, entre los árboles, se recortaron contra el cielo. Luego se desvanecieron, desaparecieron de mi vista en medio de todo aquel paisaje, por el mismo camino que habíamos utilizado para llegar hasta allí.

AGRADECIMIENTOS

LOS ESCRITORES DE VIAJES siempre tienen una deuda especial de gratitud con alguien. Este viaje no se habría podido realizar de no haber sido por los innumerables actos de generosidad por parte de las personas que me he encontrado en el camino. En Mongolia, la extraordinaria tradición de la hospitalidad de los nómadas sigue tan viva como siempre. De un extremo a otro del país, me recibieron estupendamente y me proporcionaron cobijo, alimento y ayuda gentes que no veían nada extraordinario en su generosidad, para quienes sin duda yo debía de ser un personaje curioso y puede que algo loco. Me acuerdo de todos y cada uno, y quiero plasmar aquí mi agradecimiento hacia ellos.

En el Reino Unido, tanto Julian Matthews, de Discovery Iniciatives, como Nick Laing, de Steppes East, y Stephen Penney, de Intourist, me brindaron una ayuda considerable; por lo que se refiere a Sue Byrne, de Buddism in Mongolia, y Jambaldorj, de la embajada de Mongolia, siempre fueron generosos con sus conocimientos y sus consejos. Patsy Ishiyama me facilitó una información espléndida y confianza en todo lo relacionado con los caballos, mientras que Lyn Waters, en Estambul, me señaló la dirección correcta que debía seguir. Ya en Mongolia, Helge Reizt y Kate Glastonbury, de Nomads Tours & Expeditions, me proporcionaron asesoramiento y consejos inestimables. También deseo expresar mi agradecimiento a Ganchimeg, Oyungerel, Inkhtoyah, Louisa Waugh, Una Murphy y Livia Monami.

Para el éxito del viaje fueron cruciales mis dos intérpretes, L. Bold y G. Mandah que, con entusiasmo y sin quejarse, compartieron conmigo las dichas y privaciones de viajar a caballo a través de Mongolia. Los dos fueron unos colegas maravillosos y siguen siendo unos amigos queridos, cuya contribución a este libro es inmensa. También quiero

dar las gracias, de forma especial, a U. Munkhzul, que me hizo partícipe de sus profundos conocimientos sobre su país y fue asimismo una maravillosa compañera a lo largo de dos años. Si se perdió el viaje fue sólo para embarcarse en otro por cuenta propia. Una vez más debo dar las gracias, por los sabios y comprensivos consejos editoriales, a Rebecca Waters. Como siempre, estoy en deuda con Christine Walker, del *Sunday Times*, que no sólo me encargó el primer artículo sobre Mongolia, sino que desde entonces me ha apoyado de forma considerable con una serie de encargos. Una parte del capítulo séptimo, con la redacción algo cambiada, apareció por vez primera en su publicación.

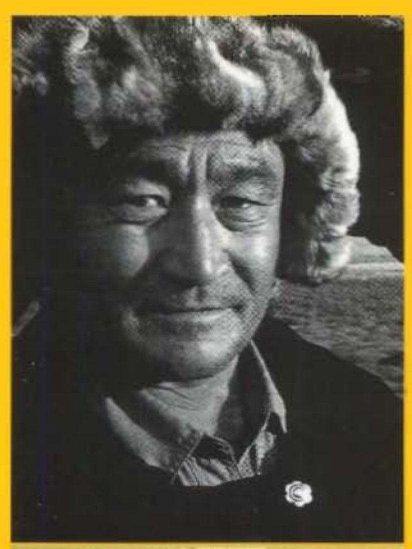
Los nombres y términos mongoles se han transliterado al alfabeto latino con una desconcertante variedad de ortografías. En la mayoría de los casos he optado por una forma aceptable para los historiadores modernos, aunque en algunos términos he sacrificado la coherencia por la facilidad de comprensión. Es posible que algunos puristas se horroricen ante Gengis y Kublay, pero es muy probable que a los lectores en general les evite la irritación de ver nombres conocidos transcritos mediante formas extrañas. Casi siempre me he guiado por la traducción anotada de *The Mission of Friar William of Rubruck* [La misión de fray Guillermo de Ruysbroeck], de Peter Jackson y David Morgan, publicada por la Hakluyt Society en 1990. Sin embargo, la mayoría de las citas de fray Guillermo procede de una traducción anterior, realizada por William Rockhill.

Por último, quiero agradecer la enorme contribución de Cinzia Fratucello. Su apoyo no ha tenido límites y ha sido una dicha compartir con ella las fatigas de este libro. Éste se ha beneficiado enormemente de su aliento, sus consejos y su curiosidad. El resultado se lo dedico a ella, con todo mi amor.

STANLEY STEWART colabora con el *Sunday Times* y el *Daily Telegraph*, en donde sus artículos han obtenido múltiples premios de prestigio, entre los cuales cabe destacar Travel Writer of the Year que recibió en tres ocaciones. Es autor de *Old Serpent Nile*, un relato de su viaje a las fuentes del Nilo, y de *Frontiers of Heaven*, la historia de su viaje a través de China siguiendo la Ruta de la Seda, que obtuvo el Thomas Cook/*Daily Telegraph* Travel Book Award. Es miembro de la Royal Society of Literature. Nació en Irlanda, se crió en Canadá y vive en Londres.

NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY fue fundada en Washington, D.C., como una institución científica y educativa sin fines lucrativos. Desde 1888 la sociedad ha dado su apoyo a más de siete mil exploraciones y proyectos de investigación, contribuyendo al conocimiento de la tierra, el mar y el cielo.
Actualmente es la organización científica, educativa y altruista mayor del mundo, con más de nueve millones de miembros, y cada día educa e inspira a millones de personas con sus revistas, libros, programas de televisión, mapas y atlas, becas de investigación, talleres didácticos y material pedagógico.

Foto de cubierta: © GETTY IMAGES
Fotos de contracubierta: © LIVIA MONAMI







EN EL IMPERIO *de* GENGIS KAN

«Uno de los mejores libros de viajes del año.» *Sunday Times*

«Humano y divertido. [...] Un libro excelente.» *Spectator*

«Stewart es un viajero sensible y observador, y un escritor de enorme talento.»
Sara Wheeler, *The Literary Review*

«Divertido e ingenioso. [...] Stewart hace cosas que todos hemos soñado alguna vez hacer.» *Country Life*

«Un clásico de los libros de viajes, bellamente escrito...» *Wanderlust*



